
SALVANDO
AL
CEO:
Una oportunidad para amar
ROMANCE PROHIBIDO CON CEO
MAYARA DIAS

SALVANDO AL CEO:

Una oportunidad para amar

ROMANCE PROHIBIDO CON CEO

MAYARA DIAS

Copyright © 2023 MAYARA DIAS

Todos los derechos reservados.

Portada: Mayara Dias

Revisión: Andie y Patrícia Suellen

Lectoras beta: Paula Santos, Ana Perla y Laudiane Marinho

Lectura final: Andrêa Borges y Patrícia Suellen

Diagramación: Mayara Dias

Imágenes: Canva y Depositphotos



Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con nombres, fechas y eventos reales es pura coincidencia.

Esta obra sigue las reglas de la Real Academia Española (RAE).

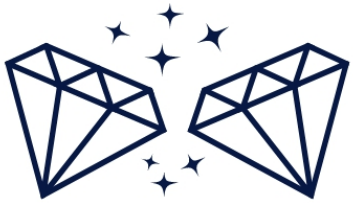
Queda prohibida la copia total o parcial de esta obra sin la autorización expresa y por escrito de la autora.

El plagio es un delito.

La infracción de los derechos de autor es un delito, sancionado por la legislación vigente.

Creado en Brasil.

Obra registrada.



RESUMEN

PLAYLIST
NOTA DE LA AUTORA
SINOPSIS
CAPÍTULO 01
CAPÍTULO 02
CAPÍTULO 03
CAPÍTULO 04
CAPÍTULO 05
CAPÍTULO 06
CAPÍTULO 07
CAPÍTULO 08
CAPÍTULO 09
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
EPÍLOGO
SOBRE EL UNIVERSO MULTIMILLIONARIOS
AGRADECIMIENTOS

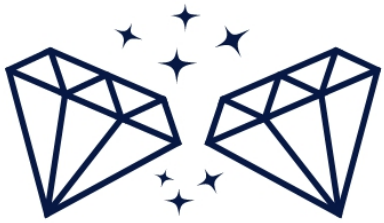
PLAYLIST

Escucha la playlist perfecta para nuestra pareja, Carlos y Vivian, en Spotify.

Escanea el código a continuación en la app:



Para ti, que crees que no existen segundas
oportunidades y tienes miedo
de intentarlo de nuevo…
Sí, ¡mereces ser feliz!



NOTA DE LA AUTORA

¡Hola, maravillosas (os)!

Con mucha ansiedad y expectativa les presento el segundo libro de la serie MULTIMILLIONARIOS – "SALVANDO AL CEO". En primer lugar, quiero agradecerles por elegir este libro para formar parte de su lectura.

Para quienes están entrando en este universo por primera vez, ¡bienvenidos! Quiero aclarar que cada libro de la serie MULTIMILLIONARIOS es una historia independiente, lo que significa que **pueden disfrutar de "SALVANDO AL CEO" aunque no hayan leído el primer libro**. Sin embargo, es importante señalar que puede haber algunos sutiles spoilers de eventos anteriores; así que, si sienten curiosidad por algún acontecimiento mencionado, considerar la lectura del volumen anterior puede enriquecer aún más su experiencia.

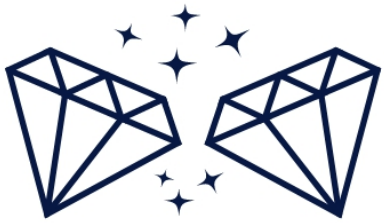
Para quienes ya acompañaron el primer libro de la serie "TÚ ME PERTENECES", ¡muchísimas gracias! Espero que sigamos emocionándonos juntas hasta el final.

Deseo que se enamoren de la historia de Carlos y Vivian, así como yo me enamoré al escribirla. Una vez más, gracias por elegir este libro y por ser parte de mi camino como autora. Espero que en "SALVANDO AL CEO" puedan sumergirse en la lectura y sentir toda la intensidad y el amor de Carlos y Vivian.

Atentamente,

Mayara Dias

ATENCIÓN: Libro recomendado para mayores de 18 años, ya que contiene escenas de sexo explícito y lenguaje vulgar.



SINOPSIS

Pasé la vida construyendo control.
Reconstruyendo poder.
Ignorando todo lo que pudiera desviarme del camino.

Ahora intento reparar la distancia con mi hija.

El problema es que apareció *su mejor amiga.*
Sonriendo como si no supiera lo que está haciendo conmigo.
Mirándome como si no fuera peligroso.

Y el mayor problema de todo esto es que la deseo.
Y nunca he sido un hombre que retrocede ante lo que quiere.
Pero sé reconocer un error antes incluso de cometerlo.

Vivian Bittencourt es uno de ellos.
La mejor amiga de mi hija.
Completamente fuera de los límites.

Algunas mujeres entran en tu vida como paisaje.
Otras entran como terremoto.
Vivian no vino para ser contemplada.
Vino para provocarme.

Debería luchar contra esto.
No lo haré.
Porque cuando finalmente cruce esa línea, y la voy a cruzar
no habrá vuelta atrás.



CAPÍTULO 01

¡Estaba radiante!

La música electrónica hacía vibrar cada rincón de la discoteca. Los focos centelleaban sobre la pista y la gente bailaba y disfrutaba de la noche como si no hubiera un mañana.

Sí, me sentía radiante y orgullosa de todo lo que veía. Y tenía motivos: al fin y al cabo, era evidente que los cambios que el equipo de marketing y yo habíamos introducido estaban dando resultado.

Para ser lunes, el Garden Club Night estaba a rebosar. Eso solo significaba una cosa: mi jefe, que estaba para devorarlo, no se arrepentiría de haberme ascendido a gerente de la discoteca.

De pronto, el móvil vibró entre mis pechos. Sin pensarlo mucho, metí una mano discretamente en el top y lo saqué.

Miré la pantalla y una sonrisa se dibujó en mis labios al ver que era mi mejor amiga, Bianca.

Dirigí rápidamente la mirada hacia la barra, y al ver que las chicas se desenvolvían perfectamente solas, caminé hacia la terraza en busca de un poco de privacidad.

—¡Hola, nena! —contesté cuando estaba lo suficientemente lejos de todo el ruido.

—*Pensé que no ibas a contestar* —dijo, arrancándome una risa.

—Deja el drama, Bianca, sabes que estoy trabajando —dije, y luego me apoyé en la barandilla de la terraza para apreciar la vista de la ciudad.

—*Sí, lo sé...*

—¿Todo bien? —pregunté, al notar algo diferente en su tono —. No sueles llamarme mientras trabajo.

—*Es solo que...* —suspiró—. *¿Cuándo tienes el día libre?*

—Hm... mañana —respondí, pensativa, al notar que algo no iba bien—. De hecho, estaba pensando en aprovechar para ir a visitarte, sabes... antes de que vuelvas a Nueva York.

—*Todavía estoy en la capital. Me voy a Búzios el miércoles.*

—Mucho mejor, así podré conocer el lugar donde has estado viviendo estos últimos meses. Dijiste que hay una piscina que me encantaría, no veo la hora de verla.

—*Oh, sin duda* —respondió, más animada —. *¿Entonces te veo mañana?*

No pude evitar sonreír.

—Sí, cuenta con eso —dije, luego miré hacia atrás y noté que una pareja se acercaba besándose. —Tengo que colgar, amiga, pero mañana estaré ahí temprano para saber qué te preocupa.

Pude escuchar la sonrisa contenida de Bianca al otro lado de la línea.

—*Rafael saldrá temprano para resolver algunas cosas, así que tendremos el piso para nosotras solas.*

—¡Perfecto! —respondí y terminé la llamada.

La vida de Bianca se había puesto patas arriba en los últimos tres meses. De pronto había descubierto que el hombre que durante toda su vida había creído que la abandonó era, en realidad, alguien a quien siempre había admirado. Y, para colmo, estaba muerto.

Sin embargo, después de que Bianca asimilara su supuesta muerte, el hombre apareció vivito y coleando.

Y, por si fuera poco, el bombón al que evitaba porque pronto tendría que volver a Nueva York acabó conquistándola por completo.

Me imaginaba lo que la estaba afligiendo, por eso sentía que lo correcto era ir a verla y descubrir qué pasaba por esa cabecita.

—¡Ahí estás! —La voz de Bárbara sonó a mi espalda, lo que me hizo girar y mirarla. —¿Estás ocupada?

—No —respondí, luego bloqueé el móvil y lo guardé una vez más entre los pechos—. ¿Necesitas algo de mí?

—Hay un cliente pidiendo el nuevo cóctel, aún no me siento segura para prepararlo sola.

—¡Vamos! —le guiñé un ojo, y ella sonrió antes de girarse hacia la salida.

La acompañé, y dirigí la atención hacia la pareja que había llegado a la terraza hacía poco.

—Con calma, chicos —dije con una sonrisa, al notar que se trataba de dos jóvenes que seguramente no tenían más de diecinueve años.

Se separaron algo desconcertados.

—Qué mala eres —dijo Bárbara, cuando nos alejamos de la pareja.

Apenas había dado unos pasos hacia la pista de baile cuando reconocí un rostro muy familiar, acompañado de una mujer hermosa.

Alexandre Sánchez estaba en todo su derecho, pero ¿qué podía pensar yo después de lo que acababa de ver?

¿Que era un sinvergüenza? ¿Un canalla de los peores?

Exactamente eso.

Seguí observándolo mientras le pasaba una mano por la cintura y la atraía hacia él para susurrarle algo al oído, mientras bailaban en la pista.

Sin querer darle más atención de la que merecía esa escena, seguí hasta la barra. Al pasar detrás de la barra, noté que Laís estaba terminando un cóctel. Parecía concentrada.

Sonreí, aparté la mirada y comprobé que Bárbara estaba justo detrás de mí.

—Vamos, como el cliente está esperando, lo haré rápido y luego repasamos desde el principio, ¿vale?

—Vale.

Sin perder tiempo, tomé la coctelera, una copa y los ingredientes que necesitaría, y comencé a preparar el cóctel. Sentí la mirada de Bárbara sobre mí. Luego Laís se acercó.

Rematé el cóctel con dos hojas de menta y una rodaja de limón. Entonces, llevé la copa hacia Bárbara.

—Entrégaselo al cliente. Te esperaré —dije, ella asintió y tomó el cóctel.

La observé ir al encuentro del cliente que esperaba sentado en uno de los taburetes. Él le sonrió dulcemente y, después de anotar el pedido en la comanda, Bárbara volvió hacia mí.

—La gente tiene muchas ganas de probarlo —dijo al acercarse.

—Esa es la idea —respondí, amable—. Ahora vamos, quiero verte preparar el cóctel para mí, después de haberme observado hacerlo de principio a fin.

Bárbara hizo una mueca, lo que me hizo reír a carcajadas. Entonces se giró y comenzó a revisar los ingredientes, mientras

parecía repasar en voz alta los pasos que yo había seguido.

Mis ojos se dirigieron involuntariamente hacia donde estaba Alexandre hace unos minutos. Perdí la noción del tiempo observándolos, hasta que nuestras miradas se cruzaron. Él me lanzó una de esas sonrisas de canalla.

—¿Vivian? —llamó Bárbara. Desvié la mirada para encontrarla con los ojos fijos en mí, al mismo tiempo que me tendía el cóctel ya preparado.

—Perdón, me distraje —respondí y tomé el cóctel, luego lo llevé a la boca. —Dios... ¡esto está perfecto!

Coloqué la copa sobre la barra y miré una vez más al cretino, antes de volver la mirada hacia Bárbara.

—¿Vas a contarme qué pasa? —Ella arqueó las cejas. Sin decir una palabra, señalé con la cabeza en dirección a Alexandre, haciendo que ella siguiera mi movimiento con la mirada.

—Sabes que él no vale la pena, Vivian.

—Sí, lo sé.

—¿Sigues saliendo con él?

—Digamos que anoche estuve con él —dije y sonreí débilmente, haciendo que ella pusiera los ojos en blanco.

—Lo sé, es algo casual.

—A juzgar por cómo parece afectarte, no es nada casual.

—No es que me afecte... —hice una pausa, intentando encontrar las palabras adecuadas—. No siento nada por él, pero mi ego está empezando a resentirse.

—Hum... no te muevas de aquí. — Me recorrió de arriba abajo con la mirada antes de caminar hacia un cliente que acababa de llegar.

Alexandre estaba para devorarlo y sabía muy bien cómo complacer a una mujer en la cama. Pero, aun así*, ¿hasta qué punto valía la pena arriesgarse?*

Sabía perfectamente que aquella molestia era una mala señal. Si verlo con otra empezaba a afectarme, tenía que alejarme.

No quería empezar a sentir algo por él, así que, antes de que aquello fuera a más, debía ponerle fin a todo, como siempre había hecho cada vez que había estado a punto de enamorarme del hombre equivocado.

Y Alexandre, definitivamente, era el hombre equivocado.

Molesta por el rumbo que habían tomado mis pensamientos, volví mi atención hacia Bárbara, que estaba terminando otro cóctel. Desvié la mirada hacia Laís y Pamela, luego me dirigí hacia ellas.

— ¿Cómo vamos de bebidas? ¿Necesitáis reponer algo?

—Todo tranquilo, Vivi —dijo Laís. Pamela solo asintió con la cabeza mientras servía una cerveza para un cliente.

—Si necesitáis algo, avisadme. —dije, firme.

Me giré para ver cómo estaba el ambiente, y aunque sabía que hoy seguramente las chicas cerrarían a las tres de la mañana, pensaba irme antes. Después de todo, necesitaba descansar un poco antes de conducir unas dos horas para encontrarme con mi amiga.

Así que debía dejar todo funcionando perfectamente bien.

Me sobresalté al notar que Alexandre caminaba hacia mí de la mano de la morena con la que había estado hacía un rato.

Suspiré y forcé una sonrisa para él.

—Vivian —dijo, mirándome fijamente.

—¿Qué puedo servirte? —pregunté, directa.

—Tu compañía después del turno, ¿qué opinas? —preguntó con esa sonrisa de canalla, y dio una leve señal con la cabeza hacia

la morena, que me miraba expectante.

—Dos está bien... tres es demasiado.

No podía creer que ese desgraciado estuviera proponiendo algo así, tan descaradamente.

—Ni lo sueñes —respondí, seria—. ¿Qué puedo servirte?

—Dos Macallan —respondió, midiéndome con la mirada.

Sin decir una palabra, me giré para preparar la bebida para ellos, completamente convencida de que, por más que fuera algo casual, Alexandre no era el hombre para mí.

—Aquí tenéis —dije, entregándoles las bebidas junto con la copia de la comanda.

Alexandre se bebió el whisky de un trago y la mujer hizo lo mismo sin inmutarse. Luego, al dejar el vaso sobre la barra, volvió a mirarme.

—La invitación sigue en pie, por si cambias de opinión —dijo Alexandre, mirándome de forma insinuante, y yo negué con la cabeza, esbozando una sonrisa incrédula.

—Eres un canalla, de los peores —fui sincera, lo que hizo que él soltara una risa suave.

—Nada que no supieras ya, pelirrojita —me guiñó el ojo, antes de pasar su mano libre por la cintura de la morena y llevársela hacia la pista de baile.

Negué con la cabeza, entre una sonrisa.

En ese instante, me sentí aliviada, porque me di cuenta de que, a pesar de la irritación que sentí, estaba lejos de sentir algo por él.

Nos llevábamos bien y podríamos seguir siendo buenos amigos, pero necesitaba acabar con todo lo demás.

La verdad era que estaba cansada de relaciones casuales. Así que hombres como Alexandre estarían fuera de mi lista.

Eso era lo que esperaba.



Me levanté muy temprano para ir al encuentro de Bianca. Su tono me había dejado tan preocupada que la noche anterior me había marchado antes de que terminara mi turno. A las siete ya estaba despierta, lista para ponerme en carretera rumbo a la capital del estado de Río de Janeiro.

Y fue exactamente lo que hice, después de tomar un café bien cargado. Conduje por poco más de dos horas, antes de aparcar el coche frente al edificio cuya dirección me había enviado.

Y tenía que decirlo.

¡Guau!

¡Doble guau!

El edificio rezumaba lujo por todos los rincones. Estaba claro que por allí solo se movía gente con muchísimo dinero.

Todavía impresionada, dejé que uno de los guardias me acompañara hasta la recepción para confirmar mi autorización de entrada.

En cuanto lograron hablar con mi amiga, me dieron luz verde para subir. Me dirigí al ascensor mientras seguía admirando el lugar.

Entré en el ascensor y pulsé el botón de la última planta. En ese instante, comencé a pensar en cómo podría bromear con la princesa del penthouse cuando la puerta se abrió.

Jesucristo, la puerta del paraíso ciertamente acababa de abrirse.

Tuve que contenerme para no mostrar demasiado, mientras un hombre increíblemente sexy venía hacia mí. Era alto y fuerte. Los

ojos azules y el cabello ligeramente entrecano le daban un encanto fuera de lo común.

Debía destacar que el tipo exudaba poder y experiencia.

Y la seriedad con la que me miró hizo que una oleada de excitación recorriera todo mi cuerpo, e inmediatamente me descubrí imaginando cómo sería pasar una noche con aquel hombre.

¡Carajo! No debería estar pensando en eso, de ninguna manera.

El hombre inclinó levemente la cabeza a modo de saludo, lo que me hizo estremecer. Le respondí del mismo modo y seguí caminando.

Solo entonces me di cuenta de que Bianca estaba en la puerta de su penthouse, mirándome con una sonrisa en el rostro.

Caminé con pasos largos hacia ella y la estreché con fuerza entre mis brazos, intentando apartar un poco de mi cabeza al hombre que acababa de ver.

—No puedo creer que en pocos días ya no estarás aquí —dije, mientras ella me abrazaba con la misma intensidad.

Sabía que debía prestarle total atención, pero cuando nos separamos, no pude resistirme. Miré hacia atrás, en dirección al ascensor, con la esperanza de ver a ese hombre una vez más.

Nuestras miradas se encontraron justo antes de que el ascensor se cerrara, y sentí mi cuerpo arder ante esa última mirada.

¡Carajo!

Fue entonces cuando recordé la foto que había visto del padre de mi amiga, cuando descubrí que el hombre estaba vivito y coleando.

Me giré hacia Bianca en ese mismo instante, y su expresión me dio la respuesta antes de que dijera nada.

—Entonces, ese es Carlos Mancini —suspiré y la medí con la mirada, buscando una confirmación.

—Sí, amiga, el hombre que casi te comes con los ojos... es mi padre.

¡Oh, mierda! ¡Menuda mierda!



CAPÍTULO 02

—¡Carajo…! Tengo que decir que, a veces, ni siquiera es por el dinero, ¿eh? —comenté, con una sonrisita, intentando suavizar el ambiente y haciéndola soltar una carcajada.

—Eres una perra descarada —respondió, dándome espacio para entrar.

—Una perra descarada que está usando su único día libre de la semana para venir a visitarte —repliqué. Bianca hizo una mueca.

No perdí tiempo, pasé junto a ella y suspiré, esperando que mi amiga no hubiera notado cuánto me había afectado aquel hombre.

¡Es su padre, maldita sea!

—¿Y Alexandre, ya se acabó el encanto? —indagó. Esta vez fui yo quien hizo una mueca mientras caminaba por el penthouse.

El lugar era mejor de lo que había visto en algunas videollamadas: un lujo incomparable.

—Alexandre está delicioso y sabe muy bien cómo complacer a una mujer. Pero solo eso… —dije, dirigiéndome hacia lo que supuse

que era la terraza.

Y tenía que decirlo: el área exterior era aún mejor.

Todo resultaba acogedor y rebosaba elegancia. La piscina era enorme, y la vista…

Bueno, la vista era increíble.

Me acerqué a la barandilla de cristal que rodeaba la terraza y me apoyé en ella. Entonces sentí a Bianca apoyarse a mi lado; desvié la mirada y la encontré analizándome.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, haciéndome pensar en las veces que había salido con Alexandre.

—Puedo decir, con lo poco que lo conozco, que le gusta esa vida de mujeriego. Alexandre necesitará a alguien que sacuda su mundo, y yo... yo no soy esa persona.

—No me digas que te está gustando —insistió, sin poder ocultar la sorpresa.

Negué de inmediato con la cabeza.

—Nada de eso, es solo que ya no tiene tanto sentido para mí. —Ella me midió con la mirada; yo sonreí con picardía, decidiendo provocarla un poco. —Prefiero a un buen hombre, que tenga algo de experiencia para aportar.

—¡Vivian! —me reprendió, incrédula.

—¿Qué pasa? —pregunté entre risas, recordando todas las veces que me había hablado de su padre en las últimas semanas. —Fuiste tú quien se puso a hacer toda esa propaganda, diciendo que tu padre era un hombre increíble.

—¿Y justo en esa parte te interesaste, no? —arqueó las cejas.

—Claro, me interesé totalmente por el contenido. —Ella negó con la cabeza, sin poder contener la risa. —Bueno, basta de hablar

de mí —fui firme, al recordar el tono de su voz ayer cuando me llamó. —¿Y tú y el galán, cómo están?

Bianca apartó la mirada, y yo seguí sus ojos hasta el sillón que había frente a la piscina.

—Voy a buscar algo para que bebamos y te cuento —me volvió a mirar—. Será mejor que nos sentemos.

Asentí con la cabeza en señal de acuerdo y ella se giró para entrar. Y, en contra de la sugerencia de sentarme, unos instantes después la seguí hacia el interior de la casa. Mi amiga estaba tan distraída que no notó mi presencia.

Observé cómo Bianca abría la nevera y estudiaba las opciones.

—¿Qué tienes en mente? —pregunté, lo que hizo que diera un salto. Sus ojos ansiosos se encontraron con los míos. Sin poder contenerme, solté una carcajada.

—¿Quieres matarme antes de tiempo, o qué? —Bianca llevó la mano al pecho.

—Estás más dramática de lo que recordaba —la provoqué.

Ella decidió ignorarme; como la adulta encantadora que era, me sacó la lengua antes de volver a mirar la nevera, que seguía abierta.

—¿Un cóctel de sandía, limón y menta?

—Si tienes agua con gas, tenemos todo lo necesario para un mocktail de sandía.

—Eso me parece perfecto —respondió, luego se inclinó y sacó la sandía de la nevera.

—Y mientras lo preparamos… —hice una pausa y extendí la mano para ayudarla; Bianca me entregó enseguida la fruta—, puedes contarme qué es lo que te está afligiendo.

—Oh, sí. De verdad necesito desahogarme —dijo, y luego tomó el resto de los ingredientes para que preparáramos aquel

cóctel.

Empezó contándome lo increíbles que habían sido los últimos meses y cómo él le había demostrado que no tenía por qué sentir miedo. Sin embargo, todo era tan intenso que la descolocaba.

Terminamos la bebida, tomamos algunos aperitivos y nos pusimos los bikinis antes de volver a la terraza. Pasamos toda la tarde conversando y disfrutando de aquel lugar. Pedimos comida a domicilio para almorzar y aprovechamos un poco de la piscina, mientras charlábamos sin prisa.

Estaba en lo cierto con mis suposiciones: Bianca se sentía insegura sobre cómo seguirían las cosas con Rafael después de que regresara a Nueva York. Al fin y al cabo, tendría que quedarse allí un año más antes de mudarse definitivamente a Brasil. Noté que realmente estaba enamorándose de él, lo cual me alegraba mucho. Y, como siempre, la aconsejé de la mejor manera posible: le dije que debía hablar con él sobre sus inseguridades en lugar de alejarlo, como imaginaba que estaba haciendo.

Y aun después de toda la conversación, seguía percibiendo la inseguridad en su mirada.

El maldito exnovio era el culpable de eso; Bianca había cambiado mucho su percepción del amor después de todo lo que había vivido con él.

Tenía miedo.

—¿Trabajas mañana? —preguntó Bianca, trayéndome de vuelta a la realidad.

—Sí, de hecho tengo que irme. Necesito visitar a mi madre hoy mismo y descansar un poco —dije mientras me levantaba.

—¿Puedes llevar mis maletas? —preguntó, y enseguida también se puso de pie. —Rafael todavía tiene cosas que hacer aquí, así que mañana pediré un coche por la app

—Claro, las llevo y las dejo con tu madre.

—Gracias. —Forzó una sonrisa; la medí con la mirada y tomé la toalla que había dejado extendida en una de las tumbonas que tenía allí.

Mientras Bianca separaba lo que quería que me llevara, fui al baño y me cambié. Al salir, percibí que la mirada de mi amiga estaba distante.

Intentaba disimularlo, pero su inseguridad era evidente. Bianca era demasiado transparente.

—¿Sabes lo que creo que deberíamos hacer para distraer esa cabeza tuya? —pregunté, atrayendo su atención hacia mí.

—Hm… ¿Qué? —me midió con la mirada.

—Una despedida de esas inolvidables —dije, sin poder contener la emoción.

—Por supuesto que sí. —Bianca soltó una carcajada, y yo me sentí feliz con su sonrisa sincera. —Eres realmente una descarada, ¡me estás usando para alimentar ese espíritu fiestero tuyo!

—Como si a ti tampoco te gustara, ¿eh? —la provoqué. —Hoy arregla las cosas con el galán y deja la despedida en mis manos, porque voy a preparar algo único para que no olvides cuánto te amamos.

—Ay, amiga —dijo, y al instante vino hacia mí y me rodeó con los brazos. —¿Ya te dije que te amo?

—Yo también, y por eso estoy aquí —respondí, devolviéndole el abrazo.

—No sé cómo estaría si no hubieras venido hoy. Me estoy volviendo loca con la idea de tener que alejarme de él.

—Todo va a salir bien, por lo que me dijiste… Ese hombre está loco por ti —dije y me aparté un poco para encontrar sus ojos. —Y además es un hombre tremendamente atractivo, así que no lo dejes escapar, amiga. No te vayas dejando las cosas mal entre ustedes; eso podría enfriar la relación.

—Está bien —dijo, llevó las manos al rostro y secó algunas lágrimas que habían caído, seguramente sin permiso.

—Mírate nada más… ¿Cómo voy a irme y dejarte así?

—Rafael está por llegar, no te preocupes —respondió, y yo asentí.

Entonces me alejé un poco más, decidida a marcharme.

—De acuerdo, arregla las cosas con el galán; cuando llegues a Búzios combinamos lo de la despedida, ¿sí?

—No te preocupes, sé que mi madre aceptará. Pero tengo que hablar con mi padre sobre eso; en realidad, creo que tendré que hablar con los dos en este caso.

Suspiré profundamente con la idea de ver a aquel hombre una vez más.

Lo sabía, definitivamente era una descarada. Sin embargo, era inevitable: el hombre era atractivo y tenía una presencia imponente. Y aunque no debía, sentí una punzada de ansiedad.

Era un hombre inalcanzable para mí, pero nada me prohibía admirarlo, ¿no? ¿Qué mal podría hacer?

—¿Amiga? —La voz confundida de Bianca me sacó de mis ensueños, y me sentí culpable por dejar que mis pensamientos fueran tan lejos.

Le dediqué una sonrisa forzada, un poco avergonzada.

—Está bien, hm… esperaré a que me hables y entonces organizaremos algo divertido.



CAPÍTULO 03

Aflojé la corbata y suspiré profundamente.

Nunca pensé que algún día diría algo así, pero necesitaba unos días de descanso; definitivamente, los necesitaba.

Eran poco más de las diez de la mañana, ya había participado en dos reuniones y llevaba al menos una hora revisando algunos contratos y planos que se habían incorporado a la empresa durante el tiempo en que estuve fuera.

Me levanté y me dirigí hacia la terraza que tenía en mi oficina. A pesar de haber optado por una casa para instalar la empresa, me aseguré de elegir una de las mejores aquí en Leblon, con dos pisos y un ambiente natural en el área exterior, para momentos como este.

Momentos de tensión y estrés.

Pensándolo bien, necesitaba más que unos días de descanso. Ciertamente, un coño apretado resolvería toda esa tensión que pesaba sobre mí, pero me había concentrado tanto en ordenar mi vida, con mi hija y la empresa, que terminé dejando de lado mis salidas discretas cuando necesitaba relajarme.

Dos golpes en la puerta me hicieron desviar la atención del paisaje y mirar hacia ella.

—Adelante —dije con seriedad. Entonces caminé hacia mi escritorio, aunque no me senté. Solo observé cuando Luana, mi secretaria, abrió la puerta.

—Señor, su hija está aquí, y como no respondió al teléfono… —Luana desvió la atención hacia mi escritorio, y yo la seguí hasta el aparato que estaba fuera del soporte.

—Déjala entrar, Luana —pedí. Ella volvió a mirarme y asintió.

Enseguida dio espacio para que Bianca entrara. Una sonrisa se formó en mis labios, y supe que mi rostro se había iluminado. Apenas podía creer que, después de tantos años acompañando el crecimiento de mi hija desde lejos, finalmente estábamos teniendo la relación que tanto había soñado.

Una relación de padre e hija.

—Hola, papá —dijo Bianca con una sonrisa en el rostro, al mismo tiempo que Luana cerraba la puerta, dejándonos a solas.

—Hola, querida —respondí y caminé hacia ella.

Bianca me rodeó con los brazos y me abrazó con fuerza. Prontamente devolví aquel cariño. Cuando se apartó, me midió con la mirada, dejando lugar a una sonrisa más tenue.

—Pasé para despedirme, decidí volver a Búzios de una vez; necesito pasar un tiempo con mamá, o siento que me va a matar. —Bianca hizo una mueca, lo que me hizo reír.

—Pensé que sería por la noche —comenté, señalando para que se dirigiera al sofá.

—Mi amiga, Vivian, está pensando en organizar una despedida para mí, así que es mejor ir de una vez para controlarla, o esa loca va a exagerar —comentó mi hija. La medí con la mirada, recordando perfectamente que ese era el nombre de la amiga que había visto la última vez.

La pelirroja de ojos curiosos y, al mismo tiempo, peligrosos.

—¿Despedida? —pregunté, con la intención de cortar el rumbo que mis pensamientos ansiaban tomar.

—Sí, reunir a todos los que son importantes para mí… y convertirlo en una noche única —respondió con entusiasmo.

—¿Dónde y cómo están pensando hacerlo?

—La única certeza que tengo es que será en Búzios. Tengo que hablar con mi amiga y decidir los detalles, pero ya te adelanto que me encantaría que tú y mamá participaran. —Su tono era vacilante. —Sé que ustedes tienen una historia complicada, pero quiero a los dos conmigo ese día.

—Bueno, si para tu madre está todo bien, yo no veo problemas —respondí con seriedad.

Sabía muy bien que Lilian guardaba rencor hacia mí, y no la culpaba por eso. Fui inmaduro y un idiota en aquella época. Pero teníamos que seguir adelante y dejar el pasado en su lugar.

Por Bianca.

—Voy a hablar con ella —dijo Bianca, trayéndome de vuelta a la realidad.

Asentí con la cabeza en señal de acuerdo.

—Me dijiste anoche que Rafael decidió ir contigo a Nueva York —comenté, decidido a cerrar aquel tema.

—Sí —dijo Bianca, animada, y se sentó en el sofá para mirarme de frente. —Tenía tanto miedo y, al final, él decidió ir conmigo.

Sonreí; no podía estar más feliz al saber que Rafael la acompañaría en ese último año.

—¿Aprendiste algo con eso?

—Hm… ¿qué Rafael siempre hará todo por mí? —preguntó, y la risa fue inevitable.

—Que la conversación es la clave para una relación —expliqué, provocando que se uniera a mí en la risa.

Cuando Bianca me contó sobre su inseguridad, aún no había hablado con Rafael. Tuve que explicarle que él era un hombre decidido e independiente, y que por eso encontraría la manera de resolverlo todo.

—Tienes razón —concordó, algo avergonzada.

—¿Él va contigo a Búzios?

—No, hm… irá el viernes. —Arqueé las cejas al escucharla.

—¿Y cómo piensas ir?

—Voy a pedir un conductor por aplicación, como he hecho en los últimos meses —respondió.

—De ninguna manera —repliqué, levantándome enseguida. — Espera unos minutos y yo iré contigo.

—No hace falta, puedo ir sola —respondió de inmediato, pero mi decisión ya estaba tomada.

Caminé hacia mi escritorio y comencé a recoger los contratos que consideré más urgentes para mi aprobación.

— Papá, no quiero molestarte — dijo Bianca, levantándose y siguiéndome.

— No vas a molestar, hija — respondí, desviando la mirada hacia ella. — Necesito revisar unas cosas en Búzios y ya estaré allí para tu despedida, ¿qué te parece?

— Hm… — Me midió con la mirada. — ¡Ya tengo veinticinco años, señor Carlos, y vivo sola desde hace al menos seis!

Hice una mueca al oírla, lo que la hizo reír a carcajadas.

— Será bueno para distraerme un poco del trabajo y además estaré cerca hasta que vuelvas a Nueva York — añadí, sin pretensiones.

— Tengo que replantear mis conceptos, me venciste con tan poco… — Me regaló una de esas sonrisas que ya conocía bien. — Vamos.



Llevaba ya varios minutos sentado en la terraza de mi penthouse, disfrutando de un buen whisky.

No debía beber más de dos copas, pues estaba esperando que Bianca me llamara para poder recogerla en la casa de su madre.

Durante el camino hacia Búzios, ella llamó a su amiga y acordó encontrarse con ella en la discoteca donde trabaja. Así que, antes de dejar a Bianca en casa de su madre, me ofrecí a llevarla y asegurarme de que el dinero no fuera un problema para esa despedida. Y, claro, quería ver de cerca lo que ellas tenían en mente.

Tal vez mi verdadero deseo fuera volver a ver aquellos ojos curiosos una vez más; aunque no debía, era exactamente lo que quería.

El sonido de un mensaje llamó mi atención. Miré el móvil que estaba sobre la mesa frente a mí y comprobé que la pantalla se había encendido. Llevé el vaso a la boca y bebí lo que quedaba del whisky antes de tomar el aparato y reconocer un mensaje de mi hija.

Bianca: *Papá, ¡estoy en apuros! Mamá organizó una noche solo para nosotras y no sé cómo decirle que pensaba ir a la discoteca a hablar con Vivian. Todavía no le conté sobre la despedida, así que voy a aprovechar la noche con ella; tengo que admitir que también lo necesito. Voy a avisar a Vivian, y aunque sea*

a última hora, mañana lo organizamos; entonces te digo la hora, ¿de acuerdo?

Miré aquel mensaje durante algunos minutos, analizando las alternativas disponibles. Finalmente, comencé a escribir una respuesta para mi hija.

Yo: *No te preocupes, disfruta la noche con tu madre, y yo me encargo del resto. Como el tiempo es corto, cuanto antes decidan cómo se hará, mejor.*

Bianca: *¡Me vas a salvar, Vivian me mataría por dejarla plantada!*

Negué con la cabeza y contuve la sonrisa.

Yo: *Mándame la dirección y concéntrate en el tiempo con tu madre.*

Me levanté después de enviar el mensaje y tomé el blazer que estaba sobre la silla de la sala. Luego me lo puse, recogí las llaves del auto y la cartera antes de dirigirme a la salida.

Al llegar al coche, revisé el mensaje de Bianca con la dirección de la discoteca. Me sorprendió notar que era la misma discoteca donde me había encontrado con Rafael algunas veces, cuando vine a Búzios, aunque no recordaba haber visto a la chica allí en ninguna ocasión.

No tardé en aparcar y dirigirme hacia el ascensor.

Conocía bien el lugar: era una discoteca en la última planta, con una vista privilegiada de la ciudad, lo que la hacía encantadora.

Al decir mi nombre al guardia de seguridad, entré sin dificultad. Entonces recorrí el sitio con la mirada, buscando a aquella chica, sintiendo que no debería haber venido a encontrarme con ella.

No cuando, en el fondo, sabía perfectamente que mis intenciones no eran del todo puras e inocentes. Pero tampoco eran las peores: la chica era la mejor amiga de mi hija, y yo tenía casi el

doble de su edad. No es que eso fuera un impedimento para mí, pero sí era un motivo más para pensarlo.

Un motivo más para mantenerme lejos de ella, bien lejos si fuera posible, ¡maldita sea!

Aun con la discoteca llena, no fue difícil encontrarla. La chica tenía una belleza exótica, se destacaba entre la multitud.

Sin pensarlo demasiado, para no terminar dándome la vuelta y marchándome del lugar, caminé hacia ella. Estaba apoyada en la barra, afuera del bar, mientras conversaba con dos meseras.

—¿Vivian? —la llamé, atrayendo su atención hacia mí.

Los ojos curiosos, aquellos que tanto había deseado volver a ver, se encontraron con los míos. Estaba sorprendida; pude sentir que mi presencia la intimidaba.

Y aunque no debía admitirlo, ni siquiera para mí mismo, fue deliciosa la sensación de tener la mirada perdida de aquella chica sobre mí.

—Oh… tú… —dejó que las palabras murieran mientras me medía con la mirada.

—Soy Carlos Mancini, el padre de Bianca —dije con seriedad.

Extendí la mano hacia ella para saludarla. Vivian tardó unos instantes en reaccionar; me devolvió el saludo con un apretón firme, y sus ojos sobre mí se volvieron aún más curiosos.

—Vivian Bittencourt. —La chica pasó la lengua por sus labios, seguida de una mordida en el inferior, y ¡maldita sea!

Tuve que hacer mi mejor esfuerzo para mantener la compostura y fingir que no imaginaba, en ese mismo instante, aquella boca rodeando mi verga.

Solté su mano y la observé por un momento, decidiendo ignorar algo que podría ser inocente, aunque sospechaba que no lo era.

Recorrí el ambiente con la mirada y, con toda aquella agitación, sería difícil conversar tranquilamente. Entonces mis ojos volvieron a ella y decidí sugerir algo que era necesario, pero que también podía ser mi perdición.

—¿Podemos conversar en un lugar más reservado?



CAPÍTULO 04

Los ojos de Carlos estaban sobre mí, expectantes. Sentí un escalofrío recorrer mi espalda al imaginarme a solas con aquel hombre. Era como si existiera una conexión palpable entre nosotros, una atracción tan fuerte que no podía ignorar.

—¿Y entonces? —preguntó Carlos cuando no respondí, arqueando las cejas a continuación.

Me sonrojé bajo su mirada; era como si supiera exactamente lo que estaba pensando, y eso me desconcertó.

—¿Está todo bien con Bianca? —pregunté, sintiéndome por un momento la peor amiga del mundo, ya que solo me preocupé ahora.

—Sí —respondió, tranquilizando mi corazón. —En realidad, es sobre ella que quiero hablar —explicó, y su voz deliciosa competía con el sonido alto de la música del lugar.

—Claro, vamos al lounge —sugerí, mi voz salió contenida mientras intentaba disimular el sentimiento que se apoderaba de mí. Desvié la mirada hacia las chicas en la barra.

—Bárbara, voy a resolver una cuestión, llámame si necesitas algo.

—De acuerdo, Vivi. —Me guiñó un ojo, y tuve que contenerme para no soltar una de esas sonrisas habituales.

Me giré y caminé a través de la multitud hacia una zona más reservada, donde el sonido era más suave y la atmósfera más íntima. A medida que nos acercábamos, saqué el móvil de entre mis pechos y lo revisé, constatando que había un mensaje de mi amiga.

Bianca: *Sabes que te quiero, ¿verdad? Por eso no vas a querer matarme por no ir a la discoteca esta noche. Doña Lilian se moriría de celos si la dejara para ir a verte, pero no te preocupes, mi padre va a arreglar los detalles; así puedes empezar a organizar todo a tu manera.*

Bianca: *Por favor, no me hagas arrepentirme de esto.*

Negué con la cabeza y contuve la risa al imaginar a Bianca diciendo esas palabras.

—Pero qué perra —murmuré al mismo tiempo que guardaba el móvil.

—¿Hm? —la voz de Carlos llamó mi atención.

—Un mensaje de tu querida hija, esa… —interrumpí mis palabras y me sonrojé al notar que él contenía la risa.

Solo entonces me di cuenta de que me estaba refiriendo a Bianca de esa manera.

Hice una mueca y abrí la puerta, luego le di espacio para que entrara. Carlos pasó junto a mí, dejando un aroma amaderado en el ambiente. Suspiré y cerré la puerta, buscando un poco más de privacidad.

Sin decir palabra, Carlos se sentó en un sillón cómodo.

—Bianca no bromeaba cuando dijo que la matarías por dejarte plantada —comentó, midiéndome con la mirada.

—Ella huye de mí siempre que le conviene, ya estoy acostumbrada a esa… —dejé las palabras en el aire mientras me sentaba frente a él.

—¿Perra? —preguntó, lo que me hizo sonrojar.

Debería callarme antes de terminar siendo malinterpretada.

—Es un apodo cariñoso —respondí, y noté que él contenía la sonrisa. —Bien, ¿en qué puedo ayudarte?

Parecía tranquila, pero la verdad era que mi corazón casi se me salía del pecho con cada latido.

—Entonces, ¿qué tienes en mente para la despedida de Bianca? —preguntó. Aunque intentaba disimularlo, pude sentir cómo su mirada recorría sutilmente todo mi cuerpo antes de volver a fijarse en mí.

—Eh… —fue lo único que logré responder, teniendo toda su atención sobre mí. Suspiré hondo y lo miré con seriedad, decidida a concentrarme en lo que debía y a ignorar por completo el deseo de coquetear con aquel hombre.

Había una tensión enorme entre nosotros, pero sabía que no podíamos ceder a ella. No cuando él era el padre de Bianca, mi mejor amiga.

—Pensé en algo aquí en la discoteca; podría reservar algunas mesas y reunir a las personas más importantes para ella. Al fin y al cabo, ama este ambiente tanto como yo.

—¿Sería posible cerrar la discoteca? —preguntó, lo que me hizo arquear las cejas.

—Oh, aunque Bianca no tiene muchos amigos aquí, sí, eso sería increíble —puntualicé, sin poder contener la sorpresa.

—Si me dices que es posible, lo haremos así.

—Necesito confirmarlo con el dueño, pero para quien tiene dinero, todo es posible.

—El dinero no es problema, me pondré en contacto personalmente con Rodolfo; estoy seguro de que no se opondrá.

—Claro que sí. —Sonreí con discreción al notar que aquel hombre conocía a mi jefe.

¿Cómo no? Cada vez estaba más claro que, si era atractivo, seguramente era amigo del sinvergüenza de mi jefe.

—¿Claro que sí? —La voz de Carlos me sacó de mis ensueños, y entonces me di cuenta de que había pensado en voz alta.

—Eh… entonces dejaré esa parte en tus manos —dije, mientras me recomponía.

—Cuéntame, ¿qué podemos hacer? Por lo que mi hija me contó, tú la conoces tan bien que imagino sabes lo que le gusta y lo que no.

—¿Estás bromeando? Somos almas gemelas —y cuando me di cuenta, ya lo había soltado.

El hombre sonrió de una manera tan deliciosa que lo volvió increíblemente atractivo.

Me mordí el labio intentando contener las ganas de aprovechar el momento para coquetear. Su sonrisa se deshizo, así que hice un esfuerzo por retomar el tema, dándole algunas ideas para hacer de ese momento algo especial para Bianca. Él estuvo de acuerdo con mis sugerencias y parecía genuinamente interesado en que todo saliera bien.

En ese instante supe que Bianca no mentía cuando hablaba de su padre: el hombre era realmente increíble y parecía que, por encima de todo, deseaba la felicidad de su hija.

La conversación fluyó con facilidad entre nosotros, mientras intercambiábamos ideas y sonrisas ocasionales. Era difícil ignorar la química que flotaba en el aire, pero nos mantuvimos profesionales.

—Bueno… déjamelo a mí, lo organizaré de manera que no habrá forma de que a Bianca no le guste —dije, sin poder contener

la emoción, al mismo tiempo que me levantaba.

—Estoy seguro de que le encantará —respondió él, y yo solo sonreí.

Lo observé cuando se puso de pie; al minuto siguiente sacó la cartera y extrajo lo que parecía ser una tarjeta de presentación, luego la extendió hacia mí.

—No dudes en llamarme en cualquier momento si necesitas algo.

—Gracias —respondí, tomando la tarjeta.

Sentí una electricidad deliciosa en el momento en que nuestros dedos se rozaron; separé suavemente los labios y solté un suspiro profundo. Sus ojos buscaron los míos justo en el instante en que prolongaba mi contacto con sus manos.

En un movimiento automático, me humedecí los labios; la boca estaba seca y una ola de excitación recorría todo mi cuerpo. Pensé que aquel hombre seguiría ignorando mis expresiones, como lo había hecho desde que llegó, pero no: me sorprendió cuando Carlos me empujó contra la pared en un abrir y cerrar de ojos.

Su mano fue a mi rostro, y sentí cómo su pulgar pasaba de manera brusca por mis labios.

—Estoy intentando convencerme de que cada gesto que haces es inocente, niña. Pero no lo estás poniendo fácil —susurró Carlos, con los ojos llenos de deseo fijos en mí. —Ambos sabemos que no debemos sobrepasar los límites, pero tienes que colaborar; eres la mejor amiga de mi hija.

—¿Y… si no lo fuera? —pregunté; mi voz salió entrecortada, mi corazón se aceleró y tragué saliva, luchando por mantener la compostura.

—Maldita sea, niña —resopló, haciéndome estremecer.

—Hazme saberlo —pedí, queriendo la confirmación de que no era la única en sentir toda aquella tensión.

Era innegable.

—Estaría follándote en este mismo momento —gruñó, y fui incapaz de contener el gemido. —Eres un maldito territorio prohibido.

Sus ojos se dirigieron a mi boca, y al instante siguiente sus manos ya estaban lejos de mí.

Carlos se apartó tan rápido como me había tocado; era evidente que intentaba mantener el autocontrol.

Bueno, alguien debía hacerlo, al fin y al cabo.

—Llámame si lo necesitas.

Al pronunciar esas palabras, Carlos se giró y se dirigió hacia la salida. Permanecí en el lugar, observándolo abrir la puerta y marcharse, dejándome allí, extasiada con la presencia tan marcada que poseía.

En ese momento supe que realmente era una descarada, por provocar y desear tanto a aquel hombre que, como había dicho, definitivamente era un territorio prohibido.

¡Por Dios! ¿Qué demonios tenía en la cabeza?

Sabía que había mucho en juego; no podía arriesgarme a hacer algo que me hiciera perder la amistad de alguien a quien amaba tanto. Bianca lo era todo para mí. No podía olvidar que aquel hombre era su padre.



CAPÍTULO 05

Me desperté con el sonido insistente de mi móvil, interrumpiendo el mejor sueño que tenía: el de la mañana. Con una pereza evidente, estiré el brazo hasta la mesita de noche y atendí la llamada, aún somnolienta.

—¿Hola? —murmuré.

—Buenos días, pelirroja… ¿o debería decir la mejor empleada del año? —la voz suave de mi jefe resonó al otro lado de la línea, haciéndome saltar de la cama. *—No puedo creer que sigas durmiendo a estas horas.*

Al escuchar la risa descarada de Rodolfo, desvié la atención hacia el reloj y constaté que eran casi las diez.

—Salí de la discoteca a las tres, es totalmente justificable —dije mientras caminaba hacia el baño.

—Debería reducir tu carga y dejarte a cargo de las negociaciones. ¿Qué opinas?

—Bueno, podemos hablar de eso —respondí, orgullosa del rumbo de la conversación. —Pero dime, ¿qué te hace llamarme en

plena madrugada?

Rodolfo soltó una carcajada, y me resultó imposible mantenerme seria ante su reacción.

—Estuve en una reunión con Carlos Mancini esta mañana, y debo decir que acertaste con las sugerencias. Tienes carta blanca para organizar todo como mejor te parezca —dijo, sorprendiéndome. *—Informa a los empleados y al personal de seguridad: el viernes solo podrán subir los invitados para la despedida que organizarás.*

—Oh, esto es fantástico —respondí, animada.

Era la primera vez, desde que me convertí en gerente y fui transferida a esa unidad, que estaría al frente de algo así. Generalmente Rodolfo dejaba a una rubia —muy atractiva, por cierto — a cargo de los eventos.

—Le di tu dirección a Carlos, te enviará algo hoy mismo y todo está en tus manos —me advirtió. Mordí el labio inferior y me miré en el espejo, pensando únicamente en lo que podría estar mandándome. *—Pasaré por la discoteca en la noche; si necesitas cualquier apoyo hasta entonces, no dudes en llamarme.*

—Está bien, hablamos en la noche —dije, mientras mi boca se curvaba en una sonrisa llena de expectativa.

Colgué la llamada y dejé el móvil sobre la encimera del baño. Me dirigí al box mientras me quitaba la pijama, deseando que el agua fría de la ducha me ayudara a despertar por completo.

Después del baño, fui al cuarto para vestirme, cuando escuché el timbre sonar. Terminé de ponerme los pantalones cortos y salí del cuarto; al llegar a la sala, vi a mi hermana en la puerta conversando con un hombre corpulento vestido con un traje negro.

La atención de ambos se dirigió de inmediato hacia mí.

—Es para ti —Anna entrecerró los ojos y me dejó espacio.

—Gracias —dije. Ella me estudió con la mirada antes de dejarme a solas con el hombre serio que estaba en nuestra puerta.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarlo?

—El señor Carlos Mancini envió este paquete para la señorita —el hombre extendió la mano, entregándome un sobre negro.

Lo abrí y encontré dentro una tarjeta black.

—¿No debería confirmar si soy realmente la persona indicada para recibir esto, guapo? —pregunté. El hombre permaneció serio.

—No cuando estoy seguro de que es la persona correcta —respondió. Arqueé las cejas, curiosa; quería preguntar cómo estaba tan seguro, pero por la expresión del sujeto, no era algo que me contaría.

—Está bien, gracias —agradecí. Él solo asintió con seriedad y se dio la vuelta para marcharse.

Negué con la cabeza y cerré la puerta. Mis ojos volvieron al sobre, mientras caía en cuenta de la responsabilidad que estaba asumiendo.

—Cuánto misterio —comentó Anna, atrayendo mi atención. Solo entonces noté que sostenía una taza de café, apoyada en el marco de la puerta de la cocina.

—¿No deberías estar trabajando? —pregunté, mientras caminaba hacia ella.

—Debería, pero me tomé la mañana para llevar mi coche al mecánico. Lamentablemente, la previsión es que esté listo el lunes. ¿Sabes lo que significa? —me dio una sonrisa. Hice una mueca, comprendiendo lo que la muy perra quería.

Fui hacia la cocina y ella me siguió. Tomé un vaso de agua, mientras Anna dejaba la taza de café sobre la encimera; sus ojos, llenos de expectativas, se posaron en mí.

—Hoy necesito el coche por la tarde, pero te lo dejo durante mi jornada laboral, si prometes recogerme en el trabajo a las tres.

—Perfecto, tengo una cita mañana y no quería tener que pedir un conductor de la aplicación —dijo, animada. Luego se acercó y me abrazó. —Eres la mejor.

Una sonrisa se dibujó en mis labios y correspondí a su abrazo después de dejar el vaso en el fregadero. Cuando se apartó, sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Vas a contarme quién era el tipo en la puerta?

—No seas tan curiosa —dije, provocándola.

—Soy la hermana mayor aquí, necesito saber qué está pasando —intentó justificarse, lo que me hizo soltar una carcajada.

—¿Desde cuándo te volviste tan responsable? —pregunté. Ella hizo una mueca.

—Me atrapaste, nena, es solo curiosidad —Anna se encogió de hombros. —El tipo estaba buenísimo.

—¿No eres tú la que tiene una cita mañana?

—Solo un contacto —respondió. Yo negué con la cabeza.

Fue observando a Anna que me di cuenta de que los encuentros casuales eran mejores que asumir una relación, pues estas podían estar condenadas al fracaso, igual que la relación de nuestros padres. Pero, ¿solo porque ellos habían fallado significaba que todas las relaciones estaban destinadas al fracaso?

—¿Eh, qué pasa? —preguntó Anna, sacándome de mis ensueños.

Forcé una sonrisa, dudando si debía exponer lo que pensaba.

—¿No estás cansada de vivir así? Digo… ¿no tienes ganas de intentar una relación seria? —pregunté, algo vacilante.

—Para mí, nuestros padres fueron suficiente ejemplo. No solo ellos: los hombres tienen la manía de querer controlar todo, así que estoy bien con la vida que llevo —respondió con firmeza.

En ese instante comprendí que Anna ni siquiera consideraba la posibilidad de una relación seria.

Yo, en cambio, aunque había presenciado la relación desastrosa de nuestros padres, tenía mis dudas. Veía en Bianca y Rafael el verdadero amor.

—Tienes razón —forcé una sonrisa—, voy a mi cuarto, tengo algunas cosas que resolver.

—Ve, nena —ella me guiñó un ojo.

Negué con la cabeza y, con aquel sobre en las manos, me dirigí al cuarto. Tomé mi móvil y me senté en la cama; abrí el sobre una vez más y saqué la tarjeta que había dentro.

Solo entonces noté que había una nota. De inmediato me di cuenta de que estaba escrita a mano y, antes de leerla, mis ojos se fueron al final: la firma de Carlos Mancini.

"Hazlo de la manera que consideres mejor, confío en tus ideas. Esta tarjeta es para cualquier gasto que tengas fuera de la discoteca; el resto lo arreglaré directamente con Rodolfo. La clave es 2416. Cualquier duda, estoy a tu disposición.

Carlos Mancini."

Al terminar de leer, abrí el cajón del mueble junto a la cama y saqué la tarjeta de presentación que Carlos me había dado. Me sentí tentada a llamarlo, pero el mensaje era claro: no tenía motivos para hacerlo. Entonces me permití simplemente recordar el encuentro que habíamos tenido aquel día en la discoteca.

La manera en que él era atractivo y encantador agitaba mis pensamientos más íntimos. Sabía que no debía, pero no podía evitar la excitación y la ansiedad por verlo nuevamente, en la despedida de mi amiga.

Negué con la cabeza, como si ese gesto pudiera alejar mis pensamientos. Luego volví a tomar la nota y le saqué una foto.

Después, fui al contacto de Bianca y le envié la imagen acompañada del siguiente mensaje.

Yo: ¿Sabes lo que significa esto? Prepárate, tu despedida está en mis manos. Incluso, la discoteca será cerrada solo para los más íntimos.

Tardó apenas un minuto en que Bianca lo viera y comenzara a escribir.

Bianca: *¡Ay, Dios mío! Mi padre se volvió loco, le dio poder a una loca consumista. Sabía que debía haberlo acompañado anoche.*

Solté una carcajada y, sin perder tiempo, escribí una respuesta.

Yo: Ya tengo la cabeza a mil, dime quién quieres que esté ese día y yo me encargo del resto.

Al enviar aquel mensaje, bloqueé el móvil y lo dejé a un lado en la cama, con la mente acelerada, lista para preparar algo increíble y ansiosa por la despedida de Bianca.



CAPÍTULO 06

23 AÑOS ANTES

Me senté en el sillón de cuero, sosteniendo un vaso de whisky en la mano mientras observaba el líquido ámbar girar en movimientos lentos. La sensación del alcohol deslizándose por mi garganta resultaba reconfortante, aunque no era suficiente para calmar la rabia y la tristeza que consumían mi pecho.

Necesitaba desahogarme, y por eso conduje cerca de dos horas para hablar con el único que podía escucharme y comprender todo mi dolor.

César estaba sentado frente a mí en el sofá, mirándome fijamente. Era ese tipo de amigo que escuchaba, incluso cuando no decías nada. Yo sabía que podía contar con él.

—No has logrado olvidarla, ¿verdad? —César rompió el silencio.

—No puedo perdonarme por lo que le causé y… —mi voz se quebró—. Saber que desapareció sin dejar rastro, llevando en su vientre un hijo mío… nunca podré vivir en paz con esa situación.

César suspiró y me midió con la mirada.

—No sé si me perdonarás por lo que voy a contarte ahora, pero necesitas saberlo —respondió con seriedad.

—¿Qué podrías contarme de tan grave? —pregunté, sin poder creer que hubiera algo capaz de llevarme al extremo.

El silencio se instaló entre nosotros. Observé cómo César bebía de un solo trago todo el líquido de su vaso. Entonces, sus ojos se dirigieron hacia mí.

Fue en ese instante cuando me di cuenta de lo que podía ser.

—Quiero que recuerdes que siempre fui tu amigo, pero también era amigo de Lilian. Me quedé entre la espada y la pared cuando pelearon —dijo César finalmente, con la voz cargada de remordimiento—. Tuve que respetar el deseo de ambos.

Llevé el vaso a la boca, tomando un trago largo antes de responder, reuniendo fuerzas para enfrentar la verdad.

—¿Qué quieres decir, César? —pregunté, con la voz impregnada de dolor.

César suspiró antes de hablar, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Yo… yo ayudé a Lilian durante el embarazo, así que no estuvo completamente sola. Pero, ¿cómo podía contártelo, cuando ella me buscó y me imploró que no te dejara saber dónde estaba? —suspiró profundamente. —Quiero que sepas que intenté de todas las formas aconsejarla para que se pusiera en contacto contigo, pero no pude hacer más que eso.

Sentí una mezcla de alivio y rabia dominar mis sentimientos. Alivio por saber que Lilian había tenido a alguien a su lado, alguien que cuidó de ella y de nuestro bebé. Rabia por haber pasado tanto tiempo sin saberlo, por mi mejor amigo haber estado obligado a ocultarlo.

Por encima de todo, intenté comprenderlo; al fin y al cabo, sabía muy bien que él tenía la misma amistad con Lilian. Yo lo había conocido a través de ella.

—¿Ella tuvo al bebé? ¿Están bien?

César asintió con la cabeza, y aquello hizo que un alivio se posara sobre mí.

—Es una niña, una hermosa niña —respondió. Mis ojos se llenaron de lágrimas.

¡Una niña!

Me levanté del sillón y dejé el vaso de whisky sobre la mesa de centro; mis ojos, llenos de ansiedad, se dirigieron a mi amigo.

—¿Dónde está Lilian? —pregunté, con la urgencia filtrándose en mi voz.

—No tengo contacto con ella desde hace un año, pero tiene un café aquí en Búzios. —Fruncí el ceño, confundido.

—¿Por qué perdieron el contacto?

—Es complicado… —respondió, con un tono cargado de vacilación y dolor—. Lo que importa es que no será difícil encontrarla.

Sabía que había algo detrás de aquella afirmación, pero en ese momento decidí ignorarlo. Tenía algo que necesitaba resolver con urgencia.

—Por favor, dime dónde puedo encontrarlas —pedí, lleno de esperanzas por, al fin, acabar con la angustia que llevaba en mi corazón.

—Café & Confort, está ubicado frente al mar. —Asentí, recordando haber pasado por ese café algunas veces.

Miré el reloj en mi muñeca y constaté que ya pasaban de las tres de la tarde. No podía esperar; quería ir a su encuentro cuanto antes.

—Terminaremos esta conversación más tarde, ahora necesito ir a verla.

—Entonces ve. Pero prepárate para lo que puedas encontrar. Te deseo muy buena suerte.



Mi corazón dio un salto dentro del pecho cuando mis ojos encontraron a Lilian a través de las paredes de vidrio del café. Era un espacio acogedor y frente al mar.

Ella estaba sonriendo y jugando con una niña pequeña. Ese fue el mayor motivo de que mi corazón se agitara: la expectativa de que aquella hermosa niña fuera nuestra hija. Sin perder tiempo, entré en el café, atrayendo la atención de la mesera y de Lilian hacia la puerta.

Lilian me miró con una mezcla de sorpresa y desprecio, mientras yo avanzaba hacia ella. Aún podía ver el dolor y la tristeza en sus ojos, pero, por encima de todo, había una fuerza latente en su expresión.

Se volvió hacia la mesera, que rápidamente se acercó a ella y se llevó a mi pequeña. Ese gesto me partió el corazón, aunque lograba comprender sus motivos.

—¿Qué haces aquí? —su voz salió amarga—. Te dije que no quería volver a verte nunca más.

—Huiste, llevándote a nuestro bebé, a nuestra niña.

—Mi bebé —corrigió de inmediato.

—Me equivoqué contigo, Lilian, me equivoqué mucho y estoy arrepentido por el dolor que sé que te causé, pero no puedo simplemente ignorar el hecho de que tenemos una hija.

—Tienes razón —dijo, con la voz quebrada—. Para que cumplas tu palabra, yo también debo cumplir la mía, ¿no es así? Te doy la prueba de ADN y nunca más te acercas a nosotras.

—No necesito una prueba de ADN, mira, las cosas no tienen que ser así, por favor, déjame corregir…

—No hay nada que corregir, lo que hiciste no tiene perdón —me interrumpió.

—Lilian…

—Dame tu contacto y te llamaré para informarte cuándo debes presentarte para la prueba de ADN. Solo así cumplirás tu parte.

—Quiero conocer a nuestra hija —supliqué.

—La conocerás, el día de la prueba. Ahora, vete.

—Está bien, esperaré tu contacto —respondí, sin otra opción.

Sin querer prolongar aquel momento, me di la vuelta y me dirigí hacia la salida, con el corazón roto, pero con una chispa de esperanza.

Acepté su petición, no porque dudara de su palabra, sino porque esa sería una oportunidad más de estar cerca de mi hija. Quería tener contacto con ella, aunque fuera mínimo.



Mientras caminaba hacia la clínica, mi corazón latía tan fuerte que parecía a punto de saltar del pecho. Mis pasos eran rápidos, reflejando la ansiedad que me consumía. El día en que fuimos a tomar las muestras, Lilian permitió que conociera a la pequeña Bianca; por eso, hoy mi esperanza era simplemente verla una vez más.

Al llegar a la clínica, me encontré con Lilian sosteniendo a la pequeña Bianca en brazos. Sus ojos se cruzaron con los míos, mostrando una mezcla de determinación e incertidumbre. Era como si estuviera a punto de entregarme su mayor secreto.

Sin pronunciar una palabra, Lilian entregó a nuestra hija a una amiga que estaba a su lado. Era como si ambos supiéramos que aquel momento sería demasiado intenso para involucrar la presencia de terceros.

Entonces pude ver a mi niña desde lejos, mientras la amiga de Lilian la llevaba fuera de la sala de espera.

Por un instante, ambos permanecimos en silencio, simplemente mirándonos.

La recepcionista de la clínica se acercó y me entregó un sobre sellado. Era el resultado de la prueba de ADN. Y aunque ya sabía cuál sería el resultado, abrí aquel sobre. Mis ojos recorrieron la página impresa, confirmando lo que ya no dudaba: yo era el padre de Bianca Martins.

Las lágrimas amenazaron con inundar mis ojos, pero antes de que pudiera procesar completamente la realidad, Lilian pronunció unas palabras que me tomaron por sorpresa.

—Ahora, Carlos, debes honrar tu palabra. Prometiste que no te acercarías a ella, a nosotras.

La miré, angustiado.

—Lilian, acepté eso en un momento de locura, yo… yo no sé si puedo hacerlo. Ella es mi hija, quiero estar presente en su vida.

—No —respondió con firmeza—. Yo cumplí lo acordado, entregándote la prueba de ADN. Ahora es momento de que cumplas tu palabra.

Mi corazón se detuvo por un instante, mientras sus palabras resonaban en mi mente. Sabía lo que quería decir, pero nunca

imaginé que sería tan inflexible con esa decisión. La realidad me golpeó como un puñetazo en el estómago.

—Por favor, no hagas esto —supliqué, intentando encontrar algún resquicio de esperanza en sus ojos.

Ella negó con la cabeza, decidida.

—Ya lo he decidido, es mejor para Bianca y para mí que nunca más te acerques a nosotras. Debes entender que esta es la consecuencia de tus acciones pasadas.

Estaba herido, pero sabía que sus palabras provenían de un lugar de profunda tristeza y resentimiento. Yo había roto su confianza de una manera irreparable y ahora estaba cosechando las consecuencias de ese acto.

—Entiendo lo doloroso que es todo, pero quiero asumir mis responsabilidades como padre… pagar la pensión, estar presente al menos de esa forma.

Hubo un instante de vacilación en sus ojos, pero pronto negó con la cabeza.

—Sabes muy bien que puedo darle un gran futuro a Bianca, quiero hacerlo por ella y si… —comencé, mi voz se quebró—. ¿Y si lo hacemos todo a través de mi abogado de confianza? Nunca nos encontraremos, pero yo me encargaré de todas las necesidades de Bianca. No quiero abandonarla, por favor.

Ella me miró con duda durante algunos segundos, pero finalmente asintió.

—Está bien, Carlos —dijo con seriedad—. Puedes ayudarla económicamente, aceptaré eso por el futuro de ella. Pero te mantendrás distante; Bianca no sabrá de ti. Yo… quiero que recuerdes que tu castigo será vivir con el dolor de no poder participar en su vida.

Mi corazón se partió al escuchar sus palabras, pero sabía que no podía contradecir su decisión. Al fin y al cabo, yo mismo había

causado todo aquello.

Solo fui capaz de asentir.

Quería participar en la vida de mi hija, verla crecer, pero había cometido un error imperdonable. Lo mínimo que podía hacer por Lilian era aceptar su decisión, mi castigo.

Lilian me miró por última vez antes de salir de la sala. La seguí con la mirada mientras se acercaba a su amiga y tomaba a nuestra niña en brazos. Observé cómo se alejaban, cada vez más lejos de mí.

Mi corazón estaba destrozado, pero al menos tendría la oportunidad de honrar mi palabra y cuidar de mi hija, aunque fuera solo desde la distancia.



CAPÍTULO 07

Suspiré profundamente, pensando en cómo sería ver a Lilian de nuevo y, quizá, tener una conversación decente después de tanto tiempo. No me sentía ansioso, tampoco pensaba en la época en que estuvimos juntos; aquello había quedado enterrado en el pasado, como un capítulo de mi vida.

Sin embargo, debía confesar que me gustaría tener una buena relación con Lilian, poder sentarnos y conversar sin resentimientos.

—*¿Papá, me estás escuchando?* —la voz de Bianca resonó con fuerza al otro lado de la línea, sacándome de mis ensoñaciones.

Me levanté de la silla y caminé hacia la terraza, mientras pensaba en la última pregunta de mi hija.

—¿Qué opina tu madre de esto, hija? —pregunté, al mismo tiempo que contemplaba el paisaje frente a mí.

Hacía mucho tiempo que no venía a este penthouse en Búzios. Desde que mi hija se fue al extranjero, no había motivos para regresar aquí.

—Bueno, ella no parece la persona más feliz del mundo con el hecho de que yo quiera que ambos participen, pero dijo que lo hará por mí —respondió, con un tono que claramente mostraba que encontraba divertida la situación.

Negué con la cabeza, pero fue imposible contener la sonrisa.

—Como ya te dije, no veo problemas —dije, y en el instante siguiente pude escuchar la celebración de mi hija al otro lado de la línea.

Tuve que alejar un poco el teléfono del oído, para preservar la salud de mis oídos.

—Nos vemos en el Garden Club más tarde entonces, te amo, papá —dijo, con la misma animación.

—Yo también te amo, querida —respondí y, enseguida, terminé la llamada.

Al mirar la pantalla, me di cuenta de que había un mensaje de aquella que ocupaba mis pensamientos en los últimos días, incluso cuando intentaba evitarlo. Sin pensarlo demasiado, hice clic en la notificación.

Vivian: *Todo listo para esta noche, ¿nos vemos más tarde, verdad?*

Me quedé observando ese mensaje durante algunos minutos. Generalmente, cuando una mujer me atraía, no solía dejar pasar la oportunidad. Una noche siempre era capaz de resolverlo todo. Sin embargo, esta vez la situación era distinta: la chica resultaba ser nada menos que la mejor amiga de mi hija.

¡Maldición! No podía hacerlo.

Bloqueé el móvil y me di la vuelta para entrar. Después de dejar el aparato sobre el mueble de la sala, me dirigí al cuarto y me puse una bermuda más cómoda, decidido a hacer algo para ocupar mi mente.

Fui al gimnasio privado que tenía en el penthouse. Por primera vez me sentí agradecido de que la decoradora hubiera insistido en que no podía faltar, cuando compré este lugar.

Entrené con intensidad durante la siguiente hora; el sonido del metal contra el metal en cada ejercicio me ayudaba a no pensar en aquella pequeña y exótica tentación, en la que debía mantenerme alejado. Pero pronto fui sacado de mi concentración cuando el sonido del timbre resonó por todo el ambiente.

Con la respiración agitada, tomé una toalla y me sequé el rostro. Luego me dirigí a la puerta y la abrí, convencido de que solo podía ser una persona.

—Si hubiera sabido que estabas entrenando, habría venido más temprano —dijo César. Sonreí y le di espacio para que entrara.

—Ah, claro —respondí, sin poder ocultar la ironía. Cerré la puerta detrás de nosotros y lo seguí hacia la sala. César se sentó en el sofá; yo me detuve frente a él y lo medí con la mirada.

—Siéntete a gusto, voy a darme una ducha.

—¿No vas a servirme al menos una bebida? —preguntó. Solté una risa y me di la vuelta para salir.

—Ya eres de casa, puedes servirte solo —dije, mientras me dirigía a mi cuarto.

Mientras el agua caía sobre mí, mis pensamientos se sumergieron en el pasado. En cómo yo, César y Lilian nos llevábamos bien. Durante todo ese tiempo había existido una laguna en el pasado, una laguna que nunca me había preocupado por conocer… al menos hasta ese momento.

Con eso en mente, salí de la ducha y me vestí. Luego regresé a la sala, pero César ya no estaba sentado en el sofá. Mis ojos recorrieron el lugar y, desde donde estaba, pude verlo apoyado en el balcón, perdido en sus propios pensamientos.

Tomé un vaso de la pequeña bodega y me serví una dosis para mí. Después, serví otra en el vaso que estaba sobre la mesa de centro y me acerqué a él. Pronto notó mi presencia; simplemente extendí uno de los vasos hacia él y, enseguida, bebí un sorbo del mío.

—Sabes, hay algo que me gustaría saber —dije, rompiendo el silencio que había entre nosotros.

—Entonces pregunta —respondió con serenidad.

—Es sobre el pasado —dije. César me midió con la mirada y asintió, mientras su semblante se volvía vacilante.

—¿Qué ocurrió para que tú y Lilian se distanciaran?

Lo había sorprendido, era evidente. César miró el vaso en su mano y lo llevó a la boca, bebiendo el líquido de un solo trago. Luego fijó la vista en un punto cualquiera. En ese instante sentí que no tenía el valor de mirarme a los ojos.

—Porque nos enamoramos en el proceso —susurró. Yo arqueé las cejas.

La verdad era que, en el fondo, sospechaba que podía ser algo así, pero nunca imaginé que realmente me lo confesaría, en caso de ser cierto.

—¿Ustedes… estuvieron juntos durante su embarazo? —pregunté con cautela. César me miró como si mi pregunta lo hubiera ofendido.

—Jamás haría eso contigo, nunca lo haríamos —respondió con seriedad—. Fue por eso que decidimos alejarnos. No era algo discutible; tú eras demasiado importante para mí y, a pesar de todo, también lo fuiste para Lilian.

En ese instante pude comprender el sacrificio que ambos hicieron al alejarse. Y, una vez más, Lilian ciertamente había sufrido por mí. Curiosamente, no sentí rabia ni celos por la situación. Me

sentí feliz, porque una vez más tuve la confirmación de que César era un verdadero amigo.

—¿El hecho de que sigas soltero hasta hoy tiene que ver con eso? —pregunté, con seriedad.

—Sí —respondió, evasivo. Sentí que César no quería hablar del tema, lo que solo me daba una certeza.

—Todavía la quieres —afirmé.

César no respondió; suspiró y se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la sala. Lo seguí y me senté en el sofá, mientras él servía otra dosis de whisky para ambos. Luego se acomodó en el sofá frente a mí.

No dijo nada, y supe lo que debía hacer, considerando todo lo que había pasado en los últimos años y cómo me sentía respecto a ello.

—Como te dije ayer, esta noche iré a una despedida que la amiga de mi hija está organizando —comencé, con un tono firme—. Lilian estará allí. Creo que deberías ir y aprovechar para resolver las cosas con ella.

—Carlos… no puedo hacer eso.

—Debes hacerlo. Si hay algo que no quiero es estar entre ustedes dos —llevé el vaso de whisky a la boca y bebí un sorbo—. Lo único que quiero es que tú y Lilian sean felices, sin pensar en mí.

—Pero, ¿y tú… cómo puedo…

—Ya no siento nada por ella, solo culpa, por haberla hecho sufrir más de una vez —lo interrumpí, decidido—. Prepárate. Hoy vas conmigo y, sí, hablarás con Lilian y resolverás el pasado. Yo haré lo mismo.



CAPÍTULO 08

El viernes finalmente había llegado; estaba emocionada y ansiosa por esa noche.

Como Bianca había vivido la mayor parte de los últimos años en el extranjero, no tenía muchos amigos, así que la despedida se haría con pocas personas, pero aun así tendríamos todo el ambiente para nosotras.

Decoré la discoteca con el foco principal en el bar, cerca de la pista de baile, y coloqué cintas con mensajes para que mi amiga los viera apenas entrara. Las bebidas eran de las mejores, la comida fue elegida con cuidado y cariño; preparé una gran tabla de embutidos variados y especiales, dulces y pastel.

Después de asegurarme de que todo estaba como debía, fui a casa a arreglarme y dejé el coche con mi hermana, que para desesperarme tardó más de lo que debía en estar lista.

Entonces, allí estaba yo, después de que ella me dejara plantada a último momento, dirigiéndome hacia el ascensor para asegurarme de llegar antes que cualquiera.

Cuando la puerta se abrió, me encontré con mi jefe, con una sonrisa ladeada, mientras me evaluaba con la mirada.

—Llegaste tarde, pelirroja —dijo Rodolfo, lo que me hizo poner los ojos en blanco. Desde que escuchó a Alexandre llamarme así, el apodo se quedó.

—¿Ya llegaron? —pregunté al salir del ascensor.

—No. —Me guiñó un ojo, dejando claro que solo estaba probando mi paciencia—. Hiciste un buen trabajo, dejaré el resto en tus manos. Si necesitas algo, llámame.

—Déjamelo a mí —respondí, pasando junto a él.

—Diviértete, pero no demasiado. —Sonreí y negué con la cabeza.

Podía decir que me gustaba mi jefe; era atrevido y atractivo. Seguramente, si no siguiera tan estrictamente la política de no involucrarse con empleadas, y si yo no hubiera escuchado ciertas cosas sobre él, no perdería la oportunidad.

En realidad, era difícil creer que un hombre con esa carita pudiera ser tan canalla. Pero, al parecer, eso era exactamente lo que él era.

—Lucas, buenas noches —saludé al guardia de seguridad, quien solo me dio un gesto con la cabeza, serio.

Sonreí y pasé junto a él, entré en la discoteca y recorrí todo con la mirada una vez más, intentando confirmar que todo estaba en su lugar. Al terminar, me dirigí al bar.

—Chicas —dije, llamando la atención de Bárbara y Amanda. Ellas se giraron hacia mí con una sonrisa en el rostro.

—¿Cómo estamos por aquí?

—Solo esperando a que lleguen los invitados, todo está en orden —respondió Bárbara. Mi sonrisa se amplió y me giré para

revisar la mesa donde había indicado que organizaran toda la comida.

Mi sonrisa se desvaneció en el momento en que mis ojos se dirigieron hacia la puerta, encontrando allí al hombre que estaba a punto de arrebatarme la cordura que, siendo sincera, ya era poca.

Carlos estaba acompañado de un hombre que aparentaba tener la misma edad y que, aunque era tan atractivo como él, tenía un semblante más ligero.

Los observé recorrer el lugar con la mirada y admirar la decoración. Esperé hasta el instante en que los ojos de Carlos se encontraron con los míos, justo cuando se acercó.

Estaba ansiosa por verlo de nuevo, aun sabiendo que no debía.

—Vivian. —La voz seria resonó en el ambiente, entonces los ojos de Carlos se dirigieron a un punto detrás de mí—. Chicas, buenas noches.

Las chicas lo saludaron de inmediato; el hombre que acompañaba a Carlos sonrió con amabilidad, y luego sus ojos volvieron a posarse sobre mí.

—Buenas noches —los saludé.

—Déjame presentarlos. Vivian, este es César, un amigo —dijo Carlos, y enseguida miró a su compañero—. César, esta es Vivian, la amiga de Bianca de la que te hablé.

Sentí una oleada de emoción al escuchar esas palabras. ¿Qué habría dicho Carlos de mí a su amigo?

—Vivian. —La voz suave de César me devolvió al momento. Mis labios se curvaron en una sonrisa sincera y extendí mi mano para saludarlo.

—Así que fuiste tú quien organizó todo esto.

Asentí mientras me esforzaba por mantener la sonrisa, ocultando la pequeña punzada de decepción que me alcanzó al notar que, seguramente, eso era lo que Carlos había comentado sobre mí.

Claro, ¿qué otra cosa podría ser?

—Es un placer conocerlo —dije, y mis ojos se dirigieron a Carlos, que seguía observándome. —Por favor, siéntanse cóm…

—Mira quién tenemos aquí… el gran Carlos. —Una voz familiar se extendió por el ambiente, al mismo tiempo que unas manos atrevidas rodeaban mi cintura. Giré la cabeza y encontré a Alexandre con una sonrisa aún más descarada que de costumbre. —Hola, pelirroja.

Rodé los ojos y llevé mi mano hacia él, poniendo una distancia considerable entre nosotros. Su sonrisa se ensanchó y, sin poder evitarlo, yo también sonreí, mientras negaba con la cabeza.

Alexandre estaba cada día más descarado.

—Alexandre, tú por aquí. —La voz de Carlos rompió aquel contacto—. No tenía idea de que conocías a mi hija.

—Si te digo que conocí a Bianca durante el tiempo que estuve en Nueva York, ¿creerías que el mundo puede ser tan pequeño? —preguntó Alexandre. Carlos hizo una mueca, lo que me hizo sonreír al imaginar que conocía bien a la pieza que tenía delante.

—Bianca no es una niña. —Una voz femenina resonó entonces, y solo en ese momento Alexandre se apartó para dejarnos ver quién estaba allí.

—Patricia, qué gusto verte aquí —dijo Carlos. Ella se acercó y lo saludó con un beso en la mejilla.

Contuve la expresión de disgusto al darme cuenta de que Patricia, la prima de Bianca, había tenido el descaro de aparecer. Lo poco que Bianca me había contado sobre ella ya bastaba para que la detestara sin siquiera conocerla.

—Por favor, siéntanse a gusto —dije, atrayendo la atención de todos los presentes—. Me reuniré con las chicas en el bar, pero pueden llamarme si necesitan algo.

Recibí algunas sonrisas y la mirada seria de Carlos. Entonces me giré y comencé a caminar para rodear y entrar en el área destinada al personal. Fue en ese momento cuando sentí una mano grande en mi brazo, suave, pero que envió una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

De inmediato noté que no se trataba de Alexandre, así que me volví para confirmar lo que mi cuerpo ya sabía: era él.

—En realidad, aún necesito un favor tuyo, pelirroja —susurró, haciéndome sentir el cuerpo arder.

—Es solo… un apodo estúpido de un amigo —expliqué, sin que tuviera que preguntarlo.

¿Sería una locura decir que su mirada estaba llena de dudas respecto a eso?

Carlos permaneció algunos segundos sin pronunciar palabra, pero podía jurar que se relajó con aquella información, aunque siguió en silencio. Era como si estuviera siendo cuidadoso sobre cómo continuar aquella conversación.

—Necesito resolver una cuestión, ¿habría alguna sala reservada para que César y yo pudiéramos conversar lejos de todos? —preguntó, ignorando por completo la explicación que le había dado.

—Bueno… hay un área en la terraza, es reservada y apartada de todo. Se accede antes de entrar, me parece perfecto para lo que desea —sugerí, manteniendo la compostura.

—Excelente, por favor, llévanos hasta allí —pidió Carlos, y enseguida se volvió hacia su amigo, que conversaba con Patricia y Alexandre—. César, adelantemos aquel asunto.

César suspiró y, al minuto siguiente, asintió. El gesto llamó mi atención, pues el hombre cambió por completo su postura.

—Por favor, síganme, les mostraré la terraza —dije, solícita. Luego me giré y comencé a caminar hacia la entrada de la discoteca, en el lugar donde se accedía a la terraza.

Los sentí acompañarme en silencio. Podría decir que había una ligera tensión en el aire, pero me esforcé por ignorarla. Los conduje hasta la terraza y les mostré el área cercana a un balcón, donde todo era reservado y apartado de los demás.

Entonces los dejé a solas. Y aunque no era asunto mío, tenía que admitir que la curiosidad me estaba matando.

¿Qué, al fin y al cabo, tenían esos dos que resolver antes de unirse a todos?



CAPÍTULO 09

06 AÑOS ANTES

Habían pasado diecisiete años desde el último día en que Lilian y yo estuvimos frente a frente. La vida siguió su curso; sin embargo, lo único que continuaba matándome era no poder estar presente en la vida de mi niña.

Durante ese tiempo no fui capaz de involucrarme con nadie más. Cuando la tensión me dominaba y sentía que necesitaba hundirme en un coño, iba a alguna discoteca, buscaba mujeres discretas que quisieran lo mismo que yo: solo sexo, sin compromiso.

Vivía bien así: no amar, no ser amado, era mi destino. El dolor de herir a alguien era algo que no quería cargar; en realidad, sentía que no merecía tal sentimiento, sobre todo porque había sido un enorme hijo de puta con la mujer que alguna vez amé.

Y ahora, frente a mí, allí estaba ella. Lilian aún no había notado mi presencia; yo estaba en la puerta de la cafetería, observando mientras preparaba un café. ¿Cómo no sentir culpa, cuando aquella mujer había quedado sola durante todos esos años?

Cerré la puerta de vidrio detrás de mí y avancé lentamente hacia ella.

Pude ver cómo su semblante se transformaba en el instante en que sus ojos se encontraron con los míos. Aunque habían pasado muchos años desde la última vez que la veía, era evidente que nada había cambiado.

Lilian aún me odiaba.

—¿Carlos? ¿Qué haces aquí? —preguntó Lilian, sorprendida, mientras me miraba atentamente.

Respiré hondo, intentando encontrar las palabras correctas para explicarle el motivo que me había llevado hasta allí.

—Han pasado diecisiete años —comencé, serio—. Necesitaba hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Sí, lo tenemos —dije, deteniéndome frente a ella.

Lilian suspiró y pasó junto a mí; luego cerró la puerta del café y giró el cartel a "cerrado". Sus ojos impacientes se posaron sobre mí. Cruzó los brazos y me midió con la mirada.

—Sé breve, por favor.

—Lilian… Por favor, reconsidera que yo pueda formar parte de la vida de Bianca… Ha sido demasiado doloroso todos estos años.

—Ya tuvimos esa conversación hace diecisiete años, y Marcelo me preguntó sobre la posibilidad hace menos de un año. Lo siento, pero sigo pensando lo mismo.

—Sé que me equivoqué, fui inmaduro y dejé grandes marcas en tu vida. Pero Bianca es mi hija, ¿crees justo negarle eso a mí y a ella? —pregunté, con un tono casi de súplica. Y por un momento percibí un reflejo de indecisión en los ojos de Lilian; aquello encendió mi esperanza.

Pero tan pronto como apareció, se desvaneció, cuando Lilian negó con la cabeza.

—Por favor, vete. Y si tienes algo que decirme, pídeselo a Marcelo como siempre —Lilian se mantuvo firme, sus ojos estaban llenos de resentimiento—. Insististe vehementemente en hacer aquella prueba, aun con la posibilidad de que ella fuera tu hija. Así que simplemente vete, no cambiaré de opinión.

El dolor en sus palabras era aplastante. Sentí como si el mundo entero se derrumbara sobre mí.

Miré a los ojos de Lilian, esperando que al menos eso pudiera aliviar un poco el dolor que sentía.

—Bianca no se ha adaptado bien con sus compañeras de cuarto, así que me tomé la libertad de comprar un piso en Nueva York para ella.

—¿Estás vigilando a nuestra hija? —preguntó, indignada.

—No, solo la observo de lejos en algunos momentos y la vi discutir con las chicas más de una vez —expliqué, cansado—. Tendrá todo el confort y la seguridad que merece. Marcelo se pondrá en contacto para encargarse de todos los procedimientos legales, de manera que ella no descubra que fue dado por mí.

Lilian no dijo una palabra. Yo simplemente le hice un gesto con la cabeza y pasé junto a ella, decidido a marcharme. Al fin y al cabo, venir aquí no había servido de mucho.

Regresé al coche, sintiendo que el mundo se derrumbaba sobre mí, el dolor volviéndose insoportable. Arranqué el motor, decidido a volver a casa; necesitaba dejar salir toda aquella angustia. En ese momento, lo único que podía ayudarme era descargarme con cualquier ejercicio físico intenso.

Mientras iba de camino, tomé el móvil y marqué el número de Marcelo.

—*Carlos, ¿cómo fue?* —contestó en el tercer tono.

—De mal en peor. Lilian no está dispuesta a ceder —dije, y pude escuchar a Marcelo suspirar al otro lado de la línea.

—¿Por qué no presentas una demanda, Carlos? Tienes derecho a estar presente en la vida de tu hija. Ella no puede negarte eso.

—No puedo. —Mi voz se quebró—. Lo sabes, le prometí a Lilian que no lucharía por mi presencia en la vida de Bianca. Es el precio que debo pagar por las decisiones que tomé. Encárgate de todo lo relacionado con el piso, por favor.

Colgué la llamada y dejé que la tristeza me invadiera; mi corazón estaba destrozado por no poder formar parte de la vida de mi única hija. Todo lo que me quedaba eran las migajas de amor que podía ofrecerle, incluso si era solo desde lejos.



CAPÍTULO 10

Había estado unos quince minutos apoyado en la pared, afuera de la discoteca.

En cuanto Bianca me avisó que estaban en camino, dejé a César en la terraza y bajé para esperarlas. En el trayecto saludé a Marcelo, Sonia y Rafael, que ya habían llegado y se habían acomodado; entonces no perdí tiempo y vine directamente aquí.

No quería correr el riesgo de que ellas llegaran y yo no estuviera presente; necesitaba hablar con Lilian antes de que nos reuniéramos con todos. Y cada vez que el ascensor se abría, era imposible no sentirme ansioso. Esta vez, cuando la puerta se abrió, eran ellas.

—Llegaron —dije en el momento en que ambas notaron mi presencia.

—Hola, papá, ¿qué haces aquí afuera? —preguntó Bianca y enseguida caminó hacia mí.

Ella rodeó mi cuello con los brazos y yo la abracé, dejando un beso en la parte superior de su cabeza.

—Estaba esperando que llegaran —dije, al mismo tiempo que mis ojos se dirigían a Lilian, que observaba la escena, impasible.

—¿Llegaran? —preguntó Lilian, arqueando una ceja, justo cuando Bianca se apartó.

—Sí, quería conversar un momento contigo antes de entrar —dije con seriedad. Lilian no respondió de inmediato, pero mantuve mis ojos fijos en ella, dejando claro que no era una opción.

Bianca miró a su madre, buscando lo mismo que yo: una respuesta.

—Está bien —ella, finalmente, aceptó, y luego hizo un gesto con la cabeza hacia Bianca.

—Bueno, entonces los veo adentro —dijo Bianca, sus ojos se posaron brevemente en mí. Forcé una sonrisa para ella, que me la devolvió antes de pasar junto a mí y dirigirse a la entrada de la discoteca.

Entonces desvié la mirada hacia Lilian. Aquella expresión llena de dolor y resentimiento ya no estaba presente.

—Vamos… conversemos en otro lugar —dije. Lilian asintió.

Caminé hacia la entrada y ella me acompañó. Abrí la puerta que conducía a la terraza y le cedí el paso. Luego seguimos en silencio hasta el área donde había algunos sillones cómodos y una vista agradable.

—Creo que, antes que nada, debería decir que lamento mucho haberte dificultado tanto las cosas —comenzó ella, y fue entonces cuando tuve la certeza de que algo había cambiado.

—En veinticinco años, nunca pensé que escucharía eso de ti —comenté, con una sonrisa débil.

—Cuando… cuando toda aquella confusión ocurrió y Bianca supo quién eras, me di cuenta de que estaba siendo demasiado dura. —Suspiró—. En realidad, cuando me buscaste hace seis años ya tuve esa noción, pero no quise dar mi brazo a torcer.

Sentí en ese instante que Lilian estaba siendo sincera. Y podía decir que, por un momento, también percibí que en aquella época ella estaba indecisa. Pero, al final, mantuvo su decisión y dolió; sin embargo, después de todo, no podía torturarla ni seguir torturándome por eso.

—Lo que pasó, pasó —fui firme—. Te llamé aquí para pedirte perdón por lo que te causé en el pasado. Me gustaría que pudiéramos seguir adelante, de ahora en más, por Bianca.

—Concuerdo en que seguir con el rencor, cuando habrá momentos en los que terminaremos conviviendo, no vale la pena. Pero quiero que sepas que yo… —Su voz se quebró—. Carlos, Bianca insinuó que yo estaba sola hasta hoy por seguir amándote. No quiero que tengas ninguna esperanza con nuestra reconciliación, yo…

—Lo sé, Lilian —la interrumpí, para facilitar aquella conversación—. Sé que el motivo no soy yo y, sinceramente, tampoco me gustaría que lo fuera. Lo que tuvimos está bien enterrado en el pasado, así que no te preocupes y sigue con tu vida. No quiero que dejes de estar con quien realmente amas por sentir culpa o pensar que es incorrecto.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lilian, vacilante.

Me levanté y recorrí el lugar con la mirada; no pude encontrar a César, pero sabía que estaba escuchando aquella conversación.

—César, puedes venir —dije, y enseguida volví a mirar a Lilian, que estaba pálida.

En sus ojos vi la confirmación de que también sentía algo por él.

—Carlos, yo no… —Aquellas palabras quedaron suspendidas en el aire, justo en el momento en que César apareció.

—Lilian —la saludó él. Lilian no fue capaz de responderle. Percibí, por la mirada que intercambiaron, que esa era mi señal para retirarme.

—Tómense el tiempo que necesiten para resolver las pendientes que quedaron. Yo me encargo de Bianca y de los invitados. Estoy seguro de que a ella no le importará.

—Gracias, Carlos —agradeció César.

—Por favor… solo no piensen en mí. Estoy más que bien con esto, espero que ustedes se entiendan y recuperen el tiempo perdido —dije, y una vez más miré a Lilian.

Ella parecía incrédula ante la situación, pero no quería darle demasiadas vueltas. Solo deseaba que pudieran entenderse. Y con ese pensamiento, me giré y me dirigí hacia la salida, dispuesto a hacer una única cosa: disfrutar la noche al lado de mi hija.

Ahora podía decir que me sentía en paz.



Estaba sentado en el bar, saboreando mi whisky, cuando aquella pequeña figura pasó por la barra y comenzó a conversar con las meseras que estaban allí. Unos instantes después, la chica empezó a preparar algunos tragos y, aunque sabía que no debía, seguí cada uno de sus movimientos con la mirada.

Era imposible negar la atracción que sentía por ella, aunque sabía que era totalmente incorrecto. Vivian no facilitaba las cosas. Noté varias veces a lo largo de la noche sus miradas provocativas y movimientos sensuales, que miserablemente agitaban mi imaginación.

—Carlos, ¿estás ahí? —la voz de Marcelo resonó, obligándome a desviar la mirada de la chica y encontrarme con sus ojos llenos de preguntas sobre mí.

—Solo… me distraje un poco.

—Ya lo veo —arqueó una ceja y miró sutilmente a la pelirroja, antes de volver a mirarme.

Pensé en negarlo, pero Marcelo me conocía demasiado bien; era una pérdida de tiempo.

—Claro que sí —admití, llevando el vaso a la boca y tomando un trago más grande de la bebida.

—Por fin estás participando en la vida de tu hija, como siempre quisiste.

—Sé muy bien dónde no debo meterme, Marcelo —dije con firmeza, ignorando el hecho de que mi cuerpo no parecía estar de acuerdo con eso.

Me sorprendí en el instante en que sentí unas manos frías rodear mi cuello. En un abrir y cerrar de ojos, tuve que lidiar con Bianca colgándose de mí, mientras me llenaba el rostro de besos cariñosos.

—Mi niña —dije, con una sonrisa, y tomé sus manos.

—Estoy tan feliz de que estés aquí, de que estés… vivo… y bien —dijo; su voz salió algo atropellada, lo que delataba que ya comenzaba a estar más alegre de lo normal.

—Yo también estoy feliz, mi amor —respondí, mientras ella se apartaba de mí.

—Estás muy lenta, Vivian —dijo Bianca. Seguí su mirada y me encontré con los ojos curiosos de la chica posados sobre nosotros.

—Princesa, creo que deberíamos dar por terminada la noche, en realidad —la voz de Rafael se hizo oír por encima de la música, y solo entonces me di cuenta de que estaba detrás de nosotros.

Bianca hizo una mueca, lo que me provocó una risa.

—No olvides que mañana necesitas estar bien para embarcar —le recordé, y ella asintió.

—Es la última… o casi —bromeó. Rafael sonrió y se sentó en la silla vacía a mi lado, uniéndose a mí y a sus padres.

Vivian se acercó y colocó los tragos listos sobre la barra. Rafael y yo seguimos observando aquella escena; Patricia y Alexandre se unieron a nosotros, brindaron entre sí, haciendo honor a la última bebida en medio de todo aquel alboroto.

Me sentí feliz al contemplar la escena; pude ver que mi hija era amada por quienes estaban allí. El hecho de que Lilian y César se hubieran marchado después de una larga conversación no influyó en nada en aquella noche.

Vi a mi hija arrastrar a su amiga hacia la pista de baile una vez más. No había muchas personas; Bianca realmente tenía pocos amigos aquí, pero aun así estaba disfrutando cada minuto de su última noche con aquellos que había elegido para acompañarla.

—Estoy agradecido de saber que estarás allí con ella —dije, llamando la atención de Rafael hacia mí.

—No podría pasar un año lejos de esta mujer —respondió él, seguido de un suspiro.

Conocía a Rafael desde hacía muchos años; sabía perfectamente que, si estaba con mi hija, era porque la amaba de verdad. Así que sí, no podía estar más feliz con su decisión de acompañarla.

—¿Qué tienes en mente para hacer mientras estés allá? —pregunté, sirviéndole una dosis de whisky y luego completando mi propio vaso.

Durante la hora siguiente permanecí conversando con Rafael sobre sus proyectos en Nueva York. Marcelo participó de aquella conversación por algunos momentos, antes de decidir que era hora de marcharse; entonces él y su esposa se despidieron y nos dejaron a solas.

—Creo que ahora es momento de dar por terminada la noche —comentó Rafael, con los ojos fijos en Bianca—. Ella está bastante alterada.

Asentí con la cabeza, notando que no era solo mi hija la que estaba alterada. La chica que me había provocado toda la noche seguía demasiado alegre al lado de Alexandre, que la devoraba con los ojos a cada movimiento.

Aquella escena no debería incomodarme, de ninguna manera, pero fue inevitable no desear tener control sobre la chica y cargarla sobre mis hombros, alejándola de él.

Suspiré profundamente, consciente de que podría terminar haciendo lo que no debía si seguía observando aquella situación en la que la chica parecía no tener juicio alguno.

—Sí, es hora de terminar la noche.



CAPÍTULO 11

—Gracias, la noche fue increíble —dijo Bianca al mismo tiempo que me abrazaba con fuerza. Sonreí y correspondí a su abrazo con la misma intensidad.

—Voy a extrañarte.

—Yo también, amiga, así que termina la posgraduación y vuelve pronto —dije, apartándome para mirarla. Luego mis ojos se dirigieron a Rafael, que nos observaba desde cierta distancia—. Cuídala, guapo.

—Puedes contar con eso —respondió, acercándose. Entonces rodeó con el brazo a mi amiga—. Nos vemos pronto, Vivian.

Sonreí y simplemente asentí.

Rafael intercambió una mirada con mi amiga, que me abrazó una vez más antes de apoyarse en él y dirigirse hacia la salida. Carlos los estaba esperando y, tal como había hecho conmigo, Bianca se lanzó sobre él, quien la sostuvo. Luego comenzaron a conversar mientras salían de la discoteca.

Ella había bebido más de lo normal, y con eso puedo decir que nos divertimos mucho.

Cuando salieron de mi campo de visión, tomé mi móvil y envié un mensaje más a mi hermana:

Vivian: *Solo estoy esperándote, ¿dónde estás?*

Sin respuesta, guardé el aparato y me dirigí hacia las chicas en la barra.

Todos se habían ido; el sinvergüenza de Alexandre incluso intentó ofrecerme un aventón. Pero me mantuve firme en la decisión de tenerlo solo como amigo. Al final, se marchó con la prima de Bianca, ya que aparentemente eran vecinos.

—¿Terminan aquí? —pregunté, atrayendo la atención de Bárbara hacia mí.

—Claro, Vivi, puedes irte —respondió ella. Sonreí y asentí con la cabeza en señal de acuerdo.

—Está bien, buenas noches, chicas.

Tomé mi bolsa y decidí bajar de una vez, con la intención de esperar a Anna allí abajo. Tenía la esperanza de que quizá ya me estuviera esperando, pero, como era de prever, no estaba.

Me quedé cerca de la portería, donde sentía que era seguro esperarla a esa hora de la noche. Mientras estaba allí, la maldije varias veces, pues había sido clara en que no quería quedarme esperando; esa era la condición para dejarle mi coche.

Saqué el móvil y marqué su número una vez más, pero la muy perra ni siquiera atendía mis llamadas.

Mi atención se dirigió al coche que se aparcó frente a mí. Estaba a punto de dar gracias a Dios por su llegada, cuando noté que no era mi coche el que se había detenido allí.

Era un deportivo negro.

De repente, quien salió del coche fue aquel que estaba a punto de volverme loca, entre la razón y la emoción, durante toda la semana.

—¿Qué haces aquí, chica? —preguntó, caminando hacia mí.

—Esperando a mi hermana —respondí, midiéndolo con la mirada—. ¿Y tú? Pensé que ya te habías ido.

—Acompañé a Bianca hasta el coche, pero recordé que no te agradecí por la noche —contestó, deteniéndose frente a mí—. Pensé en subir y agradecerte personalmente.

—¿Volverías solo para agradecerme? —pregunté, sin poder ocultar la agradable sensación que me invadió. Tal vez estaba dejando que el efecto del alcohol hablara más fuerte, o simplemente quería usarlo como excusa.

Carlos me midió con la mirada y, por un momento, no dijo nada. Estaba siendo cordial, pero su mirada sobre mí decía otra cosa; sentía como si estuviera a punto de devorarme. Y lo peor era que yo deseaba que lo hiciera, como nunca lo había deseado antes.

—Gracias, todo estuvo increíble —respondió, serio.

—Hm… yo soy la que agradece, por la confianza —susurré, mordiéndome el labio inferior.

No voy a negar que en algunos momentos durante la noche lo provoqué. Mi mente insana quería atraer su atención hacia mí, pero al estar sola con él me sentía sonrojada por esas actitudes.

—¿Tu hermana está en camino?

—Espero que sí —respondí, desviando la atención hacia el móvil y constatando que aún no había ninguna señal de ella. Pero sabía que Anna tenía esa costumbre: leía los mensajes, aunque no siempre respondía, ni mucho menos se preocupaba por devolver la llamada.

Cuando volví mi atención hacia él, noté que me había dado la espalda y se alejaba. Permanecí en el lugar, sin creer que

simplemente se marchaba. Pero, al contrario de lo que pensé, Carlos abrió la puerta del asiento del copiloto y desvió la mirada hacia mí.

—Entra, te llevaré a casa —dijo con autoridad.

—No hace falta, ella… ella debe estar llegando —contesté, sintiendo mi corazón casi saltar del pecho.

Carlos mantuvo sus ojos fijos en mí, esperando que me acercara. Yo estaba vacilante, pues temía no poder comportarme. No cuando él parecía más atractivo que de costumbre, vestido con una camisa de vestir con algunos botones abiertos, las mangas arremangadas y unos jeans.

Un estilo informal y malditamente delicioso.

—Vamos, chica. Solo entra en el coche. Te llevaré a casa con seguridad —dijo con firmeza, devolviéndome a la realidad—. No puedo dejarte aquí sola.

Suspiré profundamente y tomé la decisión de la que, sin duda, me arrepentiría mañana, pero podía decir en mi defensa que él me lo había pedido.

Entré en el coche y me puse el cinturón. Carlos cerró la puerta y rodeó el vehículo para ocupar el asiento del conductor. Aproveché el momento para enviar un mensaje a Anna; aunque no lo merecía, le avisé que no hacía falta que me buscara, pues ya estaba de camino a casa.

Cuando terminé, desvié los ojos hacia Carlos. No dijo una sola palabra, parecía demasiado concentrado en la carretera. Por el trayecto que estaba tomando, era evidente que íbamos hacia donde yo vivía, así que me permití perderme en mis pensamientos.

Mi cabeza era una mezcla de emociones, sin saber con certeza cómo actuar. La razón gritaba que debía aceptar el aventón de buen grado y mantenerme distante. Pero algo en mi interior quería más, y sentir que él solo se estaba conteniendo agitaba aún más mi mente.

—Llegamos. —La voz seria resonó, y solo entonces me di cuenta de que Carlos había aparcado. Suspiré y llevé mis ojos a encontrarse con los suyos.

Él fue el primero en romper el contacto. Carlos salió del coche, rodeó el vehículo y abrió la puerta para mí, extendiendo la mano para que la tomara. Y así lo hice; sentí una electricidad recorrer todo mi cuerpo al tocarlo.

Carlos me puso de pie, manteniendo la distancia, y cerró la puerta del coche. Di algunos pasos hacia la entrada del edificio, mientras repetía internamente que solo debía marcharme.

—Sabes, en estos momentos… —dijo Carlos, obligándome a girar para mirarlo—. Esperamos escuchar, al menos, un gracias.

—Hm… —susurré, con los ojos fijos en él.

—¿Está todo bien? —preguntó, con un tono que denotaba preocupación.

No pude evitarlo. Di algunos pasos hacia él, deteniéndome a centímetros de distancia.

—¿Y… si nadie se entera? —pregunté en un hilo de voz.

—¿Qué estás sugiriendo, chica…?

—Que podemos aliviar toda esta tensión y mantener este momento solo entre nosotros dos —dije, en un susurro, sintiendo que todo mi cuerpo ardía.

Era una propuesta insana, pero sentía que necesitaba sentir a ese hombre, al menos una vez.

—Eres la mejor amiga de Bianca —respondió; su voz salió ronca, delatando que lo deseaba tanto como yo—. No deberíamos ir por ese camino.

—¿Y si yo lo quiero? —pregunté, sin medir mis palabras; definitivamente no estaba pensando con claridad.

Sabía que no era correcto. Pero lo deseaba tanto que me estaba volviendo loca.

—Vivian… —su tono fue de advertencia. Sus ojos estaban fijos en mí, como si estuviera decidiendo qué hacer.

—¿Y si quiero ir exactamente por ese camino? —insistí, pegando mi cuerpo al suyo—. ¿Y si quiero sentirte?

De manera deliciosa, sentí su respiración volverse más pesada. Su mirada intensa y llena de deseo estaba sobre mí. Sabía que lo quería tanto como yo, por eso lo animé.

Sí, llevé mi mano a su pecho y la deslicé lentamente por su camisa, explorando un poco de aquel abdomen firme, con mis ojos clavados en los suyos.

—¡Al diablo! —gruñó, y en un abrir y cerrar de ojos sentí sus manos fuertes rodear mi cuerpo, al mismo tiempo que me giraba y me presionaba contra el coche.

Gemí ante aquel movimiento brusco, mientras sentía con facilidad lo excitado que estaba. Sus labios encontraron los míos y, con voracidad, comenzamos un beso extremadamente sensual. El sabor del whisky invadió mi boca mientras profundizábamos aún más aquel momento.

Momento lleno de entrega y deseo. Un deseo que venía reprimiendo desde la primera vez que lo vi, un deseo que no me dejaría en paz mientras no lo tuviera dentro de mí.

Carlos succionó mi labio inferior, haciéndome estremecer, mientras sus manos comenzaban a presionarme un poco más. Sin embargo, el sonido de alguien carraspeando nos obligó a separarnos.

Aún aturdida, miré hacia un lado y encontré a mi hermana, con los ojos abiertos de par en par ante la escena frente a ella.

—Ah, Dios… realmente eres tú —dijo, con un tono que exhalaba sorpresa.

—Hola, Anna —respondí. Enseguida Carlos se apartó. Mis ojos se dirigieron hacia él, que parecía perturbado por lo que acababa de suceder.

—Necesito irme —dijo, con la voz contenida—. Buenas noches, Vivian.

Sin darme oportunidad de responder, él solo asintió brevemente con la cabeza hacia mi hermana y se alejó de nosotras. Me aparté del coche y caminé hacia mi hermana, aún aturdida.

Carlos entró en el vehículo y encendió el motor. Permanecimos en silencio hasta que desapareció de nuestro campo de visión.

—Dios mío, Vivian… ese… ese es… —Anna dejó aquellas palabras en el aire.

Quise negarlo, pero sabía que no serviría de nada. Al fin y al cabo, el día en que busqué fotos de ese hombre en Google, por pura curiosidad, me aseguré de mostrarle lo atractivo que era. Así que opté por el camino más difícil, pero que, sin duda, haría que me dejara en paz, al menos por un tiempo.

—Sí, es Carlos, el padre de Bianca —respondí, aún con la respiración irregular—. Por favor, no quiero hablar de esto.

Al decir aquellas palabras, me dirigí hacia la entrada del edificio y seguí hasta nuestro piso. Al entrar, fui directamente a mi cuarto.

Aquella, sin duda, sería una larga noche, en la que pelearía con mi conciencia por desear tanto al padre de mi mejor amiga. También me maldeciría por no haber llegado hasta el final, pues sentía que ahora, después de haber tenido una pequeña muestra de lo ardiente que podía ser ese hombre, no encontraría paz.

¡Señor! ¿Cómo podría olvidarlo, cuando lo único que deseaba era más de ese hombre?



CAPÍTULO 12

Dormir fue casi imposible.

Me revolví en la cama durante mucho tiempo, con recuerdos que no me dejaban en paz: el sabor de los labios de aquella pelirroja exótica y ardiente, sus gestos provocativos, la suavidad de su piel contra la mía y el calor de su cuerpo.

Maldita sea, estaba a punto de volverme loco.

Sabía que era incorrecto, que no debía pensar en esa chica de esa manera, no cuando aquel pequeño *huracán* era la mejor amiga de mi hija. Pero no podía negar la atracción que sentía por ella; estaba cada vez más clara en cada encuentro.

Decidido a no pensar demasiado, me levanté temprano, tomé una ducha rápida y me puse unos jeans junto con una camisa polo. Preparé un café fuerte para despertar y, cuando terminé, recogí todo lo que necesitaba y me dirigí al edificio donde vivía Lilian; al fin y al cabo, habíamos acordado encontrarnos allí.

Felizmente, fue Bianca quien abrió la puerta; sonrió dulcemente y me dio un abrazo cálido.

—¡Hola, papá!

—¿Cómo te sientes? —pregunté, correspondiendo al abrazo.

—Con un dolor de cabeza horrible, pero ya tomé algunos medicamentos para la resaca —hizo una mueca y se apartó, desviando la mirada hacia mí—. Perdón, creo que exageré con la bebida anoche.

—No te preocupes por eso, me alegró verte disfrutar cada momento —respondí, y enseguida desvié la mirada detrás de ella, notando que Rafael venía con dos maletas hacia nosotros—. Rafael, ¿cómo van las cosas?

—Todo bien, solo esperándolo para que nos lleve.

Mi boca se curvó en una sonrisa y extendí la mano, tomando una de las maletas.

—Ya casi es la hora que marcaron para embarcar, ¿no?

—Sí, pero el piloto está por nuestra cuenta, así que no te preocupes.

Asentí y vi de reojo a Lilian observando todo desde lejos.

—Hija, ve a despedirte de tu madre. Yo iré con Rafael a poner las maletas en el coche y te esperaré abajo.

—Está bien, papá.

La vi entrar y dejé espacio para que Rafael pasara. Lo seguí enseguida, cargando la maleta que había tomado hacía poco.

—Carlos. —La voz suave de Lilian me hizo girar hacia la puerta, encontrando su mirada sobre mí—. Gracias.

—Estoy deseando lo mejor para ustedes —dije, mi boca se curvó en una sonrisa amistosa y le hice un gesto con la cabeza antes de volverme para acompañar a Rafael hasta el ascensor.

Cuando llegamos al coche, ayudé a Rafael a guardar las maletas y esperé a que subiera para despedirse de Lilian. Unos minutos después, bajó con Bianca y algunas cosas más para guardar. Entonces nos acomodamos en el coche, listos para ir al hangar de embarque privado.

—Papá —llamó Bianca, atrayendo mi atención hacia ella—. ¿Podemos hacer una parada rápida?

Arqueé las cejas al verla con esos ojitos suplicantes. ¿Cómo podría negarle algo?

—¿Dónde sería esa parada, hija?

—En el edificio donde vive Vivian, necesito darle un abrazo antes de irme —respondió, y una sensación extraña se apoderó de mí.

Desvié la atención hacia el tránsito, intentando parecer lo más natural posible.

—Claro, pero prométeme que no tardarás.

—Ella ya está esperando en la entrada —contestó, animada.

—Eso significa que, en realidad, no tenía opciones —dije, haciéndola reír.

Mantuvimos un ambiente ligero mientras conducía hacia la casa de la chica. Tenía que confesar que, aunque debía mantenerme alejado de ella, la idea de verla antes de regresar a la capital me resultaba buena. No podía negar que me había gustado la petición de mi hija.

—Espera. —La voz de Bianca me devolvió a la realidad, su tono era de desconfianza—. No recuerdo haberte dado la dirección de ella.

—Porque no me la diste —respondí, como si no fuera nada importante, aunque en realidad ese era un detalle que no debería saber.

—Explíquese mejor, señor Carlos —pidió, obligándome a mirarla por un instante.

—Princesa, eso no te corresponde —dijo Rafael, serio. Sonreí hacia él y volví la mirada a Bianca.

—Necesitaba resolver los asuntos de la despedida, conseguí la dirección de ella con Rodolfo, el dueño de la discoteca, para enviarle lo necesario y que pudiera empezar a organizar todo —expliqué, al mismo tiempo que aparcaba el coche frente al edificio de Vivian—. Ahora, ve a despedirte de tu amiga antes de que cambie de opinión.

Bianca me miró una última vez antes de salir del coche y dirigirse hacia su amiga, que ya la esperaba en la acera. Se abrazaron con fuerza, y yo seguí observándolas. Vivian me lanzó una breve mirada y lo único que pasó por mi mente fue su maldita sugerencia, que no lograba apartar de mis pensamientos: *"¿Y si nadie se entera?"*

Suspiré, sin saber si debía ceder a esa tentación. Tal vez esa fuera la solución para que la tensión entre nosotros disminuyera; al fin y al cabo, era algo que ambos deseábamos. Aun así, ver lo cercanas que eran me hacía pensar que aquello estaba terriblemente mal.

—Pareces más distraído de lo normal. —La voz de Rafael me sacó de aquellos desvaríos. Lo miré a través del retrovisor y sonreí con nerviosismo.

—No tienes idea de lo que estoy evitando meterme —me sinceré.

—En realidad, viendo cómo miraste a Vivian, lo imagino —sonrió, dejando claro que no estaba disimulando muy bien.

O tal vez simplemente me conocía demasiado.

No tuve tiempo de responder, pues la puerta se abrió en el instante siguiente y Bianca entró al coche con toda su emoción.

—Listo, ahora podemos irnos —dijo, al mismo tiempo que cerraba la puerta.

Mis ojos se dirigieron a Rafael, que solo asintió discretamente. Yo le devolví aquel gesto. Sabía muy bien que esa conversación moriría allí; Rafael era un gran amigo, por encima de todo.

—Está bien, vamos —respondí, y antes de arrancar, miré una última vez a Vivian, que nos observaba desde donde estaba.

Tuve la certeza de que lo mejor era mantenerme distante. Debía regresar a la capital y fingir que aquel beso nunca había ocurrido. Porque sentía que, si cedía ante esa mujer, ciertamente no sería solo una vez.

Así que lo mejor era simplemente mantenerme alejado.



CAPÍTULO 13

—Llegaste temprano. —La voz de Sophia llenó el ambiente en el momento en que cerré la puerta.

Me giré hacia ella y sonreí. A pesar de que Anna, Sophia y yo vivíamos juntas, no veía a Sophia desde hacía al menos tres días.

—Hola, Sophi —la saludé mientras caminaba por el piso —. Mi jefe me puso en la organización de otro evento; si todo sale bien, parece que mi horario será más flexible.

—Eso es genial, así también estarás disponible cuando Anna quiera arrastrar a alguien a sus fiestas —dijo, haciéndome reír.

—Estoy escuchando eso. —La voz de Anna llamó mi atención. Miré alrededor y la encontré en la puerta de la cocina—. Piensa en lo monótona que sería tu vida si no fuera por mí.

—Ah, claro… no tengo dudas —respondió Sophia, y enseguida pasó junto a Anna para dirigirse a la cocina.

Dejé las llaves de mi coche sobre la mesa y caminé hacia mi cuarto.

—¿A dónde vas, doña Vivian? —preguntó mi hermana. Hice una mueca antes de girarme para mirarla.

—A mi cuarto, necesito una ducha y descansar.

—Sabes que no vas a lograr que olvide lo que vi, evitándome, ¿verdad? —preguntó, arqueando las cejas.

Solo aquella mención fue suficiente para agitar mi corazón.

—No te estoy evitando —respondí, intentando sonar lo más natural posible.

—Claro… —la seguí con la mirada, hasta que se detuvo frente a mí y me examinó con los ojos—. ¿Estás saliendo con el padre de Bianca?

—No —negué de inmediato—. Solo ocurrió aquel día, no lo he vuelto a ver.

—¿De quién están hablando? —preguntó Sophia, y recién entonces noté su aproximación.

—De nadie… Es solo… tonterías de Anna —dije, y sin dar oportunidad a más preguntas, me dirigí hacia mi cuarto.

Agradecí al cielo que Anna no intentara prolongar el asunto; al fin y al cabo, Sophia era la más centrada de nosotras tres, y seguramente me reprendería por dejar que algo así sucediera. Sin perder tiempo, cerré la puerta, decidida a ignorarla a toda costa.

Me senté en la cama y solté un suspiro profundo. Entonces, mis ojos se posaron en la tarjeta black que llevaba casi una semana sobre mi escritorio. Aún estaba decidiendo qué hacer, pues después del viernes no había tenido ningún contacto con él.

Me levanté y fui al baño. Mientras me duchaba, mi mente vagó hacia aquel día: el beso ardiente y brusco, la caricia deliciosa y el sabor de ese hombre. No voy a negarlo, era difícil no pensar en él, y lo único que quería era verlo una vez más.

Después del baño, me puse la pijama y regresé al cuarto. Una vez más, mis ojos se dirigieron a la tarjeta que Carlos ni siquiera se había preocupado en recuperar. La tomé y me senté en la cama, entonces comencé a observarla fijamente.

—Todo lo que necesito es una excusa —murmuré para mí misma—. La tengo, justo aquí. ¿Debería hacerlo?

No era la primera vez que me sentía tentada a usar aquella tarjeta para verlo. Cada vez que recordaba aquel beso, o su mirada hacia mí cuando trajo a Bianca para despedirse, ansiaba un encuentro más.

Me mordí el labio inferior y dejé la tarjeta sobre el escritorio. Sabía que esa locura no saldría de mi cabeza mientras no la llevara a cabo; después de todo, me conocía bien.

Tomé mi móvil e hice una búsqueda rápida en Google sobre su empresa. Sabía que estaba ubicada en la capital, pero necesitaba la dirección. Suspiré, sintiéndome aún más descarada por hacerlo, pero ya estaba decidida.

Mañana por la mañana, mi destino sería solo uno.

Iba a encontrarme con aquel hombre al que deseaba ver una vez más, solo una vez más.



Llevaba unos veinte minutos frente al armario intentando decidir qué ponerme. Me gustaría decir que tuve tiempo para pensarlo mejor y desistí de esa idea, pero no.

Esperaba que Bianca nunca descubriera este pequeño desliz, aunque necesitaba saber cuál era la sensación de llegar hasta el final con aquel hombre.

Al final, opté por un vestido floral, con mangas abullonadas y cintura fruncida. Era suelto y delicado, perfecto para el día. Completé el conjunto con unos zapatos cerrados, pues pensaba conducir hasta la capital.

El cabello permaneció suelto y el maquillaje fue lo más ligero posible. Entonces, ya estaba lista. Tomé mi bolsa, guardé la tarjeta y, mientras iba hacia el aparcamiento, aproveché para poner la dirección en Google Maps.

Suspiré antes de encender el coche e iniciar mi pequeña aventura. El camino fue tranquilo; conduje poco más de dos horas antes de aparcar en el lugar que el GPS indicaba como la empresa de Carlos.

Salí del coche y quedé encantada al notar la fachada de la empresa. El lugar era diferente, una casa que exhalaba riqueza y poder.

Sin perder tiempo, entré y caminé hacia la mujer simpática que estaba en la recepción.

—Hola, buenos días —sonrió ella, amable—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenos días, me gustaría hablar con Carlos Mancini.

—Él aún no ha llegado, ¿la señorita tiene cita programada? —preguntó, mientras desviaba la atención hacia el portátil. La mujer tecleó rápidamente antes de mirarme con cierta confusión.

—Ah, no… no programé ninguna cita —hice una mueca; ni siquiera había pensado en eso—. Pero él sabe quién soy yo…

—Lo siento —me interrumpió, suspirando después—. Lamentablemente, el señor Carlos no atiende sin cita previa. En caso de que sea un asunto personal, le sugiero que le envíe un mensaje directamente.

Por un momento, mi idea pareció demasiado absurda. El gesto de la mujer delataba que no era la primera vez que alguien lo

buscaba directamente en la empresa, y por su actitud firme, estaba claro que las órdenes eran exactamente esas: rechazar y dirigir hacia él, si quería, respondería.

—Disculpe —me obligué a decir—. Gracias, me pondré en contacto con él.

Sin dar tiempo a que ella dijera algo más, me giré y me dirigí hacia la puerta, decidida a marcharme.

¿Qué estaba pensando, al fin y al cabo?

Estaba tan distraída que no noté que alguien caminaba hacia la recepción. El sobresalto fue enorme cuando mi cabeza chocó contra músculos firmes. Mis ojos se elevaron lentamente y el corazón casi se me salió del pecho al encontrar aquellos ojos azules y serios sobre mí.

Y para acabar de una vez con mi cordura, sentí la mano firme tocar mi brazo, mientras Carlos me examinaba con la mirada.

—¿Qué haces aquí, chica?

—Necesitaba hablar contigo —respondí, y de forma involuntaria mordí mi labio inferior.

Carlos desvió la mirada hacia un punto detrás de mí; unos instantes después, sus ojos volvieron a encontrarse con los míos. Sentía que, al igual que en nuestros otros encuentros, estaba pensando en lo que debía hacer.

Se apartó de mí y extendió la mano en dirección a las escaleras que llevaban al segundo piso. Mis ojos permanecieron fijos en él, hasta que habló:

—Está bien, vamos a conversar en mi oficina.



CAPÍTULO 14

—Luana, por favor reprograme la reunión de las diez y no me interrumpas a menos que sea urgente —ordenó Carlos, serio.

—Sí, señor —respondió ella, forzando una sonrisa.

Carlos caminó hacia una puerta y la abrió; enseguida sus ojos se encontraron con los míos, y sentí mi corazón palpitar al percibir cómo me estudiaba con la mirada.

—Por favor —dijo, dándome espacio para entrar.

Pasé junto a la secretaria y le dediqué una sonrisa amistosa. Luego entré en la sala, sorprendiéndome por el tamaño del lugar; sin duda, aquella era su oficina.

Lo escuché cerrar la puerta detrás de nosotros, pero no pronunció palabra alguna. Comencé a caminar por la sala, admirándola por completo. La decoración tenía tonos neutros, enormes ventanas de vidrio con una vista increíble hacia el jardín.

Dejé mi bolsa sobre su escritorio y continué explorando; de forma inexplicable, sentía la necesidad de conocer un poco más de

aquel hombre, del ambiente en el que probablemente pasaba gran parte de sus días.

Noté algunos portarretratos con fotos de mi amiga: había imágenes de ella más joven y también fotos recientes que ambos habían tomado juntos. Resistí la tentación de tomar aquellos portarretratos; no quería sentirme más culpable por estar allí, así que decidí seguir explorando, mientras percibía la presencia silenciosa, pero inconfundible, de Carlos cerca de mí.

Me detuve frente a la terraza, que estaba entreabierta, y sonreí al notar lo agradable que era la vista del paisaje desde allí. Mis ojos se posaron en los tulipanes rojos un poco más adelante, lo que me hizo recordar que eran las flores favoritas de mi amiga, y también uno de los motivos que la llevaron a elegir la profesión de arquitecta paisajista.

Pensar en ello me hizo darme cuenta de que había mucho de Bianca en cada rincón de la oficina. En ese momento, analizando todo, podría decir que Carlos era un hombre solitario; me atrevería a afirmar que la única luz en su vida era Bianca.

—¿Te gustó? —preguntó, con su tono aún serio.

—Lo siento, creo que me entusiasmé —me giré hacia la voz de él, encontrándolo a una distancia considerable, pero con los ojos fijos en mí—. Es hermoso.

Suspiré, sintiendo los efectos de aquella mirada tan intensa.

—Coincido contigo, es realmente hermoso —su voz estaba ronca, lo que me hizo perder el aliento, con la certeza de que no hablaba de lo mismo que yo. Sus ojos se tornaron curiosos; pude sentir que evaluaba cuidadosamente mi expresión—. Entonces, Vivian, ¿qué necesitabas decirme con tanta urgencia, que viajaste poco más de dos horas para venir hasta mí?

—Ah, claro —respondí, desconcertada. Pasé junto a él, necesitando salir un poco de su alcance cuando me miraba de esa

manera. Me dirigí hacia mi bolsa, mientras pensaba en la locura que había cometido.

¡Señor! Realmente había viajado todo ese tiempo solo con una excusa para verlo.

Sentí la presencia de Carlos una vez más; podía decir que aquello me ponía un poco nerviosa. No era algo habitual en mí, pero estaba sucediendo. Me concentré en encontrar la tarjeta y, cuando lo hice, la tomé y la extendí hacia Carlos.

—Aquí —dije. Él tomó la tarjeta y la examinó.

—No sabía qué hacer con la tarjeta, pero ciertamente debía devolverla a su dueño, por eso estoy aquí.

Carlos colocó la tarjeta sobre el escritorio y me midió con la mirada.

—Ahora dime la verdad… ¿viniste aquí solo para entregarme esta tarjeta?

—Sí, exactamente eso —mi voz fue apagándose, al mismo tiempo que una sonrisa llena de satisfacción se dibujaba en sus labios.

—Podrías haberme llamado, o haberla dejado con Rodolfo —sugirió, dejando en evidencia que me estaba sorprendiéndome en el acto.

Y, maldita sea, yo me puse nerviosa.

—Tienes razón —confesé—. La verdad es que… necesitaba verte de nuevo.

—¿Necesitabas? —arqueó las cejas.

—Sí, lo necesitaba, así que venir aquí se volvió algo inevitable —me mantuve firme, aunque estaba a punto de sufrir un desmayo, mientras mi corazón casi se me salía del pecho—. Me está matando recordar aquel beso, recordarte.

Carlos dio dos pasos hacia mí, lo que me obligó a retroceder hasta quedar apoyada contra el escritorio. Resoplé al sentir sus manos cálidas tocar mi rostro.

—Ah, niña… —gruñó, haciéndome estremecer—. Tú lo pediste, ahora tendrás que lidiar con las consecuencias de tus actos.

—¿Qué…?

No fui capaz de terminar lo que pretendía decir, porque la mano de Carlos se deslizó hacia mi nuca y, en el instante siguiente, sus labios reclamaban los míos con la misma rudeza y ardor con que lo había hecho aquella noche que me robó la calma.

Mis manos rodearon su cuello y, sin perder tiempo, pegué nuestros cuerpos. Una ola de excitación comenzó a apoderarse de todo mi ser, mientras las manos de Carlos exploraban cada rincón de mí.

Gemí al sentir sus manos deslizarse bajo mi vestido, rozando mi piel desnuda. Estaba perdiendo el control, sintiendo cómo me devoraba, mientras sus manos bajaban hasta mi trasero, demostrando en cada gesto cuánto me deseaba aquel hombre.

Me llevé un sobresalto momentáneo cuando, sin previo aviso, él apretó mi trasero y me levantó del suelo. Entonces, mientras me sostenía con una sola mano, usó la otra para apartar los papeles y cualquier cosa que ocupara espacio en el escritorio, antes de colocarme sobre él.

—Carlos —gemí, melosa, cuando sus labios se apartaron de los míos.

—Calladita, no queremos que alguien termine escuchándonos —ordenó. Mordí mi labio inferior y solo asentí en señal de acuerdo.

Su mano fue hacia un control sobre la mesa, y entonces noté que las ventanas se oscurecieron; ya no podíamos ver el jardín. Llevé mis manos a su camisa y lo atraje hacia mí.

Carlos sujetó mis manos y las levantó, dejándolas por encima de mi cabeza.

—Quédate así —dijo, autoritario. Yo solo asentí.

Sus manos fueron enseguida hacia el bajo de mi vestido. Con facilidad, lo pasó por encima de mi cabeza y lo retiró. Luego se apartó lo suficiente para mirarme.

No era el tipo de chica que solía avergonzarse, pero en ese instante me sonrojé al sentir cómo me devoraba con la mirada.

—Ven aquí —pedí, desconcertada.

—Estás increíblemente deliciosa —gruñó, erizándome la piel mientras avanzaba hacia mí.

Carlos tomó mis labios una vez más; sus manos ansiosas se dirigieron a mis pechos, por encima del tejido del sujetador. Sus labios se apartaron de los míos y entonces su barba comenzó a rozar mi cuello, mientras lo besaba y mordía, dejando una estela alucinante de sensaciones por todo mi cuerpo.

—Puta madre… —dije con la voz contenida, justo en el momento en que sus dedos invadieron mis bragas, apartándolas con facilidad.

Contuve la necesidad de gritar cuando él apartó mi sujetador con la boca y devoró mis pechos sin pudor alguno, mientras sus manos comenzaban a jugar con mi clítoris.

Estaba a punto de enloquecer, sintiendo cómo sus manos trabajaban al mismo tiempo que su boca. Me sorprendió cuando mis piernas empezaron a temblar y mi sexo a contraerse en tan poco tiempo.

Incliné mi cuerpo hacia él y mordí su hombro, intentando controlar las ganas desbordadas de gemir, gritar y dejar salir todo aquel sentimiento desquiciado. Me deshice sobre él.

A pesar de su rudeza, Carlos sabía exactamente lo que hacía. En tan poco tiempo, fui capaz de sentir como si tuviera el mapa

perfecto de mi cuerpo, capaz de despertar sensaciones nuevas y llevarme al límite con una rapidez abrumadora.

—Es un castigo no escucharte gritar mi nombre —dijo, con la voz contenida y jadeante—. Vamos a hacerlo bien, pero antes necesito verte correrte una vez más.

—¡Jesús! —resoplé, al mismo tiempo que sus manos me empujaban contra el escritorio, recostando mi cuerpo.

Enseguida, sus manos se posaron en mis tobillos. Carlos dobló mis piernas y las apoyó sobre la mesa, mientras yo me acomodaba. La ansiedad me invadió en el momento en que retiró mis bragas; suspiré, aun recuperándome del primer orgasmo.

Temblé al sentir cómo su lengua recorría todo mi coño. Repitió aquel movimiento varias veces antes de comenzar a lamer y succionar mi clítoris, convirtiendo en una misión casi imposible el no gemir.

Me apoyé con los brazos y tuve una de las escenas más excitantes que podría imaginar: aquel hombre entre mis piernas, saboreándome con tanto deleite. Podría decir que nunca en mi vida un hombre me había venerado de esa forma.

Él exhalaba experiencia, *oh sí, sin duda.*

Lancé mi cuerpo hacia atrás una vez más y suspiré con fuerza en el instante en que él introdujo dos dedos dentro de mí.

Maldita sea, contenerme era imposible.

—Carlos, por favor —susurré, retorciéndome contra su boca.

Él no tuvo piedad de mí; mi súplica solo lo incentivó a torturarme más, devorándome sin descanso, al mismo tiempo que me penetraba con los dedos con precisión. En ese momento no resistí: me entregué al orgasmo más intenso que había tenido en toda mi vida.

Y, puta madre, fue casi imposible contener los gemidos.

Apenas lo percibí apartarse. No fui capaz de abrir los ojos ni de reaccionar cuando me levantó en brazos y me sacó del escritorio. Abrí los ojos y me encontré con su mirada llena de deseo, justo antes de que me recostara en el sofá.

—Quédate aquí hasta que te recompongas, luego te llevaré de aquí —dijo. Y antes de que pudiera apartarse, tomé su mano.

—Hay algo que necesito probar antes —susurré, mordiendo mi labio inferior, mientras mis ojos se dirigían al enorme volumen que marcaba su pantalón.

—Puta madre, niña, no me mires así —gruñó—. Me estás llevando al límite de romper mi regla número uno.

—¿Qué regla? —pregunté, al mismo tiempo que llevaba mi mano a su pantalón y comenzaba a desabrochar su cinturón.

—No follo en mi empresa, nunca he tocado a una mujer en este lugar —respondió, con la voz contenida y feroz.

—¿Nunca? —pregunté. Él negó con la cabeza.

Mi corazón saltó aún más al pensar que yo era la mujer que lo había hecho romper aquella regla. Sonreí y desabroché el cinturón; luego desabotoné el pantalón. Él no me detuvo, lo que me dio valor para continuar. Retiré el pantalón y los calzoncillos, liberando su verga, y confirmé lo que había imaginado al verlo bajo la tela.

Llevé mi mano a la base y lo rodeé como pude. Era grande, las venas palpitaban bajo mis dedos, haciéndome salivar y desear probarlo de inmediato.

Miré hacia Carlos, que seguía con la respiración contenida y los ojos fijos en mí. Sin romper aquel contacto, me incliné y pasé mi lengua por todo su largo antes de envolverlo con mi boca.

—Que boca tan deliciosa… —gruñó, haciendo que todo mi cuerpo temblara.

Comencé a hacer movimientos de vaivén con la mano, al mismo tiempo que lo succionaba y lo chupaba con intensidad. Él

recogió mi cabello y, a medida que lo tomaba con mi boca, empezó a follarla con fuerza.

Tal como imaginé, le gustaba tener el control, así que lo dejé hacerlo. Mis manos fueron a sus bolas y comencé a jugar con ellas, mientras mi lengua acompañaba cada entrada y salida de su miembro en mi boca.

Todo aquel momento, la forma en que dominaba y me poseía, hacía que todo resultara más excitante e intenso. La lujuria y el deseo se instalaron entre nosotros de manera única; sus gruñidos contenidos me volvían loca.

Estábamos demasiado envueltos, hasta el punto de que maldijo en voz baja cuando el teléfono comenzó a sonar. La insistencia del timbre lo obligó a soltar mi cabello y retirar su verga de mi boca.

—Necesito atender —dijo entre jadeos.

Me lamí los labios y asentí, observándolo mientras caminaba hacia el escritorio.

—Dime —contestó con seriedad, sorprendiéndome por cómo lograba controlar la respiración. Mientras escuchaba a la persona al otro lado de la línea, me levanté y me acerqué a él, con la idea de complicarle un poco las cosas.

Me arrodillé frente a él, haciéndolo arquear las cejas. Sonreí de manera traviesa y volví a tomarlo con mi boca, mientras él intentaba concentrarse en la llamada.

Retomé el mismo ritmo, repitiendo los movimientos que hacía cuando me poseía con fuerza. En algunas miradas pude verlo desestabilizarse.

La voz de su secretaria resonó al otro lado de la línea, y alcancé a escuchar de lejos cómo preguntaba: *"¿Señor?"*

—Luana, por favor, encárgate de él —ordenó, con la voz contenida, lo que solo me impulsó a aumentar el ritmo. No logré

escuchar lo que ella respondió, pero él suspiró con fuerza antes de contestar: —Está bien, pide a Patricia que lo entretenga… En cinco minutos bajaré.

Al decir aquellas palabras, Carlos colgó el teléfono y, enseguida, sujetó mi cabello para dar dos embestidas más en mi boca. En un abrir y cerrar de ojos, salió de ella y dejó caer un chorro caliente sobre mis pechos, cubriéndome con su placer.

—Puta madre, niña —gruñó, mientras terminaba de derramar cada gota en mí.

La sonrisa me fue inevitable. En el momento en que me levanté, Carlos llevó sus manos a mi cintura y me atrajo hacia él, dejando un beso rudo en mis labios.

—Parece que no podremos romper todas las reglas hoy —comenté, cuando él se apartó.

—No sé cuánto tiempo me llevará, es uno de los clientes más complicados que tengo —suspiró, y sus ojos descendieron hacia mis pechos—. Puedes limpiarte en el baño, lamentablemente tengo que resolver esto.

Asentí, comprendiendo, y me dirigí al baño.

No voy a negar que era frustrante; quería sentirlo por completo, pero sabía que había irrumpido en su trabajo y, por lo poco que escuché, alguien realmente enfadado estaba causando problemas. Así que me conformé por el momento. Ese hombre me había dado una de las mejores experiencias de mi vida, sin siquiera haber estado dentro de mí todavía.

Tomé unas toallitas húmedas que había en el baño y me limpié, arreglé mi cabello y, después de analizar bien mi estado frente al espejo, regresé a la sala. Carlos ya estaba vestido; había algunas toallitas húmedas sobre el escritorio. Mi vestido estaba en sus manos. Me acerqué y lo tomé, entonces él recogió los pañuelos y se dirigió al baño.

Sin saber exactamente cómo actuar, tomé mi bolsa y esperé hasta que salió del baño, completamente arreglado y tan atractivo como siempre.

—¿A qué hora tienes que estar en el trabajo hoy? —preguntó, mientras se acercaba.

—A las 18 —respondí, incapaz de disimular la ansiedad que me invadía—. ¿Por qué?

—Mi piso está a pocos minutos de aquí —dijo, midiéndome con la mirada—. Voy a autorizar tu entrada en el condominio y te pasaré la dirección. Espérame allí; en cuanto termine todo, iré a tu encuentro.

—Oh… eso… —dejé las palabras en el aire, sorprendida.

Carlos llevó su mano a mi rostro y delineó mi boca con el pulgar.

—Tenemos que terminar lo que empezamos, niña —su tono firme me erizó la piel—. Cuando llegues, haré contigo todo lo que he deseado desde el momento en que puse mis ojos en ti. Así que prepárate para eso.



CAPÍTULO 15

—Debo estar volviéndome loca —murmuré para mí misma al abrir la puerta del piso.

Después de entregarme las llaves y autorizar mi entrada, me despedí de Carlos con la promesa de encontrarnos en una o dos horas. Y, cometiendo una de las mayores locuras de mi vida, allí estaba yo, decidida a esperar a aquel hombre que me había desestabilizado por completo, sin siquiera haber estado dentro de mí.

Cerré la puerta tras de mí y caminé por el lugar, explorándolo.

No me sorprendió en absoluto la decoración: el ambiente, al igual que la oficina, tenía tonos neutros y era muy elegante.

Después de explorar la cocina y la sala, subí al piso superior, donde había otra sala y solo un cuarto. Mientras observaba, noté algo, al menos, curioso: no había ningún detalle que recordara a mi amiga, en realidad no había ningún objeto personal expuesto. Ninguna foto ni rastro que mostrara que aquel era un lugar en el que Carlos solía estar.

Sin duda, aquello parecía más un matadero, un sitio al que llevaba a sus conquistas.

—Claro, ¿por qué motivo me mandaría a un lugar distinto? —dejé esa pregunta en el aire y esbocé una sonrisa irónica ante el rumbo de mis pensamientos.

Negué con la cabeza, como si ese gesto pudiera alejar las ideas inoportunas, y me dirigí al armario. Lo abrí para confirmar lo que ya sospechaba: solo había prendas suficientes para un cambio después del sexo.

Estaba cerrando la puerta cuando el sonido de mi móvil atrajo mi atención. Metí la mano en la bolsa y lo saqué. El corazón casi se me salió del pecho al ver el rostro de Bianca en la pantalla.

Me quedé paralizada, sin saber si debía contestar. Era como si estuviera a punto de ser descubierta. Y, como siempre, Bianca no se rindió: cuando no atendí, volvió a llamar, esta vez en una llamada normal, sin video.

Suspiré, intentando controlar los nervios, y llevé el teléfono a mi oído.

—Hola, amiga —dije, con la voz contenida.

—*No puedo creer que estés durmiendo a esta hora, Vivian, ya son casi las once* —me provocó. Puse los ojos en blanco y caminé hacia la cama; me senté mientras pensaba que, seguramente, ella preferiría que estuviera durmiendo ahora.

—*¿Amiga?*

—Ah, sí… —respondí, desconcertada—. Estaba reuniendo fuerzas para levantarme.

—*¿Está todo bien?* —su tono reflejaba preocupación, lo que me hizo sentir aún más culpable.

—Solo estoy un poco somnolienta —me obligué a decir—. Pero ¿y tú? ¿Todo bien?

—Sí, los últimos días han sido una locura, apenas hemos hablado. —Sonreí al escucharla y luego me dejé caer sobre el colchón suave.

—Claro, ahora que el guapo está contigo, apuesto a que ya no me llamarás como antes.

—No creas que te vas a librar de eso, Vivian, es solo un período de adaptación.

—Debe ser terrible, el período de adaptación… imagino que el piso ya está casi todo "bautizado" —bromeé, y la muy perra soltó una carcajada.

—Eres una descarada —dijo entre risas—. *Pero tengo que admitir que está siendo maravilloso tener la compañía de Rafael. En realidad, parece que estoy viviendo un sueño.*

—Estoy feliz por ti, amiga —dije; realmente me alegraba ver cómo todo estaba saliendo bien para ella, mientras yo, en cambio, estaba creando un posible motivo para que su sueño no fuera tan perfecto.

—Para mejorar, solo falta que tú y mi padre encuentren a alguien.

—¿Qué? —pregunté, dando un salto en la cama—. ¿Qué estás insinuando?

—Nada, es solo que… yo estoy feliz con Rafael, mi madre finalmente está feliz con César, y me gustaría que mi padre pudiera encontrar a alguien también. Así sabría que superó lo de mamá —su voz se transformó en un susurro—. *Y tú, tienes que dejar de ser tan descarada y buscar a alguien.*

Sonreí al darme cuenta de que rápidamente trató de cambiar el rumbo de la conversación.

—Mira, si solo faltamos nosotros dos para encontrar a alguien, deberíamos combinar lo útil con lo agradable y…

—*Estoy hablando en serio, descarada* —me interrumpió con una carcajada.

—¿Por qué piensas que bromeo? ¿No podría ser yo? —esa pregunta salió antes de que pudiera controlarla.

—*Mi padre necesita a alguien que esté a su lado, que lo ame y lo haga feliz… no a una descarada como tú, que solo quiere su cuerpo desnudo* —continuó, ajena a la seriedad de mi pregunta.

Ni yo misma entendía por qué la idea de no ser buena para él me molestaba tanto. Al fin y al cabo, tenía razón: lo único que siempre había querido eran folladas casuales.

—Tienes razón —forcé una sonrisa—. Pero no te preocupes, él encontrará a alguien cuando llegue el momento.

—*Eso espero. Y tú… deberías conocer a un buen chico.*

—Dios mío, amiga, estás realmente demasiado enamorada, es tan evidente que da miedo —dije, intentando desviar el tema—. ¿Rafael es tan bueno así?

—*No te imaginas cuánto* —respondió sin dudar.

Me descubrí sonriendo en ese instante. Bianca balbuceó algunas palabras más, pero mi mente se había ido lejos.

La verdad era que, después de crecer viendo a mis padres en una relación tormentosa hasta separarse, nunca quise arriesgarme. Estaba aún más convencida de que ese tipo de relación no valía la pena, sobre todo al presenciar cómo el exnovio de Bianca la hacía quedar en ridículo una y otra vez.

Pero ahora, al verla tan feliz y plena, me hacía pensar que quizá, solo quizá, todavía existía esperanza.

—*¡Ay, amiga! Estás más distraída de lo normal, tienes suerte de que te quiera mucho* —la voz de Bianca resonó un poco más fuerte al otro lado de la línea, trayéndome de vuelta a la realidad—. *Por el amor de Dios, ve a lavarte la cara y despierta.*

—Perdón, necesito poner mi cabeza en orden… te llamo en video después.

—*Voy a esperar, beso* —respondió, y enseguida terminé la llamada.

Suspiré profundamente y miré el móvil; pronto vi que había notificaciones de mensajes de Bianca que no había contestado. Permanecí inmóvil por un buen rato, pensando en la locura que todo aquello había sido.

¿Qué estaba haciendo, al fin y al cabo?

¿Qué demonios pasaba por mi cabeza para arriesgar la mejor relación que tenía en la vida por una follada?

Con esa idea en mente, me levanté de la cama y guardé el móvil en la bolsa. Miré a mi alrededor, pensando en mi próximo paso. Había tomado una decisión precipitada; había sido increíble probar un poco de lo que aquel hombre podía hacer, pero ahora estaba en el piso donde, sin duda, llevaba a otras mujeres, esperándolo para follarme.

Negué con la cabeza y volví a guardar el móvil en la bolsa. Luego me dirigí a la puerta del piso y dejé las llaves con el portero, aquel en quien Carlos ya había dicho que confiaba.

Así me fui, decidida a regresar a casa y sacar esa idea loca —y tentadora— de mi cabeza. Necesitaba dejar de tomar decisiones en el calor del momento; tarde o temprano eso iba a meterme en problemas, esa era la verdad.



Un trago, cinco tragos, diez tragos seguidos.

Estaba empeñada en mantener la mente ocupada y no pensar demasiado en lo caliente que se había puesto todo, en cuánto deseaba llegar hasta el final.

¡Maldita sea! La razón y la emoción estaban totalmente fuera de sincronía. Por más que me maldijera, sabía que aquello era lo correcto. Solo necesitaba mantenerme lejos y olvidar.

Nada más.

—Parece que alguien no está con ganas de solo administrar —la voz de Rodolfo tan cerca me hizo dar un salto; mis ojos se dirigieron hacia él, constatando la sonrisa descarada de quien había logrado el resultado deseado.

—Un día vas a matarme —respondí, volviendo mi atención al trago.

Cuando lo terminé, lo entregué al cliente junto con la comanda. Solo entonces me giré hacia Rodolfo, que me observaba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Crees que deberíamos contratar a otra persona para el bar? —preguntó, midiéndome con la mirada.

—No, en realidad necesitaba distraer un poco la mente —fui sincera—. Pero ya estoy finalizando la propuesta para el nuevo evento; te entregaré todo antes del lunes.

—Perfecto. —Guiñó un ojo y, en el instante siguiente, su atención se dirigió a un punto detrás de mí y su sonrisa se ensanchó —. Carlos, ¿qué te trae por aquí esta noche?

Mi corazón se descompuso en el instante en que escuché aquellas palabras salir de la boca de Rodolfo.

—Algunos asuntos pendientes —la voz seria se extendió por el ambiente. Un segundo después, me giré para encontrar aquellos ojos azules que me robaban por completo la cordura.

Y sí, era él quien estaba allí, estudiándome con una mirada como nunca antes había visto.

—Aprovechemos la oportunidad para tomar un trago —dijo Rodolfo. Carlos asintió, con los ojos fijos en mí. Fue entonces cuando Rodolfo hizo lo mismo.

—Vivian.

—¿Sí? —respondí, con la atención totalmente puesta en él, aunque sin dejar de sentir los ojos de Carlos sobre mí.

—Ya que estás tan empeñada en trabajar hoy, prepara dos de tus mejores tragos y llévalos para nosotros al área privada.

—Claro, los llevo en un instante —respondí, y me giré para preparar las bebidas.

Por más tentada que estaba, no me giré para mirarlos. Solo supe que se habían alejado cuando ya no pude escucharlos; el único sonido que dominaba era la música electrónica que seguía a todo volumen.

Los minutos siguientes fueron una verdadera tortura para mí. Intenté no pensar demasiado, pero las palabras de Carlos me habían desconcertado por completo.

Cuando terminé las bebidas, las coloqué en una de las bandejas y caminé hacia el área VIP. Suspiré antes de entrar, encontrando a Carlos y Rodolfo en una conversación relajada.

Los serví sin tener el valor de mirar en dirección a Carlos, aunque sentía su mirada fija sobre mí.

—Si necesitan algo más, estaré en la barra —dije, con la mirada puesta en Rodolfo.

Fue inevitable mirar a Carlos. El corazón traidor latió más fuerte, pero la chica provocadora que solo quería jugar no estaba presente. La sensación era distinta.

Quizá porque él era el padre de mi amiga y lo que estaba en juego era demasiado. Tal vez fuera eso.

Salí de su campo de visión con la cabeza a mil, atravesando a la gente sin saber qué era lo correcto en esa situación. En realidad, sabía muy bien que lo correcto era mantenerme lejos.

Pero el cuerpo era traidor.

Sentí una mano en mi brazo; me halaron hacia un lado, impidiendo que chocara con un grupo de chicos. Aunque el toque no era el que deseaba, miré de inmediato y encontré a Alexandre con la mirada curiosa sobre mí.

—Pelirroja, ¿qué pasó? Pareces más distraída de lo normal.

—Alexandre, hola —dije, forzando una sonrisa para él—. ¿Qué tal un trago?

—Hm. —Me recorrió con la mirada—. Eso me parece bien, vamos.



CAPÍTULO 16

Mis ojos se mantuvieron en Vivian hasta el momento en que nos dejó a solas. La chica estaba claramente evitando mirarme, y eso me intrigaba, porque desde que nos conocimos había ignorado cada maldita provocación. Sin embargo, cuando decidí ceder a todo el deseo que llevaba reprimiendo desde la primera vez que la vi, simplemente se fue.

¿Qué era lo que quería, al fin y al cabo?

No era propio de mí aceptar ese tipo de juego, pero aquella pequeña pelirroja estaba a punto de volverme loco, y por eso estaba allí.

—Puedo estar equivocado, pero diría que tus asuntos pendientes tienen nombre y una boquita maravillosa —dijo Rodolfo, sacándome de mis pensamientos.

Tomé la bebida que Vivian acababa de dejar y di un largo trago antes de mirar a Rodolfo. Tenía que admitir que la sonrisa en su rostro al referirse a ella me incomodó.

—¿Boquita maravillosa? —pregunté al mismo tiempo que arqueaba una ceja hacia él—. ¿Qué pasó con tus políticas de no

involucrarte con empleadas?

—Relájate, las mantengo firmes —respondió, tomando un sorbo de la bebida antes de recorrerme con la mirada—. Pero no soy ciego, la pelirroja llama la atención dondequiera que pasa.

En ese instante supe que tendría que esforzarme aún más por ser discreto con la chica, porque Rodolfo era demasiado perspicaz para dejarse engañar.

—Sí, es una chica bonita y atractiva —concedí, mientras pensaba en cómo cambiar el rumbo de la conversación—. Pero en realidad estaba pensando en la situación de Caio. ¿Has hablado con él?

Rodolfo asintió.

—Me llamó ayer —respondió, sin poder ocultar que estaba contento—. Parece que perdimos a Rafael, pero al mismo tiempo Caio está regresando al equipo.

—Siempre bromeando con cosas serias —comenté, negando con la cabeza—. Independientemente del motivo, terminar un matrimonio no debe ser nada sencillo.

Rodolfo se encogió de hombros y bebió lo que quedaba en su copa; yo aproveché para hacer lo mismo.

—No parecía estar sufriendo cuando dijo que vendría a Búzios mañana follar a unos coños —comentó Rodolfo, en tono sugestivo—. Por cierto, si quieres recordar los viejos tiempos, estás invitado.

—No me siento cómodo con tu forma de diversión —respondí con seriedad.

—Tú y Rafael son unos aburridos.

—El día que tengas una hija, vas a entend…

—Miren nada más —una voz familiar me interrumpió, atrayendo nuestra atención.

Me levanté al notar que quien se acercaba era Alexander Korfali, un viejo amigo y CEO del mayor conglomerado hotelero del país.

—Alexander, cuánto tiempo —lo saludé con un apretón de manos. Luego miré una vez más a Rodolfo que, como siempre, no parecía importarle mi opinión.

—¿Cómo has estado? —preguntó Alexander, atrayendo nuevamente mi atención—. ¿Ya estás manejando los proyectos en la empresa?

—Sí, debo ponerme en contacto contigo pronto para hablar sobre el proyecto de los hoteles.

—Perfecto. —Su sonrisa se ensanchó; cuando solté su mano, sentí que tocaba mi hombro—. Me alegra que todo esté bien.

Mi boca se curvó en una sonrisa al mismo tiempo que asentí.

—Siéntense —Rodolfo llamó nuestra atención y extendió su copa en nuestra dirección.

—Voy a tomar un poco de aire —respondí, sin poder dejar de pensar en el motivo que me había traído aquí esta noche—. Vuelvo en unos minutos.

—Ajá. —Rodolfo sonrió de lado—. Aprovecha y pídele a la pelirroja que nos traiga una botella de whisky.

—Eso suena bien —dijo Alexander, y enseguida se sentó en el sillón frente a Rodolfo.

—Déjenlo conmigo —dije, y me giré en busca de una sola cosa: hablar con Vivian y descubrir qué era lo que esa chica quería, al fin y al cabo.

Salí discretamente del área VIP y comencé a caminar por la discoteca. Tardé algunos minutos en encontrarla, y la sensación no fue la mejor cuando mis ojos se posaron en ella.

La chica estaba inclinada en el bar, conversando con un hombre.

—Tiene que ser una broma —murmuré al darme cuenta de que se trataba de Alexandre. Y, al igual que en la despedida de Bianca, ella parecía cómoda a su lado.

¿Sería ese el motivo por el que salió corriendo del piso?

Ese pensamiento me incomodó; estaba considerando seriamente dar media vuelta y regresar con mis amigos. Sin embargo, me mantuve observándola cuando se giró hacia una de las chicas en el bar y se dirigió al área íntima de la discoteca.

La seguí de lejos y la vi entrar al baño. Entonces me acerqué y me apoyé en la pared opuesta, donde sabía que tendríamos privacidad, y simplemente esperé. No era propio de mí hacer algo así, pero necesitaba respuestas y, definitivamente, las obtendría.

Y tal como imaginé, ella pasó junto a mí, dirigiéndose hacia la barra. Rodeé su brazo con mi mano y, en un movimiento suave, la atraje hacia mí. La chica soltó un grito que fue fácilmente ahogado por la música y llevó la mano a mi pecho, intentando empujarme. Pero en cuanto sus ojos se encontraron con los míos, dejó de intentarlo.

—Vivian —dije, con una mezcla de frustración y deseo, al mismo tiempo que deslicé mis manos hacia su cintura y la presioné contra la pared.

—Carlos —susurró, desconcertada, llevando sus manos a mis brazos—. No debemos hacer esto.

—¿Qué pasó? —pregunté, midiéndola con la mirada—. ¿Acaso tú y Alexandre…?

—No… —respondió sin dudar, lo que hizo que un alivio cayera sobre mí—. Es solo que, cuando estaba en el piso, Bianca me llamó y… eso me hizo cuestionar todo.

—¿No crees que ya es demasiado tarde para pensar en eso? —pregunté, llevando mi mano a su rostro—. Después de lo que pasó hoy, necesito estar dentro de ti, o voy a enloquecer.

Vivian dejó escapar un gemido contenido, golpeando directamente mi deseo, recordándome cada instante que había estado con ella.

—¿Y si ella lo descubre? —insistió; en ese momento percibí su miedo.

Esa era una de mis mayores preocupaciones, pero la estaba ignorando por el deseo incesante que me atormentaba. Había resistido tanto, pensando en Bianca, y quizá no estaba razonando bien, pero en el momento en que la toqué en mi oficina decidí asumir cualquier riesgo por mis acciones.

—No lo hará —dije con los ojos fijos en ella—. ¿A qué hora sales?

—Medianoche.

—Voy a esperarte y, esta vez, no vas a escapar, chica.

—Está bien —aceptó, y por más que quisiera devorarla en ese instante, aflojé mi presión alrededor de ella. No podía correr el riesgo de ser descubierto con ella.

Sin decir una sola palabra más, Vivian salió de mis brazos y, aún desconcertada, se dirigió hacia la barra. Permanecí observando a esa pequeña y deliciosa criatura, sabiendo que las próximas dos horas serían las más torturantes que pasaría en mucho tiempo.

Era consciente de que las consecuencias de esas acciones eran inciertas, pero necesitaba estar con esa chica, necesitaba desesperadamente sentir cada parte de ella. Así que sí, definitivamente la tendría.



CAPÍTULO 17

Caminé de regreso al bar, sintiendo la adrenalina recorrer mis venas por el momento que acababa de vivir con Carlos. Podría decir que él tenía razón: ya era demasiado tarde para pensar en cómo se sentiría Bianca. Al fin y al cabo, aunque él no hubiera estado dentro de mí, ya nos conocíamos íntimamente.

Los límites ya habían sido sobrepasados.

Suspiré profundamente y me dirigí hacia las chicas en el bar.

—¿Chicas, todo bien por aquí? —pregunté, con la voz agitada.

—Sí, Vivi. Todo bajo control —respondió Bárbara, y asentí antes de dirigirme hacia Alexandre.

Cuando me acerqué, noté que él coqueteaba con una rubia a lo lejos. Una sonrisa involuntaria apareció en mis labios, al darme cuenta de que definitivamente no perdía el tiempo.

Tomé un vaso y me serví una dosis del mismo whisky que Alexandre estaba bebiendo. Al notar mi presencia, su atención se dirigió hacia mí, pero no le di importancia. Llevé el vaso a la boca y

lo bebí de un solo trago, sintiendo el líquido descender por mi garganta y haciéndome estremecer.

—Ve con calma, pelirroja —dijo, llamando mi atención hacia él —. Dices que no, pero algo está pasando.

—No es nada —forcé una sonrisa y dejé el vaso sobre la barra.

—Lo que necesitas es relajarte un poco —dijo, en tono sugestivo. Sonreí y negué con la cabeza.

—¿Vas a dejar a la rubia plantada, galán? —pregunté, señalando con la cabeza a la mujer con la que había coqueteado hacía unos minutos. El descarado mostró esa sonrisa que ya conocía bien y tomó un sorbo de su bebida.

—Si dices que necesitas relajarte, toda mi atención será tuya —dijo, dejándome sin palabras por unos instantes.

—Eres increíble, en serio. —Su sonrisa se ensanchó, delatando que sabía muy bien que no valía nada—. Pero voy a pasar, no necesito relajarme de esa forma, no contigo.

—Eso dolió. —Llevó la mano al pecho y fingió estar ofendido —. No se escupe en el plato del que se comió, pelirroja.

Estaba a punto de responder, cuando mis ojos se dirigieron a un punto detrás de Alexandre. Mi corazón se aceleró y, por unos instantes, me quedé sin reacción ante la presencia de aquel que venía robándome el poco juicio que me quedaba.

—Mira quién anda por aquí —dijo Alexandre al notar la presencia de Carlos, y entonces extendió la mano para saludarlo.

—No esperaba encontrarte aquí —comentó él, devolviendo el apretón de manos.

—Bianca me presentó este lugar y, desde entonces, es mi compromiso de cada viernes. Necesitamos relajarnos, ¿no?

En ese instante, percibí que Laís se acercaba, así que mi atención se dirigió hacia ella.

—Déjalo, yo atiendo —susurré.

—Está bien, cualquier cosa solo llámame —respondió, y enseguida se dirigió hacia otro cliente que se aproximaba.

Mis ojos volvieron hacia aquellos dos; los observé intercambiar algunas palabras más antes de que la atención de Carlos se dirigiera por completo a mí.

—¿Qué puedo servirte, Carlos? —pregunté, intentando mantener la compostura.

—Una botella de whisky —dijo, y arqueé una ceja.

—¿Pedido del jefe? —Carlos asintió.

Me giré hacia el almacén de bebidas y tomé una botella de Macallan mientras intentaba controlar mi corazón. Al volverme, le extendí la botella y no sabía si el movimiento había sido intencional, pero sentí el roce de sus dedos al entregársela, con una corriente eléctrica atravesándonos a los dos.

Carlos mantenía sus ojos fijos en mí, y podría jurar que estaba conteniendo una sonrisa en ese instante.

—Buena elección —dijo; yo solo fui capaz de asentir.

—Nos vemos por ahí, Alexandre.

Carlos se dio la vuelta y caminó entre la multitud. Lo seguí con la mirada hasta que desapareció de mi vista.

—Así que ese es el motivo por el que ya no quieres salir conmigo de repente —la voz de Alexandre me devolvió la atención hacia él.

—¿De qué hablas? —me hice la desentendida—. La única razón es que eres demasiado canalla, incluso para mí.

—No me mientas, Vivian —me recorrió con la mirada—. Nunca te vi tan desconcertada, tú no eres así.

—Estás viendo cosas donde no las hay —me mantuve firme, aunque su mirada delataba que no estaba convencido.

—¿Bianca lo sabe? —Alexandre arqueó las cejas.

—Ni se te ocurra decirle algo así.

—Relájate, pelirroja —sonrió con desenfado, demostrando claramente que se estaba divirtiendo con la situación—. Tu secreto está seguro conmigo.

Suspiré y simplemente asentí, entregándole la confirmación que él quería; al fin y al cabo, no serviría de nada negarlo frente a alguien que aparentemente me conocía bien.

—Si esto sale de aquí, te mato —dije. Alexandre levantó las manos en señal de rendición, y ese gesto me hizo soltar una risa.

—Lo digo en serio.

—Lo sé, no tengo intención de hacerlo —confesó, lo que me hizo relajarme. Alexandre dio un último sorbo a su bebida y volvió la mirada hacia mí.

—Voy a dejarte trabajar y aprovecharé para divertirme un poco.

—Ve, hablamos después —respondí. Él me guiñó un ojo.

Lo seguí con la mirada. Alexandre se levantó y fue hacia la rubia, que en ese momento ni siquiera podía disimular la mirada en nuestra dirección. Negué con la cabeza y me dirigí hacia las chicas, con el fin de comprobar cómo estaban las cosas.

El plan era mantenerme lo más ocupada posible para controlar la sensación que me dominaba.

Después de reponer algunas bebidas que estaban por terminarse, di una vuelta por toda la discoteca, confirmando en cada área que todo marchaba bien. Con la certeza de que no necesitarían de mí, comencé a recoger mis cosas para irme.

Con el cargo de gerente, y con Rodolfo decidido a mantenerme responsable de cada nuevo evento, mi horario se había vuelto más flexible. Lo cual era maravilloso, ya que ahora me quedaba hasta las tres de la madrugada solo de vez en cuando.

Al tomar mi móvil, noté que había una notificación de mensaje. Me mordí el labio inferior al darme cuenta de que se trataba de Carlos. La abrí y constaté que me había enviado una dirección, seguida de una contraseña para que fuera a su penthouse y lo esperara allí.

Un frío en el estómago me invadió mientras imaginaba cómo sería esa noche.

—¿Ya te vas? —la voz de Rodolfo resonó sobre la música, haciéndome dar un salto de susto—. Tranquila, pelirroja.

Mi mirada se dirigió hacia él y noté que no estaba solo, sino acompañado de Carlos y otro amigo que había llegado un poco después. Y tenía que admitirlo: cuando Rodolfo se juntaba con los hombres que solían rodearlo, era para destrozar cualquier corazón.

Siempre eran increíblemente atractivos; incluso llegué a pensar que era un requisito para entrar en el club.

—Sí, a menos que necesites que me quede —respondí, seria, manteniendo mis ojos fijos en él.

—No, puedes irte.

—Perfecto, disfruten la noche —sonreí y tomé mi bolsa. Después de una mirada discreta hacia Carlos, me dirigí a la salida.

No sabía con certeza cómo fluirían las cosas, pero la ansiedad me dominaba a cada paso hacia el aparcamiento. Tenía una dirección y la certeza de que resistirme era inevitable.

Yo lo quería, quería a ese hombre. Solo podía desear que él tuviera razón y que Bianca nunca descubriera esto.



Nunca me había sentido tan ansiosa como ahora.

No sabía con certeza si era por el hecho de que él fuera el padre de Bianca, o por haber deseado este momento desde la primera vez que vi a ese hombre, pero mi corazón estaba a punto de enloquecerme.

Suspiré profundamente y llevé la mano al panel, introduje la contraseña que Carlos me había dado y abrí la puerta. Noté que todo estaba oscuro, lo que delataba que, a pesar de haber tardado un poco más en llegar, él aún no estaba allí.

Después de buscar un poco, logré encontrar el interruptor. Llevé mi mano hacia él, pero antes de poder encenderlo, fui sorprendida por una mano grande sobre la mía; al instante siguiente, me vi una vez más contra la pared.

—Carlos —susurré, sintiendo su aliento cálido a pocos centímetros de mis labios—. Pareces decidido a matarme de un susto.

—No cerraste la puerta, ¿qué esperabas?

—Yo… me distraje —dije, lamiéndome los labios.

—Ah, niña… —su voz salió ronca y seria. Sus manos se deslizaron hacia mi cintura y, enseguida, pegó nuestros cuerpos, haciéndome estremecer—. ¿Qué estás haciendo conmigo?

Aquella había sido una pregunta retórica, ya que en el instante siguiente sus labios estaban sobre los míos, reclamando con deseo y lujuria cada pedacito de mí. Llevé mi mano a su camisa y, a medida que profundizábamos aquel beso, comencé a desabotonarla.

Él empezó a guiarme por la cobertura mientras hacíamos una batalla con nuestros cuerpos; fuimos quitándonos cada prenda y arrojándolas por los distintos ambientes que atravesábamos. Cuando llegamos al cuarto, quedaban ya pocas piezas separándonos.

—Ah… —jadeé, cuando me lanzó sobre la cama y se acomodó entre mis piernas.

—No voy a ser gentil, Vivian —gruñó, al mismo tiempo que desgarraba mi ropa interior sin dificultad alguna.

Resoplé, con la visión excitante de tenerlo admirándome por completo.

—No estoy pidiendo que lo seas —dije; mi voz salió entrecortada, atrayendo su mirada hacia la mía. Carlos se inclinó sobre mí y yo pasé mis piernas alrededor de su cintura.

Entonces, volvió a devorarme. Sus labios deliciosos tomaron los míos por un buen rato, antes de comenzar a trazar un camino húmedo de deseo por mi cuello, mientras sus manos recorrían cada parte de mi cuerpo.

—Necesito sentirte… —logré decir con dificultad, cuando sus dedos empezaron a juguetear con mi clítoris—. Ahora, por favor.

—Puta madre, niña —gruñó, visiblemente perturbado—. No me pidas eso.

Decidida a no darme por vencida, mi mano descendió por los músculos firmes de su abdomen hasta llegar a su verga, que ya estaba dura como una piedra.

—Sé que tú también lo quieres —lo provoqué.

Carlos soltó algunas palabras ininteligibles y se levantó. Apoyé mis codos en el colchón y lo observé salir del cuarto. Unos instantes después, regresó y se detuvo frente a mí.

La expectativa aumentó al verlo colocarse el preservativo y desviar sus ojos oscuros, cargados de deseo, hacia mí. Su mano

rodeaba su miembro, y comenzó movimientos suaves de vaivén mientras éste palpitaba.

Pasé la lengua por mis labios y lo vi acercarse. Sentí como si fuera una presa a punto de ser devorada.

Y me gustó, me gustó demasiado esa mirada sobre mí.

Abrí mis piernas, lista para recibirlo. Pero Carlos me sorprendió al tomar mis piernas y, en un movimiento rápido, girarme boca abajo contra el colchón.

—Levanta ese trasero delicioso para mí —pidió. Sin perder tiempo, hice exactamente lo que me pidió.

Carlos llevó sus manos a mis piernas y las separó. Pensé que en ese momento lo sentiría hundirse en mí. Pero no; solté un gemido profundo cuando su lengua caliente se deslizó por mi coño.

Comenzó a lamerme con una presión distinta a todo lo que había experimentado, y, puta madre, era increíblemente bueno. Mis gemidos se intensificaban con cada embestida de aquel hombre. Solo se detuvo cuando me deshice en su boca, de manera insana, entre un gemido fuerte, rindiéndome por completo.

Y sin darme tiempo para recuperarme, se levantó y apoyó sus manos en mi cintura. Luego comenzó a pasar su verga por mi coño, esparciendo toda la lubricación. Gemí al sentirlo hundirse en mí, abriendo espacio, acompañado de un gruñido que me erizó la piel.

—Tan… apretada —dijo pausadamente, mientras retiraba su verga y volvía a hundirse una vez más.

Él repitió aquel movimiento varias veces, hasta que me acostumbré a su tamaño. Y a cada vez, un escalofrío recorría mi cuerpo junto con la sensación alucinante de sentirlo llenarme cada vez más.

Cuando pensé que no podía mejorar, Carlos comenzó a hundirse en mí, aumentando el ritmo cada vez más.

Sus manos trazaron un camino por mi espalda y recogió mi cabello; luego pasó la mano libre alrededor de mi vientre y me jaló para que me arrodillara sobre la cama, pegando mi cuerpo al suyo.

Contener los gemidos fue imposible: con cada embestida me apretaba más contra su cuerpo y tiraba de mi cabello. Y, dando un toque aún más alucinante, se inclinó y rozó su barba contra mi cuello mientras se hundía en mí.

—Eres deliciosa y caliente, niña —susurró en mi oído y mordió el lóbulo de mi oreja.

—No voy a aguantar —dije entre gemidos, lo que hizo que él aumentara aún más el movimiento dentro de mí.

—Vas a aguantar mucho más —gruñó de una forma tan sexy que fue justo lo que necesitaba para entregarme por completo.

En medio de un grito alucinante, tuve el mejor orgasmo de mi vida, sintiendo a aquel hombre sujetarme con más fuerza contra él y follarme sin descanso.

Cuando comenzaba a recobrarme, lo sentí soltarme sobre el colchón suave y girarme boca arriba. Aún estaba débil, pero después de acomodarme en la cama, abrí mis piernas para que se colocara entre ellas, y así lo hizo.

Se hundió en mí de nuevo y el movimiento provocó un choque delicioso por todo mi cuerpo. Sentí cómo entrelazaba nuestras manos y las llevaba por encima de mi cabeza. Entonces se inclinó y tomó mis labios, mientras me penetraba con constancia.

Me sorprendí al sentir que estaba a punto de tener otro orgasmo. Mi sexo se tensó y me descubrí moviendo las caderas, buscando algo que ni siquiera pensé que fuera capaz de alcanzar.

Carlos dejó mis labios y sus ojos intensos encontraron los míos.

—Eres tan… deliciosa —gruñó pausadamente, mientras se hundía cada vez más.

Estábamos totalmente eufóricos; sus embestidas eran cada vez más profundas y precisas, llevándome fácilmente al límite.

Apreté mis piernas alrededor de su cintura y, en medio de un gemido intenso, dejé que toda aquella sensación alucinante me dominara. Increíble, aquello había sido demasiado increíble.

Mientras me contraía alrededor de Carlos, él dio unas cuantas embestidas más deliciosas. Fue entonces cuando, en un movimiento rápido, se arrodilló en la cama y salió de mí. No vi cuándo se quitó el preservativo, pero en el instante siguiente un chorro de semen alcanzó mi vientre y mis pechos, mientras él gritaba mi nombre de una forma tan sexy que me dejó extasiada.

—Ah, niña —dijo, al mismo tiempo que intentaba controlar la respiración.

Conforme nos calmamos, mis ojos recorrieron mi cuerpo, totalmente marcado por él.

—Te ha gustado marcarme —comenté, recordando que había hecho lo mismo en su oficina más temprano.

Él me miró por un momento y me lanzó una sonrisa tan deliciosa que me intimidó.

¿Qué demonios de sentimiento era ese ahora?

—No voy a mentir, es excitante verte toda cubierta con mi leche —dijo, mientras observaba lo que acababa de hacer—. Te ves aún más hermosa.

Y aunque no era algo propio de mí, me descubrí sonrojándome ante aquel comentario. Me lamí los labios y mantuve mis ojos en él por un instante, antes de incorporarme. Me arrodillé frente a él, sintiendo una confusión dentro de mí.

—Carlos… —susurré unos instantes después, sin estar segura de cómo debía actuar.

Pareció entender bien mi mirada, pues su sonrisa se deshizo y su mano fue hacia mi rostro. Luego deslizó sus dedos por mis labios,

de una manera que estaba aprendiendo a disfrutar, y mucho.

—Hoy no vamos a pensar en nada… vamos a disfrutar cada segundo.

Por un momento no dije nada; mi corazón estaba descompasado y comenzaba a darme cuenta del lío en el que me estaba metiendo. Pero, yendo contra la razón una vez más, mordí mi labio inferior y le respondí:

—Está bien, vamos simplemente… a disfrutar el momento.



CAPÍTULO 18

Aún somnoliento, me removí en la cama con la intención de dormir un poco más, pero en ese momento la presencia de aquel cuerpo pequeño a mi lado me trajo algunos recuerdos. No era común en mí, ya que prefería no dormir con las mujeres con las que me acostaba. Sin embargo, tenerla junto a mí me hizo recordar lo increíble que había sido la noche anterior, mucho mejor de lo que había imaginado.

Lentamente abrí los ojos y me permití mirarla por un instante. El cabello pelirrojo, la boca carnosa y deliciosa, las sábanas cubriendo solo lo necesario y dejando expuesta gran parte de ese cuerpo caliente. Ella era todo lo que debería mantenerme alejado a estas alturas del partido.

Pero sabía que ahora era inevitable.

La única certeza era que solo una noche con ella no sería suficiente. Con esa idea en mente, decidí levantarme para pensar con claridad en todo. Salí del cuarto con cuidado de no despertarla, fui a la cocina y preparé un café fuerte. Luego me dirigí a la terraza y me senté en el sofá.

No tenía idea de cuánto tiempo permanecí allí, mirando el paisaje, perdido en mis pensamientos. Solo me di cuenta de que había pasado un tiempo considerable cuando levanté la vista hacia la puerta y vi a la chica apoyada en el marco, observándome con esos mismos ojos curiosos, los que me volvían loco.

—Buenos días —dije. Vivian abrió una sonrisa y se acercó a mí.

Ella llevaba puesta una de mis camisas de vestir, con algunos botones desabrochados, lo que la hacía ver increíblemente sexy.

—Buenos días —susurró y se detuvo frente a mí.

Extendí mi mano hacia ella. Vivian la tomó sin cuestionar, entonces la atraje hacia mi regazo. No protestó, simplemente vino y se acomodó, apoyando sus piernas a ambos lados de mi cintura.

—¿Por qué no me despertaste? —preguntó ella, mientras acariciaba su cintura.

—Estabas durmiendo tan profundamente… y por tu jornada de trabajo, imagino que despiertas más tarde.

—Acertaste —respondió, luego apoyó sus manos sobre mi pecho—. ¿Lograste manejar al cliente ayer?

Hice una mueca y deslicé mi mano dentro de la camisa, tocando su piel desnuda.

—Eso es lo último de lo que quiero hablar ahora —susurré, sintiéndola estremecer bajo mis manos.

Puta madre, eso era delicioso.

—Hm… —emitió un gemido contenido y apretó sus piernas alrededor de mí—. Solo una noche, ¿recuerdas?

—¿Eso es lo que quieres? —pregunté, al mismo tiempo que aumentaba la presión de mis manos sobre su piel.

Vivian cerró los ojos, y yo seguí trazando un camino hasta sus pechos. Se acomodaron perfectamente en mis manos, y mientras

admiraba las expresiones sensuales que ella hacía, comencé a masajearlos.

—Carlos… —gimió, melosa, clavando sus uñas en mis hombros.

Sin poder contenerme, deslicé mis manos hacia su cintura y la atraje hacia mí, friccionando su cuerpo hacia adelante, haciéndole sentir lo duro que estaba en ese instante.

—Estamos demasiado vestidos —dije, con la respiración irregular. Ella abrió los ojos y me miró por un instante.

—No deberíamos continuar…

—En realidad… —comencé a hablar, luego detuve el estímulo y la miré fijamente—. He estado pensando en algo, si estás de acuerdo…

Vivian arqueó las cejas; sus ojos se volvieron aún más curiosos.

—Eso suena interesante —comentó, lamiéndose los labios. Después, sus manos pequeñas se deslizaron hacia mi abdomen, con tanta suavidad que lograron erizar todo mi cuerpo—. Cuéntame, ¿qué estabas pensando?

—Ah, niña… —gruñí de manera contenida. Mis ojos se dirigieron a sus labios carnosos. Estaba a punto de atraerla hacia mí, cuando su mano firme se posó en mi pecho para detenerme.

—Estoy curiosa —susurró.

Mi boca se curvó en una sonrisa, al darme cuenta de la intensidad de su mirada sobre mí.

—Primero, quisiera saber… ¿Estás saliendo con alguien más?

—¿Y si lo estuviera? —preguntó con atrevimiento. Involuntariamente, apreté más su cintura.

No lo admitiría, pero la idea me incomodaba.

—¿Lo estás? —pregunté, con la voz contenida.

Una sonrisa traviesa se formó en sus labios; esa actitud delataba que solo estaba jugando conmigo.

—No, no lo estoy. ¿Por qué?

—Quiero más de esto —fui directo.

—Oh… —Vivian dejó esas palabras en el aire.

—Quiero más de ti, por eso quiero proponerte algo —dije, mientras organizaba mis pensamientos—. Te quiero para mí, niña, pero esto solo debe durar hasta que Bianca regrese. No podemos correr el riesgo de que descubra lo nuestro.

Ella no respondió, y el silencio me dejó inquieto. Lo cual era, al menos, curioso, porque pocas cosas en la vida lograban ponerme así.

—No necesitas responderme ahora, solo piénsalo —volví a decir, rompiendo el silencio que se había instaurado.

—¿Qué exactamente me estás proponiendo, Carlos? —preguntó, y solo entonces me di cuenta de que estaba confundida.

—Sexo, es lo único que puedo ofrecerte —respondí, sincero—. No puedo darte nada más que eso, pero podemos divertirnos juntos.

Vivian pasó la lengua por sus labios; luego su mano pequeña volvió a deslizarse por mi cuerpo, enviando sensaciones directamente a mi verga.

—¿Qué deberíamos hacer mientras no decido? —preguntó, con voz deseosa y un gesto tan sensual que hizo que mi cuerpo entrara en combustión.

No pude responder, teniendo esos ojos fijos en mí. Mis manos fueron a su nuca y la atraje hacia mí. Besé sus labios carnosos y la sentí deshacerse, mientras deslizaba mi mano por su espalda.

El beso era delicioso, intenso y lleno de deseo. Sus manos pequeñas comenzaron a recorrer mi cuerpo y ella empezó a moverse

suavemente sobre mi regazo.

Y, puta madre, la chica era demasiado ardiente y deliciosa.

Llevé la mano a la camisa y la abrí de golpe, sin importarme los botones que saltaron al hacerlo. Vivian levantó un poco las caderas y su mano traviesa fue directamente a mis calzoncillos; con rapidez liberó mi verga y la posicionó en su entrada.

Interrumpí el beso y mis ojos se encontraron con los suyos.

—Necesitamos preservativo —advertí.

—Después de mis últimos exámenes no he estado con nadie —dijo, jadeante—. Y tomó la píldora.

—Ah, niña… —respondí, perturbado y al mismo tiempo excitado con la idea—. Me estás haciendo romper otra regla.

—¿Cuál regla?

—Nunca follo sin preservativo —contesté, sintiendo cómo mi miembro palpitaba mientras sus manos deliciosas lo acariciaban—. Pero estoy limpio.

Mi mano se posó sobre la suya y comencé a deslizar mi verga por su coño, esparciendo toda la lubricación.

—Por Dios… —resopló, cuando empecé a hundirme dentro de ella. Sus ojos se encontraron con los míos—. Yo también, nunca…

Vivian dejó esas palabras en el aire, mientras yo retrocedía y volvía a entrar una vez más.

—¿Nunca? —la animé a continuar. No debería, pero aquella información me complacía demasiado.

—Nunca… —suspiró—. Nunca. Dejé. De. Usar —dijo pausadamente, haciendo que mi verga palpitara con cada palabra pronunciada de manera torturante.

—Puta madre… —gruñí, en el instante en que me hundí por completo dentro de ella, sintiendo lo caliente y apretado que era su

coño.

Me incliné para tomar sus labios, al mismo tiempo que me hundía cada vez más en ella. Pero no me detuve allí: mientras la chica ansiosa comenzaba a cabalgar sobre mí, yo la mordía, la besaba y apretaba su pequeño cuerpo contra el mío.

No era calmado, mucho menos suave. Era rudo, intenso y jodidamente delicioso, al punto de hacerme perder la razón cada vez que me enterraba dentro de ella.

Vivian clavó sus uñas en mí. Su movimiento me obligó a desviar la atención hacia ella. Sus ojos me pedían silenciosamente más y, puta madre, era demasiado sexy verla sonrojada, golpeando su coño contra mi verga, con sus pechos deliciosos saltando frente a mis ojos.

Dios, aquello era increíblemente excitante.

Me levanté y la llevé conmigo; ella pasó su mano alrededor de mi cuello y sus ojos curiosos se fijaron en mí. Antes de que pudiera preguntar, cubrí sus labios con los míos y me permití sentir su suavidad hasta que llegamos al sofá.

La recosté sobre él y me acomodé encima de su cuerpo. Vivian rodeó mi cintura con sus piernas, incitándome a hundirme en ella. Fui cada vez más profundo, mientras el sonido sensual de sus gemidos me llevaba al borde de la locura.

Fue entonces cuando presencié una de las escenas más excitantes que podía imaginar: Vivian con los ojos clavados en los míos, rindiéndose en un grito erótico. Aquella visión fue suficiente para que me uniera a ella, derramando mi placer y gruñendo su nombre.

En ese instante, con nuestros cuerpos sudorosos y más conectados que nunca, tuve la certeza de que estaba jodido y completamente rendido a los pies de esa chica.



—¿Está todo bien? —pregunté, con los ojos fijos en Vivian.

Ella llevaba un buen rato desayunando, distraída. Pero pronto sus ojos se dirigieron hacia mí.

—Sí, ¿por qué la pregunta? —sus ojos curiosos no se apartaban de los míos, mientras llevaba una uva a su boca.

—Digamos que estás demasiado callada —comenté. Su boca se curvó en una sonrisa y desvió la atención hacia la mesa, tomando más frutas.

La verdad era que quería saber qué había decidido, pero al mismo tiempo no quería presionarla por una respuesta. Desde que nos bañamos después de aquella increíble follada, no había dicho una sola palabra sobre el asunto.

—Solo estoy pensando en algunas cosas —dijo, de manera vaga, pero con una sonrisa que me hizo arquear las cejas.

—Parece que te estás divirtiendo —dije. Ella siguió comiendo y negó con la cabeza.

—Eso aumentaría las posibilidades de que Bianca lo descubra —finalmente tocó el tema.

—Por eso mi propuesta es que dejemos de vernos antes de que ella regrese a Brasil, sea en seis meses o en un año como máximo. Así no habrá manera de que lo descubra.

—¿Y si, por acaso, ella regresa y no logramos detenernos?

—Todo lo que está bien acordado se resuelve bien; por mi parte no hay manera de que eso ocurra —respondí. Ella arqueó las cejas, sorprendida, y asintió con la cabeza.

Entonces desvió la atención hacia la mesa, tomó el vaso de jugo de naranja que estaba bebiendo y lo terminó de un solo trago. Después se levantó y sus ojos se encontraron con los míos.

—Necesito irme, tengo que resolver algunas cosas antes de trabajar —dijo con firmeza, y se giró para dirigirse hacia el cuarto.

Permanecí en el lugar por unos instantes, sin poder creer cómo ella seguía como si no hubiéramos estado hablando de nada importante. Me levanté y, al salir de la cocina, la vi recoger sus pertenencias que aún estaban esparcidas por los rincones del penthouse, colocándolas tranquilamente.

Di algunos pasos hacia ella y continué observándola. Cuando terminó, me miró y me regaló una sonrisa. Estaba confundido, pero no quise presionarla. Así que no dije ni una sola palabra.

La chica se acercó a mí y se puso de puntillas. Mordió suavemente mi labio inferior y lo jaló antes de buscar mi mirada.

—Está bien, podemos hacerlo —dijo, y una sensación agradable me invadió. Pasé mis manos alrededor de su cintura y la atraje hacia mí.

Le di otro de esos besos calientes e intensos en su boquita deliciosa. Unos instantes después, ella me dio unos golpecitos en el pecho, obligándome a apartarme.

—Tengo que irme —dijo, jadeante.

Devolviendo su gesto anterior, me incliné y mordí su labio inferior, luego lo succioné y lo jalé suavemente. Retiré mis manos de su cuerpo y la miré.

—Me pondré en contacto para que combinemos algo.

—Claro —respondió, y me guiñó un ojo.

Después tomó su bolsa y se dirigió hacia la puerta. La abrió y me miró una última vez antes de marcharse.

Era increíble cómo una chica tan pequeña lograba jugar conmigo de una manera que ninguna mujer antes había conseguido. Pero, al mismo tiempo, me sentía extasiado al saber que aún follaríamos mucho antes de ponerle fin a esta locura.

Como dice el dicho: el que está bajo la lluvia es para mojarse. Y, puta madre, cuánto quería mojarme antes de salir de ella.

Entonces, sí, aprovecharía cada instante con esa chica.



CAPÍTULO 19

—*¿Y entonces?* —la voz de Carlos resonó al otro lado de la línea, cuando no obtuvo respuesta.

—No puedo ir, tengo que estar en el trabajo dentro de poco —respondí, una sonrisa apareció en mis labios al escucharlo suspirar al otro lado—. ¿Está todo bien?

—*Sí, solo estoy un poco estresado* —contestó. Yo me moví en la silla del portátil y me levanté—. *Quería que vinieras, porque estoy tan lleno de trabajo que ni siquiera puedo soñar con ir hasta allá.*

—Necesito terminar el portafolio con algunas sugerencias de cambios en la discoteca y prepararme para un evento que tendremos —dije, caminando hacia la cama. Me dejé caer sobre el colchón suave y permanecí mirando al techo mientras pensaba.

Después del día en que decidimos seguir viéndonos, nos encontramos varias veces. Las últimas cinco semanas fueron intensas: Carlos vino desde la capital hasta Búzios en mis tres últimos días libres y apareció sin avisar al final de algunos turnos también. No pasábamos más de cuatro días sin vernos; sin embargo, el último fin de semana él viajó a Nueva York para visitar a mi amiga y, desde entonces, aún no habíamos logrado encontrarnos.

—*Parece que tenemos un impasse entonces* —su voz frustrada me devolvió a la realidad—. *Voy a concentrarme en resolver las cosas aquí; nos vemos en dos días, en tu día libre.*

—Hm… está bien.

—*No veo la hora de estar dentro de ti, niña* —dijo. Su voz contenida me hizo morderme el labio inferior para ocultar la sonrisa.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme niña? —pregunté, en una pequeña provocación.

—*No voy a dejar de hacerlo, eres mi niña* —respondió tan rápido que hizo que mi traicionero corazón se descompasara.

—¿Tu niña? —pregunté, en un hilo de voz.

—*Es nuestro acuerdo, ¿no?* —pude sentir que su voz se volvió cautelosa—. *Mientras estemos saliendo, eres mi niña.*

Cerré los ojos para intentar poner mi cabeza en orden. Eso era: su niña, mientras follábamos desenfrenadamente durante el tiempo que Bianca estuviera fuera.

—¿Debería pensar en cómo llamarte también? Tal vez…

—*Si dices viejo con plata, sugar daddy o cualquier término parecido, voy a dejar todo lo que estoy haciendo para darte unas nalgadas* —me interrumpió, serio. Aquello me hizo soltar una carcajada.

No esperaba que me acompañara, pero lo hizo. Pude escuchar su risa deliciosa al otro lado de la línea, y tenía que admitirlo: se sentía bien.

—Hey… —dije unos instantes después—. No estaba pensando en eso, porque de viejo no tienes nada.

—*Más te vale* —respondió, y aún pude sentir que sonreía. Con los ojos cerrados, casi pude verlo sonreír—. *Tengo mucho que hacer, pero hablamos luego. Un beso en esa boca deliciosa.*

—Besos —dije, y aparté el móvil del oído, constatando que acababa de colgar.

Miré hacia el portátil que había captado mi atención antes de que Carlos llamara. Debería levantarme, sentarme en la silla y concentrarme en terminar el portafolio. Pero mi mente loca estaba puesta en quien no debía.

Carlos había venido a mí todas las veces desde que empezamos a salir. ¿Por qué no intentar mover algunos hilos y sorprenderlo?

Me senté en la cama, animada con la idea. Sin pensarlo demasiado, volví mi atención al teléfono y llamé al único que podía resolver mi problema.

—*Hola, pelirroja* —Rodolfo contestó al tercer tono.

—¿No crees que ese apodo ya está pasado? —pregunté, al mismo tiempo que puse los ojos en blanco.

—*Me gusta, te hace enojar, por lo tanto seguiré usándolo* —respondió, con un tono de puro sarcasmo.

—¿Qué tal si me das un día libre, para compensar toda la frustración que me causas cada vez que me llamas así? —bromeé, provocando su carcajada.

—*Vamos, Vivian, si quieres un día libre solo tienes que pedirlo.*

—En realidad, sí lo quiero —dije, un poco vacilante. Era la primera vez que pedía algo así—. Pensé en aprovechar para terminar el portafolio y llevarte todas las modificaciones mañana.

—*Claro, hazlo así* —respondió, relajado—. *Eres una excelente empleada, no tengo por qué negarlo. Me aseguraré de que todo esté bajo control.*

—¡Gracias, jefe!

—*Dile a mi querido amigo que me debe esta* —añadió Rodolfo, haciéndome sonrojar.

—¿Cómo? —pregunté, desconcertada.

—*Soy buen observador, pelirroja, he visto todo* —dijo en tono de broma. Rodolfo claramente estaba disfrutando soltar esa información.

—Eh… —empecé, sin saber bien qué responder.

—*Aprovecha y adelanta tu día libre, vuelve y tráeme el portafolio el jueves* —arqueé las cejas, sorprendida. Sin embargo, no pude contener la sonrisa ni intenté rechazar la generosidad de mi jefe.

Al fin y al cabo, eso estaba saliendo mejor de lo que había pensado.

—Nos vemos el jueves por la noche entonces. Cualquier cosa, estaré con mi móvil —dije y terminé la llamada.

Podía imaginar la cara burlona de Rodolfo y eso me hizo negar con la cabeza. ¿Cómo podría negarlo, cuando claramente no estábamos siendo lo suficientemente cuidadosos?

Dejando esos pensamientos de lado, me levanté con un único plan en mente: preparar una pequeña maleta y comprobar de cerca la expresión de Carlos al verme llegar allí.

No debería, pero estaba ansiosa por ese momento.



Fueron poco más de dos horas y una expectativa deliciosa.

No recordaba haberme sentido así al ir al encuentro de alguien. En mi subconsciente sabía que no debía dejar que ese sentimiento predominara, pero en ese momento simplemente estaba ignorando la razón.

Usé el aparcamiento de la empresa y, después de tomar la carpeta con mi portátil y mis anotaciones, me dirigí a la recepción. Cuando los ojos de la recepcionista se encontraron con los míos, pude notar su sorpresa al verme.

La saludé con una sonrisa mientras pasaba junto a ella; ella respondió de inmediato y solo me siguió con la mirada, mientras yo me encaminaba hacia el piso superior, donde estaba la oficina de Carlos.

Esta vez no intentó detenerme. Así que seguí caminando hasta quedar frente al escritorio de la secretaria de Carlos. Una sonrisa apareció en mi rostro cuando sus ojos se cruzaron con los míos.

—Hola, buenas tardes.

—Buenas tardes, ¿tiene cita con el señor Mancini? —preguntó, amable.

—No, pero ¿podría avisarle que estoy aquí? Me llamo Vivian Bittencourt.

—Claro, solo un instante —pidió. Asentí y la observé tomar el teléfono.

Podría decir que la escena fue graciosa. Solo necesitó mencionar mi nombre y, en cuestión de segundos, colgó visiblemente sorprendida y me miró.

—Adelante, él la está esperando.

—Perfecto, muchas gracias —respondí y me dirigí hacia la oficina.

Cuando abrí la puerta, noté que el jardín ya no estaba a la vista y Carlos caminaba hacia mí. Todo ocurrió muy rápido: di unos pasos dentro de la oficina y sus manos empujaron la puerta al mismo tiempo que me apretaron contra ella.

—¿Qué estás haciendo aquí, niña? —preguntó, con los labios a pocos centímetros de los míos.

—Digamos que moví algunos hilos —respondí, mientras sus manos fuertes rodeaban mi cintura.

Entonces comenzamos a besarnos. Carlos me apretó contra él de una manera deliciosa, mientras exploraba cada rincón de mi boca con fervor. Pero pronto terminó el beso, chupando mi labio inferior y enviando una oleada de excitación por todo mi cuerpo.

Aún estaba atrapada en el momento cuando él se apartó para mirarme.

—Necesito finalizar un proyecto y enviarlo por correo electrónico, luego podemos salir de aquí —dijo con firmeza.

—Está bien —respondí, jadeante. Levanté mi carpeta—. Traje mi portátil para ir trabajando mientras espero.

—Perfecto —él se apartó, dándome espacio para salir de sus brazos—. Siéntete cómoda.

—Gracias —respondí y pasé junto a él, decidiendo dónde sentarme.

Después de analizarlo, me dirigí hacia el sofá. Coloqué mi carpeta sobre la mesa de centro y me senté. Carlos fue hacia su escritorio y yo me concentré en esparcir mis cosas, poniéndome realmente cómoda.

En algunos momentos percibí su mirada dirigida hacia mí. Aunque era algo nuevo para mí, debía confesar que no resultó incómodo trabajar mientras intercambiábamos algunas miradas a lo largo del día.

De hecho, las ideas parecieron fluir incluso mejor, porque en unas dos horas ya estaba a punto de finalizar los detalles del portafolio.

—¿Cómo va todo por aquí? —la voz de Carlos resonó, yo estaba tan concentrada que di un salto al notar su presencia—. Estabas realmente concentrada.

—Sí, apenas te vi acercarte —confesé.

Se sentó a mi lado y miró hacia la pantalla de mi portátil.

—Ya estoy terminando. Estaba elaborando algunas sugerencias para captar la atención de los turistas y atraer al público incluso en épocas en las que no hay tanto movimiento —expliqué, al notar que estaba revisando mis archivos.

—¿Abrir el espacio para despedidas de soltero y celebraciones? —preguntó, y su mirada se dirigió hacia mí—. Eso realmente es interesante.

—Ese es el principal objetivo, para aumentar el movimiento en días más tranquilos, pero también pensé en opciones para los días más concurridos, como el evento que Rodolfo dejó a mi cargo —dije, animada al sentir que su interés era genuino—. Cócteles exclusivos, áreas reservadas… en fin, un poco de todo.

—¿Qué opinas de buscar DJ's de moda y verificar la posibilidad de contratarlos? Creo que atraerá a muchos clientes nuevos.

—Oh… sí, es perfecto —dije, inclinándome para anotar en mayúsculas aquella sugerencia; sin duda investigaría la posibilidad—. Gracias.

Carlos asintió, yo sonreí y desvié la mirada hacia el portátil. Después de guardar el archivo, puse el portátil a apagar.

—¿Cómo lograste venir hasta aquí? —preguntó Carlos, atrayendo mi atención hacia él.

—Hablé con Rodolfo, la idea era venir aquí y mañana llevarle el portafolio para que lo evaluara y aprobara. Sin embargo, me sugirió que adelantara mi día libre y le entregara todo listo el jueves —respondí. Carlos frunció el ceño.

—¿Siempre es así de generoso contigo? —preguntó, lo que me hizo reír.

—Rodolfo es un jefe distinto, tranquilo. Pero las concesiones, creo que se las debo a ti.

—¿Cómo así?

—Me pidió que te dijera que le debías una —expliqué, lo que llevó a Carlos a comprender—. Creo que no estamos siendo lo suficientemente cuidadosos; él notó que tus idas a la discoteca eran para buscarme.

—Deberíamos tener más cuidado —dijo, y asentí con la cabeza.

—No deberías ir a la discoteca con frecuencia, y yo tampoco debería venir aquí. Tal vez puedas ir al penthouse y esperarme allí, y cuando esté por aquí iré a tu piso.

—Sí, vamos a ajustarlo… Como trabajas solo el jueves, ¿viniste preparada para quedarte hoy y mañana?

—Si para ti está bien, sí —respondí, sin poder ocultar cuánto me gustaba la idea.

—Me encantará. Es hora de que vayamos a otro lugar, mi niña —me guiñó un ojo.

Sentí que el corazón se aceleraba con aquella actitud. Cuando noté que iba a levantarse, mis manos se posaron en su brazo, impidiéndolo.

—Estoy curiosa por algo —dije, y aun sabiendo que no debía, dejé que la duda hablara más fuerte—. Más temprano comentaste sobre que te llamara viejo con plata o sugar daddy.

—Sí —arqueó las cejas.

—¿Has tenido alguna relación así? Digo…

—Nunca —me interrumpió sin dudar—. Desde Lilian no tengo ningún tipo de relación.

—Hm… —respondí, mientras decidía si creía en esas palabras.

—¿Hm? —repitió, mirándome fijamente.

—Es que… —me mordí el labio inferior—. No me parece el tipo de hombre que lleva años sin follar, o…

—Y no lo estoy —una vez más fue firme. Quería saber más, pero no me atreví. Carlos me estudió con la mirada durante unos instantes y luego suspiró—. Si tienes tanta curiosidad con eso… No suelo tener ningún tipo de relación. Antes de nuestro acuerdo, cuando quería follar a alguien, iba a un bar o algún lugar parecido, donde encontraba a alguien que buscaba lo mismo que yo: solo una noche de sexo sin toda esa burocracia. No había ningún intercambio de contacto; de hecho, la mayoría de las veces ni siquiera de nombres.

—Vaya —comenté, sorprendida.

Yo tenía mis encuentros casuales, pero siempre buscaba personas con las que me sintiera cómoda, manteniendo el contacto. Para mí, algo tan desconectado era una novedad.

—¿Por qué me propusiste algo diferente a eso? —solté un suspiro al preguntar; había sido algo impulsivo.

En un movimiento involuntario, me mordí el labio inferior y desvié la mirada hacia su boca, mientras esperaba ansiosa una respuesta. De repente, su mano fue a mi rostro y atrapó mi mirada en la suya.

—Porque eres una maldita chica atrevida, que ha estado en mi mente desde el primer día en que te vi. Supe, incluso antes de estar dentro de ti, que una sola noche no sería suficiente —su voz salió ronca y llena de deseo.

Mi mano fue hacia su corbata y, sin pensarlo demasiado, la jalé, acercándolo a mí.

—Vivian… —llamó mi atención, pero estaba dispuesta a ignorarlo.

—Aquel día… no rompimos tu regla número uno —dije de forma sugestiva.

—¿Es lo que quieres?

—Sí, ¿vas a follarme aquí?

—Puta madre, niña, aquí, sobre mi escritorio y donde más quieras —gruñó, antes de lanzarse sobre mí con voracidad.

Sus labios se encontraron con los míos y me besó de manera brusca.

Brusca, pero, sobre todo, deliciosa.

Nuestra química era arrolladora y, aunque mi corazón se había estremecido un poco con aquella confesión, dejé esa información en mi subconsciente. En ese momento, lo único que quería era disfrutar cada instante con ese hombre.

Por más incorrecto que pudiera ser, y sin pensar en ninguna consecuencia, yo quería más.

Solo más.



CAPÍTULO 20

Carlos era tan intenso que aún podía sentir mis piernas temblar.

Cada vez que teníamos un encuentro así, estaba más segura de que no lograría superar esos momentos con ningún otro hombre. No podía explicarlo, pero nuestra conexión era algo surreal para mí.

Y debería estar asustada y, como mínimo, alejarme; sin embargo, no podía. Él era como un imán, atrayéndome cada vez más hacia sí. Así que allí estaba yo, después de una follada increíble en su oficina, siguiendo su coche hacia donde fuera.

Encendió la direccional y entró en un garaje de concepto abierto que quedaba a pocos minutos de la empresa. Confusa, lo seguí y aparqué mi coche en el lugar que me indicó, junto al suyo. Cuando lo hice, caminó hacia mí y abrió la puerta de mi coche.

—Llegamos —dijo y extendió la mano hacia mí. La tomé y salí del coche.

—Pensé que íbamos a tu piso —comenté.

—No pareciste disfrutar de ese lugar —dijo, estudiándome con la mirada.

Hice lo posible por contener la sonrisa; no había dicho nada, pero sí, había notado que allí era donde llevaba a sus presas.

—Eso fue atencioso de tu parte —respondí, y él asintió con seriedad.

Carlos desvió la mirada por el lugar y se apartó; enseguida volvió a mirarme.

—Es mejor que entremos.

Asentí con la cabeza y lo acompañé. Carlos abrió la puerta y me dio espacio para entrar. Así lo hice y, como cada vez que me mostraba un poco más de su mundo, comencé a analizar la casa.

Había una escalera que llevaba al piso superior y una cocineta. En la puerta de al lado, la sala de televisión. El ambiente seguía el mismo patrón: tonos neutros, un espacio elegante pero, al mismo tiempo, sin vida. Sin embargo, a diferencia del piso, allí había algunas fotos y objetos personales. Eso delataba que, sin duda, aquella era su casa.

—¿Qué deberíamos pedir para comer? —preguntó Carlos, atrayendo mi atención hacia él.

Me giré y noté que sus ojos estaban puestos en mí.

—Pizza —dije, mientras mi boca se curvaba en una enorme sonrisa.

Amaba la pizza y nunca perdía la oportunidad de comerla.

—Buena elección —respondió con una sonrisa ladeada—. Voy a pedir para nosotros y darnos una ducha antes de que llegue.

—Hm… —me humedecí los labios, notando su mirada indecente sobre mí—. Necesito buscar algunas ropas en el coche.

—No vas a necesitarlas —dijo, caminando hacia mí.

—¿No? —lo provoqué, llevando la mano a su pecho.

Él solo negó con la cabeza.

—Ve al segundo piso, mi cuarto es el último a la izquierda. Puedes empezar a ducharte, pediré la pizza y enseguida estaré contigo.

—Está bien —suspiré con expectativa.

Carlos esbozó una sonrisa ladeada y, en un movimiento rápido, llevó la mano hacia mí y me giró en dirección a las escaleras. Enseguida sentí su mano fuerte y deliciosa en mi trasero, mientras dejaba una palmada.

Todo mi cuerpo se estremeció con aquel contacto, pero no me atreví a girarme para mirarlo. Simplemente comencé a subir las escaleras y, tal como me había indicado, fui hasta el último cuarto a la izquierda.

El cuarto era amplio, pero no tuve dificultad en encontrar el baño. Sin perder tiempo, entré y me desnudé; al fin y al cabo, moría de ganas de darme una ducha. Y así lo hice. Cuando terminé, Carlos aún no había regresado.

Me tomé la libertad de abrir su clóset, tomé una camisa de vestir y me la puse.

Me detuve frente al espejo para admirarme.

Fue imposible contener la sonrisa que se dibujó en mi rostro. La sensación era buena y eso era algo que nunca había tenido el placer de experimentar, pero debía admitirlo: era agradable.

La sensación de pasar tiempo así con alguien, como lo hicimos hoy, estar en su casa y saber que disfrutaríamos hasta mañana, era realmente buena.

—Te las arreglaste bien —la voz seria de Carlos en el ambiente me hizo dar un salto. Miré a través del espejo y lo vi con los ojos fijos en mí, los brazos cruzados, mientras yo llevaba esa sonrisa ridículamente boba.

Me giré y caminé hacia él.

—Espero que no te moleste —respondí, dando una vuelta para mostrar mi look completo—. No quería ponerme la misma ropa y, por más tentador que sea quedarme sin nada, quería vestir algo.

—De ninguna manera, estás preciosa —dijo, llevando la mano a mi cintura y atrayéndome hacia él—. La pizza acaba de llegar, voy a darme una ducha para que comamos.

—Claro, ¿te importa si bajo y pongo la mesa?

—Quédate a gusto, no tardaré —respondió Carlos. Fruncí el ceño y lo medí con la mirada. Parecía un poco serio, pero decidí ignorarlo. Me puse de puntillas para dejarle un beso rápido en los labios. Carlos mantuvo los ojos fijos en mí, yo sonreí y me aparté.

Todo había sucedido de manera intensa entre nosotros; también estaba asimilando lo vivido hoy, por eso no dije nada, salí del cuarto y bajé.

Al llegar a la cocina, sonreí al notar dos cajas de pizza sobre la encimera.

Como la buena curiosa que era, levanté las tapas para revisar los sabores. La primera caja contenía una pizza dulce, de Nutella con fresas. La escena hizo que mi estómago se revolviera de hambre. La que estaba debajo tenía dos sabores: tocino con maíz y cuatro quesos.

—Qué delicia, no podría haber elegido mejor —murmuré para mí misma, cerrando la caja.

Enseguida me tomé la libertad de abrir los armarios, buscando cubiertos y platos. Cuando los encontré, comencé a llevarlos a la mesa de vidrio que estaba en la cocineta, integrada en concepto abierto con la cocina.

Mi sonrisa era enorme cuando terminé de arreglar la mesa y colocar las pizzas. En ese momento recordé que había visto una

bodega climatizada con algunas bebidas en la sala. Caminé hasta allí y elegí un vino suave.

Al girarme para volver a la cocina, sentí que mi corazón se descompasaba al ver a Carlos, vestido solo con unos calzoncillos, apoyado en el marco de la puerta con los ojos fijos en mí.

—Dios mío —susurré—. Cualquier día me va a dar un infarto, por tu culpa.

—¿Un infarto? —arqueó las cejas y caminó hacia mí.

—Sí… quiero decir, todavía vas a matarme —sonreí, intentando relajar el ambiente. Sus ojos se dirigieron a mi mano, así que aproveché para agitar la botella de vino.

—Perfecto —dijo, llevando su mano a la mía. Sentí que mi corazón vacilaba con su toque, aunque solo fuera para tomar la botella de mis manos—. Hiciste una buena elección.

Antes de que pudiera responder, rodeó mi espalda con la mano libre y me guio hacia la cocina. Carlos vio la mesa preparada y me llevó hasta allí, colocó la botella de vino sobre la superficie y tiró de una silla para que me sentara. Luego caminó hacia la cocina, regresó con el sacacorchos y dos copas.

Me limité a observarlo abrir la botella y servir las copas para nosotros. Y, una vez más, rozó sus dedos con los míos al entregarme una de ellas. Era sorprendente la forma en que mi cuerpo reaccionaba a él, pero no solo eso: de una manera inquietante, mi corazón reaccionaba del mismo modo.

—Gracias —respondí. Carlos solo esbozó una sonrisa ladeada. En ese instante comprendí que aquel contacto suave y relajado era intencional.

—Espero que te gusten los sabores que elegí —comentó mientras abría la caja de pizza.

—Mucho —dije, provocando que su sonrisa se ampliara.

No tuve que hacer nada más; Carlos me preguntó qué sabor prefería y nos sirvió. Entonces comenzamos a comer en silencio. Un silencio agradable y reconfortante que nos envolvió durante toda la cena.

Cuando terminamos, ayudé a Carlos a llevar los utensilios y colocarlos en el lavavajillas.

—Sabes… —empecé, mientras le entregaba los platos—. El día fue sorprendentemente bueno; incluso trabajar se volvió divertido.

Carlos acomodó el resto de los utensilios en el lavavajillas, cerró la tapa y lo puso en funcionamiento. Entonces, sus ojos se encontraron con los míos.

—Me gustó más de lo que debería todo esto —confesó. Por un instante no supe qué decir.

Fue entonces cuando sentí que entrelazaba nuestras manos. Era la primera vez que lo hacía y ese gesto me dejó aún más desconcertada, mientras me guiaba hacia la sala.

Se sentó en el sofá y tiró de mi cuerpo hacia él. Siguiendo su movimiento, abrí mis piernas y me acomodé sobre su regazo, apoyando mis rodillas a cada lado de su cintura.

Con los ojos fijos en los suyos, en un movimiento impensado llevé mi mano a su rostro y lo acaricié. Pero el gesto no duró mucho, porque Carlos tomó mis manos, deteniéndome, y me estudió con la mirada por un momento.

—Estás tan serio —comenté, intentando romper el silencio que se había formado. A diferencia de más temprano, me incomodaba la tensión que flotaba en el aire.

—Estaba pensando que podríamos elegir una película y… —suspiró, manteniendo la mirada firme sobre mí unos segundos más, como si dudara. Aquello me provocó un escalofrío en la espalda—. Necesito asegurarme de algo antes de cualquier cosa.

Desvié la mirada hacia mis manos, que él aún sostenía.

—¿Qué sería?

Su mano fue a mi rostro y atrapó mi mirada en la suya.

—Que no olvides nuestro acuerdo. Aunque tengamos momentos en los que pasemos más tiempo juntos, no puedes olvidar, niña, que los límites no deben ser sobrepasados. ¿Puedes manejarlo?

Por un momento no respondí; debía admitir que sus palabras me dieron una punzada de decepción. Al fin y al cabo, sabía que estaba disfrutando de su compañía más que con cualquier otro hombre con el que hubiera estado. Y aun sabiendo que era un error, una parte de mí deseaba que aquello fuera más real de lo que debía ser.

Forcé una sonrisa para él, intentando disimular cuánto me había afectado esa pregunta.

—Claro que puedo. Al fin y al cabo, aunque no lo sepas… nunca he tenido ninguna relación amorosa —comenté, intentando suavizar el ambiente.

—Lo sé, pero necesito asegurarme de que no te enamores de mí. Yo no podría…

—¿Lo sabes? —lo interrumpí, fijándome solo en esa información.

—Ah, niña —suspiró—. ¿Hace cuánto eres amiga de mi hija? ¿Ocho años? Incluso cuando yo no estaba en su vida, seguí un poco su amistad desde lejos. Bianca salía con un idiota y, cada vez que tú te unías a ellos, estabas sola.

—¿Estás diciendo que me prestabas atención, Carlos? —lo provoqué. Sin duda no había pensado antes de soltar esa información, porque pareció dudar—. Creo que no soy yo quien debe tener cuidado. ¿No estarás enamorándote de mí, verdad?

Le guiñé un ojo y sonreí. En un instante, su pulgar recorrió de manera brusca el contorno de mi boca. Gemí con el contacto y

mantuve mis ojos fijos en los suyos.

—Niña atrevida, hablo en serio.

—No te preocupes —susurré—. Como tú mismo dijiste antes, vamos a… disfrutar el momento mientras podamos.

Esas palabras fueron suficientes para que me atrajera y atacara mi boca de manera arrolladora. Rodeé su cuello con mis manos y me entregué a cada una de sus embestidas; era brusco e intenso, como siempre. En contrapartida, sentía que esta vez había algo más.

Podría estar loca, pero percibía que intentaba convencerse de que no habría nada más que sexo. Sin embargo, yo sabía que ya era demasiado tarde para eso. Carlos podía no admitirlo, pero había más que solo sexo, y no me sentía culpable por ello.

Al contrario, estaba decidida a aprovechar cada instante, sin pensar en las consecuencias que pudiera traer. Al fin y al cabo, a estas alturas era inevitable que el daño no ocurriera.



CAPÍTULO 21

Por segunda vez, el móvil vibró en el bolsillo de mi traje. Y, como siempre hacía, debería haberlo ignorado, pero fue imposible. Mientras el equipo de planificación terminaba de repasar los detalles para iniciar la reforma del Korfali Hotel Group, tomé el móvil y revisé discretamente un mensaje de aquella que venía agitando mis días desde que empezamos a salir. Es decir, hacía exactamente seis meses.

Abrí la aplicación de mensajería y comprobé su respuesta.

Vivian: *Negativo, no tengo cómo pedir otro día libre este fin de semana. Por casualidad, si mi jefe me despide, ¿vas a asumir el compromiso de ser mi sugar daddy?*

Sonreí de lado ante el atrevimiento de la chica. Entonces comencé a escribir una respuesta.

Yo: Niña, ya te dije que olvides ese asunto de sugar daddy. ¿Estás buscando que te dé unas nalgadas?

Envié el mensaje y mantuve mis ojos fijos en el móvil, esperando una respuesta mientras intentaba contener la sonrisa. La manera en que esa chica lograba cambiar mi humor con una simple

frase era increíble. Era diferente, y yo solo trataba de no enfrentar los motivos detrás de ello; quería simplemente disfrutar el tiempo que aún tendría con ella.

De repente, comenzó a escribir y pronto llegó la respuesta.

Vivian*:* *¿Y si lo estoy, qué harías al respecto?*

—¿Señor Carlos? —la voz de Patricia llamó mi atención. Desvié la mirada hacia ella, que me observaba con las cejas arqueadas.

Guardé el móvil y enderecé la postura; mis ojos se dirigieron a la diapositiva que estaba presentando. Una mirada rápida fue suficiente para recapitular lo que había perdido al distraerme, y luego volví a enfocarme en Patricia.

—¿Sí?

—¿Tendría alguna observación antes de que cerremos la reunión? —preguntó.

—Lo están haciendo muy bien —respondí con firmeza—. Confío en todo lo que han hecho hasta ahora. Cuando terminen, por favor, lleven el informe a mi despacho.

—Claro, lo haremos así.

Me levanté y pasé la mirada por todo el equipo, notando que estaban concentrados en hacer algunas anotaciones. Entonces decidí salir de la sala de reuniones. Confiaba plenamente en lo que mi equipo estaba proponiendo; ya había visto lo suficiente para saber que todo saldría bien, por eso fui tranquilo hacia mi oficina.

—Luana, ¿tengo algún compromiso ahora en la tarde? —pregunté a mi secretaria.

—No, señor —respondió, después de revisar la agenda—. Pero hay una persona esperándole en su oficina.

—¿Ahora? —arqueé una ceja. Ella asintió. —¿Quién?

—Lo siento, señor, pero me hizo prometer que no diría su nombre.

Arqueé las cejas y la medí con la mirada. Entonces, mi mente voló hacia la pelirroja deliciosa y su último mensaje.

—Gracias —dije, y enseguida me giré para entrar en mi oficina.

Cuando abrí la puerta, recorrí el ambiente con la mirada sin lograr identificar ninguna presencia de inmediato. Antes de terminar mi inspección, sentí unas manos pequeñas rodear mi cuello.

—¡Sorpresa! —la voz animada de mi hija me desconcertó.

Mis ojos se posaron en ella, sorprendido. Correspondí a su abrazo antes de apartarla suavemente para mirarla.

—Hija, ¿qué haces aquí? —pregunté, aun asimilando su presencia.

—No pareces feliz de verme, señor Carlos —me midió con la mirada.

—Claro que lo estoy, mi amor —respondí, inclinándome para dejar un beso en su cabello—. No dijiste que vendrías, eres la última persona que esperaba ver en esta oficina hoy.

—¿Y a quién esperabas encontrar? —indagó—. ¿Estás saliendo con alguien?

—Princesa, no seas así —la voz de Rafael resonó. Miré en la dirección de donde provenía, encontrándolo al salir de la terraza y caminar hacia nosotros—. Carlos.

Le sonreí, devolviendo el saludo, mientras agradecía internamente su intervención.

—Esos jóvenes —dije, intentando escapar de aquella pregunta. En el fondo, no quería mentirle a mi hija.

—Solo tengo curiosidad —respondió Bianca, y luego sonrió.

—¿Y qué los trae aquí de repente? —pregunté, cambiando el rumbo de la conversación.

—Digamos que es un fin de semana tranquilo para mí y Rafael, y, seamos sinceros, desde hace meses quiero ver de cerca cómo quedó el área que planeé para el señor Oswaldo.

—Estoy tan orgulloso de ti, mi hija. Hiciste un excelente trabajo —dije, agradeciendo al cielo que hubiera dejado de lado el tema anterior—. Oswaldo aún no se ha mudado porque tuvo que hacer un viaje de última hora, pero lo contactaré para avisarle que iremos hasta allí.

—Eso es perfecto —se entusiasmó. Rafael pasó un brazo alrededor de su cintura y atrajo su atención hacia él.

—Voy a aprovechar para ir a la empresa y hablar con Caio —dijo Rafael, desviando la mirada hacia mí. Le devolví una sonrisa débil.

—Desde que se separó, se está hundiendo en la parranda con Rodolfo —comenté. Rafael negó con la cabeza.

—Necesito poner un poco de juicio en esa cabeza —respondió, y luego se volvió hacia mi hija—. Princesa, avísame cuando estés lista para ir a Búzios, voy a resolver algunas cosas por aquí.

—Yo te acompaño —dijo Bianca, y enseguida me miró.

—Voy a aprovechar para llamar a Oswaldo —avisé. Bianca asintió. Rafael me dio un gesto con la cabeza y enseguida se giró. Seguí con la mirada fija en ellos hasta que salieron de mi oficina.

Me sentía feliz con la visita de mi hija, aunque no la esperaba. Era una sorpresa agradable, pero al mismo tiempo me recordaba el error que estaba cometiendo al involucrarme con su mejor amiga.



Bianca tenía una sonrisa en el rostro mientras apreciaba cada detalle del jardín de la azotea de uno de los edificios más altos de

Río. No pude evitar emocionarme al verla tan feliz. Al fin y al cabo, aquel proyecto era una conquista enorme. Y lo que me hacía sentir aún más orgulloso era saber que lo había realizado sola, mientras intentaba comprender la empresa.

Ella tenía el don.

—Estás pensativo —la voz de Bianca resonó, trayéndome de vuelta a la realidad.

—Se me ocurrió lo agradecido que estoy por finalmente poder formar parte de tu vida —fui sincero—. Aunque hace nueve meses todo sucedió de una manera tan…

—¿Confusa? ¿Desesperada? —completó ella.

—Un poco de todo —forcé una sonrisa—. A pesar de todo, estoy feliz. Creo que si todo no hubiera salido a la luz, no tendríamos esto hoy.

Bianca me abrazó. Su mirada hacia mí me recordó la primera vez que la vi de cerca. Jamás olvidaría aquella escena, y me sentía agradecido por cómo había sido todo desde entonces.

—Te amo, papá. Incluso con el tiempo perdido, sé que tenemos mucho por vivir de ahora en adelante.

—Te amo, hija —dije y dejé un beso en la cima de su cabeza.

—Bueno, no vamos a llorar ahora —dijo Bianca, al mismo tiempo que limpiaba las lágrimas que empezaban a caer.

Mis ojos se dirigieron al jardín, con la intención de darle espacio.

—No hay cómo negarlo, realmente eres mi hija —dije, arrancándole una risa.

—Quedó aún mejor en persona —comentó, apreciando una vez más toda el área—. No veo la hora de volver y trabajar juntos.

—Yo también, vamos a ser una dupla imbatible.

—Gracias, papá —sonrió. Yo solo asentí. —Ahora, ¿qué tal si nos preparamos para ir a Búzios?

—¿Prepararnos? —arqueé las cejas.

—Sí, quiero disfrutar de la presencia de todos ahora que estoy aquí.

—Querida…

—No me lo niegues. Me voy el domingo, es poco tiempo para repartir la atención —me interrumpió—. Así que quiero a todos en la casa de playa de Rafael. Un fin de semana con música y asado, es todo lo que necesito.

—¿Todos?

—Sí: tú, mamá, César, Vivian, Rafael y yo —respondió. No supe explicar el sentimiento que me invadió al escuchar el nombre de la chica. Quería verla, pero al mismo tiempo temía acabar arruinándolo todo. Bianca puso su mano en mi brazo, atrayendo mi atención hacia ella.

—¿Papá?

—¿Tu madre está de acuerdo?

—Sí, por ella todo bien —respondió, dejándome claro una sola cosa.

No tenía elección. Forcé una sonrisa mientras repetía para mí mismo una única idea: debía mantenerme alejado de aquella pelirroja atractiva, por más difícil que pudiera ser.

Y con eso en mente, le respondí:

—Entonces, todo listo, hija. Vamos a Búzios.



CAPÍTULO 22

—Amiga, siempre encuentras la manera —Bianca hizo un puchero, y solté una risa ante la escena que la muy perra estaba haciendo.

—¿Cómo? La música está alta, no te escuché bien —bromeé, arrancándole una mueca.

Me encogí de hombros y comencé a mover mi cuerpo al ritmo de la música. Si había algo que me gustaba, era poder escaparme a la pista de baile cada vez que Bianca aparecía en la discoteca.

—Vamos, eres gerente y la discoteca no va a detenerse si te tomas un día libre.

Negué con la cabeza y levanté las manos al cielo. Si había alguien que no se detenía hasta conseguir lo que quería, esa persona estaba justo frente a mí. Extendí mi mano hacia ella y la abracé con fuerza, intentando callarla un poco.

Tuve que fingir sorpresa en el instante en que ella llegó a la discoteca, con toda la energía queriendo sorprenderme. Me sentía fatal por ello, pero no me impidió intercambiar algunas miradas con

Carlos, justo cuando él y Rafael se dirigieron al área reservada con Rodolfo para conversar.

¡Mierda! Realmente era una atrevida.

—Amiga, voy a revisar cómo están las cosas y vuelvo con las bebidas —informé. Bianca asintió. Entonces me alejé de ella y comencé a caminar entre la gente.

Después de comprobar que todo estaba en orden y de ayudar a la novata, tomé dos tragos de tequila y me dirigí a la pista de baile. Bianca bailaba como nunca, sin preocuparse por las miradas; simplemente estaba disfrutando el momento.

Decidida a aprovechar al máximo mi tiempo con ella, intenté no pensar en lo mucho que era una descarada. Le entregué su trago y enseguida seguimos bailando y cantando como locas.

No tengo idea de cuántas canciones bailamos, pero cuando nos cansamos fuimos al bar. Bianca se sentó en un taburete y yo me dirigí a la barra para ayudar a las chicas mientras conversábamos un poco.

—Pelirroja —la voz de Rodolfo resonó en el ambiente, llamando mi atención—. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Todo tranquilo —respondí, frunciendo las cejas al sentir que me estudiaba con la mirada—. ¿Qué pasa?

—Sé que los viernes te gusta acompañar el movimiento hasta más tarde, pero puedes irte a medianoche. Y aprovecha el fin de semana. Te espero aquí, de vuelta al trabajo, el domingo.

—El mundo está a mi favor, al fin —dijo Bianca, animada. Negué con la cabeza y contuve la sonrisa. Entonces mis ojos se dirigieron a mi jefe.

—¿Cuál es tu plan, Rodolfo? ¿Estás pensando en despedirme? —pregunté, haciéndolo reír a carcajadas.

—¿Después de los cambios que has hecho y del aumento considerable en mis ganancias? —preguntó, y enseguida negó con la

cabeza—. Vales oro, pelirroja, no voy a dejarte ir. Solo… disfruta el fin de semana, te lo mereces.

Después de decir aquellas palabras, Rodolfo me guiñó un ojo y se dio la vuelta. Tomó otra botella de whisky, la agitó hacia mí y se dirigió al área donde estaba anteriormente. Allí entendí el motivo de su cordialidad.

—¡Espera! No lo creo —dijo Bianca, atrayendo mi atención hacia ella —. Estás saliendo con tu jefe, descarada.

—Jesús, Bianca —la reprendí. Ella llevó la mano a la boca y miró a los lados—. Ten cuidado con lo que dices, no es nada de eso.

Bianca hizo un gesto para que me acercara, y así lo hice.

—¿Por qué otro motivo te daría un día libre así? —susurró—. Dime la verdad, nunca hemos ocultado nada la una a la otra.

Sonrió al decir esas palabras. En ese instante, mi corazón se desplomó. Nunca habíamos tenido secretos, no hasta ese momento. Y este secreto en particular, esperaba que nunca lo descubriera.

—No está bien de la cabeza —me obligué a decir—. Estamos demasiado quietas, ¿sabes qué? Dame un minuto y vamos a bailar.

Después de pedir a las chicas que me llamaran si necesitaban algo, rodeé la barra y fui al encuentro de Bianca.

—Solo dime una cosa —me detuvo, impidiéndome seguir hacia la pista de baile—. ¿Vas a ir?

Suspiré y la medí con la mirada.

—¿Y acaso tengo elección? —pregunté, con tono de broma.

Bianca me mostró una sonrisa de oreja a oreja y se levantó del taburete. Tomé su mano y la llevé a la pista de baile. Sabía que no debería estar disfrutando tanto, pero aproveché cada momento con mi amiga. Rafael, Carlos y Rodolfo no habían dado señales, así que nos concentramos en tomar algunos tragos e ignorar a los idiotas que intentaban acercarse en la pista.

Estaba con Bianca en el bar, bebiendo otra dosis de tequila, cuando el móvil vibrando contra mi pecho llamó mi atención. Discretamente lo saqué para revisar y tuve que contener la sonrisa al notar de quién se trataba.

Carlos: ¿No crees que ya han bebido demasiado? Estás en horario de trabajo, chica.

Miré brevemente a mi amiga, que conversaba con una de las meseras, y recorrí el ambiente con la mirada. No tardé en encontrar a Carlos: estaba en el piso superior, apoyado en la baranda cromada, con los ojos fijos en nosotras.

Volví mi atención al móvil y escribí una respuesta.

Vivian: Estoy acostumbrada a beber en el trabajo, ¿seguro que ese es el problema?

Carlos: *El problema son esos hijos de puta que no apartan los ojos de ti. Y ni siquiera puedo llevarte a casa.*

Vivian: Que miren todo lo que quieran, eso es lo único que tendrán.

—¿Y esa sonrisita? —la voz de Bianca resonó a través de la música, al mismo tiempo que la sentí intentar fisgonear en mi móvil. En ese instante lo bloqueé y lo guardé entre mis pechos.

—Vamos, Vivian, no tenemos secretos.

—¿Desde cuándo te volviste tan curiosa? —pregunté, soltando una risa ante la mueca que hizo—. No es nada importante.

—¿Alexandre o Rodolfo? —insistió—. No serán los dos, ¿verdad?

—¡Por Dios, Bianca! —solté una carcajada.

—Todo el mundo parece estar escondiéndome algo, es un fastidio —comentó, y luego terminó de un trago su bebida.

—Eh, ¿de qué hablas? —pregunté, mirándola con atención—. ¿Pasó algo?

—Cuando llegué, le di una sorpresa a mi papá —comenzó—. Podría jurar que estaba esperando a otra persona, pero se desvió del tema cuando lo cuestioné.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para contener la sonrisa al recibir aquella información, aunque en realidad mi corazón se estremeció al pensar que, por un momento, él hubiera creído que era yo.

—Eso debe ser cosa de tu cabeza —dije, sintiéndome un poco culpable por mentirle—. Si está saliendo con alguien, te lo contará, no te preocupes.

—Lo sé, es que… solo quiero que él sea feliz, así como mi mamá también lo ha estado desde que le dio una oportunidad a César.

—Todo a su tiempo —respondí, aunque en el fondo no estaba segura de que algún día mi amiga tuviera esa felicidad. Al fin y al cabo, Carlos parecía muy firme en no querer ningún tipo de relación, salvo que fuera solo sexo.

Bianca mostró una sonrisa débil y luego levantó la mano para llamar a una de las chicas.

—Una dosis más de tequila, por favor —pidió.

—¿Qué tal un vaso de agua? —pregunté. Ella negó con la cabeza.

—Amiga, sabes que no es bueno tomar tantas seguidas.

—Creo que un vaso de agua para cerrar la noche es perfecto, princesa —la voz autoritaria de Rafael se impuso sobre nosotras. Mis ojos se dirigieron hacia él, encontrándolo con la mirada fija en mi amiga.

Ella sonrió mientras él le rodeaba la cintura con la mano, inclinándose para dejar un beso en su frente. Ella apoyó la cabeza en su pecho, y aquel simple gesto hizo vacilar mi corazón.

Me descubrí pensando justamente en aquello que había evitado toda mi vida. ¿Sería posible encontrar un amor así?

—Bueno, amiga, parece que no tengo elección —dijo Bianca, sacándome de mis ensueños—. Te enviaré la dirección por mensaje, nos vemos mañana.

Sonreí y observé cómo Rafael la ayudaba a levantarse. Luego, ambos se giraron hacia mí. Bianca me abrazó; correspondí aquel gesto y los seguí con la mirada mientras se dirigían a la salida.

Enseguida mis ojos buscaron el punto donde Carlos había estado antes, pero ya no estaba allí. Seguramente los esperaba para acompañarlos. Con esa idea en mente, rodeé la barra y revisé con las chicas cómo estaba todo. Algunas bebidas estaban por terminarse, así que fui al depósito a buscar reposición. Después comprobé que todo estuviera en orden con el personal encargado del sonido y con las chicas que atendían las mesas repartidas por la discoteca.

Era poco después de la una de la madrugada cuando reuní mis cosas para irme. El jefe, aparentemente, también ya se había marchado. Desde que vi que una de sus "amigas" estaba presente, supe que seguramente no se quedaría.

Tomé mi móvil y comencé a revisarlo mientras caminaba hacia el aparcamiento. Mi boca se curvó en una sonrisa al leer la respuesta de Carlos.

Carlos: *Porque eres mi niña, pero eso no cambia el hecho de que te están devorando con la mirada, y lo odio.*

Como había pasado un tiempo desde aquel mensaje, decidí no responder. Guardé el móvil, consciente de que estaba dejando que mis sentimientos fueran más lejos de lo que debía y de que, para él, probablemente no significaban nada.

Desactivé la alarma del coche mientras me acercaba, y mis ojos se abrieron de par en par al notar el automóvil aparcado junto

al mío: un descapotable negro. Pero no fue solo eso; lo que más me sorprendió fue encontrar a Carlos apoyado allí, mirando su móvil.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en el momento en que sus ojos encontraron los míos.

—Esperándote —respondió, guardando el móvil en el bolsillo del traje.

Desvié mi atención y miré alrededor, asegurándome de que estábamos solos. Luego volví a mirarlo.

—Esto es arriesgado, estás loco —dije, deteniéndome frente a él.

—Bianca en este momento está con Rafael, pero me pidió que fuera allá en cuanto resolviera mi asunto con Rodolfo —dijo, apartándose del coche. Yo di un paso atrás—. Y solo voy a darte un aventón, nada más.

—¿Qué? No hace falta, estoy con mi coche.

—Si estás con tu coche, no deberías haber bebido tanto — Carlos rodeó el vehículo y abrió la puerta del acompañante—. No hay problema en dejar tu coche aquí, entra.

Mordí mi labio inferior y lo miré por un momento. Pensé en volver a negarme, pero terminé cediendo. Tomé las llaves y activé la alarma del coche antes de acercarme a él para entrar. Sin embargo, no lo hice de inmediato: me detuve frente a él, a solo unos centímetros, y lo observé por un instante.

Mi respiración estaba irregular; lo que realmente deseaba era eliminar toda distancia. Llevé mi mano a su pecho, provocando que soltara un suspiro.

—Entra ya, chica, no me hagas perder el control —dijo, con la voz contenida.

Mi boca se curvó en una sonrisa y obedecí lo que me pedía. Carlos cerró la puerta y yo me acomodé en el asiento. Él tomó el volante y condujo en silencio hacia mi casa.

Generalmente solía hacer bromas para romper el hielo, pero esta vez no quise arriesgarme. Al fin y al cabo, Carlos quería que pasáramos el fin de semana juntos, ya que durante la semana no logramos encontrarnos.

Cuando llegamos, llevé la mano a la manija del coche y, antes de que pudiera salir, sentí la mano de Carlos sobre la mía. Me atrajo con un movimiento rápido, obligando a mis ojos a encontrarse con los suyos.

—Carlos… —susurré.

—El fin de semana será una tortura —comenzó a decir—. Pero el domingo, en cuanto Bianca regrese a Nueva York, quiero que me esperes en mi penthouse.

—Oh… —mi voz salió apenas en un hilo—. Está bien.

Carlos eliminó la distancia entre nosotros y dejó un beso rápido, pero delicioso, en mis labios. Luego se apartó para mirarme.

Sonreí, notando lo mucho que este hombre estaba fuera de control. No podía negarlo: me encantaba verlo así.

Desvié la mirada y abrí la puerta, pero lo miré una vez más. Y antes de dirigirme a mi casa, dije:

—Hasta mañana, Carlos.



CAPÍTULO 23

El delicioso aroma de la carne asada ya impregnaba el ambiente. Rafael se levantó para echar un vistazo a la parrilla, mientras yo permanecía sentado en el taburete, bebiendo mi cerveza y observando el lugar.

El sol brillaba con fuerza, haciendo que el día junto a la piscina resultara aún más agradable.

En ese momento, el sonido de risas y conversaciones animadas anunció la llegada de Bianca y Vivian. Entraron en mi campo de visión vistiendo solo bikinis. Mi mirada se dirigió de inmediato hacia Vivian, que estaba deslumbrante e irresistible. Intenté disimular mi deseo, pero era difícil ignorar lo atractiva que se veía con aquel diminuto trozo de tela roja.

Y tenía que admitirlo: el color combinaba perfectamente con el tono de su piel y su cabello.

—Ese problema en el que evitabas meterte… —me devolvió a la realidad Rafael, que susurró mientras se sentaba en el taburete a

mi lado—. ¿Lograste resolverlo?

—La verdad es que estoy jodido —confesé, dándole una sonrisa nerviosa—. Debería mantenerme alejado, pero la verdad es que estoy saliendo con la chica desde que tú y Bianca se fueron a Nueva York.

—¿Han estado saliendo seis meses? —la expresión de Rafael se transformó en una mezcla de sorpresa y preocupación. Solo pude asentir mientras llevaba el vaso a la boca y terminaba la cerveza de un solo trago.

—Si es tan serio, deberías contárselo a Bianca.

Negué con la cabeza y volví la mirada hacia las dos, que seguían conversando sentadas al borde de la piscina.

—Es solo sexo, esto termina en el momento en que Bianca vuelva a vivir aquí en Brasil —expliqué.

—Vamos, Carlos —insistió.

—Me conoces desde hace años, Rafael, sabes bien que no tengo ninguna intención de tener un compromiso serio con alguien, eso no es para mí.

Rafael no respondió de inmediato. Se levantó, tomó otra botella de cerveza y, después de abrirla, nos sirvió otra ronda.

—Nunca has estado con la misma mujer más de una o dos veces, no te engañes, ella es especial —volvió a decir. Yo insistí en negar con la cabeza.

—Es solo sexo.

Rafael suspiró; lo conocía lo suficiente como para saber que no estaba dispuesto a dejar el tema.

—Si insistes, pero mereces ser feliz. Lo que pasó en el pasado no fue culpa exclusivamente tuya, y tus errores no pueden ser responsables de tu infelicidad.

—No puedo involucrarme. No soportaría hacerla sufrir, y eso es lo que ocurre cuando las personas se enamoran de mí —admití. Con una sonrisa débil, volví a hablar—. No quiero hablar de esto, dejemos el asunto y disfrutemos el fin de semana.

Rafael parecía a punto de decir algo más, pero sus ojos se fijaron en algo frente a nosotros. Seguí su mirada y vi a Lilian acompañada de César, que venían hacia nosotros con varias fuentes de comida en las manos.

—Todo está listo, ahora solo falta la carne —dijo César. Lilian sonrió, aún algo incómoda, y dejó una de las fuentes sobre la encimera.

—Está en camino —respondió Rafael, y enseguida sirvió otra ronda de cerveza en un tercer vaso.

César no perdió tiempo: tomó el vaso y bebió un trago.

—Voy a unirme a las chicas —Lilian llamó nuestra atención. Asentí y la seguí con la mirada mientras caminaba hacia las mujeres en la piscina.

A pesar de lo torturante, tenía que admitir que fue una tarde agradable. Las risas resonaban a nuestro alrededor, y yo me esforzaba mucho por mantener mi mente ocupada en otras cosas. Pero cada vez que cruzaba una mirada furtiva con Vivian, sentía que el deseo de estar con ella aumentaba y la tentación se hacía más fuerte.

La presencia de Lilian y César solo aumentaba la complejidad de la situación. No podía permitir que mis deseos por Vivian se manifestaran, especialmente delante de ellos, así que hice lo mejor que pude para no demostrar lo que no debía.

Cuando decidimos dar por terminado el asado, me fui a mi cuarto y tomé una ducha. Con la excusa de que estaba cansado, pasé parte de la noche allí. Pero me resultaba difícil dormir, ya que mis pensamientos me llevaban a una pequeña y atractiva pelirroja que insistía en adueñarse de mi mente.

Necesitaba un poco de aire y, con la garganta seca, me levanté de la cama y me dirigí a la cocina. Bebí un vaso de agua y, cuando estaba a punto de regresar a al cuarto, noté la puerta que daba a la piscina abierta.

Me acerqué pensando que la había olvidado cerrar, pero no. Para mi sorpresa, me encontré con la chica de la que debería huir en ese instante, vestida con un pijama corto ajustado al cuerpo, mientras bebía distraídamente un vaso de agua con la mirada perdida hacia la piscina.

—¿Tampoco puedes dormir? —pregunté, provocando que ella diera un pequeño sobresalto. Mi boca se curvó en una sonrisa mientras la observaba dejar el vaso de agua sobre la encimera.

La chica se volvió hacia mí, seria.

—Me estaba preguntando si el día de hoy fue tan difícil para ti como lo fue para mí —respondió directamente, con los ojos fijos en los míos.

Di algunos pasos hacia ella. Pude sentir su respiración agitada y noté que estaba tan inquieta como yo; aquello hizo que mi razón se desvaneciera.

—¿Tienes idea de lo atractiva que estabas con ese bikini? —pregunté, con la voz cargada de deseo—. Me estás volviendo loco, siento que apenas puedo pensar.

De manera insensata, rodeé con mi mano aquella pequeña cintura y la atraje hacia mí.

—Carlos, ¿qué…

No la dejé terminar de hablar; la llevé conmigo hacia un rincón más apartado del área y la presioné contra la pared opuesta al jardín, donde difícilmente seríamos vistos si alguien aparecía por allí. Sin perder tiempo, hice lo que había deseado durante todo el día. Tomé sus labios deliciosos para mí y, con voracidad, el beso se transformó fácilmente en algo ardiente. Lleno de entrega y deseo.

Deseo que había reprimido durante toda la jornada, deseo que no me dejaría en paz hasta sentirla por completo. Mis manos comenzaron a recorrer su cuerpo mientras la respiración se volvía cada vez más incontrolable. Llevé mi mano hasta sus piernas y la levanté del suelo; enseguida apoyé su espalda contra la pared para darme mayor estabilidad.

Vivian se alejó para mirarme cuando friccioné su coño contra mi verga, que en ese instante ya estaba dolorida, ansiando estar dentro de ella.

—Esto es tan arriesgado —murmuró.

—Y demasiado excitante —susurré, con los ojos fijos en ella—. Te quiero solo para mí.

Vivian se mordió el labio inferior y asintió con la cabeza. Esa era mi señal; continué frotándome contra ella, haciendo que la chica soltara un gemido contenido.

—Sin hacer ruido, niña, no queremos que nos escuchen —dije, serio. Ella volvió a morderse el labio y solo asintió.

Continué sujetándola con una mano y usé la otra libre para sacar mi verga. En el instante siguiente, solo aparté el pantalón corto fino y maleable, junto con las bragas, antes de frotar mi verga contra su coño. Notar lo mojada que estaba me hizo esbozar una sonrisa llena de satisfacción.

Me deslicé con facilidad, mientras contenía las ganas de expresar lo deliciosa y caliente que estaba.

—Carlos —murmuró y clavó las uñas en mi espalda.

—Shhh... —pedí, a medida que retrocedía y volvía a enterrarme dentro de ella.

Notar la desesperación de la chica solo me hizo querer darle más, y así lo hice. La mantuve contra la pared y acomodé mis dos manos en su cintura, mientras me hundía cada vez más fuerte y profundo.

La sensación era una mezcla de deseo y lujuria. El peligro que nos rodeaba, junto con lo prohibido que era todo aquello, era diferente a todo lo que había experimentado. Y eso hizo que solo la follara cada vez más hondo, buscando el límite, mientras mis ojos permanecían fijos en los suyos.

A pesar de la oscuridad, era imposible no apreciar las expresiones deliciosas que la chica hacía, a medida que se entregaba totalmente a mí. Vivian clavó las uñas aún más fuerte en mí; sentí que estaba al borde de colapsar, y yo estaba listo para ir junto a ella.

—Podría jurar que cerré la puerta antes de entrar —la voz de mi hija flotó en el ambiente, haciéndome disminuir la intensidad de los movimientos, al mismo tiempo que Vivian abrió los ojos de par en par.

—Puede ser que alguien haya querido tomar un poco de aire —esta vez fue Rafael quien habló.

Y, puta madre, que Dios me perdonara por mi locura y por el pecado que estaba a punto de cometer, pero teniendo en mente que ellos no llegarían hasta donde estábamos, me incliné, cubrí los labios de la chica con los míos y seguí con movimientos constantes, deseando únicamente que se deshiciera en mis brazos.

Sorprendiéndome incluso a mí, unas embestidas profundas fueron suficientes para sentirla apretar su coño alrededor de mi verga, al mismo tiempo que sus manos rodeaban mi cuello con más fuerza en un silencio sofocado. La acompañé enseguida, sin importarme lo que decían las voces que venían de la piscina.

Fue difícil controlar la respiración, pero nada imposible. Para no correr el riesgo de ser descubiertos, permanecimos en silencio con los ojos fijos el uno en el otro, mientras nos manteníamos en la misma posición.

—Hay un vaso de agua aquí y parece todavía frío —comentó Bianca.

—¿Sabes qué? Déjalo ahí —dijo Rafael de repente—. Vamos a entrar, princesa.

Bianca pareció dudar un poco, pero pronto ya no escuchábamos más voces. Tampoco fuimos capaces de oírlos cerrar la puerta, lo que me hizo agradecer mentalmente a Rafael, que sin duda había notado algo.

Con cuidado, puse a Vivian en el suelo y me incliné para mirar hacia el área, confirmando que estábamos solos.

—Somos solo nosotros dos, una vez más —comenté, y el alivio se apoderó de Vivian.

—Esto... fue una locura —dijo, con la respiración aún irregular.

—Una de las locuras más deliciosas que he cometido en mi vida —admití.

—Esto fue tan incorrecto, ¡Dios! Vamos a ir al infierno si seguimos así.

Mi boca se curvó en una sonrisa que definitivamente no debería existir en un momento como ese, así que mis manos volvieron a rodear la cintura de Vivian.

—Ciertamente, pero al menos iremos juntos —susurré.

Vivian arqueó las cejas y entreabrió los labios; en el instante siguiente llevó la mano a mi pecho, dando algunos golpes en señal de reproche. Me incliné, besé sus labios suaves y deliciosos, y cuando me aparté, ella negó con la cabeza.

—Ya corrimos suficiente riesgo por hoy, es mejor salir de aquí.

—Mi chica —dije sin importarme. Cuando me alejé, me aseguré una vez más de que todo estuviera despejado y volví a mirarla—. Ve tú primero, yo esperaré unos minutos antes de entrar.

Ella abrió una de esas sonrisas sensuales que me afectaban más de lo que quisiera, antes de darse la vuelta y caminar hacia la

entrada. Permanecí con los ojos puestos en ella, con una sola cosa en mente.

Estaba jodido, completamente jodido por aquella pelirroja deliciosa; ella no tenía idea del poder que ejercía sobre mí. La chica había puesto mi mundo patas arriba; a su lado había hecho cosas que jamás haría y aun así me parecían divertidas, precisamente por ser con ella.

Sentía, con cada día que pasaba, que sería imposible salir impune de esta locura. En el fondo, sabía que en el momento en que ella saliera de mi vida, se llevaría todo, absolutamente *todo de mí.*



CAPÍTULO 24

La luz de la mañana invadió mi cuarto, despertándome de un sueño agitado. Mi corazón aún latía acelerado, recordando toda la locura e intensidad de la noche anterior. Me sentía en las nubes, perdida en pensamientos sobre aquel hombre que había entrado en mi vida de una manera tan prohibida y arrolladora.

Él no tenía idea de cuánto estaba marcando mi vida cada día. No sabía cuánto tiempo seguí revolviéndome en la cama, hasta que dos golpes en la puerta me devolvieron a la realidad.

Me senté en la cama y llevé la mano al rostro. Fue entonces cuando escuché el ruido de la puerta al abrirse. Miré hacia ella, constatando que era Bianca quien estaba allí, asomando la cabeza por una pequeña rendija.

—¿Puedo entrar? —preguntó ella.

—Claro, amiga, entra —respondí y me levanté de la cama, dándole una sonrisa, aún somnolienta.

Mientras caminaba hacia mí, fui al baño, me eché agua en la cara y me cepillé los dientes. Al salir, vi a mi amiga sentada en la cama, esperándome.

—¿Cómo pasaste la noche? —preguntó, cuando sus ojos se encontraron con los míos—. Me siento culpable por dejarte dormir aquí sola, pero...

—Te daría en la cara si hubieras dejado a ese bombón dormir solo para quedarte conmigo —la interrumpí y solté una carcajada—. Vamos, amiga.

—Me alegra que me entiendas —dijo. Yo agarré una de las almohadas y la lancé hacia ella, que la atrapó en el aire y se echó a reír.

—Eres una descarada.

Bianca se encogió de hombros y se levantó.

—Vine a buscarte para el desayuno —comentó.

—Vamos, solo voy a vestirme —dije y me dirigí hacia mi bolsa.

Abrí mi bolsa y saqué una ropa cómoda. Después de cambiarme, bajamos juntas para el desayuno; nuestra conversación era animada, pero mis pensamientos no estaban del todo allí.

—Buenos días —la voz seria de Carlos fue como una descarga eléctrica, devolviéndome a la realidad.

Nuestras miradas se encontraron y mi corazón dio un salto.

—Buenos días, papá —dijo mi amiga y se levantó para abrazarlo.

Cuando se apartaron, los ojos de Carlos se dirigieron hacia mí, trayendo en su mirada el reflejo de la noche anterior. Me sentí extrañamente desconcertada y terminé dejando caer uno de los cubiertos al suelo, atrayendo la atención de ambos hacia mí.

—¿Todo bien, chica? —preguntó, sacándome aún más de mi eje.

—Sí, hm... solo estoy distraída —respondí y me agaché para recoger la pieza. Pero no esperaba que Carlos hiciera lo mismo. Él fue más rápido y se levantó, extendiéndome el cuchillo.

—Es mejor tener cuidado —dijo. Asentí, y entonces su atención se dirigió a su hija—. Querida, ¿a qué hora piensan volar a Nueva York?

—Después del almuerzo —respondió ella y se sentó a la mesa.

—De acuerdo, los llevaré al hangar —sonrió, y sus ojos volvieron a medirme una vez más—. Disfruten el tiempo juntas, chicas.

Al decir aquellas palabras, Carlos nos dejó a solas y se dirigió hacia Rafael y César, que conversaban en el jardín cercano al lugar donde habíamos estado anoche.

—¿Qué fue eso? —preguntó Bianca, atrayendo mi atención.

—Una forma de llamar la atención del guapo —bromeé, intentando relajar el ambiente. Bianca no perdió la oportunidad de darme unos cachetazos, lo que me hizo reír a carcajadas—. Pensé que ya te habías acostumbrado a mis locuras; me confundí cuando tu padre llegó.

—Te daré un descuento, porque él es realmente intimidante —Bianca siguió la broma, y yo le di gracias a Dios, mientras volvía a tomar el café.

Mi móvil vibró en el bolsillo; lo saqué y lo miré discretamente, constatando un mensaje.

Carlos: *Necesitas disimular mejor, niña.*

Sonreí y miré a Bianca, que me estudiaba con la mirada.

—No me preguntes nada —dije y guardé el móvil en el bolsillo —. ¿Sabes qué? Vamos a aprovechar el resto del tiempo juntas. Cuéntame, ¿cómo es vivir en Nueva York con ese hombre?

Señalé con la cabeza a Rafael, haciéndola soltar una risa. La mirada que le dirigió a ese hombre dijo más que cualquier palabra. En ese instante tuve la certeza de cuánto bien le estaba haciendo a mi amiga y de cuánto lo amaba.

—Es como si fuera un sueño; Rafael es tan cariñoso, atento... —sus ojos se encontraron con los míos—. Él lo es todo para mí.

—Vaya —comenté, sorprendida; no esperaba escuchar algo así de ella. No después de haberse decepcionado tanto con un antiguo exnovio.

—Quiero tanto que algún día encuentres un amor así —sonrió —. No hay nada mejor que sentirse amada.

Mis ojos, involuntariamente, se dirigieron hacia Carlos. Aunque quisiera evitarlo, fue imposible. Cada día la certeza de que quería algo más con él me invadía; sin embargo, sabía que en pocos meses, cuando Bianca regresara, todo terminaría. Y ese pensamiento hizo que mi corazón se desplomara.

—¿Amiga, todo bien? —preguntó Bianca, atrayendo mi atención de nuevo hacia ella.

—Sí, es solo... demasiado hermoso —forcé una sonrisa, y ella me midió con la mirada.

—Buenos días, chicas —la voz animada de Lilian llamó nuestra atención. Y yo lo agradecí internamente.

—Buenos días —respondí, al mismo tiempo que Bianca se levantaba para saludar a su madre—. Llegó quien faltaba, vamos a aprovechar el tiempo que tenemos.

—Eso me parece estupendo —dijo Lilian, mientras Bianca se alejaba.

—¿Qué tal si empezamos el día saltando a la piscina? —sugirió mi amiga.

Lilian pasó la mirada entre nosotras dos, visiblemente reticente; al fin y al cabo, ayer no cedió y solo se limitó a observarnos.

Pero, finalmente, dijo:

—Pueden ir primero, voy a tomar mi café y enseguida iré con ustedes.



¡Estaba agotada!

El fin de semana debería ser para descansar, pero, aunque lo disfruté bastante, me sentía extrañamente cansada. Aquello me hacía pensar en los planes que había hecho para la tarde.

Me eché agua en la cara una vez más, luego la sequé y, tras respirar profundamente, salí del baño. Abrí los ojos de par en par al encontrar a Carlos esperándome en el pasillo.

—¿Te has vuelto loco? —susurré, nerviosa.

—Solo quería confirmar si vas al penthouse —dijo, con la voz contenida y los ojos fijos en los míos—. Voy a llevar a Bianca al hangar, después iré directamente allí.

—Necesito descansar, trabajo de noche. ¿Podemos encontrarnos allí después del trabajo? —sugerí. Carlos dio algunos pasos hacia mí, y yo retrocedí—. Es arriesgado.

—Podemos descansar juntos —dijo. Yo arqueé una ceja, lo que hizo que una sonrisa se formara en sus labios.

Antes de que pudiera responder, Lilian salió de su cuarto acompañada de César; los ojos curiosos de ambos se dirigieron hacia nosotros. Me incliné para recoger mi bolsa, que había dejado fuera del baño, y volví a mirar a Carlos.

—Le agradezco la gentileza, señor Carlos, pero estoy en coche. Fue un placer volver a verlo. —Él pareció confundido, pero no tardó en asimilar que algo ciertamente estaba mal.

—No ha sido nada —respondió, serio.

—Eh, Lilian, ¿ya te vas también? —pregunté, cuando ella se detuvo a nuestro lado.

—Sí, querida —me estudió con la mirada.

—Fue bueno verlos a todos, espero que nos encontremos más veces —forcé una sonrisa—. Voy a despedirme de Bianca para poder ir a casa a descansar, ¡estoy agotada!

Lilian sonrió al escucharme, César solo asintió y Carlos mantuvo la mirada seria sobre mí. No perdí más tiempo; con las manos sudorosas me di la vuelta, lista para despedirme de Bianca e irme a casa.

El corazón me latía a mil, solo pedía al cielo que Lilian y César no hubieran notado nada; al fin y al cabo, aquello sería realmente embarazoso. Con cada paso hacia Bianca, me encontré cuestionando qué estaba haciendo con mi vida.



CAPÍTULO 25

—¿Vas a trabajar? —la voz de Anna resonó en el ambiente justo cuando salía de mi cuarto.

Recorrí el lugar con la mirada y la vi sentada en el sofá.

—Sí, y hoy no vuelvo —respondí mientras caminaba hacia la mesa. Tomé las llaves y mi bolsa, notando que Anna seguía mis movimientos; entonces desvié mi atención hacia ella—. ¿Qué mirada es esa?

—Has estado muy misteriosa en los últimos meses. Y siempre huyes de mí cuando empiezo a indagar —se levantó y se detuvo frente a mí—. ¿Quién es el tipo?

—Ya te dije que estaba con Bianca... ella vino y pasé el fin de semana con ella y su familia —expliqué.

—¿Pero y los otros días? No me engañas, Vivian. ¿Acaso sería…?

—¿Quieres saberlo? Sí... es exactamente quien estás pensando —dije, sabiendo que no serviría de nada negarlo. Anna no me daría paz hasta que lo contara.

—¿Bianca lo sabe?

—No, y tampoco lo sabrá —suspiré—. Mira, Anna, lo último que necesito ahora es un sermón.

—No lo haría —levantó las manos en señal de rendición y luego sonrió—. Solo quiero que sepas que estoy aquí, por si necesitas hablar de ello.

Sentí que mi corazón vacilaba al mismo tiempo que mis ojos permanecían fijos en ella. Anna acortó la distancia entre nosotras y me atrajo hacia un abrazo. Con cierta resistencia, lo correspondí, apretándola con fuerza.

—¿Por qué esto de repente? —pregunté, apartándome para mirarla.

—Porque extraño cómo éramos más unidas. Sé que la rutina diaria y tus horarios locos hacen que no tengamos tanto tiempo, pero siempre voy a estar aquí para ti.

—Gracias, yo también siempre estoy aquí para ti, por si quieres hablar de tus conquistas—le guiñé un ojo, intentando aliviar el ambiente.

Anna soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—¿Ves? ¿Quién soy yo para juzgarte?

—Tienes razón —asentí, entre risas—. Bueno, tengo que irme.

—Disfruta la noche con ese bombón —dijo, y me dejó espacio para pasar.

Sin querer responder a aquella provocación, asentí y me dirigí hacia la salida, lista para ir a trabajar. Me sentía renovada después de haber dormido toda la tarde. Y aunque había sido tentadora la propuesta de Carlos, no cedí a la tentación.

Cuando llegué a la discoteca, saludé a todos y enseguida me aseguré de que todo estuviera en orden. No sabía si era la expectativa de encontrarme con Carlos después del turno, pero el

tiempo parecía pasar más lento, incluso cuando hice lo posible por mantener la mente ocupada. Apenas esperé a que diera la medianoche para confirmar que podía irme; entonces me despedí de todos y me dirigí al ascensor.

Saqué el móvil y envié un mensaje a Carlos.

Vivian: *Estoy saliendo ahora, te encuentro en el penthouse en unos minutos.*

Guardé el móvil y, al llegar al primer piso, salí del edificio. Caminaba por la acera, distraída en mis pensamientos, cuando sentí que alguien me sujetaba por detrás y presionaba algo contra mi cintura.

—No grites, no te muevas, o será peor para ti —susurró una voz ronca y amenazante en mi oído.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Entré en pánico e intenté soltarme, pero el hombre era más fuerte y me arrastró hacia el aparcamiento oscuro. Me empujó contra la pared y me miró con una expresión que me heló la sangre.

—Solo quería algunas joyas, quizá las llaves del coche, pero eres muy atractiva —dijo con un tono que me aterrorizó.

—Por favor, llévese todo lo que tengo, pero déjeme ir —supliqué, con la voz quebrada.

El hombre sonrió de manera desagradable y se inclinó hacia mi oído.

—No te preocupes, me encargaré de ti —susurró, pegando nuestros cuerpos.

Sin darme por vencida, llevé mi mano a su pecho para apartarlo. Y antes de que pudiera intentar cualquier cosa, sentí el impacto de su cuerpo siendo arrancado de encima de mí. Fue entonces cuando vi a otro hombre golpeando al asaltante contra el suelo. Era alto, fuerte y vestía un traje oscuro. Tan familiar, que hizo vacilar mi corazón.

Era Carlos quien estaba allí.

—¿Estás bien? ¿Te hizo daño? —preguntó, desviando su atención hacia mí.

Negué con la cabeza, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Carlos volvió a fijar la atención en el hombre que mantenía en el suelo y tomó el móvil; unos instantes después lo llevó al oído.

—Por favor, llame a la policía y venga al aparcamiento de la discoteca —dijo con seriedad, y luego terminó la llamada.

—No servirá de nada, me arrestan hoy y mañana me sueltan —gruñó el hombre, intentando liberarse de Carlos.

—Ahí es donde te equivocas —respondió Carlos, serio—. Te metiste con la chica equivocada, así que puedes estar seguro de que lo último que ocurrirá mañana será que te suelten.

Permanecí inmóvil, solo observando la escena. El delincuente no respondió y, gracias al cielo, no tardó mucho en que un auto se detuviera frente a nosotros; vi a un hombre de traje salir de allí y, sin perder tiempo, dirigirse hacia Carlos. Al acercarse, tomó al delincuente y cruzó algunas palabras con Carlos; enseguida, Carlos vino hacia mí.

—Estoy aquí contigo, ahora estás a salvo —dijo, atrayéndome hacia él.

No fui capaz de moverme, el corazón aún estaba agitado. Al percibir mi estado, Carlos me tomó en brazos y me llevó hasta su coche. Abrió la puerta y me acomodó en el asiento del pasajero. Luego entró en el asiento del conductor y tomó el volante.

—¿A dónde vas a llevarme? Digo, hoy... —mi voz falló, todavía estaba nerviosa.

—A mi penthouse. Hoy voy a cuidar de ti —respondió, con una mirada hacia mí que era indescifrable y, sin duda, distinta.

—Gracias —dije, apoyando la cabeza contra la ventana.

El corazón latía a mil, y yo intentaba recuperarme del susto que acababa de pasar. Apenas me di cuenta cuando llegamos. De la misma manera, Carlos vino hacia mí y me tomó en brazos. Rodeé su cuello con mi mano y lo dejé llevarme al penthouse.

Al entrar, me colocó sentada en el borde de la cama y se arrodilló frente a mí.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó, preocupado.

No sabía si fue la posición en la que se encontraba, o el sentimiento que me invadió, pero pasé mi mano alrededor de su cuello y me lancé sobre él, buscando el alivio que solo él podía darme.

Carlos llevó la mano a mi cintura y acomodó las piernas, permitiendo que me instalara en su regazo. Mis ojos se encontraron con los suyos, y susurré:

—Quiero que me ayudes a olvidar, por favor.

—Vivian, qué... —dejó las palabras en el aire, comprendiendo mi petición.

—Te quiero a ti.

—¿Estás segura? Podemos simplemente...

—Necesito esto, lo necesito… —Mi voz se quebró; Carlos llevó la mano a mi rostro y lo acarició suavemente.

Sus ojos estaban fijos en los míos, su duda era evidente. Puse mis manos sobre las suyas y asentí, animándolo a continuar, y así lo hizo. Carlos unió nuestros labios y, con suavidad, inició un beso lento; yo me entregué por completo a ese momento y la intensidad no dejó de crecer.

Nunca había besado a alguien con tanta pasión, nunca había sentido que necesitaba tanto a alguien como ahora. Entregarme de esa manera hizo que mi corazón se acelerara.

Carlos se levantó del suelo y me llevó con él. Instantes después, sentí que me depositaba sobre el colchón suave y se acomodaba junto a mí. Sus labios se apartaron de los míos y comenzaron un recorrido de besos mojados por mi piel, haciéndome estremecer a cada contacto, mientras con cuidado quitaba mi vestido. Sus manos se dirigieron al borde de mis bragas; levanté las caderas para ayudarlo a retirarla.

Ahora, más que nunca, ansiaba su toque, ansiaba sentirlo, tal como él ansiaba tenerme a mí. Carlos se levantó y, con los ojos fijos en mí, se desnudó por completo; después, una vez más, estuvo sobre mí.

Comenzó una tortura deliciosa, alternándose entre mis pechos por largos minutos, hasta verme contorsionarme bajo sus manos. Me sentía tan excitada que estaba a punto de tener un orgasmo. Y como si lo supiera, bajó los besos hasta llegar a mi coño.

Temblé con el contacto delicioso y caliente de su lengua; mis gemidos aumentaron considerablemente en el momento en que introdujo dos dedos dentro de mí. Me entregué por completo a un orgasmo intenso.

Vagamente lo sentí levantarse y acomodarse entre mis piernas. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, llevó la mano a mi cabello y permaneció con la mirada fija en mí.

—Eres tan hermosa —susurró. Mordí mi labio inferior, al mismo tiempo que mi boca se curvaba en una sonrisa.

Carlos comenzó a pasar su verga por mi coño, esparciendo mi lubricación; aquel movimiento hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Y tomándolo todo de mí, se hundió.

Desesperada por más, enredé mis piernas alrededor de su cintura y lo atraje aún más hacia mí, haciendo que una sonrisa deliciosa se formara en sus labios.

Él me invadió una vez más de forma tan lenta y profunda que llegaba a ser indecente. Simplemente amaba la sensación de tenerlo

llenándome por completo.

—Carlos, por favor —supliqué en medio de un gemido, queriendo solo más de él.

Dándome exactamente lo que yo quería, Carlos entrelazó nuestras manos y las apoyó en el espacio vacío sobre mi cabeza; enseguida, comenzó a aumentar el ritmo de los movimientos. Y cada vez que me invadía, alcanzaba un punto sensible, haciéndome estar cada vez más cerca de sucumbir por completo ante él.

Sus ojos no se apartaron de los míos mientras él seguía hundiéndose en mí. No había palabras para describir el sentimiento que se apoderó de mí; la intensidad del momento era abrumadora y, al mismo tiempo, demasiado perfecta.

Comencé a contorsionarme debajo de él, sintiendo que estaba a punto de enloquecer. Con un gemido incontrolable, me entregué a un orgasmo intenso y fuerte. Carlos me acompañó en el instante siguiente, con un rugido tan delicioso que me hizo estremecer.

—Puta madre, niña —gruñó él, y luego se inclinó para dejar un beso en mis labios—. Mi niña.

Con la respiración irregular, esbocé mi mejor sonrisa. Carlos dejó caer su cuerpo hacia un lado y me llevó junto a él. Me acurruqué en su pecho, sin pensar en nada. Solo quería disfrutar de aquel momento.

—¿Estás bien? —preguntó él, con la voz todavía jadeante.

—No podría estar mejor —respondí.

Entonces, sentí que acariciaba mi cabello suavemente. Era algo nuevo; por más que durmiéramos juntos en algunos momentos, ese tipo de cariño era una novedad. Y tenía que admitirlo: me gustó.

Permanecimos en esa misma posición, en silencio, hasta quedarnos dormidos.

Y podía decir que aquella noche algo cambió. Carlos se concentró en mí, siendo protector y cuidadoso, de una forma en que

nadie lo había sido antes.

Todo aquello me hizo darme cuenta de cuánto lo quería, exactamente así; ya no podía ignorar la certeza de que necesitaba a Carlos en mi vida. Independientemente de los desafíos que enfrentáramos, lo necesitaba a él.



CAPÍTULO 26

Llevaba cerca de cuarenta minutos en la sala, revisando el archivo que el equipo de planificación había enviado. *O al menos, lo estaba intentando.*

Mis ojos se dirigieron una vez más hacia Vivian; ella estaba en la terraza, sentada al borde de la piscina, mirando hacia la nada. La chica no decía ni una sola palabra desde hacía casi una hora, lo cual era un tanto inusual.

Suspiré y volví a mirar la pantalla del portátil; necesitaba enviar la aprobación cuanto antes para que el equipo continuara. No pude volver a la capital por la mañana; opté por quedarme un poco más en Búzios para asegurarme de que la chica estuviera bien.

Una vez más, mis ojos estaban sobre ella, que parecía perdida en sus propios pensamientos. Demasiado callada, *eso no era propio de ella.*

Suspiré profundamente, de nuevo; me levanté e, incomodado por aquel silencio, me dirigí hacia ella.

—¿Estás segura de que todo está bien? —pregunté, atrayendo la mirada de Vivian hacia mí.

—Es la tercera vez que me preguntas eso hoy —respondió, y una débil sonrisa se dibujó en sus labios—. Estoy bien, aquel hombre... no logró afectarme.

Mencionó el tema por primera vez desde que ocurrió.

—No es lo que parece —fui honesto. Vivian se levantó, quedando frente a mí. En un gesto involuntario, llevé la mano a su rostro; necesitaba tener la certeza de que decía la verdad.

—Carlos... —susurró.

—Estás demasiado callada, demasiado quieta —dije, mientras analizaba su expresión.

Sabía el peso de las acciones de aquel desgraciado. Vivian había quedado vulnerable, de una forma que nunca había visto antes, y eso me estaba matando.

Sus manos fueron a mi brazo, me sostuvo con firmeza y pude ver un cambio en su mirada, denotando pura diversión. Y antes de que pudiera preguntar, la chica se lanzó hacia atrás de golpe, haciendo que mi corazón saltara mientras intentaba mantener el equilibrio, pero no fue posible.

Nuestros cuerpos cayeron al agua, mojando todo a nuestro alrededor. Mis ojos ansiosos buscaron la superficie en el momento en que logré afirmar los pies y, unos instantes después, la chica emergió con el cabello empapado y una risa deslumbrante.

—Niña, ¿quieres matarnos? —pregunté, intentando mantener la seriedad. Fue entonces cuando su risa se hizo más grande y levantó la mano en señal de rendición.

—Mira, solo estaba perdida en mis pensamientos mientras intentaba no molestarte en el trabajo; fuiste tú quien pidió esto —dijo entre risas. Acompañar su ligereza era inevitable—. En realidad, lo suplicaste.

Fui hacia ella; la chica dio algunos pasos hacia atrás e intentó huir, pero antes de que lo lograra, alcancé su brazo y la atraje

suavemente hacia mí. Ella hizo una mueca, y yo sonreí. Mis manos fueron a su cintura y la sujeté contra mí; en el instante siguiente me incliné y dejé un beso en sus labios.

—Pues debes saber que prefiero que no te contengas —confesé—. Así que seguiré implorando para que lo desordenes todo, incluso aunque esté en traje formal.

Miré brevemente mi ropa empapada; la había puesto para hacer una videollamada con mi equipo. Sonreí y volví a mirarla. Vivian rodeó mi cuello con sus manos y se humedeció el labio inferior; su mirada era traviesa.

—De ninguna manera deberías darme tal libertad, o temo que no te dejaré trabajar —respondió. Yo me encogí de hombros—. No sabes en lo que te estás metiendo, señor Mancini.

—Para ser sincero, no tengo ganas de hacer nada hoy, solo aprovechar un poco el tiempo que tenemos. Al fin y al cabo, el fin de semana apenas pude acercarme a ti, y eso fue torturante.

Ella intentó ocultar la sonrisa; el gesto me tranquilizó. Me incomodaba su silencio, sin saber con certeza qué pasaba por su cabecita.

—Hm... —me estudió por un instante—. ¿Qué podemos hacer entonces? Aún tenemos algunas horas antes de que tenga que ir a trabajar.

—¿Qué tal si te quedas en casa hoy? —sugerí.

—Ni en sueños —respondió, firme—. Sé que estás preocupado por mí, pero eso no es discutible. No puedo seguir tomando tantos días libres solo porque estoy saliendo con uno de los amigos del jefe.

Hice una mueca al oírla. Vivian era más responsable que muchas chicas de su edad, y en cuanto a mí, que debería ser el más responsable aquí, me sentía inducido a cometer actos irresponsables siempre que estaba en su compañía.

Su compañía era diferente. Estaba acostumbrado a días monótonos y silenciosos, pero siempre que estábamos juntos, ya fuera follando como locos o haciendo cosas simples como ver una película, todo lograba volverse ligero y divertido.

En el fondo, sabía que estaba muy jodido, pero mientras ese sentimiento muriera conmigo, nada cambiaría. Al final, haría lo correcto y la dejaría ir, por más que eso fuera todo lo que temía, sabía que era lo que merecía.

Mientras solo yo fuera atormentado por esos sentimientos, podríamos seguir, hasta el momento en que Bianca regresara a Brasil.

—¿Qué pasa? —preguntó la chica, devolviéndome a la realidad.

—Todo bien, tienes razón —dije, alejando de mí aquel pensamiento—. Al final del turno voy a buscarte en la discoteca, no voy a esperarte en el aparcamiento.

Vivian arqueó las cejas; abrió y cerró la boca varias veces, mientras yo la observaba.

—¿No vas a volver a la capital? —preguntó por fin—. Pensé que...

—No voy, y el tiempo que me quede quiero que estés aquí conmigo —dije, autoritario. Ella intentó contener la sonrisa al morderse el labio, pero fue imposible.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Podemos pedir comida, ver alguna película o hacer cualquiera de esas cosas que te gustan —respondí, con los ojos fijos en ella, queriendo solo una cosa: sentir que estaba bien.

—¿Vas a ver una película conmigo? —Su entusiasmo hizo que mi boca se curvara en una sonrisa.

Asentí, mientras la chica daba algunos saltitos en mis brazos. La verdad era que no era muy aficionado a ver películas o series;

nunca había tenido tiempo para ello. Sin embargo, en algunos momentos terminaba cediendo a la chica, pues parecía amar esas actividades.

Y tenía que admitirlo: no estaba mal. Simplemente no estaba acostumbrado a ello.

—Vamos ya, antes de que cambie de opinión —respondí. Ella se apoyó en mí y subió lo suficiente para besar mis labios.

Con un movimiento rápido, y antes de que pudiera reaccionar, ella soltó mis brazos y se lanzó a la piscina. Me vi obligado a apartarme y recorrí el agua con la mirada, encontrándola unos instantes después al otro lado, mientras subía las escaleras y salía de la piscina.

Sonreí y la seguí. Cuando salí, fui tras ella, viéndola contonearse en dirección a las tumbonas. Tomó la toalla para secarse al mismo tiempo que comenzó a charlar sobre algunas opciones de películas que podríamos ver.

Sabía que no debía, pero me gustaba mucho esa versión de la chica. Verla en un rincón, callada, era algo que me incomodaba cada vez más. Me encantaba ver su energía, su mirada así, siempre brillando hacia mí.



CAPÍTULO 27

2 AÑOS ANTES

Al llegar a la entrada de la empresa, sentí una extraña sensación en el aire. Algo me decía que aquel día no sería común, y tuve la certeza de que realmente no lo sería cuando mis ojos se posaron en una figura que pensaba haber dejado atrás en el pasado sombrío. Era Suellen, detenida allí en la entrada, como si me estuviera esperando.

La mala sensación que se apoderó de mí hizo que mi corazón se acelerara, y cuando mis ojos encontraron los suyos, toda una historia dolorosa se desplegó ante mí.

—Suellen, ¿qué haces aquí? —pregunté, serio e impaciente.

—Quiero hablar contigo —susurró.

Sentí una ola de rabia y frustración dominarme. Suspiré y la medí con la mirada, sin poder creer en semejante descaro de aparecer en mi empresa después de tantos años.

—No tenemos nada de qué hablar. Por favor, vete —dije, firme.

Me giré decidido a entrar en la empresa y dejar el pasado donde exactamente debía estar, pero fui interrumpido por sus manos atrevidas en mi brazo.

—Siempre te he amado —dijo, con un tono desesperado.

Aquellas palabras perforaron mi alma. Indignado, me volví hacia ella.

—¿A eso llamas amor? —pregunté, amargado—. Arruinaste mi vida.

—Tú destruiste mi vida, Carlos. He sufrido todos estos años. ¿Y cuál fue mi pecado? ¿Amarte demasiado? —preguntó, haciendo que se me revolviera el estómago.

Solté mi brazo, incapaz de soportar su contacto, y volví a mirarla.

—Enfrenta tus problemas, enfrenta tus sentimientos. Lo único que quiero de ti es distancia. Nada ha cambiado.

—Esto es injusto, Melanie creció sin un padre y todo eso...

—No es mi problema —interrumpí, firme, incapaz de disimular mi desprecio por aquella mujer.

—¡Sí lo es! Porque no pude quedarme con el padre de ella, por amarte demasiado a ti —dijo, exasperada.

Me reí irónicamente, con la sangre hirviendo y la paciencia al límite.

—Guarda ese amor para ti. No tengo el más mínimo interés en nada que venga de alguien tan ruin como tú, que conspiró contra mí y destruyó mi vida. No aparezcas nunca más delante de mí, o tomaré las medidas necesarias. Simplemente desaparece —concluí, dándome la vuelta y alejándome sin esperar respuesta.

—Eres un monstruo —gritó, con la voz quebrada—. Ninguna mujer sería feliz al lado de un hombre frío como tú.

Negué con la cabeza y ni me molesté en volverme para responder. Sentía su odio, noté que, en medio de la desesperación, aquella mujer rompió en llanto; sin embargo, no logré sentir lástima. Esa mujer era traicionera y manipuladora. Una de las principales razones por las que estaba alejado de mi hija, ha sido la trampa que tendió para separarme de Lilian. Por eso no me culparía por las duras palabras que pronuncié, pues merecía cada una de ellas. El pasado estaba muerto y enterrado, y yo decidido a no permitir que resucitara los demonios que tanto había luchado por superar.

Solo tenía que estar de acuerdo con su última frase: claramente, ninguna mujer sería feliz a mi lado. Al fin y al cabo, era muy bueno en herir, especialmente cuando el amor estaba presente. Ese era uno de los motivos por los que, incluso después de tantos años, no me permití involucrarme con nadie y, sinceramente, nunca más me lo permitiría.



CAPÍTULO 28

Desperté asustada al escuchar en mi subconsciente algunos murmullos; miré hacia un lado y noté que era Carlos, quien decía algunas palabras ininteligibles mientras dormía. Me senté en la cama y miré el reloj sobre el mueble, constatando que eran poco más de las cinco, entonces volví mi mirada hacia Carlos.

Percibí de inmediato que su rostro estaba cubierto de sudor; me acerqué lentamente, intentando entender lo que decía, y fue cuando logré comprender algunas palabras: *"Esto no fue culpa mía, yo no... ¿cómo podría saber que ella iba a...?"* Su voz se quebró, estaba visiblemente perturbado.

Decidida a sacarlo de aquello que parecía hacerlo sufrir, puse mi mano sobre él y, con cuidado, lo sacudí. A pesar de mi delicadeza, Carlos despertó sobresaltado; sus ojos se dirigieron hacia mí, llenos de pavor.

No dije nada, solo esperé a que se ubicara. Mi corazón estaba inquieto; no era la primera vez que lo veía tener una pesadilla, pero esta vez parecía haber sido más intensa.

—¿Estás bien? Parecías atrapado en una pesadilla —dije, al mismo tiempo que él se sentaba en la cama.

Carlos no respondió, pero intenté ser comprensiva. Lo vi levantarse y dirigirse al clóset. Aún somnolienta, me levanté llevando conmigo la sábana para cubrir mi cuerpo desnudo, y fui tras él.

Fruncí las cejas en el momento en que noté que estaba vistiéndose con una camisa de vestir y unos jeans. Cuando terminó, sus ojos confundidos se dirigieron hacia mí y, sin decir nada, simplemente pasó a mi lado. Decidida a no dejarlo hacer eso, sujeté su brazo, obligándolo a girarse hacia mí.

—¿Adónde vas? —susurré, con el corazón inquieto.

—Yo... Necesito respirar, necesito estar solo —dijo, serio.

—No hagas eso, por favor —pedí, sintiendo que evitaba mirarme—. Háblame, ¿qué no fue culpa tuya? ¿Qué es lo que te atormenta?

Mis ojos estaban fijos en él, pero Carlos hacía lo que mejor sabía: blindar su corazón, engañarse a sí mismo sobre todo. En ese instante supe que todo era consecuencia de la noche anterior, pero no soportaría que siguiera sin dejarme entrar; aquello era malo para los dos.

Carlos intentó soltar su brazo, pero lo sujeté con más fuerza y llevé mi mano a su rostro, obligándolo a mirarme, aunque el gesto pareciera doloroso para él.

—Vivian, no —suplicó. Negué con la cabeza, mientras lágrimas inoportunas insistían en invadir mis ojos.

—No me apartes, Carlos. Siempre haces eso cuando tenemos algo más...

—¿Más qué? —preguntó, con una voz que denotaba miedo.

Mi corazón se aceleró y, por eso, dudé en responderle, pero decidí mantenerme firme después de todo lo que había sucedido ayer entre nosotros.

—Los últimos días juntos fueron más que especiales. Cuidaste de mí, nosotros... hicimos el amor —dije, insegura pero decidida.

Si Carlos no podía corresponder, era mejor ponerle fin; al fin y al cabo, cuanto más tiempo siguiéramos, mayor sería mi caída.

—¿Qué? —preguntó, su semblante era una mezcla de sorpresa y temor. Aquello solo me dio valor para continuar.

—No puedes huir de esto, Carlos. Lo que tenemos se convirtió en algo más que sexo casual hace mucho tiempo y no voy a luchar contra ello. Quiero más, te quiero a ti —dije, decidida a enfrentar la situación.

—No sabes lo que dices, niña. Te dije que no podías enamorarte de mí. Nosotros...

—Sí, lo sé, teníamos un acuerdo. Pero ¿sabes qué? Sucedió —lo interrumpí, con voz firme—. Y siento que no soy la única que lo siente. Tu cuidado conmigo, tu preocupación, el deseo de estar siempre juntos, hacer cosas que hacen las parejas... eso está lejos de ser solo casual y lo sabes.

La mirada de Carlos hacia mí en ese momento fue perturbadora; sus ojos serios encontraron los míos, y pude sentir mi corazón vacilar con la forma en que me miró.

—Está más que claro que debemos terminar con todo lo que tenemos. En pocos meses, mi hija volverá al país, no podemos continuar —dijo, firme, y enseguida llevó su mano sobre la mía, apartándola de su brazo—. Más aun sabiendo que los límites fueron sobrepasados, el acuerdo se rompió, así que lo mejor es no vernos más.

Me quedé paralizada ante su seriedad. Y no fui capaz de impedirlo cuando pasó a mi lado y salió del cuarto. ¿Cómo podía Carlos negar el sentimiento que estaba más que claro? ¿Cómo podía ignorar todo lo que habíamos vivido en los últimos seis meses?

Con el corazón en la mano, pero decidida a decir todo lo que sentía antes de que se fuera, reaccioné y salí del cuarto en su

búsqueda. Carlos estaba en la sala, tomando la cartera y las llaves del coche.

—¿Entonces, eso es todo? —pregunté, acercándome a él—. ¿Vas a huir de verdad?

Sus ojos se dirigieron hacia mí y pude ver a través de ellos. Un dolor profundo, aquello me confundió.

—Estoy roto, Vivian —susurró.

—Entonces déjame repararte, salvarte de esa oscuridad que sé que te rodea —pedí, con la voz quebrada. Carlos solo negó con la cabeza.

—Estoy haciendo esto por tu bien. No podemos continuar. No quiero herirte, tampoco merezco que sientas nada por mí —dijo, con voz contenida—. Es lo mejor, créeme. Esto tiene que acabar antes de que se convierta en algo mayor.

—Ya se ha convertido, ya me estás hiriendo, dañando mi corazón. Me enamoré perdidamente de ti —confesé. Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—Niña... —susurró.

—Te amo, Carlos —me mantuve determinada. La confesión pareció perturbar aún más a aquel hombre. Lo miré con expectativa, deseando únicamente que se rindiera al sentimiento más hermoso y genuino que había tenido en mi vida; era visible, era palpable.

Nuestra química, nuestra conexión. Era como si hubiéramos sido hechos el uno para el otro y, en el fondo, sabía que él era consciente de ello.

Contrario a mis expectativas, con la mirada desorientada, no fue capaz de responderme. Carlos rompió nuestro contacto y se giró. Rompiendo mi corazón y dejándolo en pedazos, se dirigió hacia la puerta y la abrió; sus ojos desorientados se posaron en mí por última vez, y luego simplemente salió, dejándome sola en su penthouse.

Cuando la puerta se cerró, caí de rodillas en el suelo y dejé salir lo que estaba sintiendo. Lágrimas invadieron mi rostro y la opresión en el pecho aumentó. Quería creer que Carlos sentía lo mismo por mí, pero, al contrario de lo que pensé, no volvió.

Me estuve torturando por un buen rato antes de comprender que él no volvería tan pronto. Decidida a salir de aquel lugar, fui al cuarto a vestirme, tomé mis cosas y salí.

El corazón estaba destrozado, pero tenía que ser firme y valorarme en primer lugar. Pensando en eso, pedí un conductor por aplicación y fui a la acera a esperarlo.

—Señorita —una voz firme llamó mi atención—. El señor Carlos pidió que la acompañara para recoger su coche o, si lo prefiere, llevarla a donde quiera.

Suspiré y lo estudié con la mirada; ese hombre era el mismo que Carlos había encargado de llevar al hombre que me atacó a la policía.

—¿Qué eres de Carlos? ¿Su guardaespaldas? —pregunté, seria. El hombre solo asintió.

—¿El hombre de ayer fue detenido?

—Sí, y no saldrá tan pronto, puede estar tranquila.

—Perfecto —respondí, y miré el coche que acababa de aparcar. Luego volví a mirar al guardia y forcé una sonrisa—. Dígale a su jefe que le agradezco, pero puedo arreglármelas sola.

No esperé una respuesta; antes de que pudiera tomar cualquier actitud, fui hacia el coche y abrí la puerta, conteniendo las lágrimas y la decepción que me rodeaba.

No insistiría, ni seguiría dejando que mi corazón se tambaleara por Carlos. Fui sincera, él había hecho su elección y, por más doloroso que fuera, era mejor así.

Cuando finalmente llegué a casa y cerré la puerta tras de mí, estaba al borde del colapso. Las lágrimas que había contenido

durante todo el camino encontraron su espacio y comenzaron a caer descontroladamente.

Fue entonces cuando escuché pasos apresurados acercándose hacia mí. Miré alrededor y, a pesar de la vista nublada por las lágrimas, logré ver a Anna avanzando a grandes pasos en mi dirección.

—Eh, ¿qué pasó? —preguntó, con voz preocupada.

No pude soportarlo más. La abracé con fuerza, derrumbándome en lágrimas. Anna me envolvió con sus brazos, sosteniéndome con fuerza mientras lloraba de manera descontrolada.

—Se acabó todo —logré decir entre sollozos—. Se acabó, porque sobrepasé los límites. Lo amo, Anna, lo amo demasiado.

Sentí que Anna me apretaba aún más y comenzó a acariciar mi cabello.

—Shhh, cálmate —susurró, con la voz quebrada—. Todo va a estar bien, vas a superar esto.

Asentí con la cabeza y, en ese momento, me permití creer en las palabras de mi hermana. *Todo va a estar bien.*

Necesitaba desesperadamente creer en aquellas palabras, o todo se vendría abajo sobre mí.



CAPÍTULO 29

Después de decidir terminar todo entre Vivian y yo, los días han sido una tortura. El gimnasio se convirtió en mi refugio, un lugar donde podía canalizar la rabia y luchar contra lo cuanto extrañaba a aquel pequeño huracán.

El sonido de la música alta resonaba en el ambiente mientras tomaba las pesas, decidido a apartar a la chica de mis pensamientos. El sudor comenzó a brotar en mi frente mientras me colocaba en el press de banca. Con un suspiro profundo, bajé las pesas hasta el pecho y, con un esfuerzo concentrado, las levanté. Cada repetición era una lucha contra los pensamientos intrusivos que insistían en atormentarme.

"Te amo, Carlos."

Sus últimas palabras para mí, su mirada... no podía olvidarlas ni por un segundo. Un vacío crecía en mi pecho a cada instante. Quería olvidar, quería que aquel sentimiento desapareciera, pero parecía imposible.

La extrañaba, puta madre, cómo la extrañaba.

La semana estaba siendo una de las peores. Los días fríos y silenciosos, que eran tan comunes antes de que aquella chica entrara en mi vida, ahora eran insoportables. Ella había sacudido mi mundo de tal manera que no sabía cómo lidiar con la calma y la soledad que volvían a dominarme.

Levantaba las pesas escuchando un leve estruendo en cada repetición. Cada movimiento era intenso, como si intentara expulsar a Vivian de mi corazón con cada levantamiento. En cada repetición visualizaba su rostro, las pequeñas pecas que la hacían aún más hermosa, sus ojos brillantes, su sonrisa seductora, el cuerpo delicioso con el que amaba conectarme.

¡Puta madre! Por más que intentara negarlo, la chica tenía razón: habíamos sobrepasado los límites hacía mucho tiempo, y mi mayor error había sido empezar con esto. Al fin y al cabo, esa distancia solo me destruiría.

Estaba completamente absorto en mis pensamientos cuando el sonido de mi móvil sonando por encima de la música llamó mi atención. Me levanté, dejé las pesas en el suelo y me dirigí hacia mi móvil que estaba sobre la encimera.

Miré la pantalla y vi un número desconocido, lo cual me sorprendió. Tomé el control y pausé la música, entonces decidí atender.

—¿Hola?

—*¿Carlos?* —del otro lado de la línea, aquella voz familiar me dejó sin reacción por unos instantes.

—¿Lilian? —pregunté, buscando confirmar. Era la última persona que esperaba que me llamara.

—*He pensado mucho si debía llamarte, pero no podía dejarlo pasar* —la voz de Lilian sonaba seria y determinada—. *¿Podemos encontrarnos?*

No respondí de inmediato; tomé una toalla de mano que estaba sobre la mesa y la pasé por mi rostro mientras pensaba. La

situación me dejó intrigado, no sabía qué esperar de aquella llamada repentina.

—Sí —respondí, con la voz contenida—. ¿Es algo sobre Bianca?

Lilian pareció dudar. Mientras esperaba su respuesta, lancé la toalla sobre mi hombro y salí del gimnasio, dirigiéndome hacia la cocina.

—*Prefiero hablar en persona* —respondió. Suspiré, sin saber qué pasaba por su cabeza.

—Está bien, tengo una reunión por la mañana, pero por la tarde puedo ponerme en carretera hacia Búzios. Te encuentro en tu cafetería por la noche, ¿puede ser? —pregunté, mientras llenaba un vaso con agua.

—*Sí, cierro a las siete, si puedes venir a esa hora* —pidió, mientras yo bebía un trago generoso de agua.

Cuando terminé, dejé el vaso sobre la mesa de la cocina y respondí:

—Claro, Lilian, nos vemos mañana a esa hora entonces.



Aparqué frente al edificio del Garden Club Night, al otro lado de la calle. Sabía que no debía estar allí, pero necesitaba verla, aunque fuera de lejos. La hora era la que solía llegar al trabajo; solo necesitaba verla una vez.

Mis pensamientos me decían que me fuera, que no hiciera eso, pero algo más fuerte me retenía allí. Permanecí inmóvil hasta que su coche apareció en la calle. Mi corazón dio un salto; la observé aparcar con una inmensa sensación de nostalgia y deseo.

Salió del coche y comenzó a caminar por la acera. Tenía que admitir que estaba hermosa, a pesar de todo, irradiando una belleza que no podía ignorar. La vi saludar al portero y entrar en el edificio.

Suspiré profundamente cuando desapareció de mi vista y arranqué el coche, dirigiéndome al verdadero motivo que me había llevado a Búzios. Unos diez minutos más tarde, aparqué frente a la cafetería de Lilian y fui a su encuentro. Al entrar, percibí que había un cliente; entonces asentí con la cabeza hacia Lilian y me senté en una mesa reservada. Mi corazón estaba hecho pedazos y un torbellino de emociones me invadía mientras recordaba la imagen de la chica que estaba tomando mi corazón.

—Un expreso doble —la voz seria de Lilian me devolvió a la realidad. Miré en su dirección mientras colocaba la taza frente a mí —. Tengo que decirlo, estás horrible.

—Gracias —respondí, ignorando su comentario.

No estaba logrando dormir bien; arreglarme la barba ya no era prioridad. Era consciente de que estaba más descuidado de lo normal. Suspiré, y antes de poder decir algo, Lilian desvió la atención hacia el cliente, que le hizo un gesto antes de salir de la cafetería.

Entonces, se dirigió hacia la puerta. Lilian cerró la cafetería y fue al mostrador. La observé servir café en una taza mientras bebía lo que me había servido hacía poco. Luego vino hacia mí. Esbozó una sonrisa débil y se sentó frente a mí.

—Entonces, ¿sobre qué querías hablar conmigo? —pregunté, mientras los pensamientos turbulentos se apoderaban de mí.

—¿Está pasando algo entre tú y Vivian? —preguntó, de forma tan directa que me dejó congelado—. Sé que esto es repentino, pero no hay una manera fácil de preguntarlo.

—¿De dónde sacaste eso? —pregunté, con la voz contenida, intentando disimular cuánto me había tomado desprevenido la pregunta.

—Del fin de semana —suspiró—. Desde que vi el intercambio de miradas entre ustedes, no he podido olvidarlo y ese pensamiento no me deja en paz.

—¿Estás loca?

Me levanté, desesperado por huir de aquel lugar. Lilian puso su mano sobre la mía, impidiéndome dar el siguiente paso.

—No me mientas, Carlos, me lo debes.

Suspiré profundamente y volví a sentarme. Mis ojos se fijaron en ella, mientras intentaba organizar mis pensamientos.

—Sí, estábamos saliendo —confesé. Ella arqueó las cejas.

—¿Estaban? —preguntó. Di otro suspiro—. Mira, no estoy aquí para juzgarte, es solo que, si algo está pasando, tienes que contárselo a nuestra hija. Vivian es su mejor amiga; Bianca se sentiría devastada si lo descubre de otra manera, y eso me está matando.

—No tienes que preocuparte por eso, porque terminé todo con la chica.

Lilian me miró con seriedad; abrió y cerró la boca varias veces.

—Tu mirada hacia ella era diferente... Nunca había visto esa mirada antes —comenzó a decir—. Estás enamorado de ella.

Negué con la cabeza, sorprendido por las palabras de Lilian; realmente, era algo que no esperaba de ella.

—Todo está terminado, así de simple —dije con firmeza.

—Yo los vi, no parecía ser algo simple —insistió, dejándome sin reacción.

—Lilian, no puedo... —mi voz falló y desvié la mirada.

Desde que todo sucedió, no me permití hablar de esto con nadie. Y, en verdad, dolía recordar que no merecía a esa mujer.

—No seas tonto, Carlos. Puede ser un golpe para Bianca, pero estoy segura de que lo aceptará —dijo Lilian, llamando mi atención de nuevo hacia ella.

—¿Por qué esto ahora, Lilian? No es como si fueras la primera persona en el mundo que quiere verme feliz —fruncí el ceño, sin entender lo que intentaba hacer.

—No, no lo era —suspiró—. Te llamé porque me preocupaba que ustedes lo ocultaran y que nuestra hija lo descubriera. Pero no creo que debas alejarte cuando el sentimiento entre ustedes es tan palpable. Yo lo vi.

—Está bien, me gusta —confesé por primera vez en voz alta—. En realidad, amo locamente a esa chica, pero lo mejor para ella es que me mantenga lejos.

—¿Hay algo más que el miedo a la reacción de Bianca? —preguntó. Asentí.

—Dime cuál es ese impedimento.

—Porque voy a herirla, Lilian, como siempre hago. Arruiné tu vida, luego destruí la de Suellen. Es lo que ocurrirá si me involucro con Vivian —expliqué, con la voz contenida.

—Tú no arruinaste mi vida. Tuve momentos difíciles, sí. Pero ahora estoy bien y feliz —ella esbozó una sonrisa débil—. Y sobre Suellen, dijiste que nunca tuviste nada con ella, entonces ella tomó su decisión. No es tu culpa que ella haya... —la voz de Lilian se quebró.

—¿Bianca te lo contó? —pregunté, con la voz cargada de amargura, recordando las palabras de su hija, diciéndome claramente que la culpa era mía.

—Sí, pero eso no importa. Lo que importa es que no puedes privarte pensando que vas a herir a Vivian. Apuesto a que en este momento ella está herida —Lilian suspiró—. En aquel entonces, si hubieras insistido, si me hubieras contado lo que hizo Suellen, quizás

hubiera sido diferente. No cometas el mismo error. Suellen tomó sus decisiones, tú no tienes culpa de nada.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al escuchar cada palabra de la mujer a la que sentía que más había herido en la vida; era evidente que había cambiado la forma de hablar conmigo.

—¿Por qué piensas eso ahora? ¿Qué pasó con aquella mujer que decía que yo no merecía ser feliz? —pregunté, desolado.

—Todos cometemos errores, Carlos. La verdad es que yo también me equivoqué mucho contigo —comenzó, sorprendiéndome —. Me hiciste darme cuenta de que podía ser feliz, y ahora hago lo mismo por ti. Nunca dejes que el miedo a equivocarte te impida involucrarte; simplemente resuelve las cosas, pero por el amor de Dios no lo ocultes a Bianca, pues sería una decepción para ella.

—No sé qué voy a hacer, pero... —suspiré. Mi mente estaba en una confusión después de escuchar las palabras de Lilian. Finalmente, le di una sonrisa llena de gratitud—. Gracias, Lilian.

—Solo date la oportunidad de ser feliz, y si quieres hablar de ello, estoy aquí —dijo en tono amistoso. Asentí y me levanté.

Sin rumbo, me dirigí hacia mi coche, pero no logré entrar. Mis ojos se dirigieron al mar y me permití caminar hasta allí. Me sentía perdido en mis propios pensamientos, luchando contra los demonios interiores que me atormentaban.

Las palabras de Lilian resonaban en mi mente, revolviendo aún más mi corazón. Para mí, la decisión correcta era alejarme, sin embargo, me descubrí cuestionándolo todo. Al fin y al cabo, ¿estaba tomando la decisión correcta?

Me torturé durante largos minutos antes de volver al coche; tomé el volante y en automático fui hacia mi penthouse. No tenía ganas de ponerme en carretera hacia la capital en ese momento, así que cuando llegué allí, aparqué en el garaje y subí.

Al entrar, me quité el traje, aflojé la corbata, tomé una botella de whisky para acompañarme y fui hacia la terraza. No tenía idea de

cuánto tiempo permanecí allí; después de un momento incalculable, solo bebiendo whisky y perdido en mis pensamientos, di un salto de la silla, alerta, al escuchar el golpe de la puerta.

Salí de la terraza para averiguar y, en el momento en que llegué a la sala, me quedé helado al ver a la que estaba haciendo mis días más dolorosos. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, la chica dio unos pasos firmes y se detuvo frente a mí.

—Vivian... —susurré, como si aquello fuera una señal para aferrarme a esa mujer y no dejarla ir jamás.

Pero aquel pequeño huracán tenía un semblante serio, una expresión que nunca había visto en su mirada. Y me sacó de mi eje cuando finalmente preguntó:

—¿Cuál es tu problema?



CAPÍTULO 30

—Vivian, ¿ya te vas? —preguntó Bárbara, atrayendo mi atención. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, asentí con la cabeza. Entonces, ella caminó hacia mí.

—¿Está todo bien? Pareces distante.

Un suspiro pesado escapó de mis labios al notar su mirada de preocupación.

—No, pero lo estará, no te preocupes —forcé una sonrisa y continué—. Hasta mañana.

Sin esperar respuesta, tomé mis cosas y comencé a caminar hacia la salida, entrando entre las personas que bailaban con fervor, impidiendo que Bárbara viniera detrás de mí.

Lo último que quería era tener que dar cualquier explicación sobre lo que me estaba volviendo distante y herida. La semana estaba siendo difícil: el dolor de darme cuenta de que después de aquel día él no se molestó en venir a mí, incluso después de que fui sincera con mis sentimientos, me dejó claro que solo yo estaba sintiendo todo aquello.

Todo parecía un caos incontrolable, y hoy en particular el caos se volvió aún mayor, pues, aunque de lejos, pude ver el coche de Carlos al otro lado de la calle cuando llegué a trabajar.

El corazón se desplomó, pero hice lo posible por ignorarlo. Estaba decidida a superar, por más difícil que fuera, viviría un día a la vez.

Al salir del edificio y caminar hacia el aparcamiento, no pude dejar de notar que el mismo Mercedes, que había sido una presencia constante al otro lado de la calle durante toda la semana, seguía allí, como una sombra inquietante. A veces percibía que él me seguía hasta casa. La extenuación y el malestar finalmente me dominaron y, por eso, crucé la calle decidida a cuestionar a quien fuera. Me detuve frente al coche y golpeé el cristal varias veces. Sin respuesta, me tomé la libertad de llevar la mano a la manija e intenté abrir la puerta del conductor.

Me sorprendí cuando lo logré; me di cuenta de que quien estaba allí era el guardaespaldas de Carlos, el mismo que nos había ayudado hacía una semana cuando pasé por aquella situación con el ladrón. Él pareció desconcertado por mi intromisión.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, con la voz contenida y llena de vacilación.

—Señorita —dijo, inclinando la cabeza.

Enseguida, su mano fue hacia la puerta, pero lo impedí de abrirla. Una incómoda sensación de inquietud creció dentro de mí cuando sus ojos serios se encontraron con los míos.

—¿Su jefe lo envió? —pregunté, pero el hombre no dijo una sola palabra. Mi voz se volvió más firme cuando continué—: Si aparece aquí de nuevo, lo denunciaré por acoso.

Al decir esas palabras, solté la puerta y me di la vuelta, decidida a marcharme.

—Carlos solo está preocupado por ti, tiene miedo de que algo como aquel día vuelva a suceder.

Esas palabras me hicieron detenerme en el lugar; mi mirada volvió hacia él una vez más.

—No necesito su preocupación. No quiero nada que venga de él —dije, mientras una mezcla de emociones caía sobre mí—. Él está aquí en Búzios, ¿verdad?

Una vez más sentí que estaba tomando al guardaespaldas desprevenido.

—¿Cómo usted...

—Solo respóndeme, por favor —lo interrumpí. Fue entonces cuando el guardaespaldas solo asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

Sin pensarlo demasiado, me di la vuelta y fui hacia mi coche. Entré, decidida a aclarar todas las cosas. Al llegar, fui fácilmente autorizada por el portero; al fin y al cabo, mis visitas a aquel lugar eran constantes.

Sin dar ningún aviso, introduje la clave en el panel y abrí la puerta. Recorrí el lugar con la mirada y vi que la luz de la terraza estaba encendida. Cerré la puerta detrás de mí y, antes de reunir el valor para avanzar, aquel al que ansiaba ver, incluso después de romper mi corazón, estaba allí.

Mis ojos se encontraron con los suyos; por un instante, la voluntad fue olvidar todo y abrazarlo. Su semblante estaba cansado, sus ojos visiblemente cargados de dolor, la barba sin afeitar y el cabello desordenado: todo denunciaba que él estaba sufriendo, igual que yo.

Di unos pasos firmes y me detuve frente a él, luchando por no hacer lo que mi corazón ansiaba; al fin y al cabo, estaba demasiado herida para eso. Fue él quien terminó todo, él me pidió que me fuera, así que tenía que dejarme ir.

—Vivian... —susurró él. Mis ojos, llenos de decepción, permanecieron fijos en los suyos.

—¿Cuál es tu problema? —pregunté. Carlos pareció confundido con mi pregunta, entonces continué—: ¿Crees que puedes terminar las cosas y mandar a tu guardaespaldas a vigilarme? No voy a aceptar eso.

Carlos dio un paso hacia mí, desarmando un poco la pose seria que había adoptado. Cuando eliminó toda la distancia entre nosotros, puso su mano en mi cintura y acercó nuestros cuerpos.

—No lo sé —volvió a susurrar, y con la mano libre acarició mi rostro—. No tengo idea de lo que estoy haciendo, solo sé que no puedo vivir en un mundo sin ti.

Me quedé sin reacción, con el semblante tan desolado. Las lágrimas invadieron mis ojos mientras mi corazón latía desenfrenado. Fue entonces cuando, sin permiso, sus manos se deslizaron hacia mi nuca al mismo tiempo que unió nuestros labios.

Mis manos fueron a su pecho; solo pude corresponder al beso lento e intenso. Carlos me apretó contra sí, como si necesitara confirmar que realmente estaba allí. Había un sentimiento más grande de lo que podía soportar, un sentimiento que estaba a punto de enloquecerme.

Reuní todas mis fuerzas para empujarlo suavemente, haciendo que el beso se interrumpiera. Sus ojos se fijaron en mí, ansiosos. Forcé mi mano contra su pecho un poco más, lo suficiente para poder alejarme totalmente de él.

—¿Crees que puedes entrar y salir de mi vida como te convenga? —pregunté, con la voz quebrada y llena de decepción—. No, no puedes.

Al decir esas palabras, me di la vuelta y fui hacia la salida, maldiciéndome por haber decidido venir a él.

—Vivian... —su tono era de súplica. Me giré hacia él una última vez y negué con la cabeza, conteniendo las lágrimas que querían dominarme en ese instante.

—Dijiste que no podías darme más que sexo, dijiste que era mejor acabar con todo —hablé con la voz contenida—. Eso significa que debes mantenerte lejos de mí. No quiero guardaespaldas siguiéndome, ni tampoco quiero verte observándome desde lejos. Tú. No. Tienes. Ese. Derecho. —La voz salió entrecortada.

Me giré en un abrir y cerrar de ojos y cerré la puerta. Necesitaba desesperadamente salir de aquel lugar o me derrumbaría frente a él, y eso era algo que no quería hacer. Carlos había sido claro; ahora me correspondía a mí mantenerme lejos y cuidar de mi corazón. Al fin y al cabo, estaba enamorada de él, y seguir con algo incierto solo me destruiría.



CAPÍTULO 31

No actué por impulso; en el momento en que Vivian se fue, no la seguí. Y dolió muchísimo ver aquella mirada en mi chica, dolió aún más pensar en una vida sin ella. Sabía que necesitaba reorganizar mis pensamientos para no herirla todavía más.

Fui hasta la mesa de centro de la sala y tomé mi móvil; constaté que había llamadas de mi guardaespaldas. Sin perder tiempo, lo llamé. En medio de la confusión, él se había convertido en quien tranquilizaba mi día, informándome todo sobre Vivian.

—*Señor, creo que Vivian se dirige a su penthouse* —dijo en cuanto atendió—. *Ella me vio, no pensé que...*

—Ella ya estuvo aquí, de hecho acaba de irse —lo interrumpí —. Necesito que te asegures de que llegue bien a casa.

—*Está bien, lo haré* —respondió con firmeza.

Terminé la llamada y arrojé el móvil sobre el sofá, en un gesto de frustración. Luego fui al baño, decidido a tomar una ducha fría para aclarar mi mente. Permanecí absorto dejando que el agua cayera sobre mí durante mucho tiempo, hasta que me fui a la cama. Y aunque deseaba un poco de paz, mi mente no dejaba de girar.

Me revolví en la cama durante mucho tiempo, torturándome sobre lo que siempre creí que era correcto y lo que más deseaba en ese momento. Los pensamientos finalmente me dejaron en paz en el instante en que me quedé dormido.

Cuando desperté a la mañana siguiente, estaba agitado. No tenía ninguna duda de que quedarme sin esa mujer sería mi mayor error. Así que, decidido a permanecer en Búzios hasta lograr resolverme con Vivian, tomé mi móvil del sofá de la sala y llamé a mi secretaria.

—*Señor Mancini* —contestó ella al tercer tono.

—Luana, trabajaré desde casa por tiempo indefinido. Si surge alguna urgencia, por favor, ponte en contacto conmigo —le indiqué con firmeza.

—*Está bien, lo haré de esa manera* —respondió sin dudar. Entonces, terminé la llamada.

Por más que ansiara correr hacia Vivian en ese momento, no quería hacer algo irreflexivo, así que preparé un café fuerte y me senté frente al ordenador para revisar mis compromisos antes de cualquier cosa.

Afortunadamente, logré resolver todo lo que necesitaba desde donde estaba, haciendo una pausa solo para almorzar. Mi mente estaba a mil y, por más que intentara evitarlo, mis pensamientos siempre volvían a ella, la chica que dominó mi corazón.

Sin poder posponerlo más, me levanté y tomé las llaves, luego me dirigí a la cafetería de Lilian. Conduje unos quince minutos hasta aparcar frente a la cafetería.

Al entrar, enseguida pude ver a Lilian conversando con la mesera. Ella me miró visiblemente sorprendida y dijo algo a la mujer antes de venir hacia mí.

—Carlos, ¿qué haces aquí? —preguntó.

—He tomado una decisión. Voy a luchar por Vivian. No consigo imaginar mi vida sin esa chica —dije, como si me quitara un peso de encima—. Quería que fueras la primera en saberlo.

Lilian me midió con la mirada y sonrió.

—Nunca pensé que diría esto, pero me alegra. A pesar de que ella es veinte años más joven que tú —arqueó las cejas, con una sonrisa ladeada, inevitable—. Me alegra.

—Eso es solo un detalle, ¿no crees?

—Creo que el problema mayor será Bianca —enfatizó. Hice una mueca, intentando no aferrarme a ese gran detalle—. Pero ella lo aceptará, no tengo dudas.

—No quiero pensar en eso ahora, aún faltan algunos meses para que regrese —fui sincero. Su mirada fue de reproche, pero estaba dispuesto a ignorarlo.

—Bueno, vamos a sentarnos —sugirió—. Supongo que si viniste hasta aquí, quieres alguna opinión.

Asentí, y Lilian caminó entre las mesas hasta sentarse en una reservada. La seguí sin dudar.

—Tengo una idea, pero temo presionar demasiado. Y no es lo que quiero.

—Cuéntame un poco lo que pasó y lo que pretendes. Prometo ser sincera sobre ello.



Mis manos sudaban y una ansiedad incontrolable se apoderaba de mí. Quería hacer algo grande, pero dadas las circunstancias, Lilian me aconsejó optar por una aproximación más

sencilla. Por eso estaba allí, de pie en la puerta del piso de Vivian, sosteniendo un ramo de rosas rojas mientras esperaba que regresara del trabajo.

El tiempo parecía pasar lentamente, hasta que finalmente la puerta del ascensor se abrió. Mi corazón se aceleró al verla. Con los ojos sorprendidos y curiosos, Vivian salió del ascensor y caminó hacia mí, con pasos firmes.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al detenerse frente a mí.

Le extendí el ramo de rosas rojas; Vivian lo tomó, pero eso no alivió mi corazón, pues su expresión permanecía seria, esperando una explicación.

—Sabes, niña, después de todo lo que viví, llegué a creer fielmente que no merecía ser feliz —comencé, con la voz temblorosa.

—¿Adónde quieres llegar, Carlos? —preguntó Vivian, con la mirada fija en mí.

—No sé hasta qué punto conoces mi historia, si Bianca te contó sobre mi pasado con Lilian —ella asintió con la cabeza—. No tengo idea si sabes sobre Suellen, el papel que tuvo en la separación entre Lilian y yo, o el hecho de que se suicidó después de una conversación conmigo... —suspiré, y la chica siguió asintiendo—. Lo que puedo decir es que mi pasado no es bonito. Todas las mujeres que se enamoraron de mí vieron su vida arruinada por ello. Hasta hoy creí que todo era mi culpa y que siempre sería así.

Vivian me miró profundamente a los ojos y por un momento pareció dudar.

—No es así como funcionan las cosas, Carlos, somos nosotros quienes guiamos nuestro camino —dijo finalmente.

Asentí con la cabeza en señal de acuerdo.

—Pero así es como yo pensaba que funcionaba. Creía que involucrarnos solo te traería dolor. Sin embargo, de manera egoísta,

he pensado desde que te fuiste que te necesito.

—Carlos... —la voz de Vivian se quebró.

—¿Y si esta ruptura nos hace sufrir aún más? —insistí—. Después de todo lo que vivimos en los últimos meses, la conexión y la sintonía que quise creer locamente que no existían, para mí es imposible vivir sin ti.

—No puedes... —A diferencia de ayer, la chica estaba vacilante.

Eso solo me dio valor para continuar; necesitaba ser sincero con ella y mostrar lo que realmente sentía.

—La soledad y la calma que eran normales en mi vida se volvieron insoportables con tu partida. Te necesito, mi niña, para desordenar mi vida siempre que todo esté demasiado tranquilo —sonreí, conteniendo las lágrimas que amenazaban escapar. La chica negó con la cabeza mientras una lágrima solitaria descendía por su rostro—. Por si aún no lo has entendido, te estoy diciendo que te amo tan locamente, que no soporto ni un día más sin saber que serás mía.

Con un paso adelante, me acerqué y llevé la mano a su rostro, con la certeza de que no me apartaría, y pregunté:

—¿Aceptas empezar de cero desde ahora y ser oficialmente mi niña?

Vivian asintió con la cabeza en señal de acuerdo, llenando mi corazón de alegría. Al mismo tiempo que mi niña dejó el ramo a un lado en el suelo, la atraje hacia mí y la abracé con fervor.

El beso tenía el sabor salado de las lágrimas, pero fue el mejor que había tenido en toda mi vida. Era intenso, lleno de amor y pasión; sellábamos allí la promesa de una nueva oportunidad y un nuevo comienzo para los dos.

Cuando terminé el beso, sus ojos ansiosos se fijaron en mí.

—Creo que hoy finalmente conocerás mi cuarto—susurró, provocando que un suspiro lleno de deseo escapara de mis labios—. Te extrañé tanto, te necesito.

Asentí con la cabeza, entonces la chica se inclinó y tomó el ramo. Luego metió la mano en la bolsa y abrió la puerta. Al entrar, dejó las rosas sobre la mesa y me condujo con cuidado hacia el cuarto.

Mi sonrisa se ensanchó al darme cuenta de que estaba a punto de vivir una nueva aventura con aquel pequeño huracán. Me dio espacio para entrar al cuarto y cerró la puerta con llave; enseguida sus ojos se encontraron con los míos.

—Si no quieres que mi hermana o una amiga que vive con nosotras llamen a la puerta, debemos tener cuidado —susurró, con la voz llena de deseo.

Sonreí y pasé la mano alrededor de su cintura. Apreté nuestros cuerpos y susurré:

—Haré lo posible, pero debo admitir que será un gran desafío.

—Pensé que te gustaban los desafíos —provocó ella, al mismo tiempo que llevaba la mano a mi pecho, comenzando a desabotonar mi camisa.

Tomé sus labios suaves para mí y comencé a guiarla con mi cuerpo en dirección a la cama. Dejé caer su cuerpo sobre el colchón mullido, mientras ella se mordía el labio, intentando contener un grito.

Me puse sobre ella, teniendo que controlar las ganas de hundirme en su coño. Mi verga estaba dolorida; la expectativa me estaba volviendo loco. Comencé a dejar besos húmedos y llenos de deseo por todo su cuerpo delicioso, a medida que la desnudaba por completo.

Cuando terminé, me levanté para admirarla. La chica balanceó la pierna en mi dirección, atrayendo mi mirada hacia los tacones rojos que usaba.

—Los tacones —dijo ella; mi boca se curvó en una sonrisa.

—Son hermosos, me encantan —dije y comencé a quitarme la ropa—. Me encantarán aún más alrededor de mi cintura, recuérdalo.

Vivian esbozó una sonrisa pícara y se sentó en la cama. Sus manos pequeñas y deliciosas se dirigieron a mi cinturón y lo quitaron con habilidad; mientras yo me quitaba la camisa, ella se encargó de mis pantalones y mis calzoncillos.

Mi verga saltó cuando ella la rodeó con sus manos y comenzó movimientos de masturbación. Entonces, se inclinó, pero antes de que pudiera poner esa boca deliciosa en mí, llevé mi mano a sus pechos deliciosos y la empujé suavemente para recostarla en la cama.

Temía que no aguantaría si ella ponía esa boquita en mi verga. Me puse sobre su cuerpo y tomé sus labios con una pasión arrolladora. El sentimiento era intenso y más profundo que nunca.

La sensación de estar entregado y aceptar cuánto amaba a esta chica hacía que todo fuera único. Sentí que rodeaba mi cintura con sus piernas y pasaba el tacón por mi espalda, a medida que me atraía hacia ella.

Terminé el beso para sentir su mirada llena de deseo sobre mí.

—Te quiero, y te quiero ahora —pidió. Sin poder contenerme, llevé la mano a mi verga y la posicioné en su entrada.

Sin prisa, me hundí, sintiendo que ella se llevaba todo de mí.

—Puta madre, cuánto te extrañé —gruñí bajo, mientras ella soltaba un gemido contenido.

Saqué mi verga casi por completo de ella y fui aún más profundo, sintiendo que estaba a punto de colapsar una vez más.

—Yo a ti —respondió, con los ojos fijos en los míos.

En ese instante presencié el sentimiento más genuino que existía. Era como si estuviéramos recargando por completo nuestras

energías. No tenía dudas de que esa chica era la mujer de mi vida y mía, solo mía.

—Yo. Te. Amo. Niña —jadeé, con la voz entrecortada. Los ojos de Vivian se llenaron de lágrimas y todo se volvió aún más intenso.

—Te amo —dijo, mientras se estremecía bajo mí.

Tomé su boca con pasión y deseo, mostrándole perfectamente lo que ella hacía conmigo. Con cada embestida profunda, sus gemidos contenidos se volvían más deliciosos, lo que hizo imposible mantener un ritmo lento; entonces, torturándola un poco más, comencé a hundirme con fuerza, por un tiempo indeterminado, hasta llevarla a colapsar en mis brazos.

Bastaron solo dos embestidas más para que saliera de ella en un movimiento rápido; sus ojos curiosos se dirigieron a mí al mismo tiempo que yo sujetaba mi miembro y la cubría con mi leche, por completo.

Miré con admiración aquella obra de arte. Amaba marcarla de esa forma y, tras todo aquel momento, la sensación era aún mejor. Era la mujer más hermosa y sexy del mundo; por encima de todo, era mía, *solo mía.*

Ella sonrió y negó con la cabeza. Sin poder ocultar la satisfacción, me incliné y tomé sus labios para mí; Vivian pasó sus brazos alrededor de mí y correspondió. El momento era tan único, lleno de intensidad y deseo, que seguramente quedaría marcado en nuestra memoria para siempre.

En ese instante estábamos totalmente entregados el uno al otro, y la única certeza era que, fuera cual fuera la situación, lo enfrentaríamos juntos. Pasaríamos por todo, siempre que estuviéramos juntos.



CAPÍTULO 32

Desperté somnolienta y con una sonrisa pícara al sentir las manos de Carlos alrededor de mí, al mismo tiempo que él susurró:

—Buenos días, pequeño huracán.

Me giré hacia él y lo encontré con los ojos fijos en mí. Llevé mi mano a su rostro y me permití acariciarlo, algo que la mayoría de las veces evitaba. Estaba feliz con la manera en que todo había sucedido.

—Buenos días —respondí, mordiendo el labio, tratando de contener la sonrisa tonta que insistía en aparecer.

Carlos llevó la mano hasta la mía y la tomó; luego la acercó a su boca, depositando un beso en el dorso. Mientras hacía aquel gesto, sus ojos permanecían fijos en los míos.

—¿Qué pasa? —preguntó, midiéndome con la mirada.

—Es que no puedo creer que estemos haciendo esto de verdad —confesé. Una sonrisa se formó en sus labios y depositó algunos besos más en mi mano.

—Sí, lo estamos, mi niña —susurró, haciendo que mi corazón saltara.

Mi sonrisa se ensanchó y, en un abrir y cerrar de ojos, me atrajo hacia él, tomando mi boca en un beso suave y tan delicioso que la sensación era de no querer soltarlo jamás. Sin embargo, después de algunos instantes nos separamos.

—He excedido mi límite de estar acostado —comentó. Desvié la mirada hacia el reloj de la pared y solté una risa al notar que ya pasaban de las 9h—. ¿Qué te parece una ducha y salir a desayunar?

—Eso suena genial, vamos —respondí, y enseguida me levanté y fui al baño.

Sonreí y lo seguí con la mirada mientras se acercaba hacia mí. La ducha fue deliciosa; estaba adolorida por la noche anterior, pero aun así deseaba más de él. Entonces, me permití acariciar todo su cuerpo mientras nos enjabonábamos, antes de pedirle que me follara contra la pared.

Debía admitir que estaba disfrutando toda esa intimidad que antes limitábamos. Salimos de la ducha renovados y listos para comenzar el día. Nos vestimos y, antes de salir del cuarto, recé mentalmente para que Anna y Sophia estuvieran dormidas.

Pero como no todo sucede a nuestro favor, nos encontramos con Anna saliendo de la cocina con un jarrón de flores en las manos, antes de alcanzar la puerta. Ella no ocultó la sorpresa y dejó el jarrón sobre la mesa, al lado de las rosas rojas. Sus ojos se dirigieron a nuestras manos entrelazadas y luego a nosotros dos, mientras caminaba hacia nosotros.

—Buenos días, Anna —dije, en el momento en que se detuvo frente a nosotros—. Permíteme presentarlos, este es Carlos Mancini.

—Buenos días —lo saludó Anna, con desconfianza.

—Carlos, esta es mi hermana, Anna Karolina Bittencourt.

Carlos asintió y extendió la mano a mi hermana, saludándola con un apretón firme.

—Soy el novio de Vivian, es un placer conocerla —dijo, haciéndome sonrojar.

Anna arqueó las cejas y me miró con interrogación.

—¿Novio, eh? —preguntó—. Justo me estaba preguntando de dónde habían salido esas rosas tan bonitas.

—Sí, novio —respondí; fue imposible ocultar la sonrisa. Anna me estudió por unos instantes y luego volvió su mirada hacia Carlos.

—Quiero que sepas que si haces sufrir a mi hermana, no dudaré en matarte —le dijo, seria.

Carlos estaba visiblemente sorprendido, y la muy atrevida contenía la sonrisa.

—¡Anna! —la reprendí, entonces soltó una risa.

Noté que Carlos se relajaba y la acompañaba.

—No te preocupes, lo último que quiero es hacerle daño —respondió él, serio, con los ojos fijos en los míos.

Sonreí y me giré hacia Anna.

—Bueno, ahora que ya los presenté, nos vamos —dije. Anna asintió.

—Disfruten el fin de semana —añadió. Carlos asintió, y entonces comencé a arrastrarlo hacia la puerta, antes de que mi hermana se sintiera lo bastante cómoda como para hacerme pasar alguna vergüenza.

—No te preocupes por mí —advertí.

—Lo digo en serio, ¿me oíste? —la voz de Anna resonó en el ambiente antes de que terminara de cerrar la puerta.

Negué con la cabeza y miré a Carlos, que llevaba una sonrisa divertida en el rostro. Por primera vez todo estaba demasiado ligero

y, queriendo aprovechar más de ese momento, sugerí a Carlos que fuéramos a la cafetería cerca de mi casa, ya que era un lugar discreto y podíamos conversar tranquilamente.

Cuando llegamos, elegimos una mesa reservada y nos sentamos. La camarera vino enseguida, anotó nuestro pedido y, con una sonrisa simpática, se alejó.

—Hoy es una excepción, pero mientras no les contemos a todos sobre nosotros, debemos seguir manteniendo la discreción —comenté, atrayendo la mirada de Carlos hacia mí.

—Tienes razón, no podemos arriesgarnos —respondió Carlos, serio.

Sentí que mi rostro se calentaba y la ansiedad me dominaba, pensando en todo lo que enfrentaríamos.

—No sé cómo sucederá todo, pero debo admitir que no tengo idea de cómo comportarme cuando Lilian lo descubra. Ella siempre fue tan amable conmigo y...

Carlos me interrumpió, colocando su mano sobre la mía. Yo había empezado a hablar sin parar, y su toque automáticamente me tranquilizó.

—Lilian ya lo sabe —comentó, haciendo que mi corazón casi se saliera por la boca.

—¿Qué? ¿Cómo... ¡Dios mío! —dije, mientras una avalancha de pensamientos me invadía.

Carlos apretó aún más mi mano. Mis ojos se dirigieron a él, encontrándolo con una sonrisa en el rostro.

—Si te tranquiliza, fue ella quien me animó a luchar por nosotros —dijo, sorprendiéndome aún más—. Ella también tuvo un papel importante en lo que te conté ayer; me dijo que debía ser sincero.

—Oh... —dije, en una mezcla de vergüenza y, al mismo tiempo, alivio.

—Solo está preocupada por la reacción de Bianca.

—Tenemos que contárselo, ¿qué debemos hacer? —pregunté, mientras mi mente giraba con esa información.

—Pensé en que viajáramos a Nueva York para hablar con ella personalmente, ¿qué opinas? —sugirió él.

—Aún faltan algunos meses para que vuelva... ¿Y si dejamos para contárselo cuando esté aquí? Así no interrumpimos la finalización de su posgrado —Carlos asintió, al mismo tiempo que parecía reflexionar sobre mis palabras.

—No lo había pensado de ese modo. Tienes razón, lo haremos así —dijo, firme.

—Con permiso —nos interrumpió la camarera, trayendo nuestro pedido. Le sonreí con gentileza y solo observamos mientras servía. Nos sirvió los cafés y una deliciosa bomba de carbohidratos: un pastel relleno, pan de queso y un sándwich mixto. Mi boca se hizo agua al ver toda aquella comida. Cuando la camarera se alejó, mis ojos se dirigieron a Carlos, que parecía disfrutar tanto como yo de todo lo que teníamos delante.

—Oye... ¿me prometes una cosa? —pregunté, atrayendo su atención hacia mí.

—¿Qué?

—Independientemente de lo que pase, enfrentaremos todo juntos. Siempre hablando y siendo sinceros, ¿de acuerdo?

Carlos sonrió, dejando clara su satisfacción con aquellas palabras. Puso su mano sobre la mía una vez más y, con la mirada fija en la mía, respondió:

—Lo prometo, mi niña.



CAPÍTULO 33

Estaba orgulloso.

Orgulloso de verdad, porque mi niña finalmente se estaba graduando. Y para completar mi felicidad, solo faltaba una cosa: contarle que Vivian y yo estábamos juntos.

Desde que decidí luchar por Vivian, habían pasado exactamente seis meses, y debo admitir que fueron los mejores de mi vida. Juntos podíamos decir que aprendimos mucho el uno del otro, y en cada momento ella traía más color a mi vida.

La chica era increíble; el sentimiento por ella tomó una dimensión que jamás pensé que podría alcanzar. La amaba de una manera que nunca imaginé ser capaz. Solo me rompía el corazón seguir ocultando esa relación a mi hija, al fin y al cabo, ella era mi bien más preciado.

Pero incluso Lilian estuvo de acuerdo en que sería mejor esperar a que volviera; al fin y al cabo, no teníamos idea de cómo la información la afectaría, y entorpecer sus estudios era lo último que queríamos.

—¿Cómo estoy? —la voz encantadora de mi niña resonó en el ambiente, atrayendo mi atención.

Y, puta madre, estaba demasiado hermosa.

El cabello rojo suelto con rizos en las puntas, el maquillaje delicado en sintonía con el vestido largo que se acentuaba en su cuerpo pequeño, el escote en V delicioso y una abertura lateral. Demasiado sexy.

Me levanté del sofá donde la esperaba y fui hacia ella, pasé las manos alrededor de su cintura y la atraje hacia mí.

—Puta madre, niña —susurré, dejando mis labios a pocos centímetros de los suyos—. Estoy pensando seriamente en no permitir que salgas así.

—Amor... —dijo ella en un hilo de voz, y enseguida me regaló una de esas sonrisas que me desarmaban—. Es en serio.

Mi boca se curvó en una sonrisa al mismo tiempo que me incliné, y comencé a provocarla, rozando suavemente mis labios sobre los suyos, haciendo que soltara un suspiro profundo.

—Estás preciosa —me aparté un poco y llevé la mirada hacia el escote, que hacía que sus pechos deliciosos casi saltaran hacia afuera—. Demasiado sexy, debería ser un crimen salir así.

Su sonrisa se ensanchó de manera tan invitadora que me perdí en esos labios carnosos, y justo antes de poder tomarlos para mí, se escuchó un golpe en la puerta. Maldije y me obligué a apartarme por completo.

—Parece que te has salvado de tener que retocar el maquillaje —comenté, aún con los ojos fijos en ella.

—No me importaría —dijo ella, con un tono sugestivo—. Solo para que lo sepas.

Unos cuantos golpes más a la puerta impidieron que besara esos labios tan invitadores. Entonces me giré y caminé hacia la puerta. Cuando la abrí, me encontré con Lilian y César.

—Llegó el gran día —dijo César, con una sonrisa.

—Ni me lo digas —respondí, apenas conteniendo la emoción.

Intercambié una mirada cómplice con Lilian; sabía que compartíamos la misma felicidad, otra conquista de nuestra hija. Por eso estábamos alojados en un hotel en Nueva York, listos para sorprender a Bianca.

—¿Están listos? —preguntó Lilian, amable.

—Sí —respondí, y enseguida desvié la atención hacia Vivian, que permanecía en el mismo lugar, un poco desconcertada—. ¿Estás lista, mi niña?

Vivian asintió y suspiró profundamente. Sonreí ante la escena encantadora; era la primera vez que veía a Lilian, después de que decidimos llevar la relación en serio. Entonces volví la mirada hacia Lilian y César.

Estaba a punto de preguntarles si querían entrar un momento, cuando sentí esas manos pequeñas en mi hombro, pidiéndome espacio para pasar. Al hacerlo, la observé abrir una sonrisa para Lilian y César.

—Qué bueno verlos —dijo mi niña. Lilian sonrió y, sin ceremonia, abrazó a Vivian.

—Tenía muchas ganas de verte —dijo Lilian, y se apartó para mirarla—. Quiero que sepas que estoy feliz por ustedes.

—Oh, me alegra —Vivian sonrió, su desconcierto era visible.

—¿Debemos ir, entonces? —pregunté, atrayendo la atención de todos.

—Claro, vamos —dijo César.

Cerré la puerta del cuarto y juntos nos dirigimos hacia la entrada del hotel, donde una limusina nos esperaba, junto con Marcelo y Sonia, los padres de Rafael. Después de acomodarnos,

nos dirigimos a nuestro próximo destino: el edificio donde vivía mi hija. Habíamos preparado todo para sorprenderla.

Cuando llegamos, envié un mensaje a Rafael y pedí que todos esperaran. Entonces salí de la limusina y me apoyé afuera, hasta que mi niña salió del edificio con un brillo distinto en los ojos al verme. Ella vestía una toga de graduación y llevaba el birrete en las manos.

—Oh, Dios mío —dijo ella, animada, con una sonrisa de oreja a oreja.

Habíamos acordado encontrarnos directamente en el salón de graduación, así que la sorpresa resultó aún más auténtica.

—Mi niña —dije cuando se detuvo frente a mí—. ¿Cómo te sientes?

—Feliz con la sorpresa —respondió mientras me abrazaba con fuerza.

—Esto apenas comienza —advertí, y enseguida abrí la puerta trasera de la limusina. Bianca soltó un gritito cuando sus ojos recorrieron el interior de la limusina, constatando que no estaba solo.

—No lo puedo creer —dijo, animada, y enseguida entró.

—¿Tienes idea de lo difícil que fue no contar que estaría aquí? —dijo Vivian al mismo tiempo que la atraía para un abrazo.

Con una sonrisa llena de satisfacción, desvié la mirada hacia adelante y encontré a Rafael observándome.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Rafael.

—Yo te lo pregunto: ¿estás preparado para el paso que estás a punto de dar? —pregunté, sabiendo que pretendía hacer que la noche de mi niña fuera aún más especial.

—Nunca estuve tan preparado —comentó, haciendo que mi corazón se desbordara. De manera genuina, podía decir que conocía

bien esa sensación de sentirse listo.

—Gracias por cuidar tan bien de ella —agradecí. Rafael abrió una sonrisa que me tranquilizó, por saber que mi hija tenía a alguien como él a su lado. Entonces le di espacio para que entrara.

Y así lo hizo; cuando entré, me acomodé al lado de Rafael, observando la animación de todos conversando con Bianca. Miré brevemente a Vivian y, tras un intercambio de miradas sutil, desvié la atención hacia mi hija, para no dar ninguna señal.

—¿Qué les parece si empezamos con un brindis? —pregunté, atrayendo la atención de todos.

—Hm... eso debería ser después de la ceremonia —dijo Bianca, animada—. Pero me encantaría.



Las lágrimas invadieron mis ojos sin permiso mientras presenciaba uno de los momentos más especiales de la vida de mi hija. La ceremonia de graduación había sido hermosa, y aquí, en el salón de celebraciones, Rafael sorprendió a todos cuando, en medio de un discurso, se arrodilló y pidió a mi niña en matrimonio.

Apenas podía contener la emoción; mi pecho desbordaba de felicidad al presenciar ese momento mágico. Intercambié una breve mirada con Vivian, que estaba al lado de Lilian, notando que ella también estaba emocionada con todo. No solo ella, todos lo estaban.

El ruido de silbidos y aplausos me hizo mirar una vez más a Rafael y Bianca. Me levanté de la mesa y, lentamente, me acerqué a ellos sin poder contener la emoción.

—Felicidades, hija mía —dije con la voz contenida, mientras envolvía a Bianca en un abrazo—. Ustedes merecen toda la felicidad del mundo.

—Ay, papá —dijo ella en un hilo de voz—. Gracias.

Cuando me aparté, admiré a mi hija por un instante; ella estaba radiante. Entonces mis ojos se dirigieron a Rafael, que sonreía ampliamente al lado de Bianca. Él me extendió la mano, y de inmediato lo atraje para un abrazo.

—No podría estar más feliz por ustedes dos —dije, mientras concluíamos aquel saludo.

—Gracias. Eso significa mucho para nosotros —respondió Rafael, sin poder ocultar lo feliz que estaba.

Me aparté al notar que había algunas personas que querían dar felicitaciones. Todos compartían la alegría y la emoción de ese momento tan especial. Mi chica se acercó, y debía admitir que deseaba tanto abrazarla en ese momento y compartir lo feliz que estaba, pero tuve que contenerme. Solo esperaba que fuera por poco tiempo.

Vivian abrazó a su amiga y vibró con ella, compartiendo la emoción del compromiso. Mientras tanto, intercambié algunas miradas discretas con Rafael, compartiendo nuestra complicidad al saber que la próxima etapa de nuestras vidas estaba comenzando.

Después de aquel momento tan mágico, Rafael y Bianca salieron más temprano de la fiesta para continuar la noche de manera especial, solo los dos. Con eso, me despedí de Lilian y César, luego llevé la mano a mi niña y la guie hacia nuestro cuarto. Cerré la puerta detrás de nosotros y, sin poder contener el sentimiento que flotaba en el aire, apreté suavemente a Vivian contra la pared.

—Carlos... —susurró ella, con los ojos fijos en los míos.

—Quería tanto abrazarte y compartir lo feliz que estoy —murmuré, viendo la sonrisa formarse en sus labios—. Y para hacerlo aún mejor, solo falta contarle a Bianca sobre nosotros; así no tendremos que escondernos más.

Vivian llevó la mano a mi rostro y lo acarició. Permití cerrar los ojos y sentir su toque suave por un instante. Mi boca se curvó en

una sonrisa y volví a mirarla.

—Lo haremos, Carlos, pronto —susurró, y me incliné para tomar sus labios, compartiendo en cada toque cuánto lo anhelaba.

Los meses junto a esta chica, niña-mujer, fueron demasiado increíbles, y ya no soportaba tener que ocultar nuestra relación. Pero, afortunadamente, eso estaba a punto de terminar. Sabíamos que enfrentaríamos el desafío de revelar nuestra relación a Bianca, pero estábamos preparados para ello. El amor que nos conectaba tan profundamente era fuerte; estábamos decididos a enfrentarlo todo.

Mientras estuviéramos juntos, podríamos resolver todo lo demás.



CAPÍTULO 34

—¿Te gustó este? —pregunté, sonriendo, al notar la expresión de admi

ración de mi hija. Sus ojos se encontraron con los míos, y antes de que pudiera responder, ya sabía la respuesta.

Llevábamos unos treinta minutos en una concesionaria de coches, y era la tercera vez que ella admiraba aquel Mercedes con una mirada distinta.

—Es perfecto —respondió al fin—. Pero es tan caro.

Hice una mueca al escucharla y negué con la cabeza.

—Ya te dije que no te preocupes por el precio, es tu regalo de graduación. Quiero hacerlo por ti.

Ella asintió con entusiasmo y me sorprendió al abrazarme de repente, con fuerza.

—¡Gracias, papá, eres increíble! —agradeció, arrancándome una sonrisa.

Cuando nos apartamos, recorrí con la mirada la concesionaria en busca del gerente. Al notar mi gesto, vino de inmediato hacia nosotros.

—Señor Mancini, ¿han logrado decidirse? —preguntó al detenerse frente a nosotros.

—Sí, queremos este —respondí señalando el Mercedes. Murilo abrió una sonrisa amable—. ¿Sería posible llevárnoslo hoy mismo?

—Claro, por supuesto —contestó, sin poder ocultar su felicidad —. Espere unos instantes, por favor, y lo llamaré para arreglar los detalles.

Asentí y lo observé alejarse. Entonces mi hija se dirigió al coche y lo abrió para verlo de cerca una vez más. Se sentó en el asiento del conductor, encendió el motor y comenzó a simular que conducía. El gesto me hizo soltar una risa suave, atrayendo su mirada hacia mí.

Bianca llevó la mano a su bolsa y enseguida me entregó su móvil desbloqueado. La cámara estaba abierta, así que comprendí de inmediato y lo apunté hacia ella.

—Necesito registrar esto, lo voy a enviar a Vivian y Rafael —dijo, animada.

Asentí con la cabeza, intentando no mostrar que solo escuchar el nombre de la chica hacía vacilar mi corazón.

—¿Son amigas desde hace mucho tiempo? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Unos cuantos buenos años, pero a veces siento que es desde siempre —comentó y sonrió.

Bianca cerró la puerta del coche y bajó las ventanillas. Luego me miró e hizo algunas poses. Aproveché el momento y tomé algunas fotos de mi hija satisfecho con toda su emoción.

—Entonces, ella es una persona importante para ti —dije al entregarle el móvil.

—No tienes idea —dijo ella, y de repente un nudo se formó en mi corazón.

Sabía bien que mi niña era importante para mi hija, y yo había sido egoísta, tomándola para mí.

—¿Y tú, papá? —preguntó, atrayendo mi atención.

—¿Yo qué? —pregunté, confundido.

—Sé que va a sonar algo aleatorio, pero quiero preguntarlo desde hace tiempo —dijo, y salió del coche. Entonces se detuvo frente a mí—. ¿Hay alguien importante en tu vida?

Me puse un poco tenso, no estaba preparado para esa pregunta.

—¿Por qué la pregunta, hija? —pregunté. Ella sonrió dulcemente y me midió con la mirada.

—Hace tiempo que quiero preguntarlo. Desde hace unos meses, en cada visita tuya notaba que algo había cambiado; sabes, pareces distinto al hombre de hace un año.

—¿Diferente cómo? —pregunté, ansioso por entender lo que pensaba.

—Hay un brillo distinto en tu mirada, pareces feliz —explicó, y una sonrisa involuntaria se formó en mis labios.

—¿Cómo no estaría? Mi hija, después de tantos años finalmente puedo formar parte de tu vida —confesé, y enseguida tomé su mano y la miré con firmeza—. Pero sí, hija, hay alguien que también está sacudiendo mi mundo, y te contaré más sobre eso pronto. En realidad, quería habértelo contado antes, pero preferí esperar a que volvieras a Brasil.

—Cuanto misterio —Bianca me miró atentamente, midiéndome con la mirada—. ¿Cuándo la voy a conocer?

—Señor Mancini —una voz familiar llamó nuestra atención. Agradecí al cielo cuando miré en su dirección y comprobé que se

trataba de Murilo—. ¿Pueden acompañarme, por favor?

—Claro —dije, y desvié la mirada hacia mi hija. Sus ojos curiosos estaban fijos en mí, así que susurré:—Tendremos tiempo para hablar de eso, ten paciencia. Ahora solo quiero verte salir de aquí con este coche.

—Voy a dejarlo escapar, señor Mancini —arqueó las cejas, lo que me hizo soltar una risa suave—. Pero solo porque esa persona lo ha hecho sonreír más, lo siento más ligero.

Tras decir esas palabras, Bianca me guiñó un ojo y sonrió. Luego caminó delante hacia el gerente. Negué con la cabeza mientras los seguía, agradeciendo haberme librado por el momento, pero sabía que no quería que fuera por mucho tiempo. Muy pronto, todo sería revelado.



CAPÍTULO 35

—Todavía no puedo creer que te vas a casar —comenté, llamando la atención de mi amiga.

Llevábamos un buen rato en mi cuarto, en nuestra pequeña reunión semanal, decidiendo algunos detalles de su boda, como veníamos haciendo desde que volvió de Nueva York.

—Todavía no lo asimilo, y lo más gracioso es que si dependiera de Rafael, nos casaríamos mañana mismo —dijo, radiante, y no pude dejar de notar el brillo en sus ojos al compartir esa información.

Su atención se dirigió al portátil; guardó la hoja de cálculo y lo puso a apagar, luego lo dejó sobre el mueble al lado de mi cama.

—Él está completamente enamorado de ti —dije, arrancando una risa suave de Bianca.

—Y yo de él, lo amo tanto —respondió Bianca, mirándome con una sonrisa ingenua—. Sé que eres reacia a las relaciones, por el matrimonio de tus padres, pero no te quedes atrás, amiga; necesitamos pasar por esta experiencia juntas.

—Quién sabe, el futuro solo le pertenece a Dios —fui sincera, pidiendo en silencio que mi amiga comprendiera mi situación con su padre.

—¿No me vas a reprender o decir "Dios me libre"? —Bianca arqueó las cejas, provocándome.

No pude evitar reír con su provocación y, en un instante, tomé una de las almohadas y se la lancé a la cara. Bianca no se quedó atrás: tomó otra y me golpeó con la misma intensidad. Entonces comenzamos una guerra de almohadas, exactamente como en los viejos tiempos, ambas riendo incontrolablemente.

Cuando finalmente nos calmamos, Bianca tomó el móvil mientras negaba con la cabeza.

—Tengo que irme. Tú tienes que trabajar, y yo debo arreglar mis cosas; al fin y al cabo, mañana voy a cenar con mi padre —comentó, despreocupada.

Mi ansiedad regresó, mi corazón comenzó a latir más rápido mientras intentaba mantenerme impasible ante aquella pequeña mención.

—Ah... —me obligué a decir.

Desde que Bianca volvió de Nueva York, ha pasado un mes. Carlos y yo queríamos contarle sobre nuestra relación de inmediato, pero muchas cosas ocurrieron que nos hicieron esperar hasta que todo se calmara. Pero mañana, finalmente, sería el día en que le contaríamos a Bianca sobre nosotros.

Estaba ansiosa y, peor aún, el miedo me consumía, porque Bianca era una de las personas más importantes de mi vida.

—¿Amiga? —Bianca llamó mi atención, trayéndome de vuelta a la realidad.

—Espero que disfruten la cena —respondí, forzando una sonrisa.

—Estoy ansiosa. Mi padre dijo que tenía algo serio que contarme; creo que va a hablar sobre la persona con la que está saliendo.

La miré, preocupada por su reacción.

—¿Cómo te sientes respecto a eso?

—Yo solo quiero que él sea feliz, así como mamá también lo está siendo —dijo, llenando mi corazón de esperanzas sobre el día de mañana.

—Te amo, amiga —dije, inclinándome para abrazarla. Bianca correspondió de inmediato, dándome un abrazo fuerte.

—Yo también te amo —respondió al apartarse y, enseguida, me midió con la mirada—. ¿Qué te está pasando, eh?

—Nada —dije, y sin darle espacio para que preguntara más, me levanté.

Con el corazón encogido, acompañé a Bianca hasta la puerta. Cuando se fue, me dirigí al cuarto; el corazón estaba en la mano y, sin duda, sería una larga noche.

Tomé mi móvil y me dejé caer sobre el colchón suave. Entonces envié un mensaje a Carlos:

Vivian: *Amor, ¿todo listo para mañana? Bianca acaba de salir de casa. Y estoy muy ansiosa.*

Una sonrisa se dibujó en mis labios cuando, en menos de un minuto, recibí una respuesta:

Carlos: *Todo listo, mi niña. También me siento ansioso. ¿Qué tal si vienes hoy y pasamos la noche juntos?*

El corazón se me calentó al pensar en esa posibilidad, así que respondí:

Vivian: *Me parece perfecto, en breve estaré allí.*



Así que estaba confiada, confiada y feliz.

—Mírate, una verdadera brasileña, nunca te rindes —la voz de Carlos resonó en la cocina, haciéndome mirar hacia atrás y sonreír al verlo observarme atentamente.

—¿Estás bromeando? Estoy haciendo huevos revueltos, no puede salir mal, ¿no es así, señor fitness? —lo provoqué y volví mi atención a la sartén. Sabía que se estaba divirtiendo con mi intento de cocinar.

—Ah, niña... —Carlos soltó una risa contagiosa, transmitiéndome la misma energía.

Unos instantes después, sentí sus manos grandes rodear mi cintura, al mismo tiempo que me abrazaba por detrás y rozaba su barba en mi cuello, haciéndome estremecer.

—Si me equivoco hasta con los huevos, juro que abandono el barco —comenté mientras apagaba el fuego.

Carlos llevó la mano hacia mí y me giró para quedar frente a él. Mi boca se curvó en una sonrisa al sentir su mirada sobre mí. Era curioso cómo las cosas fluían tan bien cuando estábamos juntos. Simplemente amaba nuestra sintonía.

—Mi niña, no me importa eso. Si quieres aprender porque te gusta, está bien, lo haremos juntos. Pero si no quieres, podemos simplemente pedir comida o contratar a alguien para que se encargue.

Pasé la lengua por mis labios y llevé mi mano a su pecho.

—O, también puedes cocinar para mí —dije, en tono sugestivo.

Carlos se inclinó y mordió suavemente mi labio inferior, enviando una ola de excitación por todo mi cuerpo. Pero el sonido del timbre nos hizo apartarnos antes de que pudiera profundizar el beso.

—¿Estás esperando a alguien? —pregunté, frunciendo el ceño.

—No, voy a revisar —dijo con firmeza. Asentí.

Carlos salió de la cocina; yo tapé los huevos revueltos y fui hacia la sala. Él revisó el panel y se volvió hacia mí, pálido, luego caminó en mi dirección, haciendo vacilar mi corazón a cada paso.

—Es Bianca —avisó, dejándome completamente fuera de equilibrio—. Mantengamos la calma. Yo la atenderé. Tú ve al cuarto y quédate allí hasta que me arregle con ella.

Solo fui capaz de asentir con la cabeza. Carlos me llevó al cuarto y se puso un pantalón corto antes de dirigirse a la sala para atender a mi amiga. Me quité la camisa de Carlos y tomé un par de prendas, con el corazón acelerado por la sorpresa inesperada. Bianca y Carlos conversaban en la sala, y yo podía escuchar sus voces mientras me vestía.

Cuando terminé, me acerqué a la puerta para escucharlos mejor.

—Rafael tuvo que resolver algo en la empresa, así que decidí venir de una vez. Nos encontrará aquí en breve. ¿Qué te parece si almorzamos fuera? —preguntó mi amiga.

—Tengo algunas cosas que hacer hasta la cena, lo siento, hija —respondió Carlos, y en ese instante yo pedía a Dios que nos encontráramos solo por la noche.

—Hum... está bien —contestó ella.

—Hija, siéntete a gusto, vuelvo en un minuto —dijo Carlos. Bianca asintió y pude verlo dirigirse hacia la cocina.

Observé sigilosamente por la rendija a Bianca sentarse en el sofá. Ella tomó el móvil y comenzó a manipularlo; unos instantes

después lo llevó a su oído, pero en cuestión de segundos lo retiró y frunció el ceño.

—¿A quién llamas, querida? —la voz de Carlos resonó, y solo entonces me di cuenta de que había regresado con dos tazas de café.

—A mi amiga Vivian, esa descarada no respondió mis mensajes desde ayer, pero la llamada no se completó —dijo, y enseguida volvió a llevar el aparato a su oído.

Al escuchar esas palabras, mi corazón se aceleró y corrí hacia el mueble para tomar el móvil. Sin embargo, fue demasiado tarde. El fuerte sonido del timbre de mi móvil resonó en el ambiente, aunque conseguí apagarlo unos instantes después, sintiendo la adrenalina recorrer todo mi cuerpo.

Me apoyé contra la pared, rezando para que mi amiga no hubiera escuchado mi aparato, pero como siempre decía, no siempre las cosas salían como queríamos, ¿verdad? Cuando miré hacia la puerta, la adrenalina se transformó en choque. Bianca estaba parada allí, con el móvil en la mano y los ojos llenos de dolor, mirándome directamente.

Me giré hacia ella, incapaz de encontrar palabras para explicar la situación. Tragué saliva y murmuré:

—Amiga...

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Bianca en un hilo de voz, con la pena evidente en su tono.

—Hija —la llamó Carlos, cauteloso. Los ojos de mi amiga se dirigieron a su padre en el mismo instante.

—¿Es ella? —preguntó, con la voz temblorosa—. ¿Es ella, papá?

Carlos suspiró, me miró profundamente a los ojos y volvió su atención hacia mi amiga, que aguardaba una respuesta.

—Sí, querida, ella es la persona que ha sacudido mi mundo —confesó, al mismo tiempo que mis ojos se llenaban de lágrimas.

Una vez más, los ojos de Bianca se posaron en mí, cargados de decepción.

—¿Hace cuánto tiempo está pasando esto? —preguntó con firmeza. Mis ojos fueron inmediatamente hacia Carlos y, cuando volví a mirarla, ella parecía haber comprendido.

—Oh, Dios mío... no me digas que me lo han estado ocultando desde que me fui a Nueva York.

—Amiga, yo... —mi voz se quebró, delatando lo que ella ya sabía.

Carlos se acercó a Bianca con cuidado y puso la mano en su hombro.

—Querida, no era así como planeábamos contártelo —dijo Carlos, con un tono lleno de decepción.

Bianca apartó su toque y, con los ojos llenos de lágrimas, solo negó con la cabeza. Luego salió del cuarto, y Carlos fue inmediatamente detrás de ella. Yo no pude seguirlos; por un instante me quedé congelada en el lugar.

—No —la voz firme de mi amiga resonó en el ambiente—. Me voy, por favor, no me sigas.

Con el corazón en la mano y dejando que la desesperación se apoderara de mí, di pasos vacilantes en la dirección en que ellos habían ido. Carlos estaba en la puerta, observando cómo mi amiga se marchaba. Apresuré mis pasos con la intención de alcanzarla, pero justo al pasar por la puerta sentí unas manos fuertes rodear mi cuerpo. Miré hacia Carlos, encontrándolo inexpresivo.

—Nosotros... nosotros necesitamos... —empecé a decir, con la voz entrecortada, mientras me consumía el desespero.

—Cálmate, mi niña, ella necesita este tiempo —susurró, apretándome contra él. Acepté aquel contacto y lo abracé con

fuerza, sin poder creer cómo había sucedido todo.

No me di cuenta de que Carlos estaba llamando a alguien; solo lo comprendí cuando, mientras sus brazos me rodeaban, escuché su voz hablando con alguien.

—Rafael, ella lo descubrió de la peor manera. Acaba de salir de mi casa, por favor, te necesito ahora más que nunca —dijo Carlos. Mi corazón halló un poco de paz al saber que mi amiga tendría en quién apoyarse.

Cuando terminó la llamada, sus ojos se encontraron con los míos. Su mano acarició mi rostro.

—¿Y si... Y. Si. Ella. No. Me. Perdona? —pregunté pausadamente.

Carlos besó la parte superior de mi cabeza, y lo que dijo a continuación no sabía si era verdad o solo palabras para calmar mis ánimos, pero me aferraría fielmente a ello.

—Tranquila, amor, ella necesita asimilar todo, pero lo va a entender. Estoy seguro de que lo hará.



CAPÍTULO 36

—Pelirroja, pelirroja —dijo Rodolfo, atrayendo mi atención—. Estás muy seria estos días, tendré que preguntarle a Carlos qué hizo con mi mejor empleada.

Forcé una sonrisa y negué con la cabeza mientras colocaba la bandeja sobre la barra, luego volví mi mirada hacia Rodolfo.

—Él no hizo nada —respondí. Rodolfo arqueó las cejas y me midió con la mirada—. Estamos muy bien, si es eso lo que quieres saber.

—Yo, sinceramente, no sé si me gusta esa información —Rodolfo hizo una mueca, y yo solté una carcajada.

Algunas veces, ese sinvergüenza tuvo el descaro de comentar que no debería atar a su amigo, ya que su hija había sacado a Rafael de la pista.

—Creo que tú eres la fruta podrida del grupo —lo provoqué y, como era de esperar, él sonrió, delatando perfectamente que no estaba muy lejos de tener razón.

Antes de que pudiera responderme, sus ojos se dirigieron a un punto detrás de mí.

—Samantha —dijo, su tono se volvió serio, mientras la sonrisa delataba a un hombre distinto del que conversaba conmigo hacía unos instantes. Sus ojos se posaron en mí y susurró:

—Si me necesitas, ya sabes, no me llames.

—Ah, claro —respondí, negando con la cabeza, mientras lo veía dirigirse hacia la mujer.

Sentí mi móvil vibrar y lo saqué de mis pechos para revisarlo. Una sonrisa se dibujó en mis labios al notar que era un mensaje de aquel que ocupaba todo el espacio de mi corazón.

Carlos: *Ah, mi niña, te extraño tanto que estoy a punto de romper nuestro trato e ir a verte.*

Prontamente escribí una respuesta y la envié.

Vivian: *Lo amaría, pero creo que podría empeorar las cosas*.

Arqueé las cejas cuando la respuesta llegó de inmediato.

Carlos: *Maldición, lo sé.*

Había pasado casi una semana desde que Bianca descubrió lo nuestro y, desde entonces, mi mundo se había derrumbado. A pesar de que Carlos y yo hablábamos por llamadas y mensajes todos los días, decidimos intentar conversar con Bianca antes de volver a vernos, pero tenía que admitir que el intento estaba siendo en vano. Aunque Carlos me había pedido que le diera tiempo, intenté llamarla algunas veces, pero ella no se molestó en atender ni en devolver mis mensajes.

—Vivian, es la última dosis de Macallan —la voz de Laís resonó a través de la música, atrayendo mi atención.

—¿Necesitan alguna reposición más? —pregunté, al mismo tiempo que guardaba el móvil.

—No, solo esa —respondió Laís. Mi atención se dirigió entonces a Bárbara y a la novata, que simplemente asintieron.

Con aquella información, asentí con la cabeza y me dirigí hacia la bodega. Tomé dos botellas de Macallan y regresé al bar, atravesando a las personas que bailaban por todas partes. Me estaba acercando a las chicas cuando me encontré con Bianca. Me quedé congelada en el lugar, sin saber cómo actuar; al fin y al cabo, no tenía idea de lo que podía esperar.

—¿Podemos conversar en privado? —preguntó Bianca, con una voz seria como nunca la había escuchado antes.

Asentí, sintiendo mi corazón latir descompasadamente. Pasé junto a ella, entregué las bebidas a Laís.

—Gracias, Vivi —dijo, con una sonrisa.

—Necesitaré ausentarme un tiempo; si ocurre algo urgente, llámame —advertí. Laís y Bárbara asintieron. Entonces me dirigí hacia Bianca y la conduje en silencio a una sala reservada.

Nos sentamos en los sillones cómodos, frente a frente. Bianca me estudió con la mirada; yo le di tiempo, esperando que fuera ella quien diera el primer paso. Estaba lista para escuchar lo que fuera.

—Me has herido mucho —comenzó, con una voz contenida que partió mi corazón—. Me siento traicionada por haber compartido confidencias y desahogarme contigo durante tanto tiempo, mientras me ocultabas algo tan importante.

Asentí, consciente de que no tenía excusas para lo que había hecho desde el principio. Había fallado a mi amiga y no podía negarlo.

—Perdóname, simplemente no sabía cómo contártelo. Las cosas se fueron complicando y yo... yo no sabía cómo actuar. Me culpaba por ocultártelo —intenté explicar, sintiendo el dolor de la culpa martillar mi corazón con cada palabra.

—¿Un año, Vivian? ¿Han estado saliendo todo este tiempo? —preguntó con firmeza.

Suspiré profundamente y la miré fijamente.

—Sí, al principio iba a ser solo una pequeña aventura. Sinceramente, no pensaba contártelo, pero...

—Necesito una bebida —me interrumpió. La miré por un instante y asentí.

Me levanté y tomé dos cervezas del minibar. Le entregué una a Bianca y abrí la otra al mismo tiempo que me sentaba.

—Es lo único que hay aquí.

Bianca asintió, abrió la lata y dio un largo trago. Yo hice lo mismo, observándola atentamente.

—Ahora, después de asimilarlo, ¿cómo te sientes respecto a... mí y tu padre? —pregunté, rompiendo el silencio que se había instaurado.

—Es mi padre, Vivian, está enamorado, es tan evidente que me asusta —Bianca suspiró profundamente—. No quiero verlo sufrir, y tú eres totalmente contraria a las relaciones, ¿cómo podría sentirme bien con esta situación?

—Lo era, hasta conocer a tu padre —admití.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, confundida.

—Amo a Carlos, amiga, locamente, así como te amo a ti —dije, con la voz contenida—. ¿Cómo podría elegir entre ustedes dos? ¿Cómo podría vivir sin ustedes?

Ella abrió los ojos sorprendida.

—Espera, ¿me estás diciendo que con mi padre es diferente? ¿Que... no es solo algo sin importancia, como todos los demás?

Reí nerviosa, mis ojos se llenaron de lágrimas y luché por no dejarlas escapar.

—¿No es demasiado loco? Me enamoré, justamente, de tu padre.

Bianca no respondió. Llevó la lata de cerveza a la boca y comenzó a beber lentamente, mientras parecía absorber la información.

—Di algo, por el amor de Dios —supliqué tras un largo tiempo de espera; estaba nerviosa y el silencio me estaba volviendo loca.

—Solo voy a perdonarte porque mi boda es pronto y te necesito —dijo.

Mi corazón vaciló al escuchar esas palabras, mientras mi amiga miraba la cerveza, evitando mi mirada. Me levanté con una mezcla de alivio y emoción y fui hacia Bianca, abrazándola con fuerza, sin importarme que el sillón apenas la contuviera.

—Eres una cretina, incluso en un momento como este —dije, con la voz quebrada.

—Pero, por favor, no lo vuelvas a hacer. Eres mi mejor amiga, no podría soportar algo así otra vez —susurró, mientras nos separábamos.

Con dificultad, me levanté y la miré fijamente.

—Nunca más haré algo parecido.

—Cuida de mi padre, así como sé que él cuidará de ti —asentí, reconociendo el peso de la responsabilidad que había asumido. Bianca continuó:

—Rafael me está esperando para ir a la capital. ¿Crees que puedes salir más temprano e ir con nosotros? Escuché que no se ven desde aquel día.

—Ah, no sé... ¿puedo? —pregunté, desconcertada por la sugerencia.

—Eres una cretina, debes hacerlo —respondió Bianca con una expresión seria.

—Voy a avisar a mi jefe.

—Solo no le digas a mi padre que vamos. Quería hablar contigo antes de cualquier cosa.

—Bueno, parece que vamos a sorprenderlo entonces —respondí, sin poder ocultar la emoción.

—Te esperaré en el aparcamiento con Rafael.

Asentí con la cabeza y la observé marcharse, sintiendo el corazón finalmente en paz. Ahora podía respirar aliviada con la certeza de que, por fin, las cosas estarían bien. La paz parecía a punto de instalarse en nuestras vidas, y yo estaba agradecida por contar con el apoyo de mi mejor amiga, a pesar de todo.



CAPÍTULO 37

Me sentía inquieto.

Desde el último mensaje intercambiado, Vivian no había dicho nada más, lo cual no era propio de ella. Sonreí con nerviosismo al darme cuenta de que parecía un adolescente, esperando que me enviara un mensaje.

Para relajarme un poco, lancé el móvil al espacio vacío del colchón y me levanté, listo para darme una ducha y despejarme. Dejé que el agua cayera sobre mi cuerpo por un tiempo indefinido, mientras mi corazón seguía dividido entre extrañar a mi niña y la angustia de no saber qué pasaba por la cabeza de mi hija.

Deseaba con todas mis fuerzas estar con Vivian en ese momento, y al mismo tiempo contar con la aprobación de Bianca. No tener a ninguna de las dos me estaba destrozando.

El sonido del timbre me sacó de aquellos pensamientos, y tomé la toalla para dejar la ducha. Aunque confundido, por no esperar a nadie a esa hora, me vestí y fui hacia la puerta para atender.

Al encender el panel, mi corazón vaciló al encontrar allí a mi hija y a Rafael. Era la primera vez que la veía desde que todo había

sucedido; lo poco que habíamos hablado había sido solo por mensajes de texto.

Sin perder tiempo, abrí la puerta. Y solo entonces fui capaz de ver, un poco más atrás, una figura pequeña que instantáneamente hizo que mi corazón se estremeciera. Mis ojos pasaron de Vivian a mi hija, que me miraba con las cejas arqueadas.

—Tienes suerte, señor Carlos, de que los ame demasiado y solo quiera verlos felices, o no perdonaría haber sido la última en enterarme de ustedes de esa manera —informó, fingiendo una seriedad que no tenía.

Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras asimilaba aquellas palabras.

—Mi hija, ¿estás diciendo que…?

—Que no me voy a oponer a la relación de ustedes. En realidad, no solo eso: los apoyo, siempre y cuando no vuelvan a ocultar nada…

No fui capaz de dejarla terminar aquella frase; la envolví en un abrazo lleno de gratitud.

—Gracias, hija —susurré, al mismo tiempo que Bianca me apretaba con fuerza.

Entonces mis ojos se dirigieron hacia Vivian. La chica tenía una sonrisa en el rostro y los ojos llenos de lágrimas. Me aparté de mi hija y la miré por un instante. Ella sonrió y asintió, así que di algunos pasos hacia Rafael.

—Gracias, sé que has hecho mucho por mí.

—Estamos aquí, para los mejores y peores momentos —respondió. Asentí sin apartar la mirada de la pequeña, que parecía tan indefensa en ese instante.

Di algunos pasos hacia ella y, sin ceremonia, pasé los brazos alrededor de su cuerpo y la abracé, mientras sentía el suave y

agradable aroma de su cabello, dándome cuenta de cuánto había extrañado ese olor.

Me aparté lo suficiente para mirar a Vivian y le di un beso rápido en los labios.

—Por Dios, vamos con calma, aún no estoy lista para eso —la voz de Bianca resonó, haciéndome apartar de Vivian mientras hacía una mueca.

Cuando mis ojos se encontraron con los de Bianca, pude notar que solo nos estaba provocando. Entrelacé mi mano con la de Vivian y me dirigí hacia mi hija.

—Entremos, creo que tenemos mucho de qué hablar —dije. Bianca asintió con la cabeza.

—Perdón por tardar tanto en venir —sonrió, algo avergonzada.

Sin poder ocultar lo orgulloso que estaba de ella en ese instante, la miré profundamente y respondí:

—Viniste en tu tiempo, eso es lo que importa.

Bianca asintió, luego Rafael pasó la mano por su espalda y la animó a entrar. Yo fui detrás con Vivian. Cerré la puerta tras nosotros y los acompañé hasta la sala. Bianca se detuvo a mitad de camino y se giró hacia nosotros.

—Amiga, ¿puedes ayudar a Rafael a pedir unas pizzas? Necesito intercambiar unas palabras con mi padre —pidió. La chica asintió de inmediato.

—Claro, haremos el pedido y estaremos aquí, esperándolos —respondió. Mis ojos se dirigieron hacia ella y pude sentir mi corazón en paz.

Sonreí para ella y acompañé a Bianca hasta el despacho. Cuando cerré la puerta tras nosotros, mi hija se giró hacia mí sin perder tiempo.

—¿La quieres de verdad? ¿En serio? —preguntó, haciéndome comprender su agitación por hablar conmigo.

Mi boca se curvó en una sonrisa y di algunos pasos hacia ella.

—La amo tanto que no puedo imaginar vivir sin la presencia de esa chica. Así como no puedo vivir sin ti —fui sincero.

Bianca sonrió, pareciendo totalmente satisfecha con la respuesta.

—Vivian dijo lo mismo —respondió, haciendo que mi corazón vacilara.

—¿Ella lo dijo? —pregunté, aún sin creerlo.

—Sí, lo que me tranquiliza, a pesar de todo, es saber que están enamorados. Y lo único que quiero es que sean felices.

—Mientras nos apoyes, lo seremos —dije, mientras eliminaba la distancia con mi hija y la abrazaba suavemente—. Sé que ya lo he dicho innumerables veces, pero perdóname, hija mía, no tenía idea de que esto llegaría a tal magnitud.

Bianca asintió y correspondió al abrazo con fuerza. Cuando se apartó, sus ojos se dirigieron hacia mí.

—Solo quería asegurarme de que estaban en la misma página, y estoy muy feliz de que el sentimiento sea tan recíproco que resulta palpable —dijo, estudiándome con la mirada—. Es mejor que volvamos a la sala. Ahora puedo estar tranquila, porque los amo.

Sonreí a mi hija y la acompañé de regreso a la sala. Al llegar, encontramos a Vivian y Rafael conversando mientras él manipulaba el móvil. En cuanto notaron nuestra presencia, ambos miraron hacia nosotros. Bianca se dirigió a Rafael, mientras yo me acerqué a Vivian y me senté a su lado.

Mis ojos se fijaron en ella; sentía que podíamos entendernos sin necesidad de pronunciar una sola palabra. Todo estaba bien, nuestros corazones estaban en éxtasis.

—La pizza está en camino —comentó Rafael, atrayendo nuestra atención.

—¡Perfecto! —dijo Bianca, y enseguida su mirada se alternó entre mí y Vivian—. Mientras esperamos, ¿qué tal si empiezan contándome cómo comenzó todo? Quiero los detalles, desde el principio.

Hice una mueca, mientras una sonrisa traviesa se formaba en los labios de mi hija. Rafael solo levantó la mano en señal de rendición, como si no pudiera hacer nada al respecto.

—Amiga… —susurró Vivian, en tono de súplica.

—No piensen que van a escapar de esto, quiero saber cómo todo llegó a este punto mientras yo estaba fuera —mi hija no facilitó, arqueó las cejas y dirigió la mirada hacia Vivian—. Aunque ya tengo una idea de cómo empezó todo.

Vivian se sonrojó y la sonrisa fue inevitable al notar lo incómoda que estaba con la insinuación de Bianca. Sin otra opción, y para evitarle más vergüenza, comencé a contar cómo todo había sucedido, durante el tiempo en que hablábamos de su despedida hacia Nueva York. Omití algunos detalles, porque ella no necesitaba saberlo todo, y Bianca pareció divertirse con nuestro desconcierto en ciertos momentos.

La pizza llegó y nos dirigimos a la mesa. Continuamos con una conversación tranquila y ligera, acompañada de buenas risas que dejaban claro que, sí, todo estaba saliendo perfectamente bien. Al terminar de comer, mi hija se despidió, pues dijo que necesitaban marcharse, y aunque insistí en que podían quedarse, prefirieron ir al penthouse de Rafael. Y debo admitir que, en el fondo, agradecía que lo hicieran.

—Disfruten la noche, imagino que tienen mucho de qué conversar —dijo Bianca con una sonrisa, bajo mi mirada de reproche. Rafael negó con la cabeza mientras contenía la risa.

—Hasta luego —dijo Rafael, y yo asentí levemente mientras él se llevaba a mi hija.

—Ella es terrible —comentó Vivian al observarlos entrar en el coche.

En ese instante me permití sonreír y, cuando se fueron, le di espacio a mi niña para entrar. Apenas la puerta se cerró tras nosotros, la acorralé contra ella y, sin aviso, tomé sus labios con fervor.

Pasaron algunos instantes antes de que Vivian pudiera reaccionar y rodear mi cuello con sus brazos. Profundicé el beso, con un sentimiento nuevo dentro de mí; no podía explicar con certeza lo que estaba sintiendo, pero necesitaba tanto a esa chica que, con cada movimiento, se lo demostraba claramente.

—Carlos —susurró ella, jadeante, cuando terminamos el beso.

Me aparté lo suficiente para encontrar aquellos ojos tan hermosos e intensos sobre mí.

—Te extrañé tanto, mi niña… ahora podemos respirar.

Su boca se curvó en una sonrisa, y en ese momento supe que nada sería capaz de separarnos, ahora que teníamos la aprobación de mi hija. Apenas estábamos comenzando; finalmente podría poner en práctica los planes que tenía para nosotros, sin necesidad de escondernos de nadie.

—Sí, mi amor. Ahora eres tú quien tendrá que lidiar conmigo en tu vida, porque no tengo la menor intención de dejarte ir.

Sonreí y, una vez más, tomé los labios suaves de mi pequeña traviesa, con la certeza de que estábamos más conectados que nunca. Incluso ella quisiera marcharse, yo sería incapaz de dejarla.



CAPÍTULO 38

Estos parecían los cinco minutos más largos de mi vida. Estaba sentada sobre la tapa del inodoro, mirando fijamente algo tan pequeño en mi mano, pero que podía cambiar mi vida.

Náuseas constantes, somnolencia, falta de apetito y Bárbara repitiéndome casi todos los días que aquello no era normal. Esos fueron los motivos que me llevaron a comprar varias pruebas de embarazo. Y allí estaba yo, esperando una confirmación que me dejaría aliviada o aterrada.

—¡Mierda! —murmuré para mí misma cuando apareció una segunda línea.

Mis manos temblaban al extenderlas para tomar las otras dos pruebas que había dejado sobre el lavabo y, para mi desesperación, contenían el mismo resultado. ¡Positivo!

Coloqué las pruebas sobre el lavabo y llevé las manos al rostro, intentando controlar los nervios. Nunca me había descuidado, pero con Carlos confié plenamente en el anticonceptivo y hacía tiempo que no usábamos ningún otro método de prevención.

¡Mierda!

Sentía que Carlos y yo estábamos en nuestra mejor etapa: habían pasado cuatro meses desde que conseguimos la aprobación de Bianca, ella se casó y cuando me contó que estaba embarazada, lo celebré con ella. Sin embargo, no era ese el sentimiento que me invadía al descubrir que ahora era mi turno. Lo más aterrador era no tener idea de cómo reaccionaría Carlos, ya que en el pasado ese tema había sido problemático para él.

Di un salto cuando la manija de la puerta giró de repente, y agradecí internamente haberla cerrado con llave al entrar.

—¿Amor? —la voz de Carlos resonó, y sentí que mi corazón vacilaba. Miré hacia el lavabo, donde estaban las pruebas, y suspiré.

—Yo solo… estoy saliendo —respondí, con la voz contenida.

Envolví las pruebas en papel higiénico, las coloqué en el envase original y las guardé en mi bolsa; no quería correr el riesgo de que Carlos las encontrara, ni tampoco había soportado esperar a llegar a casa para hacerlas, después de las suposiciones de Bárbara ayer. *Y, maldita sea, ¡tenía razón!*

Cuando salí del baño me encontré con Carlos sentado en la cama, esperándome. Sonreí nerviosamente, cargando el secreto que llevaba, mientras mi mente martillaba sobre el impacto que ese bebé tendría en nuestra relación.

Él se levantó y caminó hacia mí con la mirada preocupada.

—¿Está todo bien? No sueles cerrar la puerta con llave —observó. Yo asentí con la cabeza en señal de acuerdo.

—Pensé que me había bajado la menstruación, no quería que me vieras… —dejé aquellas palabras en el aire, él sonrió.

—No seas tonta, eso no me importa.

—Lo sé —dije y me puse de puntillas, dejando un beso rápido en sus labios—. Tengo que estar en el trabajo a las 5, necesito cambiarme.

—Está bien —respondió, y me dejó espacio para pasar—. Te llevaré, aprovecharé para hablar con Rodolfo.

Asentí y me concentré únicamente en cambiarme, intentando no pensar demasiado. El camino hacia el coche fue silencioso. Afortunadamente, Carlos parecía tan perdido en sus pensamientos como yo, y eso me dio un poco de tiempo para intentar poner mi cabeza en orden.

Como de costumbre, él abrió la puerta del coche para mí y me midió con la mirada. En ese instante, entré sin poder mirarlo. Carlos no dijo nada, simplemente cerró la puerta y rodeó el vehículo para ocupar el asiento del conductor.

Estaba perdida en mis propios pensamientos cuando el sonido de una canción se hizo presente. Mis ojos se dirigieron hacia Carlos, encontrándolo con la mirada fija en mí. Sonreí, y él desvió la vista hacia el tránsito, comenzando a cantar cada verso de la melodía.

Mi corazón se descompasó; a pesar de ser una canción internacional, comprendía cada palabra y sonaba perfectamente como una declaración, capaz de tranquilizar el corazón que estaba tan agitado por lo que acababa de descubrir.

—Es preciosa —dije, con la voz contenida, atrayendo su mirada hacia mí—. ¿Cómo se llama?

—Debería llamarse Mi Niña, pero es *Gold de Tolan Shaw* —me guiñó un ojo.

Mi boca se curvó en una sonrisa y desvié la vista hacia adelante, disfrutando cada verso de aquella canción.

Cuando llegamos, él salió del coche y vino hacia mí. Como ya no necesitábamos escondernos, pasó la mano por mi cintura y me besó suavemente. Terminó aquel beso y se apartó lo suficiente para mirarme.

—Después de hablar con Rodolfo, tendré que ir a la capital, pero volveré mañana para que pasemos el fin de semana juntos —

avisó. Yo asentí con la cabeza en señal de acuerdo. —Mañana vendré a buscarte para cenar. Necesito que estés lista a las 9.

Arqueé las cejas y sonreí.

—Trabajo, señor Carlos. Mañana es sábado.

Carlos llevó la mano a mi rostro y lo acarició.

—Rodolfo es un buen jefe, estoy seguro de que mañana te dará un día libre —me guiñó un ojo, provocando en mí una risa genuina.

—Me estaba preguntando de qué temas tendría que hablar con Rodolfo, parece que ahora ya lo sé.

El sinvergüenza no lo negó; negué con la cabeza y, antes de que pudiera hacer cualquier movimiento, en un abrir y cerrar de ojos sentí que Carlos era empujado hacia atrás. De repente, estaba en el suelo, siendo golpeado por un hombre. Carlos logró defenderse, mostrando agilidad, y retomó el control rápidamente mientras inmovilizaba al hombre en el suelo. Me acerqué asustada y mi sorpresa fue inmensa cuando el rostro del hombre me resultó tan familiar.

—Papá… —susurré, incrédula.

Los ojos de Carlos se dirigieron ansiosos hacia mí, al mismo tiempo que se apartaba de encima de Rogério.

—¿Es tu padre? —preguntó, preocupado. Asentí.

El desgraciado, no satisfecho, empujó a Carlos con ambas manos, con fuerza.

—¿Crees que mi hija es un juguete? ¿Que puedes pasear con ella cuando tienes casi el doble de su edad? Ella es apenas una niña.

—No —dije, con los ojos llenos de odio, interponiéndome entre los dos—. ¿Quién te crees que eres? Nunca te importaste por mí ni por Anna, ¿y ahora quieres hacer el papel de padre? ¿Por qué? ¿Cuánto dinero quieres ahora?

—Hija...

—¿Hija? —pregunté, sin ninguna paciencia—. Te odio, ya nos hiciste sufrir demasiado. Por favor, no vuelvas; simplemente haz lo que mejor sabes hacer y desaparece.

Tal vez aquellas palabras pudieran sonar demasiado duras para quienes miraran desde fuera, pero solo mi familia y yo sabíamos que ese hombre no valía nada. Sentí las manos de Carlos rodear mi cintura y, en ese instante, experimenté una paz inexplicable. Me sentía protegida.

—La escuchaste, vete —dijo Carlos con seriedad. Rogério sonrió y negó con la cabeza.

—No tienes derecho a exigir nada —replicó, haciéndome suspirar.

Me tranquilicé en el momento en que mis ojos se dirigieron al guardaespaldas de Carlos, quien puso la mano en los brazos de mi padre, atrayendo su atención.

—Señor, por favor, acompáñeme. —Su tono fue tan incisivo que Rogério ni siquiera pudo replicar; se dejó llevar por el guardaespaldas.

En ese instante, Carlos me giró hacia él y sus ojos preocupados se posaron en mí.

—Mi niña, ¿de verdad quieres que ese hombre desaparezca de tu vida?

—Sí, no soporto tener que lidiar con él de vez en cuando —dije, con la voz contenida y llena de dolor.

Carlos asintió.

—Haré que suceda —dijo. Fruncí el ceño y, sin esperar mis preguntas, continuó—. Solo confía en mí. ¿Te sientes bien para trabajar?

—Lo necesito —fui sincera; el trabajo era mi refugio.

Como si no bastara con descubrir un embarazo que dejaba incierto el futuro de mi relación, mi padre decidió aparecer y, aunque ya estaba acostumbrada a él, no esperaba que regresara, pues hacía cerca de dos años que no se presentaba.

—Ve tú primero, yo hablaré con mi guardaespaldas y pediré que Rodolfo me encuentre aquí.



CAPÍTULO 39

Con los puños cerrados, me dirigí hacia el coche de mi guardaespaldas, notando que el desgraciado, que por las circunstancias no merecía el título de padre, estaba sentado en el asiento trasero.

—Gracias, Henrique —dije al pasar junto a él.

Henrique asintió y yo abrí la puerta del coche.

—Seré breve —dije en el momento en que entré y cerré la puerta.

—¿Vas a amenazarme? —preguntó el hombre—. Soy su padre.

Saqué un cheque de reserva que siempre llevaba en mi cartera y una pluma, sin pronunciar palabra alguna.

—Por eso seré generoso —dije, y añadí suficientes ceros para garantizar que el hombre desapareciera. Luego extendí el cheque rellenado y firmado hacia él—. No confíes en la suerte, no seré tan generoso si vuelves a buscar a Vivian.

El hombre tomó el cheque y abrió los ojos al ver la cantidad que contenía. Luego me miró.

—Puedes estar seguro de que nunca más tendrá noticias mías —dijo, con una sonrisa ladeada.

El sentimiento que me invadió fue de repulsión.

—Si buscas a Anna, también lo sabré —advertí. Él asintió con la cabeza, con los ojos fijos en el cheque. —Reconstruye tu vida lejos de aquí.

—No te preocupes, por esa cantidad puedes hacer lo que quieras con esas dos —respondió, haciendo que mi sangre hirviera.

Salí del coche y fui hacia el otro lado; abrí la puerta para que el hombre saliera y, sin necesidad de decir nada, lo hizo. Cerré la puerta de golpe y, aunque no era el tipo de hombre que solía hacerlo, apreté los puños y le lancé un puñetazo en la cara, haciéndolo sangrar.

—Hijo de puta —gruñó, y enseguida vino hacia mí.

Metí las manos en los bolsillos del pantalón y arqueé las cejas hacia él, que no fue capaz de hacer nada al detenerse frente a mí.

—Esto es para recordarte la basura que eres, que vendes a tus hijas por dinero —escupí aquellas palabras en su cara—. Mi guardaespaldas te llevará para que firmes un contrato que me asegure que desaparecerás. Y recuerda, si rompes el acuerdo, no seré generoso.

El hombre suspiró y pude verlo apretar los puños. Lo ignoré y caminé hacia Henrique, que observaba todo atentamente.

—Ya sabes qué hacer —dije. Él solo asintió, y entonces me dirigí hacia la discoteca, para asegurarme de que mi niña estuviera bien.

En el camino, llamé a Rodolfo, pues había acordado encontrarme con él en su penthouse, pero afortunadamente no se opuso a venir hasta la discoteca. Cuando llegué, tuve que enviar un mensaje a Vivian para que me abriera la puerta, ya que aún faltaba mucho para la apertura del local.

Me senté en uno de los taburetes del bar y simplemente la acompañé con la mirada, mientras parecía demasiado concentrada en revisar el stock.

—¿Vas a quedarte mirándome así? —preguntó, mientras hacía algunas anotaciones en su cuaderno.

—¿De verdad está todo bien?

Vivian desvió la mirada hacia mí y forzó una sonrisa. Y aunque todo parecía estar bien, sentía que algo la incomodaba, pero eso lo percibía desde ayer, cuando fui a buscarla.

—Ya estoy acostumbrada a que ese hombre aparezca de vez en cuando, solo me asustó su osadía al pensar que podía golpearte —dijo. La medí con la mirada y decidí no insistir.

—Ahora no tendrás que preocuparte más por ese traste. Aunque no conozco la historia de ustedes, me aseguré de que no vuelva a buscarte, nunca más —afirmé con seriedad.

La mirada de mi chica se tornó confusa, pero al mismo tiempo pude ver cómo se desbordaba de gratitud.

—Él y mi madre tenían una relación tormentosa; cuando mamá falleció, dedicó su vida a desaparecer y aparecer solo cuando necesitaba dinero —sonrió débilmente—. Nada que valga la pena contar.

—Tienes razón —asentí.

—¿Pero qué hiciste para que aceptara desaparecer?

—Lo que importa es que no volverá —respondí. La chica hizo una mueca y me miró fijamente, obligándome a rendirme fácilmente —. Le di dinero.

—Amor… —me reprendió.

—Ha sido el dinero mejor gastado en mucho tiempo —dije. Ella caminó hacia mí y puso su mano sobre la mía.

—Gracias.

Sonreí y llevé su mano hacia mi boca, besé suavemente el dorso y la miré.

—No puedo creer que me hayas llamado para ver esto. —La voz de Rodolfo resonó, atrayendo nuestra atención.

Vivian retiró la mano y yo negué con la cabeza en medio de una sonrisa antes de levantarme.

—Rodolfo —lo saludé.

—Carlos. —Él hizo un gesto con la cabeza y luego dirigió la mirada hacia Vivian—. Pelirroja.

—La pelirroja tiene nombre, es Vivian —dije, sin poder ocultar mi incomodidad. Rodolfo sonrió y me midió con la mirada.

—La llamaba así mucho antes de que tú la conocieras. Lo siento, pero tendrás que lidiar con ello —provocó.

—Sería un buen momento para parar, ¿no crees? —dijo Vivian en tono de reproche.

—Seguiré, precisamente porque lo odias —respondió, y luego se volvió hacia mí—. ¿Vamos a los negocios?

Asentí. Conociendo bien a Rodolfo, sabía que mostrarle mis celos solo lo incentivaría a continuar. Así que, dejando de lado su tono provocador, lo acompañé a la zona privada para conversar.

—¿Qué novedades hay? —pregunté al sentarme en uno de los sillones.

—Bien, la filial ubicada en Leblon está lista para la venta —dijo, acomodándose en la poltrona frente a mí.

—Perfecto, pediré a mi abogado que ajuste los detalles mañana mismo.

—No puedo creer que vayas a regalarle una discoteca —comentó, mientras me evaluaba con la mirada.

—Le daría el mundo a esa chica —respondí. Él hizo una mueca que me arrancó una leve risa.

—Me estás quitando a la mejor empleada, no sé si podré perdonarte —dijo Rodolfo, llenándome de orgullo.

—Encontrarás a alguien para asumir aquí, yo la necesito conmigo en la capital.

—¿Y ella lo sabe? —preguntó, arqueando las cejas.

—Lo sabrá mañana.

Rodolfo sonrió y negó con la cabeza. Era el tipo de hombre para quien no bastaba ser contrario a las relaciones; necesitaba convencer a todos de que esa era la mejor opción. Extendió la mano hacia mí y la estreché de inmediato.

—Tenemos un acuerdo. Te deseo muy buena suerte.



CAPÍTULO 40

Me miré una vez más en el espejo, revisando el atuendo elegido. Involuntariamente, mis manos fueron hacia el vientre y me descubrí acariciándolo, al pensar que una vida crecía dentro de mí. Una pequeña vida que estaba a punto de cambiarlo todo.

Sabía que necesitaría reunir fuerzas para contárselo a Carlos, pero no saber cómo reaccionaría ante la noticia me dejaba inquieta.

El timbre sonó, haciéndome dar un pequeño salto. Miré el reloj en la pared y constaté que eran las 21:02. Tomé mi bolso y de nuevo miré al espejo, a la niña-mujer que estaba allí.

Forcé una sonrisa y salí del cuarto. Al llegar a la sala, me encontré con Sophia dirigiéndose hacia la puerta.

—Eh, Sophi —llamé su atención—. Déjalo, yo atiendo.

—Wow, estás preciosa —dijo Sophia cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—Gracias.

—¿Lo ves? Mientras nosotras decidimos pasar el sábado en casa, vas a salir —comentó Anna, atrayendo nuestra atención.

Rodé los ojos y me dirigí hacia la puerta.

La abrí y me encontré con el hombre que seguía haciendo que mi corazón saltara. Vestía un traje de alta costura, el cabello perfectamente alineado, la barba como siempre recortada. Estaba deslumbrante.

—Mi niña, ¿cómo logras volverte aún más hermosa y sexy?

Sonreí y mordí el labio inferior mientras le daba otra mirada.

—Gracias. Tú también estás guapísimo —dije, y su boca se curvó en una sonrisa—. ¿A dónde vamos?

—Lo descubrirás pronto —respondió, y luego dio un paso hacia mí, eliminando la distancia que había entre nosotros.

—Hm… —lo medí con la mirada.

Carlos se inclinó y dejó un beso rápido en mis ojos. Después desvió la mirada hacia un punto detrás de mí.

—Buenas noches, chicas —dijo. Miré hacia atrás y encontré a Anna y Sophia con una enorme sonrisa dirigida a Carlos.

Hice una mueca hacia ellas, que se miraron entre sí y soltaron una risita.

—Disfruten la noche —dijo Anna. Yo volví mi mirada hacia Carlos, que simplemente asintió hacia ellas con una sonrisa.

Entonces llevé la mano a la manija y cerré la puerta, no sin antes ver a la descarada de mi hermana guiñarme un ojo.

Carlos puso su mano en mi cintura y me guió hasta el coche. Durante el trayecto, una sensación de ansiedad se apoderó de mí. El destino era un misterio, y no tenía idea de lo que me esperaba.

Al llegar, Carlos entregó las llaves del coche a un valet y me condujo hasta un edificio. Entramos juntos en el ascensor y él seleccionó la azotea. La puerta se abrió y me guió hacia lo que parecía ser un restaurante italiano. Prontamente, fuimos recibidos

por un camarero, que enseguida nos condujo hasta una mesa situada al aire libre, con una vista espectacular de la ciudad.

—Señores —el camarero llamó nuestra atención—. Siéntanse cómodos, en breve vendré a tomar su pedido.

Carlos asintió, y yo me concentré únicamente en la vista frente a mí, mientras el camarero nos dejaba a solas.

—Esto es hermoso —comenté, notando que desde allí era posible ver el mar y las luces de la ciudad.

—Me alegra haber acertado con el lugar.

Desvié la mirada del paisaje y la recorrí por todo el sitio. En el camino hacia la mesa había notado que el movimiento era bastante reducido, pero ahora, observando mejor, era más que eso: éramos únicamente nosotros en el lugar.

Mis ojos se dirigieron a Carlos, que me miraba fijamente, y arqueé las cejas.

—¿Cerraste el lugar solo para nosotros?

—¿Y si lo hubiera hecho, qué dirías? —Carlos devolvió la pregunta con otra.

—Diría que me gustó mucho —respondí con una sonrisa.

—Perfecto, porque fue exactamente lo que hice —contestó, y antes de que pudiera decir algo más, una música llenó el ambiente.

Carlos llevó la mano a la silla y la apartó para que me sentara. Así lo hice, con los ojos fijos en él. Luego, se acomodó en la silla frente a mí y me entregó el menú. Lo tomé y comencé a analizar las opciones.

Elegí un plato de espaguetis con salsa blanca y filete mignon. Carlos llamó al camarero y me acompañó en la elección. Pedí un jugo de naranja y, aunque me midió con la mirada, no cuestionó nada; simplemente decidió acompañarme.

—¿Cómo pasaste el día? Ese hombre no volvió a molestarte, ¿verdad? —preguntó Carlos cuando el camarero se alejó.

—No, y espero que no vuelva.

—Creo que no, pero si intenta ponerse en contacto contigo o con tu hermana, necesito que me lo digas —pidió con seriedad.

—No te preocupes, te lo contaré si sucede, pero no me gusta que le hayas dado tu dinero.

—Lo haría de nuevo; si es para verte siempre bien y sonriendo, no lo pensaré dos veces —dijo, y la sonrisa en mi rostro fue inevitable.

—Te amo —dije. Carlos llevó la mano hasta la mía y la tomó.

—Te amo, mi niña.

Suspiré y el recuerdo del secreto que seguía solo conmigo volvió a hacerse presente. Llegué a considerar contárselo, pero en lugar de eso terminé preguntándole cómo había sido su día. Y mientras lo escuchaba, me permití disfrutar de la noche con él, antes de hablarle sobre el embarazo.

El camarero nos sirvió después de un tiempo; continuamos una conversación ligera y agradable mientras saboreábamos la cena y aprovechábamos la vista. Al terminar, no rechacé el postre. Fue entonces cuando comenzó a sonar aquella canción que se estaba volviendo cada vez más especial para mí:

Gold — Tolan Shaw

Mis ojos se dirigieron a Carlos, que parecía estudiar mi reacción.

—Me encantó esta canción —dije. Carlos no pudo ocultar lo mucho que aquella información lo complacía.

Carlos se levantó y vino hacia mí.

—¿Bailas conmigo? —preguntó, al mismo tiempo que extendía la mano hacia mí.

Tomé su mano, sintiendo el calor reconfortante de su palma contra la mía. Con pasos ligeros, nos movimos hacia el centro.

La música lenta llenaba el ambiente con una melodía romántica que nos envolvía por completo. Lo miré a los ojos, perdiéndome en la intensidad de su mirada. Era como si el resto del mundo hubiera desaparecido, dejando solo a los dos allí, compartiendo ese momento especial.

Carlos deslizó una de sus manos por mi cintura y pegó mi cuerpo al suyo; enseguida pude sentir su aliento cálido cerca del lóbulo de mi oído.

—Desde que te conocí, chica, mi vida se puso patas arriba. Tienes el poder de hacerme sonreír y volver todo más ligero, y amo eso —susurró, haciendo que mi corazón vacilara.

En un abrir y cerrar de ojos, se apartó lo suficiente para hacerme girar, y luego me atrajo de nuevo hacia él.

—Yo amo todo esto, mucho más. Lo único que quiero es seguir poniendo tu mundo patas arriba, quiero verte siempre feliz —respondí en un hilo de voz cuando nuestros ojos se encontraron.

—Quiero todas las experiencias posibles a tu lado, incluidas aquellas que aún no he vivido —confesó, con los ojos fijos en los míos.

—Carlos… —mi voz se quebró mientras asimilaba aquellas palabras.

—No soporto más la distancia, no soporto más no tenerte a mi lado todos los días. —Me quedé helada con sus palabras. Carlos interrumpió el baile, pero sus ojos permanecieron clavados en los míos—. Tú, chica, me salvaste de una vida solitaria y vacía, y no quiero nada más que tu presencia. Quiero que todos sepan que eres mía, mi reina.

Carlos se apartó y luego se arrodilló frente a mí. Entonces sacó una cajita de terciopelo del bolsillo. Con cada movimiento, mi corazón parecía estar a punto de salirse por la boca. Cuando la

abrió, comencé a luchar contra las lágrimas que querían invadir mis ojos al ver un hermoso anillo de brillantes.

—Mi niña, ¿me das el honor de ser tu esposo? Cásate conmigo.

El sentimiento que me invadió fue demasiado grande. Tan inexplicable que me dejó sin palabras. Una profusión de emociones me envolvió mientras un nudo se formaba en mi garganta. No me di cuenta de que estaba llorando hasta que Carlos se levantó y puso sus manos en mi rostro.

—¿Qué pasa? ¿Me apresuré? —preguntó, con la voz llena de preocupación. Negué con la cabeza.

—Por el amor de Dios, di algo, ¿qué sucede?

—Carlos, yo… yo… —suspiré, con la voz temblorosa.

—¿Qué está pasando, amor? —preguntó, limpiando con el pulgar las lágrimas tercas que insistían en caer.

—Necesito que sepas algo antes —intenté una vez más—, yo… estoy embarazada.



CAPÍTULO 41

—¿Qué dijiste? —pregunté, conteniendo la voz. Por un instante me pregunté si había oído bien. El sentimiento que me invadió fue inexplicable; a estas alturas no esperaba ser padre otra vez.

—Estoy embarazada, Carlos —repitió entre sollozos, confirmando la noticia y haciendo que mi corazón vacilara dentro del pecho. Luego desvió la mirada—. Y si no quieres formar parte de esto, yo…

—Eh… —dije, atrayendo su mirada de nuevo hacia mí—. No hay nada que quiera más. Jamás te dejaría, jamás negaría ser parte de algo tan hermoso.

Al escuchar mis palabras, la chica rompió a llorar. La atraje hacia mí y la abracé con fuerza.

—Tuve tanto miedo —susurró, abrazándome con la misma intensidad.

En ese instante comprendí lo que la mantenía distante en algunos momentos; sentía que algo la preocupaba, pero no imaginaba que guardara algo así.

—Mi amor, ¿cuánto tiempo llevas sufriendo sola? —pregunté y me aparté en busca de su mirada.

—Empecé a sentirme mal el mes pasado, pero hice las pruebas aquel día que estaba encerrada en el baño —confesó. Volví a acariciar su rostro.

—Nunca más sufras sola, ¿me oyes? —dije. Ella asintió con la cabeza. —Sea lo que sea, debes contármelo, yo siempre estaré aquí para ti.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó, pareciendo perdida.

Mi boca se curvó en una sonrisa al mismo tiempo que di un paso atrás. Nuevamente me arrodillé frente a ella y la miré con atención.

—No me respondiste —dije, tomé la cajita una vez más y la abrí—. ¿Aceptas casarte conmigo, mi amor?

Vivian dio un sollozo y lanzó los brazos sobre mí, viniendo con el cuerpo encima del mío.

—Sí, acepto —respondió, mientras me abrazaba. Mi sonrisa se ensanchó y rodeé su cuerpo con mis brazos, desistiendo del acto romántico, ya que mi niña no permitió que le colocara el anillo en el dedo.

Sus labios tocaron los míos, y de manera suave iniciamos un beso con el sentimiento más verdadero que existía. Apenas podía creer que aquello realmente estaba sucediendo, pero podía decir, con toda certeza, que estaba feliz y me sentía realizado.

Después de un tiempo indeterminado, ayudé a mi niña a levantarse.

—Dame tu mano —pedí. Ella abrió una de esas sonrisas y me la extendió. Coloqué el anillo en su dedo, luego llevé su mano a mi boca y dejé algunos besos antes de levantarme; entonces me detuve frente a ella—. Hoy me estás convirtiendo en el hombre más feliz del mundo, con dos noticias increíbles.

—Necesito oírte hablar —susurró.

Llevé mi mano a su rostro, le di un beso breve y me aparté solo lo suficiente para poder mirarla.

—Dijiste que sí para ser mi mujer y me vas a dar un hijo, me vas a permitir vivir esta experiencia hermosa a tu lado. Gracias, mi niña.

Vivian sonrió, pude sentir en su mirada cómo aquellas palabras la habían conmovido. Era aterrador y, al mismo tiempo, increíble cómo conseguíamos comprendernos solo con la mirada, y como si leyera perfectamente mis pensamientos, ella sugirió:

—¿Qué te parece si terminamos la noche en tu penthouse?

—Sería perfecto.



Necesitaba sentir a mi niña, ahora más que nunca.

Cuando entramos en el penthouse, la tomé en brazos y, mientras besaba sus labios suaves, la llevé al cuarto. Recosté su cuerpo sobre el colchón suave y, lentamente, comencé a besar cada parte mientras la desnudaba por completo.

Mis labios recorrieron ese camino delicioso hasta llegar a su vientre. Fue imposible no mirarla y no pensar que la chica llevaba un hijo mío. Besé con delicadeza todo su vientre; mis ojos se encontraron con los suyos. Y la mirada que encontré fue la más hermosa de todas.

Sentí en aquel instante cuánto estábamos conectados; no necesitábamos decir una palabra para saber que estábamos en una sincronía perfecta. Aquella noticia solo nos acercaría más y más.

Miré su vientre y me incliné para besarlo una vez más.

—Nosotros te vamos a amar mucho —susurré, e incliné de nuevo la mirada hacia Vivian. Ella sonrió de una forma tan dulce que solo me confirmó que no había otro lugar en el que me gustaría estar, si no aquí con ella.

Le guiñé un ojo y volví a centrar mi atención en el delicioso cuerpo de mi niña. Comencé a bajar los besos, esta vez, de forma más provocativa. Abrí sus piernas y empecé a besar sus muslos, haciéndola estremecer con cada toque. Cuando llegué a su coño, pasé la lengua por toda la zona, arrancando un gemido delicioso de sus labios.

Aquel sonido solo me incitó a querer darle más, y así lo hice. Acomodé sus piernas sobre mis hombros y enseguida empecé a chupar y lamer con ganas su delicioso coño. Comencé a saborearla como el mejor postre del mundo; mientras succionaba su clítoris, sentía como si ella fuera a enloquecer en mi boca.

La sensación era increíble. Amaba la forma en que ella reaccionaba a mis caricias; siempre me incitaba a llevarla más allá. No solo una, sino dos, tres o cuantas veces ella lo permitiera. Y así lo hice: cuando la sentí deshacerse en mi boca en medio de un grito, introduje dos dedos en ella y comencé a follarla con ellos mientras la chupaba sin descanso. Y, puta madre, fue demasiado increíble sentir cómo llegaba al límite una vez más en tan poco tiempo.

Cuando sentí que su cuerpo se relajaba, me levanté y me quité la ropa, manteniendo los ojos fijos en los suyos. Al terminar, llevé mi cuerpo sobre el suyo y me posicioné, listo para invadirla.

—Tienes suerte, mi amor —susurré, a medida que pasaba mi verga por su coño, esparciendo toda su lubricación—. Voy a follarte despacio, hasta que te recuperes, pero esto es solo el comienzo.

Al decir aquellas palabras, me hundí dentro de ella, sintiendo cómo su coño, deliciosa y caliente, apretaba mi miembro, haciéndome rugir ante esa sensación.

—Carlos —gimió ella, y clavó las uñas en mi espalda.

—Esta noche, vamos a empezar haciendo el amor, pero voy a follarte tanto —gruñí, a medida que retrocedía y me hundía aún más profundo—, hasta que digas que no aguantas más.

Vivian se mordió el labio inferior y gimió intensamente en respuesta. Puse mi mano en su rostro y fijé su mirada en la mía. Necesitaba sentir sus ojos, necesitaba tener la certeza de que ella estaba conmigo.

Y, puta madre, lo estaba; como lo estaba.

Cada vez que me enterraba en ella, sentía que estábamos en perfecta sintonía. Aumenté el ritmo; con movimientos constantes, avanzaba con ella y, con cada embestida, estábamos más cerca de colapsar.

Así, con toda la intensidad del momento, sintiendo que no era posible crear una conexión mayor que aquella, nos permitimos entregarnos por completo al sentimiento más genuino que nos rodeaba. Aunque deseaba besar sus deliciosos labios, no lo hice; mantuve los ojos fijos en los suyos hasta el final, mientras me derramaba dentro de ella y sentía cómo su coño apretaba mi miembro a medida que el éxtasis se apoderaba de nosotros.

Había sido uno de los momentos más intensos que habíamos compartido.

—Eso... —Vivian jadeó, y luego sonrió—. Dios mío.

Mi boca se curvó en una sonrisa; me incliné para besarla con pasión e intensidad, demostrándole en cada embestida lo feliz que me sentía. Quería que no tuviera dudas de que no había otro lugar en el mundo donde yo quisiera estar.

Terminé el beso y mis ojos regresaron a ella; sintiendo que mi mundo estaba allí, justo frente a mí, le dije:

—Ah, niña, te amo tanto —gruñí, y enseguida, mordí su labio inferior; cuando me alejé, sus deliciosos ojos buscaron los míos—. Es mejor que estés preparada, porque no te he mostrado ni un tercio de cuánto te deseo.

—Entonces, muéstrame, solo muéstrame —pidió ella, con la voz cargada de deseo—. Estoy más que preparada para eso.



CAPÍTULO 42

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Carlos en el momento en que salí del baño.

Estaba a punto de preguntarle, pero cuando mis ojos se encontraron con los suyos, aquel brillo diferente me hizo comprender enseguida.

—Bueno, la prueba que hice marcaba tres semanas —respondí y caminé hacia él, que estaba sentado al borde de la cama.

Cuando me acerqué, rodeó mi cuerpo con sus brazos.

—Está bien al inicio entonces —concluyó, y yo asentí. —¿Ya has marcado alguna consulta?

—No, en realidad estaba tan perdida que no tuve tiempo de pensar en nada —fui sincera.

—Entonces vamos a hacerlo —dijo con seriedad—. Quiero acompañar todo, todas las consultas, exámenes, todo.

—Está bien, lo haremos así —respondí, sin poder ocultar la sonrisa.

—Antes de saber del embarazo ya tenía en mente el deseo de casarme cuanto antes, ahora, aún más —dijo. Yo negué con la cabeza, sintiendo su ansiedad.

—Tenemos tanto por hacer, todavía está la cuestión de conciliar el trabajo con esta nueva etapa.

—Sobre eso —comenzó, con un tono que me hizo arquear las cejas, hasta que continuó—. ¿Qué te parece administrar una discoteca en Leblon? ¿Sería un problema para ti mudarte a la capital?

—No lo sé —dije, midiéndolo con la mirada—. Amo a mi equipo, pero imagino que sería más complicado si tú vinieras aquí, entonces si consigo que Rodolfo me transfiera allá...

Interrumpí mi habla en el momento en que la sonrisa de Carlos se amplió.

—Compré la discoteca ubicada en Leblon, espero que estés lista, porque tú serás la nueva dueña.

—Dios mío, Carlos —dije, incrédula—. No puedes salir gastando dinero así, cómo tú...

—Por ti, hago todo —me interrumpió—. Solo di que te encantó y que esto te hace feliz.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Eres imposible.

—Te amo —respondió. Me incliné y besé sus labios.

—Yo te amo y me encantó saber que pensaste en algo así para que no dejara de hacer lo que amo. Gracias, mi amor.

—Mucho mejor —susurró. Esta vez fue él quien me atrajo para un beso al mismo tiempo que me jaló para sentarme en su regazo.

Todo parecía un sueño, y no podría estar más feliz con el rumbo que habían tomado las cosas.

Interrumpimos aquel beso en el momento en que el sonido del timbre llenó el ambiente. Miré a Carlos mientras me levantaba.

—¿Estás esperando a alguien? —pregunté.

—No, pero ya imagino quién es —respondió, mientras una sonrisa se formaba en sus labios.

Lo acompañé, comprendiéndolo.

—¿Bianca? —pregunté, cuando el sonido del timbre resonó una vez más.

Él asintió.

—Voy a atenderla antes de que estropee el botón del timbre —dijo, haciéndome soltar una risa suave.

Mientras Carlos fue a la puerta, yo tomé un par de ropas y me cambié. Luego me dirigí a la sala, mientras escuchaba la voz agitada de mi amiga en el ambiente. Sus ojos se abrieron cuando me vio, dejó a Carlos y vino hacia mí.

—Intenté esperar, juro que lo intenté, pero no me aguanto desde que mi padre contó que pretendía proponerte matrimonio, por favor, dime que la respuesta fue sí —dijo sin parar y se detuvo frente a mí. Me reí de su afán, Carlos me acompañó y vino hacia mí, quedando frente a su hija.

—¿Qué crees? —pregunté, arqueando las cejas.

Bianca me recorrió con la mirada, deteniéndose en mi dedo, en especial en el hermoso anillo de brillantes que sospechaba tenía su padre detrás de esa elección.

—Por supuesto que sí —respondió, con una enorme sonrisa.

—Y no es solo eso, tenemos otra novedad para contarte —dijo Carlos, haciendo que mi corazón se acelerara.

—¿Qué? —preguntó. Entonces mis ojos fueron hacia Carlos y, por un instante, me sentí aprensiva. —Díganlo ya, o voy a enloquecer.

Me reí y decidí soltarlo de una vez, al fin y al cabo, era mejor.

—Amiga, ¿recuerdas que dijiste que necesitabas acompañarte? Pues parece que vamos a vivir todas las experiencias juntas, no solo el matrimonio tendrá poca diferencia de tiempo. —Mientras hablaba, dirigí la mirada hacia el vientre de Bianca, que ya comenzaba a crecer.

No tardó en comprender lo que estaba diciendo, al fin y al cabo, ella descubrió el embarazo poco antes de la boda.

—¿Estás bromeando? —preguntó Bianca. Negué con la cabeza y solté una risa al verla dar unos saltitos de celebración. —No lo creo, ¿de verdad estás embarazada?

—Sí, amiga, lo estoy —confirmé, llevando la mano a mi vientre.

Bianca no perdió tiempo, lanzó sus brazos sobre mí y sobre Carlos, abrazándonos juntos, sin poder ocultar lo feliz que estaba.

—Dios mío, estoy tan feliz, felicidades para ustedes —dijo y, enseguida, se apartó.

—Gracias, querida, esto es muy importante para nosotros —dijo Carlos. Crucé una mirada con él antes de asentir.

—Es maravilloso, vamos a tener a los bebés con poco tiempo de diferencia —analizó. —¿Saben lo que eso significa, verdad?

—¿Qué? —pregunté, midiéndola con la mirada.

Verla tan entusiasmada llenó mi corazón de alegría, me sentí feliz, sin saber que tendría con quién contar, hasta que ella respondió:

—Tendremos una boda en uno o dos meses y voy a ayudarlos con todo. Esto va a ser increíble.



CAPÍTULO 43

Estaba más ansioso de lo normal.

El último mes había sido un gran apuro con los preparativos de la boda. Pero mañana, finalmente sería el gran día y solo tenía que agradecer a Bianca, pues ella tuvo gran importancia para que todo pudiera salir según lo planeado.

Solo había algo que me estaba matando: la idea loca de mi niña de que no estuviéramos juntos esta última semana. Nos encontramos apenas el miércoles, para la consulta y revisar cómo estaba la salud de nuestro bebé. Aún no conseguimos saber el sexo, pero el bebé estaba sano y eso llenaba mi corazón de alegría.

Me senté en el sofá y tomé mi móvil, con la intención de llamar a mi niña:

—*Hola, amor* —dijo ella, contestando en el cuarto tono—. *¿Cómo están las cosas?*

—Estoy a punto de ir a la discoteca a encontrarme con los chicos. ¿Y tú?

—*Las chicas ya llegaron, eh...* —se quejó Vivian.

Antes de que pudiera preguntar qué había pasado, mi boca se curvó en una sonrisa al escuchar de fondo la voz de mi hija diciendo: *"Vamos, papá, te dije que no llamaras."*

Pasaron algunos instantes hasta que Vivian, volvió a poner atención en nuestra llamada.

—¿De verdad tenemos que hacer esto? Daría todo por estar contigo ahora, y...

—*Señor Mancini, nada de eso* —me interrumpió, haciéndome sonreír. Ya habíamos hablado de esto, pero no costaba nada intentarlo. Aunque fallara, como ahora. —*Esto nos hará bien. Te veo mañana, mi amor.*

Hice una mueca, sabiendo que no tenía opción.

—Está bien, ganaste —me rendí, arrancando una risita encantadora de Vivian—. Diviértete, pero no demasiado.

—*Tú también. Si me entero de que esos sinvergüenzas se pasaron de la línea y alguna mujer participó...* —comenzó, haciéndome sonreír con su tono. Sabía que en ese instante mi niña solo me estaba provocando.

—Imposible, mis ojos están en ti, solo en ti —respondí, haciéndola quedar en silencio por algunos instantes.

Finalmente, ella dijo:

—*Los míos también, diviértete.*

Terminamos la llamada y me levanté del sofá. Tomé las llaves del coche y me dirigí a la discoteca que había comprado para Vivian, en Leblon. Habíamos cerrado el lugar solo para nosotros, y aunque Rodolfo lo sugirió, Vivian no quiso hacer lo mismo en Búzios; ella y las chicas estaban disfrutando la noche en mi penthouse.

Cuando entré, vi que Rodolfo, Alexander y Caio ya habían llegado y se habían acomodado en el área VIP.

—No lo creo, nuestro amigo realmente va a casarse —comentó Rodolfo con una sonrisa, en el momento en que sus ojos se dirigieron hacia mí.

—Pensé que ese día nunca llegaría, alguien tiene que sentar cabeza—observó Alexander, mientras yo caminaba hacia ellos.

—Ustedes también deberían sentar cabeza —comenté al sentarme en el sillón frente a ellos, que no ocultaron el disgusto por mis palabras.

—Claro, por supuesto —dijo Caio, y entonces sus ojos fueron hacia los amigos—. Rodolfo, ¿ya vienen las strippers?

Los miré con reproche, sin creer que hubieran hecho eso, al fin y al cabo, fui claro al decir que seríamos solo nosotros. Rodolfo desvió la mirada de Caio y me miró con esa forma burlona.

—No te preocupes, la pelirroja ya me dejó bajo aviso, soy un hombre muerto si hago cualquier tontería.

—Y tú sabes que ella lo cumple. —Esa voz familiar, pero que no pertenecía a los que estaban en el ambiente, se hizo presente. Miré hacia la puerta y encontré a Alexandre llegando, acompañado de Rafael.

—Qué bueno que llegaron —dije, al mismo tiempo que ellos venían hacia nosotros.

—¿Así es como quieres casarte, Carlos? —preguntó Rafael, sentándose en uno de los sillones—. Solo andas con gente que no vale nada.

—¡Vete a la mierda! —retrucó Rodolfo de inmediato, haciéndonos reír a carcajadas.

A pesar de que las palabras contenían grandes verdades, sabíamos que Rafael solo estaba provocando a cada uno de los que estaban allí, así que decidí hacer lo mismo.

—Principalmente tú, Rodolfo, eres el peor —dije, atrayendo su mirada hacia mí.

—Tengo que estar de acuerdo —Caio se encogió de hombros —. Rodolfo y Alexander, cuando se juntan, no sale nada bueno.

—Así me ofendes, amigo —dijo Alexander, llevando la mano al pecho, fingiendo estar realmente ofendido, lo que nos arrancó buenas risas con su descaro.

—Todos los presentes aquí, en algún momento no valieron nada, tú tampoco te salvas, Rafael —dije, haciendo que una sonrisa ladeada se formara en sus labios—. Algunos se enderezaron, la mayoría permanece en el error, pero ¿a quién le importa?

—Así es —concordó Caio.

—Entonces, vamos a beber. —Rodolfo se levantó y tomó una botella de whisky, luego comenzó a servir los vasos para cada uno de los que estaban allí presentes.

Cuando terminó, Caio fue el primero en tomar uno de los vasos y levantarlo en nuestra dirección.

—Vamos a disfrutar la noche, beber bastante y llevarlo al mayor error, mañana —dijo Caio. Rafael tomó la bebida y repitió el gesto de Caio.

—Para mí, fue el mejor error de mi vida —dijo Rafael, y Caio instantáneamente hizo una mueca.

—Apuesto a que también será el mío —dije y los seguí.

En ese instante, todos sonrieron en perfecta sincronía, entendiendo que cada uno estaba viviendo una etapa diferente, pero sabiendo que, por encima de todo, teníamos una visión distinta sobre el matrimonio, lo cual no nos hacía menos amigos ni alejaba la amistad; al fin y al cabo, pese a todo, estábamos respetando la decisión de cada uno.

—Brindemos por eso entonces —dijo Rodolfo, cuando todos extendimos los vasos para un brindis loco que nos arrancó buenas risas.

Al final, mi niña tenía razón, la noche sería agradable y nos haría bien. Mientras disfrutaba de la compañía de mis amigos, esperaba ansioso hasta mañana, pues sería mi gran día.

Finalmente, aquella mujer sería mía, y apenas podía esperar por lo que el futuro nos reservaba.



CAPÍTULO 44

Estaba intentando contener la emoción a medida que me miraba en el espejo. El vestido que elegí era de encaje estilo sirena; tenía un escote profundo, realzando mis pechos que estaban aún más voluminosos debido al embarazo; las mangas eran largas y poseía una cola perfecta.

El peinado elegido fue un moño con mechones sueltos. Y tenía que admitirlo: todo estaba realzando mi belleza de forma surrealista.

Estaba hermosa.

No solo eso, me sentía segura de estar a punto de tomar la mejor decisión de mi vida: sellar un compromiso con el hombre que era el amor de mi vida.

—Estás perfecta —la voz de mi amiga resonó por el cuarto. Me giré, encontrándola con los ojos llenos de lágrimas mientras me miraba.

—Amiga —dije y caminé hacia ella. Sin ceremonias, la rodeé con mis brazos y la abracé fuerte—. ¿Qué sería de mí sin ti?

—Nada —sonrió y se alejó para mirarme—. Quién diría que, al final, tú y mi padre se enamorarían de forma tan intensa.

—Es tan loco —respondí, haciéndola esbozar una sonrisa de oreja a oreja.

—Es maravilloso, estoy feliz por ustedes, amiga —dijo mi amiga. Yo asentí, intentando contener la emoción.

—También estoy muy feliz por ustedes —una voz familiar flotó en el ambiente. Miré hacia la puerta y encontré a Lilian allí.

Caminó hacia nosotras y me abrazó de la forma en que siempre lo hace cuando nos encontramos.

—Lilian —dije al alejarme.

—Les deseo toda la felicidad del mundo, toda la suerte en esta nueva etapa —me felicitó. Yo asentí.

A pesar de que no era la primera vez que nos veíamos después de todo, todavía me sentía un poco cohibida. Sin embargo, Lilian siempre demostró su total apoyo hacia nosotros, y eso me hacía feliz.

—Gracias.

—La ceremonia va a comenzar —dijo la organizadora, llamando nuestra atención.

—Oh, entonces tenemos que irnos —dijo Bianca, animada; luego se giró hacia mí y me dio un último abrazo—. Te amo, amiga, todo va a salir perfectamente bien.

Asentí con la cabeza y crucé una última mirada amistosa con Lilian antes de que acompañara a Bianca. Suspiré profundo y me miré una vez más en el espejo, mientras intentaba calmar mi corazón.

Pasaron algunos minutos; pude seguir de lejos la hermosa entrada de los padrinos y madrinas. Cuando llegó mi turno, la

organizadora volvió para avisarme. Le sonreí y llevé la mano a mi vientre, desviando la atención hacia allí por un instante.

—Seremos solo nosotros dos, vámonos —susurré con una sonrisa en el rostro.

Había decidido entrar sola; al fin y al cabo, mi padre no era alguien con quien yo deseara compartir un momento como este; además, tenía a mi bebé para formar parte de este instante conmigo. Pensando en eso, esbocé una sonrisa y salí del salón de espera donde me encontraba, caminando hacia el lugar de la ceremonia.

Todo estaba demasiado perfecto; habíamos elegido casarnos en el hotel a la orilla del mar, haciendo que todo fuera acogedor y, al mismo tiempo, sumamente elegante. Di algunos pasos hacia la alfombra enorme y mis ojos se dirigieron a los invitados, personas que, por encima de todo, nos apoyaban y celebraban nuestra unión.

La emoción era inmensa al recorrer con la mirada a los padrinos y madrinas: Bianca, Anna, Sophia y Bárbara. Personas que formaban parte de mi historia, al igual que los amigos de Carlos, quienes en su gran mayoría no valían nada de nada, pero que estaban allí para apoyarnos.

Finalmente, mis ojos se encontraron con los de Carlos. Mi corazón dio un vuelco y suspiré profundo por la ansiedad anticipada ante lo que estaba a punto de suceder. La música comenzó a sonar; enseguida, empecé a caminar hacia él con una enorme sonrisa en el rostro.

Cuando estaba llegando a la mitad del camino, Carlos vino hacia mí. Se detuvo frente a mí y dejó un beso en mi frente.

—Tan hermosa —dijo él, arrancándome una sonrisa contenida.

Él extendió su brazo; de inmediato los entrelacé y seguimos hacia el altar. Al llegar, el juez de paz nos saludó y nos instruyó a medida que iniciaba la ceremonia. Escuché con atención cuando nos explicó sobre el amor y la importancia de respetarse el uno al otro;

seguimos hasta el momento en que dijo que podíamos intercambiar los votos.

Miré a Carlos, quien sonrió y tomó la alianza, listo para comenzar.

—Mi niña —comenzó él, con la voz contenida—. No me canso de decirlo: tú salvaste mi vida; antes de tu llegada todo era solitario y demasiado calmado. Y después de que entraste, me di cuenta de que jamás podría vivir sin tu luz, sin la alegría que es tener la vida totalmente alborotada por ti. —Esbocé una risa suave y le entregué mi mano; acto seguido, Carlos comenzó a deslizar la alianza en mi dedo—. Te amo tanto que no soportaría vivir sin ti, y hoy me haces el hombre más feliz del mundo al darme la honra de ser tu marido y vivir experiencias nuevas a tu lado, así como también la de ser padre, una vez más.

Cuando Carlos pronunció aquellas palabras, se formó un alboroto. Los silbidos se hicieron presentes y los gritos de felicitación se apoderaron del lugar. Negué con la cabeza y sonreí, queriendo matarlo por revelar de esa forma a todos que pronto seríamos papás.

En cuanto el silencio se hizo presente, supe que era mi turno.

—Mi amor, ¿cómo podría vivir sin ti? —pregunté, con la voz temblorosa—. Me enseñaste a amar, trajiste paz a mi vida, un amor incondicional, uno que jamás pensé que fuera capaz de sentir. Me comprometo aquí a seguir, vehemente, alborotando tu vida por el resto de nuestros días. —Él sonrió y una lágrima solitaria se deslizó de sus ojos, mientras yo colocaba la alianza en su dedo—. Te amo, mi vida, y no veo la hora de vivir todas estas experiencias contigo.

En cuanto terminé de deslizar la alianza, Carlos me atrajo hacia él y, causando un nuevo alboroto, me besó con fervor. Rodeé su cuello con mis manos, ignorando el alboroto de nuestros amigos, y me concentré únicamente en ese hombre.

—Los declaro marido y mujer. Ahora sí, puede... continuar besando a la novia —susurró el juez de paz, haciendo que interrumpiéramos el beso entre las carcajadas que estallaron.

Carlos me guiñó un ojo y miramos al juez, que nos sonreía. Hice una mueca y él nos asintió con la cabeza. Fue entonces cuando Carlos comenzó a guiarme hacia la pista de baile. De repente, el susto me invadió al sentir la presencia inesperada de los cretinos que nos rodeaban.

Me sorprendí cuando incluso lanzaron confeti sobre nosotros.

—¡Felicidades, pareja! —gritaron Anna y Bianca, haciéndonos sonreír con todo aquel alboroto inesperado.

Los amigos de Carlos no se quedaron atrás; por un momento fuimos separados mientras los chicos seguían felicitándolo a él y las chicas hacían lo mismo conmigo. Los flashes se hicieron presentes y me sentí aún más feliz al notar que los fotógrafos estaban registrando todo aquel desorden.

Cuando finalmente se calmaron, Rodolfo caminó hacia mí.

—Pelirroja, sé la única mujer que vale la pena y no hagas sufrir a mi amigo —dijo, deteniéndose frente a mí.

—Así como yo, hay muchas —respondí. Él hizo una mueca y negó con la cabeza.

En ese momento, sentí la mano de Carlos rodear mi cintura, lo miré brevemente y sonreí, luego mis ojos se dirigieron a Rodolfo, que tenía esa sonrisa burlona que conocía bien.

—Felicidades, disfruten bastante. —Guiñó un ojo, Carlos sonrió y lo acompañamos con la mirada cuando se alejó.

Cuando la música lenta se hizo presente, ellos nos dieron espacio para que pudiéramos hacer el primer baile. Estábamos a punto de seguir, cuando Alexandre vino hacia nosotros.

—Sé que el momento ahora es de ustedes, pero no podía dejar de felicitarlos —dijo Alexandre, y mi boca se curvó en una

sonrisa.

—Gracias, de corazón —respondí, sintiéndome agradecida, pues, a pesar de todo, él se había convertido en un buen amigo para mí. Alexandre saludó a Carlos una vez más y se apartó.

Sin demora, Carlos me atrajo hacia él, pasando una mano por mi cintura, al son de *Gold - Tolan Shaw*. Amaba cómo esa canción se había convertido en una declaración perfecta de Carlos para mí.

—Odio que ellos estén rodeándote —comentó, con los ojos fijos en los míos. Mi boca se curvó en una sonrisa, sin poder ocultar cuánto me gustaba su reacción.

—Son mis amigos, y también los tuyos —respondí, mientras él me guiaba suavemente por la pista de baile.

Carlos hizo una mueca. Y sin decir una sola palabra, mantuvo los ojos fijos en los míos, mientras en perfecta sintonía bailábamos aquella canción, disfrutando cada instante de ese día que, sin duda, era uno de esos inolvidables que guardaríamos para siempre en la memoria.

—Quizás sea un poco tarde para avisar, pero aun así siento que debo hacerlo —dijo Carlos de repente.

—¿Qué sería? —pregunté, arqueando las cejas.

—Estás totalmente aprisionada a mí, desde hoy no tendrás otra opción, porque te necesito, así como necesito el aire para respirar.

—Amo el hecho de no tener elección, amo aún más que seas tú —susurré, con una sonrisa en el rostro y los ojos fijos en él—. Solo tú.

La música estaba llegando a su fin cuando Carlos se apartó para hacerme girar en la pista de baile, luego me atrajo hacia él y, en un movimiento inesperado, inclinó mi cuerpo y vino con el suyo sobre el mío. Confiando plenamente, simplemente dejé que me sostuviera.

En ese instante, sus labios tocaron los míos, el beso era lento, lleno de pasión y deseo. Carlos me mostró con ese toque delicioso que hablaba en serio cuando dijo que estaría aprisionada a él, y yo podía decir, con toda certeza, que nada me hacía más feliz. Lo amaba y estaba lista para estar con él de manera incondicional, construir una vida a su lado, mientras él me llevaba al límite con todo ese sentimiento que existía entre nosotros.

Estaba feliz y amaba a ese hombre con todas mis fuerzas, así como amaba la vida que estaba formándose dentro de mí, y apenas podía esperar para comenzar esta nueva etapa al lado del hombre de mi vida.



EPÍLOGO

01 AÑO DESPUÉS

Vivian dormía serenamente al lado de nuestra pequeña, y yo simplemente no podía dejar de mirarlas. Me había despertado hacía unos cuarenta minutos y aquí estaba, solo observándolas dormir.

El último año fue el mejor de toda mi vida. Darme cuenta de cuánto era importante aquella chica, casarme con ella, alinear cada paso y vivir cada momento con el apoyo de mi hija, había sido increíble.

Nos fuimos de vacaciones por dos meses en luna de miel. Cuando volvimos, fue demasiado agradable conciliar nuestra nueva rutina, las consultas constantes para ver a nuestra pequeña y el trabajo. A pesar de todo, tenía que admitir que disfrutamos mucho hasta el nacimiento de nuestra Aurora.

Ver nacer a nuestra pequeña fue una de las escenas más hermosas que presencié y el momento quedará grabado para siempre en mi memoria.

Sonreí al notar que se movía en los brazos de Vivian, haciéndola gemir en protesta. Con cuidado, me levanté y tomé a

nuestra hija, para que Vivian pudiera descansar un poco más.

Cuando envolví a esa cosita pequeña en mis brazos, la sensación que me invadió fue deslumbrante, como siempre. Sus ojos buscaron los míos, llenando mi corazón de alegría.

—Te pareces tanto a mamá, pequeña —susurré, mientras la acariciaba—. Papá te ama.

Y, puta madre, la pequeñita sonrió, como si comprendiera perfectamente lo que dije. Y cuanto más mostraba emoción, más le susurraba*: "hermosa", "princesita", "mi amor".*

Mi sonrisa solo aumentó al darme cuenta de que, a medida que le susurraba, ella comenzó a cerrar los ojitos con tranquilidad.

—La estás consintiendo demasiado así —dijo Vivian, con voz melosa. Miré en su dirección y la encontré con los ojos fijos en nosotros dos.

—Perdón, mi amor, no quería despertarte —dije y caminé hacia ella.

—Despertar y encontrarme con algo tan hermoso, no hay nada mejor —respondió, y enseguida se sentó en la cama al mismo tiempo que yo hacía lo mismo.

Vivian sonrió e inclinó su cuerpo hacia el mío, para unirse a mí observando a nuestra hija. Llevó sus labios a la frente de ella y dejó un beso suave, luego se apartó para mirarla.

—Tan pequeñita, no sé si podré volver a la discoteca y dejarla —comentó, atrayendo mi mirada hacia ella.

—No necesitas hacerlo, amor. Las cosas allí están controladas, puedes ir cuando lo consideres mejor y, si no quieres, podemos venderla de nuevo a Rodolfo, puedes hacer lo que quieras.

—Lo amarías, ¿verdad? —me provocó, arrancándome una sonrisa—. Quiero seguir trabajando, tengo varias ideas en mente, solo voy a esperar a que ella crezca un poco más, pues quiero aprovechar esta etapa.

—Puedes trabajar desde casa si lo prefieres, esa discoteca es tuya, mi amor —respondí, estaría de acuerdo con cualquier cosa que mi niña decidiera.

Ella abrió una sonrisa genuina, haciendo que lo único que yo quisiera fuera besarla. Desvié la mirada hacia Aurora, constatando que nuestra pequeña había vuelto a dormirse. Mis ojos regresaron una vez más a Vivian.

—Vuelvo en unos instantes —susurré y me levanté al mismo tiempo que ella asintió.

Llevé a Aurora con cuidado a la cuna. Vivian la había llevado a la cama de madrugada para amamantarla y estaba tan cansada que terminó dejándola con nosotros en la cama, pero quería acostumbrarla a quedarse en su cunita. Entonces, después de colocarla con cuidado, encendí la niñera electrónica y volví al cuarto.

—Eres un descarado —dijo Vivian, observando mientras yo me sentaba en la cama. Sonreí y la atraje a mi regazo.

—Solo quiero un momento contigo, mi chica.

—Tenemos que almorzar en casa de Bianca hoy —dijo, melosa.

—Todavía tenemos tiempo —susurré, luego llevé mis manos a su rostro. Vivian sonrió y movió la cabeza en señal de acuerdo, dándome todo lo que necesitaba.

Permiso.

La atraje hacia mí y deposité un beso en su frente, luego en su nariz y, por último, tomé sus labios en un beso lleno de intensidad. Mi niña pronto rodeó con sus manos mi cuerpo y profundizó el beso, mostrando la forma en que quería que la tocara.

Y así, estaba listo para hacerlo. Podía leerla tan perfectamente que, solo con su manera de besar, sabía si debía ser brusco, al follarla con mucha lujuria y profundidad, o si necesitaba amor, cariño y pasión. Tal como sentía que lo necesitaba en ese momento, y

estaba dispuesto a darle lo que quisiera. Simplemente porque Vivian cambió mi mundo.

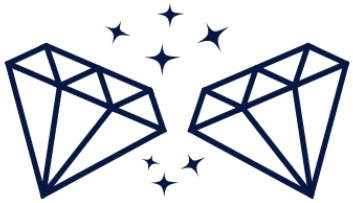
Podría decir que tenía una vida solitaria y vacía antes de ella, pero después de ella, una vida llena de alegría, confusión e intensidad con ese pequeño huracán en mi vida.

Pero tenía que admitir que, por más que me hubiera permitido ser feliz y traerla a mi mundo, en el fondo sentía que no merecía esta vida, el amor de esa mujer, de mi hija y ahora de mi más pequeña.

No lo merecía, pero aceptaba de buen grado esta oportunidad de ser feliz, quería a esa chica ardiente para siempre a mi lado. Mostrándome constantemente que estaba equivocado al negarme a un sentimiento tan genuino.

Dedicaría toda mi vida a mi chica y a nuestra familia. Juntos estábamos construyendo nuestra historia y yo la seguiría dondequiera que fuera. Le daría todo de mí.

FIN



SOBRE EL UNIVERSO MULTIMILLIONARIOS

El universo Multimillionarios está compuesto por la historia independiente de personajes que se entrelazan en algún momento a lo largo de los libros. Dejaré abajo cada uno para quienes hayan disfrutado de mi escritura y deseen conocer un poco más de cada pareja.

Atención: A pesar de enumerar el orden, los libros pueden leerse fuera de él. Lo que puede suceder es que se encuentren con pequeños spoilers en el transcurso, pero nada que perjudique la lectura. Son libros independientes, con final cerrado para la pareja.

TÚ ME PERTENECES – LIBRO 1 (Rafael y Bianca) - DISPONIBLE

CEO posesivo :: relación intensa :: novela romântica.

Solo tenía un plan: terminar mi posgrado y conquistar un puesto en la empresa de Carlos Mancini, el arquitecto más prestigioso del país. Nada de distracciones, nada de romances.

Pero una noche bastó para destrozar mis reglas.

Una noche… y él.

Rafael Armani.

Arrogante, peligroso, imposible de ignorar. Su mirada me desnuda, su voz me provoca, y cada vez que intento escapar, el destino me lanza de nuevo a sus brazos.

Él no pide. Él toma.

Y cuando decide que me quiere, no hay espacio para rechazos.

Sé que es una tormenta, sé que rendirme podría arrastrarme a mi perdición. Pero su pasión me consume, su obsesión me reclama, y cada caricia me acerca más al abismo.

¿Cuánto tiempo podré resistirme… antes de convertirme en suya por completo?

SALVANDO AL CEO: Una oportunidad para amar – LIBRO 2

LA HIJA DE MI SOCIO – LIBRO 3 (Alexandre y Gabrielle)

Diferencia de edad + Hija del socio + Romance prohibido + Protagonista virgen

Ella es **virgen**, más joven y prohibida.

Él es un mujeriego, mayor, y acaba de romper una regla: no involucrarse con la **hija de su socio.**

Y ahora estarán **obligados a trabajar juntos.**

Gabrielle Alencar se graduó en Publicidad en una universidad de renombre y solo quiere trabajar para su padre. Para celebrar esta nueva etapa en su carrera, nada mejor que muchos cócteles con sus amigas y, ¿por qué no?, perder la virginidad con un hombre desconocido y extremadamente atractivo.

Sería perfecto… si el hombre que debería convertirse en un recuerdo no fuera justamente el socio de su padre.

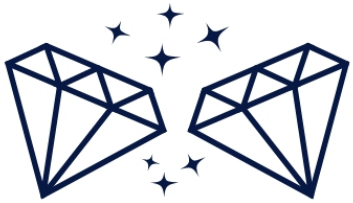
Alexandre Sánchez no imaginaba que ser un mujeriego sin límites lo llevaría a involucrarse y desear a la única mujer que debería estar fuera de su alcance, y que ahora se ha convertido en su peor pesadilla.

Él desea desesperadamente a la mujer dieciséis años menor: la única hija de su socio, un territorio totalmente prohibido.

Dicen que lo prohibido es mejor, pero ¿Alexandre arriesgará los negocios y la amistad con su socio solo por lujuria?

Fecha prevista de lanzamiento: 22/07/2026

EL CONTRATO: LIBRO 4 – DISPONÍBLE EN AGOSTO EN AMAZON.



AGRADECIMIENTOS

¡Hola, maravillosas!

Una vez más, vengo aquí a agradecerles a todos ustedes por elegir este libro y por llegar al final de esta historia. Espero que hayan logrado sentir el amor de esta pareja, y que ellos hayan conquistado a cada uno de ustedes.

Les pido que no se olviden de dejar su opinión, leeré cada una y la guardaré en mi corazón.

Primeramente, agradezco a Dios por permitirme finalizar una historia más. Agradezco a todas las lectoras maravillosas que han formado parte de mi camino como escritora. A las que me acompañan desde el primer libro, a las que están llegando ahora, a las que se divierten conmigo en el grupo de WhatsApp, a las que envían mensajes por el direct en Instagram, solo tengo que agradecer a cada una y decir que guardo cada mensaje con mucho cariño.

Ustedes son increíbles y no tienen idea de cuánto son importantes para que yo siga haciendo lo que más amo: sumergirme en la escritura de cada romance y traerlos para ustedes, mostrando lo máximo posible de mi mundo.

No puedo dejar de agradecer también a las personas maravillosas que se embarcaron conmigo durante la escritura de este libro, haciendo posible el lanzamiento. A todas aquellas que siguen acompañando todos mis arrebatos, inseguridades, errores y

aciertos, mis amigas del corazón: Paula Santos, Laudiane Marinho y Ana Perla.

Andrêa Borges, mi amiga, beta, revisora y lectora final, muchas gracias por toda la fuerza y apoyo que me has dado en cada lanzamiento, solo tengo que agradecerte por todo.

Patrícia Suellen y Giovana Alencar, ¿qué sería de mí sin ustedes? Profesionales increíbles que, una vez más, me acompañaron en esta escritura, y sinceramente, espero que este pueda ser solo el inicio de una larga colaboración. ¡Muchas gracias!

Agradezco también a todas las Bookstans que siguen conmigo en un lanzamiento más, estoy muy agradecida.

Por último y no menos importante, agradezco a mi esposo y familiares que siguen apoyándome, siempre.

Solo tengo que agradecerles a todos ustedes: mis lectoras, amigas, profesionales increíbles y familia. ¡Ustedes son increíbles!